

Erica Cánovas Morales

# Quererte

Sofía I



LEIBROS



editorial

# Quererte

## Quererte

Erica Cánovas Morales



El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo aviso escrito del titular del copyright.

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Noviembre 2016

Título Original: Quererte

Erica Cánovas Morales © 2016

© 2016 Editorial Leibros

[www.leibroseditorial.com](http://www.leibroseditorial.com)

Maquetación:

Manuel

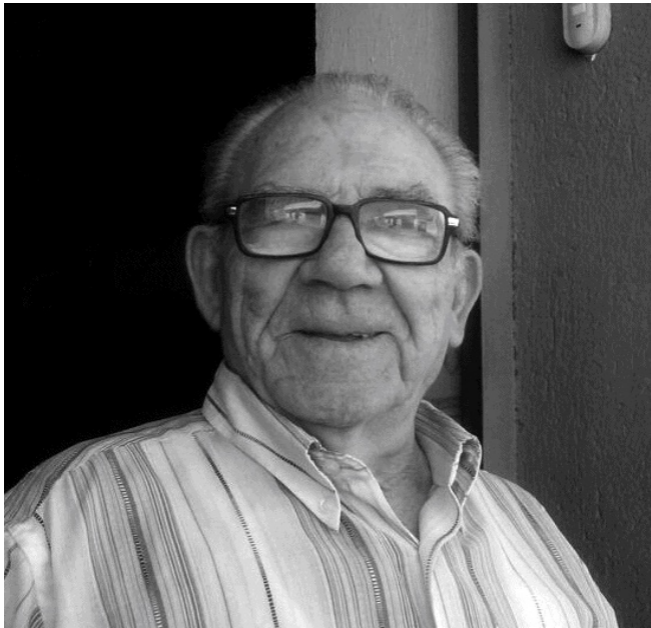
Tristante

[www.manueltristante.com](http://www.manueltristante.com)

ISBN: 978-84-946211-5-4 Depósito Legal: M-38866-2016

Impreso por: PodiPrint

Impreso en España – Printed in Spain



*Atrás quedarán los veranos de heridas  
en las rodillas, atrás quedarán los  
paseos, los helados de los sábados, los  
atardeceres al fresquito de la puerta.*

*Atrás quedarán lágrimas jamás  
derramadas,  
atrás quedarán te quiero nunca  
pronunciados.*

*Aquí y ahora tu recuerdo está más vivo  
que nunca. Aquí y ahora, en esta tarde  
de diciembre te dedico mis letras. Aquí  
y ahora te lloro, te sueño, te anhelo.  
Aquí y ahora TE QUIERO.*

*Al amor de mi vida. Mi abuelo.*

*Atrás quedarán miradas, y sutiles  
caricias  
rebosantes de un cariño difícil de  
describir.*

*Atrás...*

# 1

Me esfuerzo en localizar mis sandalias marrones entre el montón de cajas que tengo agolpadas en la entrada de mi nueva casa. Hace dos semanas que lo dejé con Víctor y aún no he desempaquetado todas mis cosas. Tengo demasiadas, y aunque sé que debería hacer limpieza, he pasado mi vida acumulando todo tipo de objetos coleccionables además de una cantidad ilimitada de productos de bazar y mercadillos artesanos.

Es un ático precioso. La mezcla de estilos es impresionante y encajan a la perfección. El estilo minimalista me ofrece ambientes amplios, con líneas puras. Sus colores, blanco, rojo, negro y plata aportan el equilibrio que necesito. Siguiendo con las tendencias actuales, mi precioso ático se transforma en un loft con espacios abiertos. Cocina, salón y comedor unidos en una única estancia aunque bien delimitada por la formación del mobiliario. La escalera de caracol en acero revestido en negro toma protagonismo en la entrada principal. Las luces, en su mayoría ambientales, ofrecen confort a las estancias que ya de por sí están bien iluminadas por las



enormes vidrieras que llegan hasta el segundo piso, en el que una amplísima terraza me ofrece cobijo bajo su estilo chill out. La piscina y el jacuzzi toman protagonismo. El mobiliario de mimbre, sus textiles en blanco roto y la luminosidad de cientos de velas blancas adornan el espacio propagando relajación y sosiego.

Paso todo el día en la oficina, hoy no he tenido tiempo ni de salir a comer. A las siete salgo del trabajo y me dirijo al gimnasio donde he quedado con Teresa para hacer algo de ejercicio. Hoy empezamos en cardio-merengue. Y a pesar de que mi único interés es mantenerme en forma caigo rendida a

los caprichos de mi amiga.

—¿Vamos a tomar algo al italiano de enfrente? ¿Para esto voy yo a cardio-merengue? Acabaremos cenando pasta calórica a más no poder y borrachas como cubas después de bebernos un par de botellas de vino blanco. Ni siquiera me resisto. Teresa me arrastra hasta el restaurante. Después de la primera copa de vino se me olvida la maldita dieta y me rindo ante unas mini pizzas que el camarero nos acaba de dejar en la mesa. —Tere..., dejo el gimnasio. —Mi largo y profundo suspiro provoca en mi amiga una risa descontrolada antes de atacar a su aperitivo.

Es una inversión absurda. Cardio-

merengue, zumba, aeróbic, natación, spinning... Me estoy dejando medio sueldo entre el gimnasio, las dietas y la consejera nutricional. ¿Y el otro medio? En vino.

Mis pensamientos me abandonan ante la divertida imagen de Teresa luchando con el queso de una de sus mini pizzas. El camarero no puede disimular una sonrisa. No entiendo porque se empeña en ir al gimnasio cada tarde si siempre acabamos en alguno de los restaurantes de la zona. Y no vamos a engañarnos, estamos en Madrid, ¿quién puede resistirse a un buen bocadillo de calamares de El Brillante? Por no hablar de los churros de la cafetería San Ginés.

Madrid es mi perdición. Lo lógico habría sido volver a mi barrio. Lógico hasta que Teresa me enseñó ese ático tan estupendo en La Latina. Ático que ahora está rodeado de cajas y más cajas. Desde que lo deje con Víctor he caído en una rutina diaria que me está llevando a la ruina absoluta. Trabajo, gimnasio, restaurante. Trabajo, gimnasio, restaurante. Trabajo, gimnasio, restaurante. Solo voy a mi precioso y carísimo ático para dormir y ducharme. Espero que Marcos llegue pronto para sacarme de este círculo vicioso en el que se ha convertido mi vida.

A decir verdad prefiero esta vida de soltera descontrolada que la que viví

durante cinco largos años con mi ex. Conocía a Víctor desde niños. El mismo barrio, el mismo colegio, los mismos amigos, el instituto... Mi primer rollete de verano, mi primer novio. Allá donde mirase siempre estaba él. Después del bachillerato yo continué con mis estudios y él empezó a trabajar en la empresa de su padre. Me marché a vivir con Marcos a un apartamento que había heredado de un familiar. No llevábamos ni un año viviendo juntos cuando Víctor alquiló un antiguo y maloliente estudio cerca de la casa de sus padres. En pocos meses la monotonía invadió nuestras vidas. Yo me pasaba las semanas estudiando, él trabajando y saliendo con

sus amigos y poniéndome los cuernos cada vez que se le ponía alguna fresca por delante. Hacíamos el amor los jueves, los viernes quedábamos en pandilla, los sábados yo estudiaba y él salía, y los domingos comidas y cenas familiares. Y a pesar de no estar casados nos habíamos convertido en un matrimonio aburrido y sin sentimientos. Después de dos de años de convivencia el fin de nuestra relación estaba por llegar. Nos comía el aburrimiento y el polvo de las estanterías. No entiendo como me puedo amoldar tan rápidamente a la monotonía. Cuando vivía con Marcos, en aquel apartamento a las afueras, siempre hacíamos cosas

divertidas. Me estoy convirtiendo en una vieja aburrida. Y si sigo comiendo de esta forma tan irracional acabaré siendo una vieja aburrida y con exceso de peso.

Hoy llega Marcos de su viaje de trabajo y me estoy esforzando por recoger todas las cajas que, después de un mes, aún no he colocado. Lo que tengo claro es que uno de mis mejores trabajos desde que salí de la facultad ha sido el de la habitación que le he preparado a Marcos para que se venga a vivir conmigo y deje ese *pisucho* viejo en las afueras. A pesar del esfuerzo y de la inversión que he hecho en convertir su cuarto en una estancia acogedora y 100% Marvel, no estoy muy segura de convencerle para

que se venga conmigo. Y entonces tendré que matar a Teresa y al director del banco que aceptó darme la maldita hipoteca. El sonido del móvil me despierta de mis pensamientos. Es Marcos.

—¿No ibas a venir a recogerme? — Marcos me pilla totalmente desprevenida y corro hasta mi agenda para ver si tenía alguna notificación al respecto. No hay nada.

Marcos empieza a reírse descontroladamente. Frunzo el ceño. Voy a matarlo.

—Dame la dirección de tu casita nueva, estoy en el taxi.



—Te has quedado sin sorpresa por perro. —Cuelgo sin más.

No ha pasado ni una hora cuando el portero de la finca me avisa de que Marcos está abajo. Tenía muchas ganas de verlo. Después de todo lo que ha pasado necesitaba tomarme unas cervezas con él y ponernos al día. Ya se había marchado a París por el trabajo cuando lo dejé con Víctor. No fue duro pero he de reconocer que me hubiese gustado darme una buena fiesta de despecho. Le pongo al día en cuanto a mi relación acabada con Víctor. Tras cinco años de relación pensé que me dolería pero después de aguantar una infidelidad tras otra no tuve ningún

problema en hacer las maletas y largarme a casa de mi prima Sara. Me hubiese ido a casa de Marcos si no se hubiese ido de viaje, pero no tenía el más mínimo interés en quedarme sola. Le pregunto por su trabajo en París pero está embobado viendo mi nuevo piso. Estaba esperando este momento para enseñarle los dormitorios y el suyo propio.

—Eres una zorra —me espeta—. Antes de irme firmé una prórroga de dos años. Ahora no puedo dejar el piso. Ya me lo podrías haber dicho antes.

—Eso díselo a Teresa que ha sido la que me ha engañado para que me lo comprara.

—¿Comprado? ¿Y te han dado la hipoteca? —Abre los ojos como platos pero no los aparta de su posible nueva habitación.

La verdad es que yo tampoco sé muy bien cómo me han dado la hipoteca con los tiempos que corren. Tengo un buen trabajo y un buen sueldo. Ahorros y mi pequeño A3 pagado. ¿Y si me despiden? Estoy destinada a acabar debajo de un puente tapada con los cartones de las cajas de mi mudanza que he metido debajo de mi cama porque no me ha dado tiempo a tirarlos.

—¿Ya estás soñando despierta?

Fijo mi mirada en las estanterías del salón y los libros de la universidad me

llevan al pasado. Aún recuerdo las palabras de mi padre cuando le dije que quería ser diseñadora de interiores.

—Ya no sabéis cómo sacarme el dinero. Entre tu madre y tú me estáis sangrando. ¿Desde cuándo se estudia para saber colocar un mueble y unos cuantos cuadros? Tu madre decoró esta casa ella sola y mi madre, tu abuela, también lo hizo igual y sin gastarse una peseta.

La elección de la modalidad de bachiller que iba a estudiar no me costó en absoluto. Desde bien pequeña sabía a qué me iba a dedicar. Con diecisiete años ya estaba cursando dibujo técnico en la modalidad de Ciencias y Tecnología.

Visualizo entre mis libros uno de mis diplomas. Lo recuerdo. La beca que me concedieron por mis notas exquisitas me permitió marcharme a Londres con una familia de intercambio para favorecer mi nivel de inglés.

En segundo de bachiller volví a cursar dibujo técnico. Mis notas volvían a ser lo que todos esperaban y mi nota en Selectividad me abrió las puertas hacia la Universidad. Jamás olvidaré ese verano. Volví a Londres y aprovechando la mayoría de edad, empecé a trabajar como camarera en una tetería de una zona residencial.

Tres años después y un verano de cursos intensivos, me encaminaron de nuevo a

casa de papá y mamá para que me pagaran los costes de un máster. Mi padre volvió a echarse las manos a la cabeza y a soltar toda clase de improperios. Tenía veintitrés años y ya estaba haciendo mis prácticas en Ikea. Me encantan sus diseños, sus texturas y su ideología del diseño.

Ambiciosa de formación, compaginé las prácticas con un curso de refuerzo de mil horas.

Pasé un verano estupendo junto a mis padres en el pueblo y cuando regresé tenía una oferta de trabajo en mi correo. Tenía veinticuatro años, ambición y ganas de comerme el mundo y me encontraba muy preparada para ello. En

septiembre y tras pasar unas pruebas específicas estaba trabajando para Jaime de la Vega, uno de los mejores diseñadores de la zona. Mi sueño había sido posible después de varios años y mucho esfuerzo. Mi vida junto a Víctor se acababa para dar paso a un cambio radical en mi vida.

## 2

Diciembre.

—Hecho, amiga. El piso luminoso y espacioso especial para estudiantes está alquilado. He quedado con la propietaria, con Marcos y con los nuevos inquilinos esta tarde.

Querida, me debes una cena. ¿Ginos?  
Es imposible negarle nada después de  
todo lo que hace  
por mí.

Aún recuerdo cómo nos conocimos.  
Debido a nuestro  
trabajo, Jaime está asociado con varias  
empresas relacionadas tanto directa  
como indirectamente con nuestra labor  
en el mundo de la decoración. Una de  
esas empresas asociadas se encuentra  
dos plantas más arriba de la nuestra. La  
inmobiliaria para la que trabaja Teresa  
se ocupa de la venta  
y alquiler de las viviendas más  
exclusivas de la ciudad.  
Áticos de lujo. Algunas de las mejores



mansiones de La Finca, apartamentos en el centro. Y un largo etcétera de oficinas y despachos. Aún recuerdo su desparpajo al teléfono. Sus expresivos ojos marrones, su pelo rizado con un rojo que dejaría sin palabras al mayor de los exhibicionistas y una sonrisa segura y amable. Una chica joven y dinámica. —Iré pidiendo tus fettuccini pirata y un chocolatísimo solo para ti.

Las buenas noticias estaban por llegar en este mes tan navideño en el que los sueños toman un cariz distinto. Después de conocer la separación de mis padres

y una serie de decisiones de lo más extravagantes, había decidido que era hora de tomar el mando. Este año celebraremos las fiestas en mi casa, todos juntos. Mi madre, María, un ama de casa amante de los cursillos que ofrece gratuitamente el Ayuntamiento decidió acabar con su matrimonio en el mismo instante en el que conoció a James, un ex jugador de béisbol de la liga americana que había venido a España para aprender a cocinar. Mi padre, Paco, conductor profesional aprovechó la decisión de su mujer para declararse a la camarera del bar de carreteras donde solía comer todos los días y que se le había declarado hacía

ya varios años atrás. Julia, una auténtica chica pin up y madre soltera de un rapero descontrolado de dieciocho años de nombre MJ. En su rebeldía decidió amargarnos la noche de Navidad montando un espectáculo de lo más soez. James que no entendía nada, mi padre con su actitud de pasotismo y pasividad, mi madre tan educada y complaciente como siempre y Julia, luchando con su indomable rapero para que entrara en razón. Tras varias negociaciones y después de conseguir la nueva Play IV para llevar mejor el dolor, mi pequeño hermanastro nos permitió cenar en paz.

Al menos puedo decir que a pesar de lo curioso de mi familia, agradezco que

hayan llevado lo de su divorcio con elegancia y sin malos rollos. Solo hay que vernos, cenando la noche de Navidad como una familia más.

Como todos los años desde el instituto cumplimos nuestra pequeña tradición. Un año más Marcos se había ocupado de buscar una casa rural, Marga y Rosi se encargaban de la compra, Susana cocinaba y yo compraba el vino y el champán. Alfredo, de las uvas, muy importantes en estas fechas. El sitio elegido para las fiestas quedaba apenas a una hora y media del centro de Madrid, Pioz, un pequeño pueblo de Guadalajara era nuestro destino. El estilo rústico de la casa rural con toda

aquella madera natural, sillones y accesorios de mimbre... Las telas duras y de colores clásicos daban a la casa un toque sencillo y sofisticado. Los ambientes pocos sobrecargados de todas y cada una de las estancias transmitían tranquilidad y sosiego. Simplemente era perfecta. Cumplía todo los requisitos para un verdadero estilo rústico. Fuera, en el jardín una fuente con el agua congelada por las bajas temperaturas y la reciente nevada recogía el protagonismo del lugar. La sencillez de las formas del porche invitaba a descansar junto a un buen libro y una taza de café caliente. Reconozco que prefiero el estilo minimalista/loft de

mí ático pero no me importaría disfrutar de una casa como esta en un futuro. Aquí huele a tranquilidad. El leve sonido de los pájaros trinando es lo único que reciben mis oídos desde que llegué aquí.

A eso de las siete y después de llevar varias copas de vino que yo misma he comprado esta misma mañana a última hora, como siempre, Susana nos hecha de la cocina. Mi inutilidad en los fogones es tan conocida que ni siquiera me deja ayudarla con el cóctel de marisco.

Para la hora de cenar estoy tan borracha que no soy capaz de probar bocado. El simple olor del cordero asado me

revuelve el estómago hasta tal punto que mi única solución es seguir bebiendo. El exceso de vino blanco provoca en mí un cambio drástico y me lanzo a por las cervezas. Pero mi querido Marcos se interpone entre la Mahou y yo.

—Cena algo o no llegarás a la uvas. —  
Me pregunto en qué momento se ha convertido en mi padre.

Vuelvo a la mesa y la mala cara de Susi me provoca tal escalofrío que me siento y ceno de inmediato bajo la mirada inquisidora de una Susana que no reconozco. Tengo que reconocer que la cena estaba exquisita. Tan exquisita como el catering que contraté en Nochebuena y que hubiera vuelto a

contratar si de mi dependiera la nutrición de mis amigos. Doy las gracias cuando soy consciente de que el vino ha dejado de formar parte de mí sin dejar secuelas, al menos de momento.

Cenamos, bebemos, recordamos y nos comemos las uvas, a decir verdad, lo intentamos... A pesar de haber rebuscado entre los racimos en busca de las más pequeñas, bajo las quejas de mamá Susan soy incapaz de comérmelas todas en su momento. Un año más acabo cual pez globo hinchada a reventar y perdiendo zumo de uva por la comisura de mis labios mientras respiro para no morir asfixiada a la vez que mis amigos me besan y abrazan para felicitar me el



nuevo año. La típica frase “*este año será diferente*” se me viene a la cabeza año tras año cuando compruebo que mi patética escena se repite en escenarios diferentes. Aún recuerdo el año que decidí no comerme las uvas. Mi madre, mis tías, la propia Susana, adoradora de las Navidades; incluso Alfredo como apoyo a su indignada novia se reunieron cual aquelarre y me propinaron una serie de improperios que hubiesen provocado la Tercera Guerra Mundial. Pasé tanto miedo que llegué a temer por mi vida, puede sonar exagerado pero al menos mi integración corporal sí. Acabé solucionando el problema con una penitencia. Uvas gigantes. No pasé de la

novena uva. Era imposible. Así que se puede decir que ese año no comí uvas, no al cien por cien.

—Sofi, ¿otra vez? Alfredo y Susi nos están hablando. —Susana y Alfredo sostienen una copa de champán. Ella nos planta un anillo en las narices.

—¡¡¡Nos casamos!!! —gritan al unísono. Como por arte de magia mi mirada se cruza con la de Rosi. Segundos después estamos felicitando a nuestra amiga con un único pensamiento.

*“Oh, Dios mío, ha empezado la cuenta atrás. Mi amiga se casa”.*

Aunque parezca mentira el tic tac de un reloj inunda mis oídos aislándome del resto del mundo. Rosi se acerca a mí y

susurra algo a mi oído. No la he entendido en absoluto, pero sé perfectamente lo que quería decir. La cuenta atrás me pilla soltera y fuera de mercado.

Junio.

Como amigas de la novia que somos es nuestro deber prepararle una despedida de soltera a la altura de las circunstancias pasando por alto a las primas del pueblo. Tengo claro que quiero que sea algo espectacular, algo que Susi no olvide jamás sin la necesidad de ir complementada con penes de plástico o semejante, nada de disfraces humillantes ni cenas en club

donde decenas de marujas se despendolan cada fin de semana gastando el dinero de sus ex maridos en propinillas para el boys de turno.

—Mira, Sofí, ¡¡¡penes con tutu!!! —Rosi se coloca la diadema y se atusa el pelo mientras se mira en el espejo de mano que acaba de sacarse del bolso—. ¿A que es genial? Mi cara debe ser un poema. De una bolsa aparentemente de una tienda de disfraces saca un vestido de enfermera putón. De su cartera, entradas para un espectáculo de desnudos integrales cena incluida. Mis planes se desmoronan bajo el entusiasmo de mi amiga.

—¿En serio, Rosi? —Susana bebe pequeños sorbos de su té y fija sus ojos en mí—. Sofía, estás al mando. O nos vamos a mi pueblo y nos quedamos en mi casa en plan tranquis o teatro y cena. Dos copas a lo sumo y a casa.

Con mis amigas paso de un extremo a otro. ¿Al teatro? ¿Acaso Susana no sabe lo que es una despedida de soltera? Opto por ignorar sus dos opciones y seguir con mis planes en el que entra pedir a Rosi que devuelva todas esas horteradas.

Llego a casa después del trabajo y me dispongo a organizarlo todo para la despedida de soltera de Susana. A falta

de un mes para la boda termino todos los detalles de última hora. Compro los billetes de avión on line para viajar el próximo viernes hasta Mallorca. Hago el ingreso de la fianza del apartamento a pie de playa. Reviso los detalles del pedido de camisetas que he diseñado para todas. Blancas, de tirantes con el dibujo de una margarita deshojándose bajo el eslogan “me caso, no me caso”. Firmo el alquiler de un reservado en la zona chill out que pertenece a una discoteca de la zona en la misma playa. Hago otra transferencia para el alquiler de un barco que nos llevará a Ibiza el sábado por la noche. Llamo a Alfredo para confirmar que ya le ha preparado la

maleta, y quedo con él para recoger a la futura novia mañana mismo después del trabajo.

Quedo con las primas, compañeras de trabajo de Susi y con Rosi para ultimar detalles y darles las camisetas y los códigos para el viaje en avión. Les hago entrega de unas pulseritas que me han mandado vía e-mail para el reservado de la playa y otras para el viaje en barco hasta Ibiza que nos incluye al igual que en la zona chill out; cena, espectáculo y barra libre.

Termino mi reunión con la Señora Velásquez justo a tiempo y como Jaime me había prometido, hoy es viernes, son

las cinco de la tarde y puedo marcharme un par de horas antes. Tengo que llamar a un taxi, cargar con dos maletas, recoger a una amiga en su trabajo, vendarla los ojos, coger un avión y celebrar una despedida.

—¡Rosi! ¿Estáis ya en Barajas? —Mi amiga responde positivamente a mi pregunta—. Voy de camino al curro de Susi. Te voy contando por whatsapp para que no sospeche nada así que no me llames.

Al haber adelantado mi salida del trabajo el tráfico en Madrid es más fluido y mi taxista conduce con avidez por las calles del centro a la velocidad



adecuada y manteniendo mi organización a ralla. Veinte minutos después me encuentro frente a la clínica donde trabajan Susana y Alfredo. Pido a mi taxista que entre en el parking. Aliviada al ver a mis amigos frente a sus coches respiro de nuevo.

—Amigo, no se vaya. Recojo a mi amiga y nos vamos a

Barajas. Guárdeme el secreto, es una sorpresa.

—Como la señorita quiera.

Sonrío a mi chofer a modo de agradecimiento y corro

hacia mis amigos. Susi no da crédito a

lo que está viendo y su cara se transforma en preocupación.

—Cariño, te vas de despedida — explica Alfredo siempre atento a cualquier movimiento de su futura mujer.

—Ponte este pañuelo en los ojos, rapidito. Nos están esperando. Nada de preguntas. Si te pones pesada tengo otro para la boca.

—Pero Sofi...

La chisto y se hace el silencio. Alfredo nos acompaña y me ayuda a meterla en el taxi. Segundos después nos adentramos en el tráfico madrileño y rezo para no coger atasco. Aún tenemos que facturar. Escribo a Rosi: “Hecho. Vamos decamino”.

Al segundo recibo el emoticono de la flamenca repeti- das veces. Uff, atasco. Mi mirada se cruza con la de conductor y le imploro que haga algo. Asiente con la cabeza y toma una salida de una forma un tanto brusca pero eficaz. El atasco ha desaparecido y a pesar de que hemos tenido que dar un pequeño rodeo con el que no contaba, mi amable taxista cumple su palabra y llegamos con una puntualidad extraordinaria. Me ayuda con Susi y con las maletas. Me entrega la factura y una tarjeta. Le sonrío y le aseguro que volveré a llamarlo para contar con sus servicios. Acepta mi propina. Le entrego a mi amiga su maleta. Tomo la mía, sujeto a Susi del

brazo y me dirijo hacia el interior del aeropuerto.

—¿Estamos en el aeropuerto? Pero, ¿dónde vamos?

Chisto una vez más y vuelve el silencio entre nosotras. Encuentro a Rosi y las chicas, facturamos nuestras maletas y nos dirigimos hacia la zona de embarque. En el último segundo, y ya preparadas para entrar en el avión despojo a mi amiga del pañuelo y la devuelvo la visión.

—Llegaremos a la isla en menos de una hora —explica la azafata.

—¿Isla? ¿Vamos a Mallorca? —Susi no da crédito.

Rosi no cabe en sí de la alegría y le

confirma sus sospechas a nuestra amiga, que sorprendida me mira pidiéndome una explicación. Decido que ya es hora de contarle mis planes.

—Vaya, Sofí, está genial. ¡¡¡Has pensado en todo!!!

—Mejor que el teatro o el pueblo, ¿verdad?

Durante el viaje en avión que transcurre de lo más tranquilo Susi me comenta los planes que tenían los chicos para este mismo fin de semana en el que ellos también van a celebrar la despedida de soltero de Alfredo.

Desde pequeños los chicos nos sorprendieron con sus aficiones: Alfredo, un coleccionista empedernido

de los clip de Playmobil, tiene cientos de ellos. Mario y Fede grandes aficionados por las maquetas, los juguetes antiguos y los juegos de rol. Mi querido Marcos, loco por el mundo Marvel, los cómics y los videojuegos vintage. Como buenos conocedores de todas las ferias de juguetes de Madrid se convirtieron en compradores asiduos en el Museo del Ferrocarril, donde mensualmente se celebra la mayor feria de juguetes de España. Cientos de juguetes antiguos, cómics, álbumes de cromos, Geyperman, Madelman, Playmobil, Star Wars, Nancy, Barriguitas, Barbies toman protagonismo entre los más de cincuenta

vendedores en trescientos metros de exposición.

—¿Van a pasar la despedida en el Museo? —pregunta algo extrañada y confusa a mi amiga.

—No, ¿cómo crees? Se van a Barcelona. Este fin de semana se celebra la Japan Weekeend. Es una feria relacionada con el cosplay y el manga. Hay gran variedad de actividades, concursos, conferencias, música, stands, videojuegos. Una verdadera locura. Alfredo estaba entusiasmado.

—Tienen un verdadero problema con los juguetitos.

—Han quedado allí con un chico que vive en Londres. Llevan quedando con

él todo el año. El chico viene a pasar un fin de semana a Madrid todos los meses y procura que siempre coincida con la feria. Lo conoció Marcos por Internet en un foro de intercambio de videojuegos. ¿No te lo ha contado?

—Marcos y yo no hablamos de juguetes. Me aburre mucho. Además ya tengo bastante con los dichosos superhéroes. Hace unos meses me hizo un favor y a cambio me pidió convertirme en una súper fan de Hulk y El Capitán América. No tardamos en llegar a Palma de Mallorca. El taxi nos deja en la misma puerta del apartamento y tal y como le había indicado a la dueña, la compra ya está dispuesta en la nevera y los



muebles de la cocina. Desde la terraza divisamos el mar. La vista es preciosa. Esta noche tenemos reservado en la playa con cena y espectáculo. Entrego su camiseta a Susi con la margarita que sí ha terminado de deshojarse y el “*me caso*” perfectamente visible.

Caminamos por la orilla de la playa camino a nuestro reservado. La cena, una degustación en especialidades andaluzas da paso al espectáculo de cante y baile flamenco de un grupo de chicos de Guadalajara que han triunfado y están recorriendo toda España con sus actuaciones. Bailamos, cantamos. La noche no puede ir mejor hasta que me encuentro a mi insaciable amiga

pavoneándose delante de los chicos de una despedida. Rosi nos reclama con un movimiento de brazos bastante llamativo. Decido ignorarla y seguir disfrutando del concierto.

—¿Es que no veis que os estoy llamando?

—Imposible no verte, ¿se puede saber que estás haciendo? Nada de chicos.

—¿Ah, no? Pues el chico de la camisa blanca quiere conocerte.

Me obliga a mirarlo y lo señala. Maleducada. El musculitos saluda y se desabrocha un botón más de su camisa. Por Dios, tiene más tetas que yo. Consigo zafarme de las garras de Rosi y vuelvo con las demás a la pista y sigo

bailando. Volvemos a la mesa y me encuentro con mi peor pesadilla. Rosi ha debido de pedir a algún camarero que junte nuestras mesas con las de los chicos. Susana dedica una mirada inquisidora a nuestra amiga mientras sus primas imitan a Rosi y coquetean sin piedad. Qué horror. No consigo deshacerme de la incómoda compañía en toda la noche. Rosi y las primas encantadas con su flirteo ilimitado, las compañeras de trabajo borrachas como cubas. Susana y yo en la pista, divirtiéndonos como nunca ajenas al desastre que se está formando en el resto de la discoteca.

A las seis de la mañana y con la pista

casi vacía salimos de la discoteca en busca de las chicas. Ni rastro de Rosi, ni de las primas ni de las compañeras de trabajo de Su.

Decido llamar a Rosi. Al sacar el móvil de mi bolso me encuentro con varios whatsapp.

—Están en el apartamento. Estaban cansadas y no nos dijeron nada porque nos lo estábamos pasando genial.

Damos un largo paseo. En Mallorca ya está amaneciendo. El dolor de pies me está matando y estoy deseosa de tirarme en la cama.

Subimos el ascensor. Un ruido ensordecedor viene de alguno de los apartamentos superiores. Susana me

mira y al segundo entiendo lo que me quiere decir. El ascensor se detiene en nuestro piso y nuestras sospechas se confirman. Es nuestro apartamento.

—Voy a matarla. —Susí abre la puerta y cierra de un portazo.

Buscamos el mando de la mini cadena sin éxito. La desconecto pegando un tirón del enchufe. Las quejas de los chicos de la playa y de las chicas llegan desde los dormitorios y la terraza. Encuentro a Rosi en la cama con el chico de la camisa blanca.

—Tú, largo de aquí. A tu puta casa. Y tú, levanta y ocúpate de este destrozo.

Susana se ocupa de sus primas que al igual que Rosi han pasado la noche

acompañadas. En la terraza, las botellas de alcohol vacías ruedan por el suelo sin control.

—Se acabó la fiesta. Vosotras a limpiar y vosotros a vuestra puñetera casa.

Tras unos minutos interminables, Susana sienta a sus compañeras de despedida en el sofá y comienza a recriminarles su comportamiento. Me acerco a la cocina y bebo un poco de zumo de piña del cartón. Susi me riñe a mí también. Huyo a mi dormitorio. Me quito los tacones y me desmaquillo. Entro en el cuarto de baño y me doy una ducha rápida. Para cuando he terminado en la ducha, Susi ya ha terminado con la charla y las demás están limpiando todo el desorden.

Me la cruzo por el pasillo.

—¿Nos vamos a dormir, amiga?

Asiento con la cabeza y me pierdo en el interior del dormitorio que comparto con Susana. Me pongo un pijama fresquito y me dejo caer sobre la cama. Susana baja la persiana y cierra la puerta con el cerrojo para que nadie nos moleste.

Me despierto con un calor insoportable. Susi ya se ha despertado e incluso ha hecho la cama. Cojo mi móvil de la mesita y abriendo un solo ojo miro la hora. Las cinco. Miro facebook, twitter, instagram y reviso los whatsapp. Es Marcos. Me ha mandado varias fotos. En una de ellas está con Hulk. Dejo el

teléfono sobre la cama y me vuelvo a dormir.

Me despierto empapada en sudor y me dirijo hacia la ducha sin saludar a nadie. El silencio inunda la casa por lo que entiendo que estarán durmiendo. ¿Dónde está Susi?

Me ducho y voy en busca de Susana que espero esté en el salón. En efecto, la encuentro en el sofá con el aire acondicionado a todo tren y un libro en las manos. Cumbres borrascosas. Se aparta el libro y me sonrío.

—¿Has visto las fotos de los chicos? Se lo están pasando genial.

—Marcos me ha mandado una foto con Hulk. ¿Has hecho la comida?



—Ensalada de pasta, tienes tu plato en la nevera. Pero no he sido yo, obligué a las chicas a que la dejaran hecha antes de acostarse.

Nos reímos a carcajadas sin reparar en nuestras somnolientas amigas.

—¿Te parece que vayamos a la playa cuando termines de comer? Les dejamos una nota y listo. ¿Te apetece? Yo ya tengo el bikini puesto.

—Perfecto. Como, me cambio y nos vamos.

Y en efecto, después de comer y ponerme mi nuevo bikini de Stradivarius, nos marchamos a la playa a pasar la tarde antes de la gran noche que nos espera en Ibiza.

Llegamos a la playa y alquilamos unas tumbonas. Un chico joven, musculoso y muy atractivo nos ofrece unos mojitos y aceptamos encantadas.

Los mojitos entran perfectos con este calor y están riquísimos.

Pasamos una tarde estupenda en la playa en nuestras tumbonas, rodeadas de verdaderos dioses y de deliciosos mojitos. El agua, a una temperatura excepcional nos despoja de la resaca por la borrachera de la noche anterior y nos despeja de la borrachera inminente a base de mojitos.

—¿A qué hora tenemos que coger el barco?

—A las nueve y media. Es hora de irnos,

tenemos que prepararnos e ir al muelle. Tendremos que pedir un taxi. No tengo ni idea de donde está.

—Pido la cuenta y le preguntamos al chico. —Saca la cartera de su bolso de playa y llama a nuestro camarero—. Por favor, ¿nos traes la cuenta?

El camarero regresa con nuestra cuenta. Entrega la pequeña carpeta de cuero negro de imitación a mi amiga y a mí una tarjeta. ¿Un número de teléfono?

—Perdona, tenemos que coger esta noche un barco a Ibiza. Lo contratamos aquí. ¿Dónde está el puerto?

—Vaya, estoy de suerte. ¿Cuántas sois?

—Nosotras dos, otra amiga, mis cuatro primas y dos compañeras de trabajo.

Nueve.

—Tenemos un servicio especial para clientas vips. Y vosotras lo sois. —Me mira y me guiña un ojo—. Tenemos un mini autobús que acerca a los clientes hasta el puerto. Quedamos aquí a las nueve y cuarto. Buscadme y os venís conmigo.

—¿Tú vas a Ibiza? —pregunto con mucha curiosidad.

—Seré vuestra guía, preciosa. Darne vuestros nombres y me encargaré de que sea una noche inolvidable.

Susana obedece y escribe ella misma nuestros nombres.

—Te apunto su teléfono por si hay algún problema.

¿Cómo? ¿Por qué ha hecho eso? Ese comportamiento es más propio de Rosi que de ella misma. Y hablando de Rosi, ¿qué será de las chicas?

Decido ignorar la actuación poco apropiada de mi querida Su y volvemos al apartamento mientras mantenemos una conversación la mar de agradable. El sonido de mi teléfono nos interrumpe. ¿Un número desconocido? ¿El trabajo? Dejé claro a Marta que solo me llamaran si había algún problema y me encargué personalmente de organizar todo a la perfección. ¿El camarero? Respondo justo a tiempo de que termine la llamada. El camarero.

—Perdona a mi amiga, ha sido una

completa imbécil dándote mi número. —  
Y le dedico una mirada acusadora a la  
que ella me responde con una sonrisa  
picarona.

—¿De verdad quieres que borre tú  
número? Haré que pases una noche de  
locura. ¿O es que tienes novio y te da  
pena engañarlo conmigo?

—Ni tengo novio ni intención de tenerlo.

—No te he prometido amor eterno pero  
si me lo propongo, puedo hacer que te  
enamores de mí locamente.

—¿Es una amenaza? —Susi abre tanto  
los ojos que parece que se la van a salir  
de las cuencas.

—Tómalo como quieras. Hasta esta  
noche.

El caradura del camarero cuelga y me deja con la palabra en la boca. Susi me mira con impaciencia a la espera de más información.

Subimos al apartamento. Solo Rosi está despierta y a juzgar por las gafas de sol que lleva puestas sospecho que no lleva un buen día, el alcohol y la falta de sueño están causando estragos.

Entro en la habitación que comparto con Susana y busco mi agenda en mi maleta. En uno de mis post-it encuentro el número de teléfono. Llamo al gerente de la discoteca que nos ha organizado el viaje a Ibiza. Después de dar una queja formal por el chulo playas del camarero reorganizan nuestro viaje y nos asignan a

otro de sus camareros. Su hombre de confianza. Estoy deseando ver la cara que se le queda a mi amiguito cuando se dé cuenta que he cambiado la reserva.

Cuando la ducha queda libre entro en el servicio y me preparo para la gran noche. Regreso al dormitorio envuelta en una toalla y con el pelo casi seco. Saco del armario mi nuevo vestido blanco de Stradivarius y verifico que no tenga una sola arruga. El vestido se ciñe a mi cuerpo y al mirarme en el espejo veo como el moreno de mi piel toma protagonismo. ¿Me quedaba tan ajustado en la tienda? Me esmero con mis rizos y me hago un pequeño recogido dejándome el resto al aire. Me maquillo



lo justo para quedar lo más natural posible, tomo mi bolso de mano de la maleta, me subo a los tacones y me coloco un par de pendientes muy, muy largos.

Caminamos hacia la parada donde nos recogerá el minibús y nuestro nuevo guía se presenta bajo la atenta mirada de nuestro camarero de la tarde. El guía toma lista y poco a poco vamos subiendo de una en una al mini bus. En el último momento y justo antes de subir al autobús el camarero, de nombre Ricky, como puedo leer en su plaquita, toma mi brazo y me obliga a bajar.

—¿A qué viene esto? ¿Juego sucio? — protesta y acompaña su sonrisa picarona

con un levantamiento de ceja nada espectacular.

—Tómalo como quieras.

Le devuelvo una sonrisa astuta, consigo que me suelte el brazo y subo al minibús sin antes despedirme con una movimiento alegre de los dedos de mi mano izquierda. Rosi me mira incrédula y esperando una explicación. Mi mirada se cruza con la de Susi y nos reímos a la par bajo la atenta mirada de nuestra amiga.

El guía nos informa de nuestra visita a la isla y en cuestión de unos minutos estamos en el barco.

Sin intención alguna mi mirada se cruza con la de Ricky. Vuelve a dedicarme su

sonrisa y me guiña de nuevo el ojo. Desvío mi mirada ignorándolo y acepto la copa de champán que me ofrece el camarero. El viaje amenizado por música disco y acompañado por un grupo de delfines nos sorprende con un catering sorpresa y decenas de pequeños aperitivos despiertan nuestro apetito. Canapés de salmón y queso fresco, foie con mermelada de melocotón, tortilla de patatas con mermelada de cebolla caramelizada, bacon con dátiles, bombas de caviar, crujiente de jamón con salmorejo... Toda una exquisitez. ¿Y ahora tenemos que soportar una cena de dos platos y postre? Voy a reventar el vestido. Tomo una nueva copa de

champán.

—Buenas noches, solo venía a disculparme, señorita. Espero que disfrute de la velada y acepte mis disculpas.

—No era necesario, aunque entiendo que solo cumples con tu trabajo.

Me vuelvo y le doy la espalda con la intención de seguir disfrutando del viaje.

—Permítame que la corrija. Le pido disculpas por mí mismo. Sé que mi comportamiento no ha sido el correcto.

—No te pega nada tanta formalidad...

Regreso con mis amigas y lo ignoro por completo esperando que haya cogido la indirecta y me deje en paz el resto de la noche.

Ya en la isla nos sorprenden con la actuación de malabaristas, tragafuegos, equilibristas, contorsionistas y un sinnúmero de profesionales de un espectáculo circense. Un nuevo camarero me ofrece en esta ocasión el cóctel *Circus*. Su color verde lima y el azúcar del borde de la copa me urge a probarlo. El alcohol me atraviesa la garganta y aprecio como se abre camino hasta mi estómago. Piña, kivi, lima... Los sabores que inundan mi boca son variados y electrizantes. ¡Está riquísimo! Caminamos por la isla bajo las explicaciones de nuestro guía. Las calles, llenas a reborar de cientos de personas cantando, bailando, tomando

unas copas, disfrutando de la noche o cenando provocan un ruido constante pero agradable. Nuestro guía se detiene y nos invita a sentarnos en un restaurante estilo marinero donde disfrutamos de muchas de las delicias de Palma de Mallorca. No falta en ningún momento de la noche mi copa llena de vino blanco. Al finalizar la cena nuestro guía nos urge a seguir con la visita.

A pesar de la cena, la ingesta de alcohol incontrolada provoca en mis piernas la pérdida de sincronización y a punto estoy de caer cuando el impasible Ricky me toma entre sus brazos. ¿Ha estado siempre con nosotras? Lo miro y le sonrío a modo de agradecimiento. Dirijo

mi mirada al grupo de chicas tras él y confirmo que todos los grupos que íbamos en el barco estamos siguiendo la misma ruta. Me aparto de los brazos de *mi socorrista* y regreso con mis amigas en cuanto mis piernas responden. Recordatorio mental: no más mezclas de alcohol.

—Sofi, ¡esto es genial! —Susi me abraza y me sonrío a la vez—. Eres una gran organizadora. Suerte que no dejaste la despedida en manos de Rosi e ignoraste mis sugerencias.

Continuamos con nuestra visita guiada en dirección a la playa donde disfrutamos de un concierto al aire libre y tomamos mojitos. Olvido mi intención

de abandonar las mezclas y me tomo mi bebida sin ningún remordimiento. Bebemos, bailamos, cantamos y agradezco el suave tacto de mis pies descalzos sobre la arena blanca de la playa.

He perdido la noción del tiempo pero no me importa en absoluto. Estoy disfrutando de una noche mágica como no hacía en demasiado tiempo.

Nuestro guía nos devuelve a tierra firme y caminamos hacia Amnesia, una de las mejores discotecas de la zona.

—Inaugurada en el año 1970 ocupando el espacio de una antigua casa se convirtió en la primera discoteca al aire libre en Ibiza que termino cerrada por



las continuas quejas vecinales. Cuenta con un aforo de unas cinco mil personas. La fiesta de la espuma es uno de sus referentes junto a La Troya y la Pop Star. Y es una de las discotecas preferidas por los españoles cuando celebra La Matinée. Amnesia cuenta con dos salas, un ambiente inmejorable y las mejores gogós de la isla. ¿Estáis preparadas para la fiesta?

Un cartel de la fiesta de la espuma me avisa de lo que se me viene encima. Adiós a mis rizos y a mi vestido. ¿Encogerá? No puedo evitar reírme de mi misma debido a mi borrachera incontrolada. Nos abrimos paso hacia una de las barras y nuestro guía pide una

botella de champán, que como puedo comprobar, después corre a cargo de la organización.

El resto de los grupos recogen su botella y el guía nos informa que la discoteca para la que trabajan en Mallorca está asociada con Amnesia y tienen este tipo de ofertas para grupos de despedidas de soltero. Suspiro aliviada al comprobar que mi tarjeta dejará de echar chispas por esta vez. Continuamos bebiendo y bailando. Disfrutamos como niñas jugando con la espuma.

Después de una gran fiesta salimos a la calle. Fuera ya está amaneciendo. Compruebo que estoy empapada y que se me transparenta absolutamente todo.

Maldito vestido blanco. Caminamos hacia el barco y ya abordo nos ofrecen toallas y café. Consigo secarme y recojo mi melena rizada en un moño. Rosi me dedica una mirada de tristeza y desde su afonía compruebo como me vocaliza lo mejor que puede para que yo pueda entenderla a la perfección la palabra *choni*. Le dedico una de mis sonrisas sarcásticas y me tomo un segundo café. Mi mirada vuelve a cruzarse con la de Ricky y consigo que me ignore cuando ve que saco mis gafas de sol de mi bolso y le retiro la mirada.

La despedida de soltera de Susi ha llegado a su fin. Tenemos el tiempo justo de dormir unas horas, comer,

preparar las maletas y regresar a Madrid.

### 3

A pesar de que convencí a Susana de contratar a una wedding planner para la organización de su boda me ha encomendado la misión de revisar todos y cada uno de los movimientos de todos los invitados y en especial de las damas de honor, el novio y el padrino. Padrino que llega tarde, ¿dónde se habrá metido? ¡¡¡Tiene los anillos!!! Intento una nueva llamada antes de entrar a hablar con Alfredo una vez más.

—¿Se puede saber dónde estás? Llegas tarde. ¿Tengo que recordarte que eres el padrino?

—Estoy en el aeropuerto. Dile a Alfredo que el vuelo se ha retrasado. Tenéis que hacer tiempo hasta que yo llegue.

—¿Qué coño haces en el aeropuerto?

—Un invitado de última hora, te dejo, acaba de desembarcar.

Mi impresentable amigo me deja con la palabra en la boca. Miro una vez más mi móvil antes de guardármelo en el bolsillo de mis vaqueros. Cuento hasta tres y abro la puerta del novio para contarle sobre los últimos acontecimientos.

—¿Viene José? —Alfredo sonríe y los

chicos le acompañan en su alegría—. ¡Genial, a Susi le encantará verle!

Salgo de la habitación en busca de la wedding planner para retrasar la boda al menos media hora más. A Susana le va a dar algo. ¿Y quién coño es ese tal José? Sigo caminando al encuentro de la organizadora pero es ella la que me encuentra a mí. Por algún motivo que desconozco vamos bien de tiempo. Parece ser que contaban con el contratiempo del invitado fantasma. Recuerdo la conversación con Susana en el avión... ¿el tal José será el chico de Londres que conocieron por Internet? De repente siento demasiada curiosidad por el invitado sorpresa. Mi teléfono suena

estrepitosamente y me saca de mis pensamientos.

—Ya vamos de camino. En quince minutos te veo, pequeña.

Vuelve a colgarme. Lo hace a propósito para que no pueda reñirle.

Corro hacia la wedding planner que está recolocando las flores del pequeño altar para informarle sobre la inminente llegada de Marcos y me ordena con urgencia que vaya a cambiarme. Estoy sudando por el maldito calor, tendrán que volver a maquillarme y no me vendría nada mal un pequeño retoque en mi peinado.

—¡Oh, my god! —Un estilista demasiado amanerado da la voz de

alarma al ver mi patético estado—.

¡Maquillaje, peluquería!

Acompaña sus grititos de varias palmadas y de la nada aparecen la peluquera y la maquilladora. La última lo mira y pone los ojos en blanco antes de centrarse en mis pestañas y en la sombra de ojos que ha sacado de un estuche de la marca Channel.

Abro el armario de tres puertas de la habitación de la finca y descubro mi vestido de dama de honor. El color rojo me deslumbra. Abro la caja de los zapatos y los saco de la bolsa. Los coloco frente a la cama. Saco mi ropa interior de la mesita de noche y el corsé de la cómoda. Agradezco enormemente



que la maquilladora no se haya marchado aún y pueda ayudarme a abrochármelo. Me enfundo el vestido palabra de honor rojo y me subo a los tacones. La maquilladora se ofrece a ayudarme con el colgante y los pendientes. La ayudo con mi pulsera y el anillo. Recojo el ramo de dama de honor que me indica la organizadora y me encamino hacia mi posición. Desde la entrada de la capilla vislumbro a Alfredo, nervioso, andando de un lado para otro sin parar. Mi mirada se cruza con la de Marcos que me guiña un ojo. Tranquilos y manteniendo la posición Mario y Fede. Hablando con ellos un hombre desconocido. ¿El invitado

sorpresa? ¿José? El traje negro a juego con el de los chicos marca todos y cada uno de los músculos de su espalda. Un escalofrío recorre mi cuerpo. La curiosidad me está matando y estoy a punto de dirigirme hacia el altar cuando la organizadora me fulmina con su mirada y me indica que mantenga las formas. Desilusionada me distraigo con la impoluta decoración de la capilla. Las rosas blancas están por todos lados. Es un sitio precioso. Fue una gran idea celebrar la boda, el banquete y el baile en el mismo emplazamiento. No consigo recordar donde estamos exactamente. En algún lugar de la sierra madrileña mis amigos encontraron una finca que

contaba con todo lo necesario para celebrar una boda. Hotel incluido. Es una verdadera maravilla. No me veo casándome pero si alguna vez decido vestirme de blanco tengo claro que será aquí. La música me devuelve a la boda de mi amiga. El cura ya está en el altar junto a Alfredo y Marcos. Los chicos han desaparecido junto con el *invitado sorpresa*. La organizadora nos da la orden para que empecemos a andar hacia el altar. Marcos vuelve a guiñarme el ojo. Alfredo me mira nervioso y le lanzo un beso. Me responde con una sonrisa. Susana aparece tras el portón de entrada. El vestido de estilo princesa de un blanco impoluto ilumina la capilla.

Camina despacio y fija su mirada en su futuro marido que está hecho un manojo de nervios. A pesar de la poca movilidad que tengo por el corsé consigo colocarle la cola del vestido a mi amiga. Alzo la vista y mi mirada se posa en unos grandes ojos grises que me atraviesan el alma. Me recompongo y vuelvo a mi posición a pesar de que noto su mirada fija en mí.

## 4

La wedding planner y el fotógrafo dan órdenes a diestro y siniestro. Primero la familia, luego los amigos. Ahora los novios. La novia con las damas de

honor. El novio con el padrino. El padrino y las damas de honor. Los novios, las damas de honor y el padrino. El padrino que se pone pesado y obliga al pobre fotógrafo a que nos haga una foto...

Una carpa enorme en uno de los jardines principales da paso al banquete. La comida es exquisita. El alcohol corre por las mesas. Me controlo con el vino blanco para no caer redonda antes del baile y de la barra libre. Después del primer plato y ya que estamos todos a la mesa descubro al fondo al chico de los ojos grises sentado al lado de Mario y Fede. Marcos me da un codazo y lo ignoro. El chico misterioso toma su copa

de vino tinto y me invita a brindar desde la distancia. Lo acompaño con mi vino blanco. Me lo bebo de un trago. Marcos me aparta mi copa vacía y se ríe.

—Por lo que veo ya has conocido a José... —y acompaña un nuevo codazo con una serie de carcajadas.

El camarero nos trae el segundo plato y yo ya estoy bastante achispada por lo que decido cambiarme al agua, al menos de momento. El salmón está delicioso.

Alfredo y Susana reciben órdenes de la organizadora que cada vez está más estresada y corre a cortar la tarta. Tarta recubierta de fondant blanco adornado por pequeñas perlas de anís que dan forma a una enredadera de rosas

blancas. El camarero me ofrece mi porción. El bizcocho empapado en almíbar me sorprende gratamente por su textura suave. Un sabor a cerezas me sorprende en la primera cucharada.

El baile ha comenzado en el gran salón. Aparto la idea de apoltronarme en la barra libre para más adelante y me centro en bailar y hacerme fotos con mis amigas hasta que alguien me saca de la pista. Marcos.

—Pequeña, te presentó a José. —Mi amigo me dedica una de sus picaronas sonrisas antes de soltarme y dejarme en manos de su amigo—. Tío, cuida de mi Sofi.

Frunzo el ceño y dedico a mi amigo una

de mis miradas más crueles por haberme dejado a solas con este hombre. Aparto la mirada de mi amigo y me centro en José que está acariciando mi mano. Me hundo en sus ojos grises. Me acerca hacia su cuerpo y comenzamos a bailar una lenta que está tocando la banda. Qué oportuno. Noto su musculatura a través de su traje debido a su cercanía.

—Es una boda preciosa, ¿verdad?

Vuelvo a fijar mi mirada en la suya y me sorprendo cuando me encuentro incapacitada para hablar. Este hombre me tiene hipnotizada. Un escalofrío recorre mi cuerpo y me atraviesa cuando me dedica una de las sonrisas más espectaculares que haya visto jamás. Me



siento morir. Me abraza uniendo nuestros cuerpos aún más. Puedo oler su perfume como si fuera el mío propio. Me besa en el cuello y se separa de mí pero solo unos centímetros, los precisos para ofrecerme una copa de vino blanco. ¿Cuándo hemos salido de la pista? Tomo la copa que me ofrece sin soltarme de su lado. ¿Estamos en la barra? Había decidido no acercarme hasta bien entrada la noche pero por lo que parece alguien tiene otros planes para mí. Noto sus ojos observando cada uno de mis movimientos. Terminó mi copa, la dejó sobre la barra y por fin me suelta. ¿Por qué? Espera, ¿no quiero que me suelte? Definitivamente esta es mi última copa

de vino por esta noche.

—Espera aquí, vuelvo enseguida. —  
Besa una vez más mi cuello y  
desaparece entre la multitud.

¿A qué ha venido eso? Busco entre la  
muchedumbre y encuentro a Marcos  
hablando y riendo sin parar con Mario.  
Fede y Marga bailan sin parar junto a  
Susana y Alfredo. Me encamino hacia  
Marcos y en el camino choco con Rosi  
coqueteando con un chico que no había  
visto en toda la noche. Mario me sonrío  
y aparta a Marcos para que deje de  
darme la espalda.

—¿A qué coño ha venido eso? —Pone  
los ojos en blanco y me dedica una  
sonrisa que me saca de mis casillas.

Está claro que está disfrutando con todo esto—. ¿Quién coño se cree para tratarme así? ¡No soy su novia!

—Hace unos segundos parecía que estabas encantada bailando con él... —  
Mi amigo me guiña un ojo y me abraza a la vez que besa mi mejilla para calmar mi enfado.

—Quiero bailar con las chicas y pasármelo bien. Dile que se aparte de mí.

—No te preocupes, ya no te molestará más. Rosi lo ha atrapado en sus redes.  
Marcos acompaña sus últimas palabras con una risa hiriente. ¿Rosi? Esta chica es increíble. Busco en la pista y entre las mesas. Ni rastro. Vuelvo mi mirada

hacia la barra y la encuentro enroscada en su cuello como una auténtica víbora a punto de devorar a su presa. Él, sonrío. ¡Joder, me muero de celos! Rosi intenta besarle cuando él se centra en una nueva copa de vino que acaba de ofrecerle el camarero. Suspiro aliviada. Su mirada encuentra la mía y se sonrío al ver mi lamentable estado. Se vuelve hacia ella y le dice algo en el oído. Un segundo después se dirige hacia mí con paso firme y decidido. Enrosca su brazo derecho en mis caderas y con la izquierda toma mi mano. Estamos de nuevo en la pista bailando una vez más una lenta. ¿Cómo lo hace? Suelta mi mano y me aparta el pelo del cuello y

vuelve a besarme. Toma mi mano y entrelaza sus dedos entre los míos. Roza su rostro contra el mío y se acerca aún más a mí.

La banda termina con su canción y parece que José no tiene ninguna intención de soltarme. Aparta su rostro del mío y me dedica una mirada dulce y provocadora. De nuevo el escalofrío recorre mi cuerpo de pies a cabeza y me cuesta respirar. Tiemblo entre sus brazos. Una sonrisa espectacular aparece en su cara. ¡Dios mío, es consciente de lo que está provocando en mí! Aparto la mirada y me esfuerzo en escapar de sus garras. Rosi aparece con gran indignación y provocándole sin

importarle que sea yo la que está con él. ¿A qué está jugando? Rosi es mi amiga, pero en cuanto a los hombres, incluso los hombres de sus amigas, no tiene fin y cruza el límite una y otra vez sin importarle las consecuencias. Me molesta su comportamiento y me esfuerzo en que lo sepa con una mirada inquisidora. Mirada que ignora. Está claro que lo quiere aquí y ahora y pasará por encima de cualquiera que se interponga en su camino. Incluso de mí, su amiga. Me aparta con brusquedad y no intento disimular mi malestar. José me mira suplicando ayuda. Decido ignorarlo y dirigirme hacia la barra a por una copa más de vino. Mi enfado es monumental.

Me bebo una primera de un trago y pido una segunda copa antes de que el camarero desaparezca de mi vista.

—¡¡¡Pequeña!!! —grita mi amigo demasiado cerca de mi oído. Cualquiera diría que está borracho—. Rosi te ha birlado a tu chico, ¿por qué se lo permites?

—No es mi chico.

Recupero mi copa de la barra y me dirijo hacia las mesas donde me encuentro con Marga, Fede y Mario hablando entre ellos.

—Rosi, lo ha vuelto a hacer, ¿verdad?

Mi amiga Marga me dedica una mirada tierna y toma mi mano entre las suyas a la vez que intenta relajarme.

Hace tiempo que Marga y ella no se llevan demasiado bien. Procuran tener una relación cordial por no provocar malestar al resto del grupo y a pesar de las buenas formas de Marga sé que ella sigue dolida con Rosi después de lo que le hizo.

Aún recuerdo aquel día en la facultad... Habíamos quedado para comer en el campus para celebrar el fin de los exámenes. Encontré a Marga nerviosa y mirando su teléfono con urgencia. Sus ojos denotaban tristeza y apenas había probado su comida. Unas chicas pasaron por nuestro lado, la miraron y empezaron a reírse mientras cuchicheaban a nuestras espaldas. Rosi



llegaba tarde una vez más. Se sentó frente a Marga y su altanería me hizo dudar. Algo estaba pasando. Raúl corría hacia nosotros. ¿Qué estaba pasando? Raúl no era el típico chico que se preocupaba por el bienestar de sus novias y en esta ocasión su actitud cambiante le provocaba un interés constante por el estado de su novia, Marga.

—Eres un cerdo, y tú, tú no eres una amiga. ¿Cómo has podido hacerme algo así?

El llanto de Marga no amedrentó la altanería de Rosi que había conseguido quedarse con el chico de su amiga.

—¿Qué está pasando? ¿Qué has hecho

Rosi?

Centré mi mirada en la altanera de mi amiga esperando una explicación sin obtener respuesta alguna.

—El viernes volvimos a discutir. Yo no quería salir, estaba preparando mi examen del lunes. Raúl salió, se emborrachó y Rosi se ha encargado de consolarlo y después ir contándolo por toda la facultad dejándome en evidencia. A pesar de lo sucedido y de sentirse traicionada por una de sus amigas Marga olvidó lo sucedido y continuó con su vida y ayudando a que el resto del grupo no diera de lado a Rosi. Esta chica es un tesoro y por lo que puedo observar es un tesoro que Fede quiere conseguir.

Marcos se sienta a mi lado y me da conversación para que Fede pueda centrarse en Marga de nuevo, con la que lleva toda la noche. La verdad es que hacen buena pareja.

Los camareros van y vienen con copas rebosantes de alcohol. Alcohol que ha invadido todos y cada uno de los rincones de mi cuerpo. Pero no soy consciente de ello hasta que intento ponerme en pie para ir hacia los servicios. Mi enfado es tal que me he pasado con las copas. Marcos vuelve a sentarme en el sillón donde me encontraba y se pierde entre los bailarines. Vuelve con José.

—Vamos, pequeña, es hora de ir a casa.

Ya has bebido bastante por hoy.

Marcos y José me ayudan a levantarme.

Mi borrachera y mi desvergüenza no me

ayudan y me suelto del brazo de José de

mala forma. Marcos me mira

sorprendido y me toma con más fuerza.

De repente me siento flotar.

—Perdóname, nena... ahora soy todo

tuyo. —José roza sus labios en mi cuello

mientras me lleva de camino al coche

entre sus brazos.

No doy crédito a lo que está pasando y

no tengo claro si es debido a mi estado o

si lo estoy viviendo en realidad. Marcos

abre la puerta trasera de su Golf GTI y

recuerdo que tengo mi ropa en una de las

habitaciones que la organizadora había

alquilado para las damas de honor, el padrino y los novios.

—Ya está todo en el coche, tranquila, borrachilla.

¿Lo he dicho en voz alta? Definitivamente se me ha ido la mano con el vino. Fuera, José recorre el coche de Marcos y se sienta a mi lado. Me pone el cinturón, se sienta en el asiento de en medio y se preocupa de que apoye mi cabeza en su hombro. Pide a Marcos, que ya está en el asiento del conductor que baje mi ventanilla. La brisa matutina acaricia mi cara y me remueve mis rizos hasta que José se encarga de sujetarme el pelo. Me besa la frente y me acaricia el brazo con dulzura y delicadeza.

Inspiro su perfume y me siento feliz y relajada.

## 5

Un sonido familiar me despierta. El dolor de cabeza me nubla el pensamiento y no consigo interceptar lo que oigo ni de donde viene. Salto de la cama sufriendo un pequeño mareo y ganas de vomitar cuando descubro que el sonido que me ha despertado es el teléfono de mi casa. Puedo adivinar que es mi madre ávida de información sobre lo sucedido en la boda. Voy a matarla. Silencio la llamada y descubro el número de mi madre en la pantalla del

teléfono.

—Mamá...

Me siento incapaz de hablar más. Me duele todo, estoy cansada, resacosa, con el maquillaje pegado a la cara y el corsé cortándome la respiración. Mi madre me bombardea a preguntas que ignoro demasiado preocupada por mi estado anímico. Suerte que hoy es domingo.

—Mamá, luego te llamo...

No doy opción a que conteste. Me deshago de mi ropa interior y me cuelo en la ducha. Aún desnuda corro hacia el vestidor y me pongo uno de mis pijamas

de verano. Me siento en la cama y me pongo mis calcetines negros de Hello Kitty que me compré en Oysho. Marcos está en el salón viendo la tele fresco como una rosa. Paso de largo y me hundo en la isla central mientras bebo un café doble con mucho azúcar. Reaparezco en el salón y rebusco en el cajón de la tele algún gelocatil que calme mi dolor de cabeza. Me tiro en mi sofá y pierdo la mirada frente al televisor sin prestar atención.

—¿Qué tal la resaca? Pequeña, estás al límite para entrar en alcohólicos anónimos.

No tengo fuerzas para responderle así que decido ignorarlo. Cambia varias



veces de canal hasta que encuentra algo de su agrado. Me levanto en busca de mi botella de agua y me bebo más de la mitad antes de regresar al salón. Me siento en el sofá de mi amigo y recuesto mi cabeza dolorida entre sus piernas con intención de que cuide de mí. Casi por obligación empieza a masajearme las sienes hasta que me quedo dormida una vez más.

—Peque, Sofi. Despierta, tengo que irme.

Abro los ojos y Marcos me dedica una de sus sonrisas amables. Me siento y busco mi botella de agua. La encuentro sobre la mesa central y bebo hasta terminarla. Me encuentro fatal.

—Me voy a comer por ahí. ¿Quieres venir con nosotros?

—¿Nosotros?

—José y yo.

José. El culpable de mi resaca. Ni hablar. No quiero volver a verlo. Que se quede con Rosi. Los celos han vuelto y me enfado conmigo misma. Rechazo la invitación de mi amigo y me pierdo en mi dormitorio una vez más.

El calor que entra por mi ventana me despierta y descubro que mi dolor de cabeza ha desaparecido. Me ducho una vez más y me pongo otro de mis pijamas veraniegos y otros calcetines de Hello Kitty, de color azul en esta ocasión.

Aprovecho que estoy sola para

adueñarme del salón y del mando de la tele y disfrutar de lo que queda de mi fin de semana. Me preparo un sándwich de salmón y un poco de Aquarius de limón y me acomodo en mi sofá. Hago zapping hasta que me encuentro con uno de esos programas de decoración de Divinity. Esos gemelos son lo más. ¿Por qué no tendré yo un compañero así? El hecho de pensar en hombres atractivos me lleva a pensar en José. Había decidido disfrutar de mi soltería y me encuentro celosa y deseosa de volver a verlo. Quito la tele y subo las escaleras hacia mi oficina en busca de mi portátil. ¿Habrán subido ya las fotos de la boda a facebook? Vuelvo al sofá con mi portátil

y pincho en el icono de facebook. Recorro mi perfil y el del resto de mis amigos en busca de las fotos de la boda sin éxito. Actualizo antes de cerrar sesión y me encuentro con la actualización de estado de Marcos, y con una foto de él con José en el Rastro. Tengo la tentación de entrar en su perfil cuando se abre la puerta y Marcos me grita desde la entrada.

—¡Vengo con visita, pequeña, corre, vístete!

Corro hacia mi dormitorio con el portátil en brazos maldiciendo a mi amigo y compañero de piso. ¿Y qué hay de mis últimas horas de relax? Entro en el vestidor y me enfundo mi nuevo

conjunto de deporte de Decathlon. Las mallas negras y la camiseta a juego con el símbolo de Nike en fucsia combinan a la perfección con mis deportivas. Me cambio los calcetines por unos negros de deporte y vuelvo al salón. ¿A quién se habrá encontrado?

Camino relajada hacia el salón pero me tenso de pies a cabeza cuando lo veo. ¿No piensa volver a Londres nunca más? —Bueno, chicos, aquí os quedáis. No os importa, ¿verdad? —Marcos me guiña un ojo desde la puerta del ático—. He quedado con una chica del curro. Me tiene loco.

Miente como un bellaco. Si existiera tal chica jamás nos lo contaría a la primera

de cambio. Traman algo y lo voy a descubrir.

—Puedo irme, si te molesto. No es mi intención importunarte.

—¡Vaya! Ayer no fuiste tan considerado. Su expresión amable se transforma al oír mis palabras. Fija su mirada en mí y me muestra una sonrisa picarona. Un nuevo escalofrío recorre mi cuerpo. Me ha dejado helada. Sus pasos firmes y decididos se dirigen hacia mí. Por impulso retrocedo sobre mis pasos hasta que choco con uno de los muros de contención que separan la entrada del salón. Estoy atrapada una vez más entre sus brazos.

—¿Me prefieres así? —¿Cómo se puede

ser tan descarado? Frunzo el ceño indignada por la situación.

Su descaro me saca de mis casillas y no encuentro las palabras exactas que demuestren mi indignación. ¿Cómo puede ser este tipo amigo de Marcos, Alfredo, Fede y Mario? No tienen nada que ver. Mis amigos son tímidos y considerados. ¿De dónde ha salido este hombre? Chulo, engreído... Lo tiene todo.

—¿Ya te has cansado de Rosi? ¿O es ella la que se ha cansado de ti? —Lo empujo y me abro paso hacia mi sofá en el que me siento sin disimular mi malestar—. ¡Yo no soy el segundo plato de nadie!

Me sorprendo a mí misma gritando y mostrando mis celos irracionales. ¿No he aprendido nada de mi fatídica relación con Víctor? Su expresión continúa intacta. Sabe perfectamente lo que me está haciendo. Lo tiene todo bajo control, en cambio yo, me hundo bajo presión.

Sin apartar la mirada camina hacia el interior del salón, se sienta a mi lado a pesar de que el otro sofá está completamente libre. En un movimiento rápido y de gran habilidad me coloca a horcajadas sobre su cuerpo musculoso. Toma mis caderas y me acerca aún más contra su pecho. Sus manos ávidas encuentran mi cuello y mi cara. Nuestros



labios separados apenas por unos centímetros están a punto de rozarse.

—Solo tú. —Me sorprendo a mí misma con los ojos cerrados que se abren de par en par al oír sus palabras—. Eres la mujer de mi vida.

El escalofrío vuelve a mí cuando hunde sus labios en mi cuello. Sus labios se curvan y forman una sonrisa que me demuestra que ha notado que estoy temblando entre sus brazos. Estoy contra las cuerdas encima de este hombre arrogante y espectacular. He caído de lleno en sus redes. Soy una completa idiota. ¿Qué estoy haciendo? No puedo permitirme una relación en estos momentos de mi vida cuando no ha

pasado más que un año de mi ruptura con Víctor. Necesito tiempo, quiero tiempo para mí.

Recupero la movilidad y sujeto sus brazos hasta que consigo apartarlos de mi cuerpo. Me levanto y camino hacia la cocina huyendo de este hombre. Abro la nevera y tomo un par de botellines de cerveza. Vuelvo al salón. Él continúa en mi sofá. No me atrevo a mirarlo. Abro el cajón de la mesa de centro y tomo de su interior un par de posavasos. Los coloco sobre la mesa y apoyo las cervezas sobre ellos. Busco el mando de la televisión por el sofá y lo encuentro entre los cojines negros que compré en Ikea hace unas semanas.

—Puedes quedarte, si quieres, pero aparta tus manos de mi cuerpo. No busco una relación. —Tomo aire y me atrevo a mirarlo. Su expresión ha cambiado por completo—. ¿Vemos una película?

—No tienes porqué ponerte nerviosa conmigo, soy un buen chico...

Estaba equivocada con él. No cede ante mis palabras. He intentado ser clara y concisa pero el tono de mi voz me ha descubierto. Su sonrisa picarona vuelve y sus grandes ojos grises me devoran. Se levanta de mi sofá y vuelve a mi lado. Su brazo derecho me rodea y me obliga a acercarme a él. Nuestros labios ya se rozan, noto su corazón desbocado contra

mi pecho y me atrevo a imaginar que él siente lo mismo que yo. Me acerca aún más hacia sí mismo y me besa. Su beso tímido se convierte en un beso apasionado y descontrolado. Me obliga a enroscar mis manos en su pelo y me descubro a mí misma tirando de su cara hacia la mía para no perder el contacto. Sus manos recorren mi cuerpo hasta que pone fin a nuestro beso con una delicadeza extrema. Me lleva del cielo al infierno y me devuelve al olimpo de los dioses con un tierno y casto beso en los labios. No tengo palabras.

—¿Qué película quieres que veamos?

¿Qué se supone que acaba de pasar? He permitido que me bese. He permitido

que me bese un hombre que conozco hace menos de veinticuatro horas. Por muy amigo de Marcos que sea no puedo dejarme llevar por mis instintos primarios. Y ahora, ahora me encuentro entre sus brazos como si nos conociéramos desde hace años y tuviéramos una relación consolidada. Cuando soy consciente de lo que está pasando es demasiado tarde para mí. Su beso me ha hecho perder la cabeza. Estoy perdida. Tengo que poner distancia entre nosotros.

Abandono el sofá y busco entre las películas de la estantería. Busco entre los DVD y me encuentro con una de las películas de Marvel de Marcos. Hulk,

cero amor. Cero besos. Es perfecta. De nuevo en el salón le muestro la carátula y espero su aprobación que me llega con un ligero movimiento de cabeza. Se recoloca en el sofá para darme espacio. Decidida a marcar la distancia entre nosotros me dirijo a mi sofá y me tumbo para evitar que vuelva a mi lado.

Tomo con el máximo cuidado que me permite mi posición el cesto donde guardamos un gran surtido de snacks del hueco de la mesa, y lo coloco sobre ella ofreciéndole a que se sirva él mismo. Noto su mirada inquisidora vigilando todos mis movimientos impresionado por mi sangre fría. Ahora soy yo la que lo he dejado helado. Respiro tranquila

cuando noto como se acomoda en el sofá y cesa en su intento de ponerme nerviosa.

La voz de Marcos me despierta. ¿Me he quedado dormida con él aquí? Tiene que estar flipando. Me río en silencio de la situación y me incorporo en el sofá. Marcos y José terminan con su conversación y me miran esperando a que hable.

—¿Tú no tienes que volver a Londres?  
—Me levanto de mi sofá y paso al lado de los chicos. Me detengo frente a Marcos—. ¿Y tú qué? ¿Ya ha terminado tu cita?

Procuro que mis palabras hacia mi amigo y compañero de piso suenen lo más sarcásticas posibles. Me pierdo en la cocina con la única respuesta de las risas incontroladas de mis acompañantes. Miro el reloj de encima de la puerta esperando que sea la hora de irme a la cama, pero solo son las nueve. Aún no ha anochecido. Abro la nevera y rebusco en los cajones en busca de algo que llevarme al estómago que me ruge por la falta de alimento. Abro un bote de pepinillos. Me como uno y recorro el salón de camino a mi sofá comiéndome el segundo.

—He reservado mesa en el italiano de la plaza. Tienes media hora para



prepararte así que espabila ya, vaga.

—¡Bah! Paso. —He decidido ignorar a mi compañero de piso y a su amigo y seguir disfrutando de mi domingo hasta su fin.

Marcos me levanta del sofá y me lleva sobre su hombro hasta mi dormitorio. Me señala mi aseo y me muestra su cara de *orden y mando* y obedezco sin rechistar. Si Marcos quiere que vaya a cenar con ellos acabaré yendo. ¿Para qué voy a molestarme en discutir?

Ya en el aseo me recojo el pelo que por algún motivo que desconozco sigue en perfecto estado. Tengo que aprovechar

el tirón y disfrutar de la perfección de mis rizos. Me ducho y me maquillo sin esforzarme demasiado. Un poco de maquillaje, colorete, raya negra en los ojos y mi brillo favorito en los labios. Entro en el vestidor y elijo una camiseta negra de tirantes, mis leggins imitación cuero y me subo a mis tacones de aguja. Salgo del dormitorio, atravieso el comedor y el salón y busco en la entrada la ubicación del bolso de fiesta que llevé en la boda. Cojo mi cartera, las llaves de casa y guardo en mi cartera de cuero negro de Chanel mi brillo de labios. Busco mi móvil y lo recojo de la mesita del teléfono. Con un leve movimiento de cabeza indico a mis

acompañantes que ya ha llegado la hora de marcharnos. Automáticamente me acompañan hasta la entrada. José me abre la puerta del ascensor mientras Marcos cierra el ático. Camino en silencio junto a ellos escuchando su conversación sobre la nueva feria del juguete. Marcos me sugiere que los acompañe en su próxima visita y le contesto con un no rotundo.

El camarero nos acompaña hasta nuestra mesa. José se sienta a mi lado y coloco mi bolso entre nosotros, tratando de interponer la distancia necesaria para no caer de nuevo en sus manos. Otro camarero nos sirve las bebidas. El vino tinto de José se derrama en el impoluto

mantel crema y unas pequeñas motas de tinto se impregnan en la tela. Marcos enciende las velas aromatizadas dispuestas en el centro de la mesa y un olor agradable inunda nuestra mesa y las colindantes.

Otro camarero recoloca las velas al fondo de la mesa y centra la ensalada César y el surtido de embutidos italianos, acompañados por picatostes de ajo y perejil. José se adelanta a aliñar la ensalada y Marcos ataca el queso mozzarella. Apenas hemos empezado con los entrantes, cuando el mismo camarero reaparece para que le pidamos los segundos. Me decanto por una lasaña de verduras.

La cena se convierte en una velada agradable. Hablamos de la boda ignorando el baile y mi post borrachera. Marcos nos habla de su nuevo proyecto informático y del inminente lanzamiento de su primer videojuego. ¿En qué trabaja José? Soy consciente de que el hombre con el que apenas hace unas horas me estaba besando, es un completo desconocido para mí.

La carta de postres interrumpe nuestra conversación. Nos decidimos por el surtido de tartas y compartimos las porciones dispuestas en un expositor de cristal con tres pisos y de unos cincuenta centímetros de alto aproximadamente. Me encanta. ¿Encontraré uno parecido

en Ikea? Se me pasa por la cabeza buscarlo en la APP de la tienda en mi teléfono pero desisto cuando Marcos y José atacan los postres sin ninguna consideración.

Un nuevo camarero nos ofrece un surtido de chupitos regalo de la casa. Marcos no bebe y los rechaza. El camarero ha debido de notar mi mirada de odio a mi amigo y aún así insiste en que los probemos José y yo. El camarero vuelve con una bandeja negra opaca y le indica a Marcos los chupitos sin alcohol. Al menos tocamos a cinco chupitos cada uno. ¿Seré capaz de ingerir más alcohol? Apenas he eliminado el alcohol de la boda, tengo que añadir los botellines de

cerveza, los vinos de la cena y ahora los chupitos. Mañana iré al trabajo con resaca.

La noche es fresca e invita a pasear por las calles de Madrid. Es verano y en esta época los vecinos de los alrededores escasean y las calles están prácticamente desiertas. Es todo un lujo disfrutar de un Madrid así. Caminamos hasta el ático y José se detiene en el portal.

—¿No subes un rato? —Marcos lo invita a subir una vez más.

He abierto la puerta de entrada al edificio y el conserje me dedica una mirada muy desagradable. Ya me ha

demostrado en alguna ocasión lo mucho que odia que permanezca con la puerta abierta. José deniega la invitación y llama a un taxi que pasa por la calle. Marcos y él se despiden con un abrazo desenfadado. Tiemblo cuando se dirige a mí y rompe el distanciamiento que he mantenido a raya durante el resto de la tarde y la noche, desde nuestro beso. Rodea mi cadera con una de sus manos y me atrae hacia su cuerpo. Con la mano libre recorre mi espalda hasta mi cuello. Nuestros labios vuelven unirse en un beso. Un beso largo. Un beso tierno y casto. Vuelvo a estar inmóvil y el escalofrío regresa. Cuando abro los ojos descubro la cara de sorpresa de mi



amigo que vuelve a despedirse de José una vez más antes de perderse entre el escaso tráfico de la noche madrileña.

El hombre de la entrada me dedica una mirada de desaprobación. Subimos hasta el ático en el ascensor en completo silencio. Pero cuando llegamos a casa y la puerta de la entrada se cierra tras nosotros, y a pesar de que no he parado de andar para esconderme en mi habitación, Marcos me sigue y me ataca con cientos de preguntas que de momento se quedarán sin respuesta. En la puerta de mi dormitorio me vuelvo hacia él, le doy las buenas noches y lo dejo con la palabra en la boca y cierro mi puerta, cerrojo incluido. No quiero

hablar de ello.

Son las tres de la mañana y me desespero bajo las sábanas. Tengo la cama totalmente deshecha. El segundo beso de José me ha dejado fuera de juego. Me creía libre de volver a caer en sus trucos. ¿Cómo podía imaginar que se comportaría de ese modo y delante de Marcos? Durante la cena me trató como una más, una amiga. Era un truco. Me he relajado y se ha visto libre para volver a atacarme. Cojo el móvil de mi mesita de noche y entro en facebook, después en twitter e instagram. El teléfono vibra entre mis manos. He recibido un whatsapp. Abro la aplicación. Es un número desconocido. ¿Será del trabajo?

Imposible. ¿José? Me siento en la cama de golpe sorprendida por mi propio pensamiento. No, no tiene mi teléfono. Por otro lado, si nada le impide besarme, ¿qué le puede impedir conseguir mi teléfono? Ha estado a solas con él mientras dormía. Vuelvo a mirar la pantalla, abro el mensaje y lo leo:

“¿Tú tampoco puedes dormir? Estoy deseando volver a besarte. Y sé que tú también lo deseas”.

Salgo de la aplicación y busco mis últimas llamadas y encuentro una llamada del mismo número que me ha escrito el whatsapp. No cabe duda que es él. Más que nada, porque no suelo

besarme con varios hombres a la vez. Bloqueo el teléfono y lo escondo en el cajón. ¿A qué está jugando? ¿Qué quiere de mí? No pienso salir con alguien que vive en el extranjero y vuelve una vez al mes. No creo en las relaciones a distancia. Me niego categóricamente a mantener una relación así. Nunca funcionan. Nunca.

Fuera ya está amaneciendo. Ha sido imposible conciliar el sueño. Apago el despertador antes de que suene y me dirijo a la ducha. Mi pelo está imposible. Me lo lavo a conciencia y me esmero con la mascarilla y el acondicionador. Me cubro el cuerpo con aceite corporal y me seco el pelo

añadiendo espuma aquí y allá. Cuando consigo secarme el pelo por completo me alegra comprobar que he conseguido que mis rizos estén perfectos. Me maquillo cubriéndome las ojeras. Entro en el vestidor y busco entre mis vestidos sin saber cuál elegir. Me decanto por un vestido recto color crema. Me coloco el cinturón marrón en la cintura y me subo a mis tacones del mismo color. Salgo del dormitorio y camino hacia la cocina. Ni rastro de Marcos. En la nevera encuentro uno de mis post-it.

Como ayer me cerraste la puerta en las narices no pude avisarte de que hoy entraba antes, ya sabes, por la presentación del videojuego.

Retiro el post-it verde de la nevera y me sorprende un segundo post-it color amarillo.

Ya hablaremos tú y yo cuando llegue sobre el *besito* de anoche. ¿Cuándo pensabas contármelo?

Un tercer post-it cae al suelo de la cocina. Más le habría valido coger un folio del secreter de la entrada... Recojo la tercera y espero que última nota de mi amigo y la leo mientras preparo café. Ha vuelto al color verde para desearme un buen día. Terminó mi café solo y busco en la nevera una barrita de cereales en la nevera sin éxito. Entro en el cuarto de la lavadora,

abro la puerta de la despensa y encuentro una caja sin abrir de barras de cereales y frutos rojos. Entro de nuevo en la cocina, abro la caja, tomo un par de barras y dejo el resto en la nevera desechando la caja en el contenedor de papel. Recupero mi bolso de la cómoda de la entrada y cambio mis pertenencias al bolso marrón, previamente escogido. Recojo mi maletín y me marcho a la oficina. Conduzco con calma camino al trabajo gracias a que he salido media hora antes de lo habitual y del escaso tráfico. Miro la fecha en el navegador y hago una cuenta mental de los días que me quedan para irme de vacaciones. En esta

ocasión nos vamos todos a un chalet en primera línea de playa en Orihuela.

Meto el A3 en el parking subterráneo del edificio y me adentro en el ascensor. Me encuentro la oficina cerrada. Busco la copia de las llaves en mi maletín. Enciendo las luces desde el cuadro de control y me pierdo en la oscuridad de mi oficina. Subo las persianas interiores y la luz atraviesa los ventanales. Dejo el maletín sobre mi mesa y cuelgo mi bolso en la percha asegurándome de sacar el móvil y dejarlo sobre mi escritorio. Salgo de mi oficina y camino hacia la cocina. Normalmente es Marta quien prepara el café pero como he llegado pronto y el sueño me puede



decido preparar una cafetera. Busco una de mis tazas en el armario y elijo una de las cucharillas pequeñas del cajón. Me sirvo una taza y vuelvo a mi oficina. La pantalla principal de la pantalla plana me informa de que hoy no tengo visitas ni citas concertadas con ninguno de mis tres clientes. Saco mi agenda del maletín y cercioro que es así. Abro mi correo y contesto a uno de mis contratistas sobre las dudas que le han surgido tras las últimas modificaciones de la obra de la casa de los señores Carbonell. Para cuando he terminado mi segundo café doble, Jaime y Marta entran en la oficina manteniendo una alegre conversación.

Marta me dedica una sonrisa y me

saluda con la mano antes de perderse en la centralita de la entrada. Jaime ha entrado en su oficina directamente, ni siquiera me ha visto. Entro en la cocina y preparo tres cafés, el mío doble. De camino al despacho de Jaime dejo el café de Marta en su mesa y ella me lo agradece con otra sonrisa. Esta chica es toda ternura y amabilidad. Llamo a la puerta de Jaime y este me ordena que entre.

Dejo los cafés sobre la mesa de centro de su enorme despacho entre los sofás de cuero. Le invito a sentarse y me acompaña en mi tercer desayuno en apenas dos horas.

—¿Qué tal el fin de semana?

Me jefe suspira mientras empieza con su relato. Su mujer, Gloria lo obligó a pasar el día fuera de casa. Primero de compras y después con las gemelas al cine y a cenar al Burguer King.

—Y cuando llegamos a casa me encuentro con que Gloria ha llamado a la canguro para que se quede con las niñas porque tiene ganas de salir a tomar algo y bailar. Esta mujer no sabe qué hacer para sacarme de mis casillas. — Se toma su tiempo en devorar uno de los bollos de la fuente de cristal de la mesa —. Ahora se ha apuntado a bailes de salón. No entiendo a esta mujer.

¿Querías algo, querida?

—Llevo unos días pensando en reorganizar el almacén. El viernes llegó el último pedido de material de oficina y Marta está demasiado ocupada. El almacén es un auténtico caos. No hay quien encuentre nada, por no hablar del polvo que se ha ido acumulando. Tengo el día libre, ¿te parece que me encargue de ello?

—¿Cómo van tus proyectos? ¿Estás cumpliendo los plazos?

—La obra de los señores Carbonell se retrasará una semana más. La señora Carbonell ha decidido cambiar de nuevo los muebles de la cocina y nos ha

pedido que preparemos una de las estancias de la planta baja en un estudio para la interna que acaban de contratar. Cocina incluida. El resto está todo bajo control.

—Los señores Carbonell son unos de nuestros mejores clientes, pero hay que reconocer que la mujer de Enrique es muy caprichosa. Tendrás que tener paciencia. No me extrañaría que cambiara de opinión y tuvieras que alargar el plazo de entrega una vez más.

—Se levanta del sillón con un esfuerzo descomunal debido a su sobrepeso y se sienta en su butaca, frente al ordenador. Verifica algunos datos y aparta la mirada de la pantalla para volver a mirarme—.

Ocúpate del almacén pero esta tarde visita la casa de los Carbonell para ver como van las obras, ¿les enseñaste ya el proyecto del estudio?

—Les preparé cinco proyectos diferentes. —Me acerco a su mesa y le pido que abra el correo que le envié con las especificaciones de todos y cada uno de los planos—. Han elegido el tercero. Un dormitorio doble con armario empotrado, un dormitorio de invitados que a su vez sirve de oficina, ordenador incluido. Aseo con ducha de hidromasaje. Y una estancia común para el salón-comedor y la cocina americana con barra para desayunos. Salida directa a la calle, garaje y jardín propio. El

contratista ya ha acabado la cocina de la planta de arriba, estamos a la espera de la entrega de la encimera nueva. Para recortar gastos hemos reutilizado los primeros muebles que había elegido la señora Carbonell y los hemos reorganizado en la cocina del estudio. El dormitorio principal y la oficina están listas a la espera de los muebles, al igual que el salón-comedor. ¿Quieres venir esta tarde conmigo?

Jaime rechaza mi invitación al tener que asistir a una reunión de accionistas. Vuelvo a mi oficina. Saco un viejo chándal del armario del aseo de mi oficina. Cuelgo mi vestido y me dirijo al almacén con mi nuevo atuendo. Tomo

una botella de agua de la nevera de la cocina y pido a Marta que desvíe las llamadas de mi oficina a mi móvil.

El almacén es un completo desastre. Vacío una de las estanterías por completo y me esmero en la retirada de las telarañas y el polvo acumulado por la falta de limpieza. Etiqueto los estantes para mejorar la búsqueda y recoloco todo el material de oficina, incluido el último pedido de Marta.

Retiro las telas, los catálogos y los botes de pintura de otra de las estanterías y hago el mismo trabajo que en la anterior. Separo las telas por colores y texturas y aparto de ellas las pinturas y los espráis. Reorganizo los



catálogos y las revistas y guardo el material de pintura en uno de los armarios. Consulto la hora, solo es la una. Vuelvo a la cocina en busca de la fregona para terminar el suelo, cuando Marta me interrumpe en mi trabajo.

—Sofía, hay un hombre en tu oficina. No tiene cita y no es uno de tus clientes habituales. Dice que está muy interesado en tus trabajos y que le gustaría hablar contigo sobre unas dudas que tiene en cuanto a la reestructuración de su apartamento.

—Que hable primero con Jaime, por favor, tengo mi ropa en mi despacho. Así me dará tiempo a cambiarme y poder reunirme con él.

Marta asiente y se pierde en el pasillo camino a mi despacho. Vuelvo al almacén, recojo mi móvil y Marta me avisa de que puedo volver a mi oficina sin peligro. Entro en el aseo, me retoco el maquillaje, me aseo todo lo que puedo y me alegro de tener toda clase de productos para estar lo más presentable posible. Vuelvo a vestirme, me subo a los tacones y me cercioro antes de salir que mis rizos no han perdido el control. Aviso a Marta por el teléfono de la oficina, enciendo mi ordenador una vez más, anoto en mi agenda personal y virtual la cita de esta tarde a la casa de los Carbonell y finjo ser profesional ante la inminente visita de un nuevo

cliente. Jaime entra en mi despacho y me lo presenta. No puedo creer lo que ven mis ojos.

—Querida, el Señor Vallés ha sido muy insistente en que trabajes para él y ha entregado una buena suma de dinero por tus servicios. Quiere invitarte a comer y a visitar su apartamento. —Se levanta de la silla y estrecha su mano con la de “mi cliente” que la acepta con educación —. Cancela tu visita a la casa de los Carbonell para mañana, así podré ir contigo para verificar como van las obras.

Mi jefe se pierde por el pasillo y nos deja a solas.

—Señor Vallés... ¿a qué estás jugando?

—Supongo que este no es el trato correcto para un cliente que acaba de desembolsar más de seis mil euros por pasar una tarde con la mujer que me va a cambiar la vida. —Me dedica una de sus sonrisas más espectaculares y acerca su silla aún más a mi mesa para que la distancia entre él y yo se acorte lo máximo posible—. La vida a mi apartamento, disculpa mi error.

—Ya basta, José. ¿A qué has venido? Estoy trabajando.

—Vi tu agenda. Hoy no tienes visitas, no te hagas la profesional conmigo. Solo quiero disfrutar de ti el resto del día. Mañana vuelvo a Londres.

—Eres un irrespetuoso. ¿Qué más

intimidades violaste mientras dormía? No puedo creer que seas tan impresentable.

—Estás haciendo esperar a tu cliente y no creo que a tu jefe le gustara perder el dinero que acaba de ganar. ¿No crees?

—Me sonrío una vez más y mi enfado va en aumento por cada segundo que pasa en mi oficina—. Vamos, no te hagas de rogar. Apaga el ordenador y recoge tus cosas, te tengo una sorpresa. ¿Has viajado mucho por Europa?

No me da opción a responderle, se levanta, abrocha su chaqueta y sale de mi despacho. Jaime estrecha su mano una vez más mostrando su pelotería ante su nuevo y millonario cliente, espera,

¿millonario? ¿Quién sino pagaría tal suma de dinero por unas horas de trabajo? Apago del ordenador, recojo mi agenda y teléfono, me cuelgo el bolso del hombro y salgo de mi oficina en busca de José. Jaime me guiña un ojo y celebra con una sonrisa de oreja a oreja la suma de dinero que acaba de recibir de parte del impresentable e irrespetuoso José.

Bajamos en el ascensor en silencio absoluto y me invita a subir a un BMW último modelo.

—Espera, iré contigo solo si me respondes a unas cuantas preguntas.

—Dispara.

—¿A qué te dedicas?

—Soy abogado. Tengo un bufete en un edificio de oficinas del centro de Madrid. Es parecido a este, pero mucho más grande. Aparte de la sucursal extendida en Londres, donde trabajo en estos momentos.

—¿Eres rico?

—Muy rico, mi padre es dueño de una cadena hotelera. Mi madre, profesora en la Complutense. Llevo todos los temas legales de la cadena. Entre mis clientes están las personas más ilustres y millonarias del país.

—¿A qué viene ese repentino interés en mí?

—Marcos me ha hablado muy bien de ti.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Creo que por hoy ya es suficiente, además, es casi la hora de comer y vamos a llegar tarde.

Me abre la puerta del BMW una vez más. No me molesto en preguntar a dónde me lleva. Ha dejado bastante claro que no va a contestar una sola pregunta más. Será Marcos quien responda a mi interrogatorio unas horas más tarde. Salimos del aparcamiento subterráneo y me esfuerzo en prestar atención en la dirección que tomamos cuando nos adentramos en la M-30. El tráfico es fluido y agradezco que mantenga una velocidad constante y que respete las limitaciones a pesar de conducir un vehículo de gran cilindrada.



No es que yo sea una gran entendida en motores, pero Víctor sí que lo era y se pasaba horas y horas hablando de coches. Recuerdo la rabia que le dio cuando se enteró que me había comprado un A3 mientras que él seguía con su Xsara de más diez años. He perdido la pista de la dirección que hemos tomado y me concentro a la espera de un cartel informativo que me de la información que tanto ansío saber. A-2, carretera de Zaragoza.

—Vamos a Torrejón de Ardoz, cerca de Alcalá. ¿Lo conoces?

—No salgo de Madrid muy a menudo. Me pierdo con facilidad.

Me olvido de la carretera y me pierdo

en mis pensamientos y los recuerdos vienen a mí. No conozco a este hombre en absoluto pero en cambio siento la necesidad de pasar el mayor tiempo posible a su lado, aunque por otra parte siento la urgencia de tomar la máxima distancia posible y olvidarme de que existe. Pero no puedo olvidar sus besos ni sus manos recorriendo mi cuerpo. Imposible olvidar nuestro baile y sus primeras palabras. Levanto la mirada y me encuentro con la Torre Eiffel ante mí. Lo miro deseosa de una respuesta que me explique que es este sitio. Una sonrisa es su única respuesta. Llegamos a un espacio libre y me atrevo a adivinar que estoy viendo la Fontana de Trevi

ante mis ojos sorprendidos. Recuerdo sus últimas palabras en mi oficina.

Hago memoria y recuerdo una conversación con Jaime y Marta en el que hablaban de un parque enorme que albergaba una serie de monumentos de toda Europa. Un enorme cartel me hace recordar el nombre de aquel lugar: Parque Europa.

—¿Preparada para dar un paseo por Europa? —Me dedica una de sus espectaculares sonrisas y me sorprende con un beso tímido en los labios.

—¡Estás loco! Llevo unos tacones imposibles.

Me indica que salga del coche y me lleva hasta el maletero, donde me

sorprende con una caja con el precinto puesto de unas Nike de paseo. ¿Me ha comprado unas deportivas? Retira el precinto y abre la caja y me sorprende con una versión de mis Nike favoritas en varias tonalidades rosas y moradas. No puedo disimular que me encantan. Me deja junto a mis zapatillas nuevas y se pierde en el asiento trasero. Segundos después reaparece con unas zapatillas de deporte, unos vaqueros desgastados y una camiseta de deporte a juego con las Nike que calza. Lo tenía todo planeado. Sabía que no me negaría a ir con él a donde quisiera y mucho menos, después de convencer a mi jefe con una sugerente suma de dinero. Se acerca hasta mí y me

apoya en el impoluto maletero. Toma mi cadera entre sus manos y me besa una vez más. Y cada vez que me besa me paraliza por completo. Saca las zapatillas de la caja y saca toda clase de papeles del interior de cada una de ellas. Abre una segunda bolsa y me muestra unos calcetines tobilleros de la misma marca. Se agacha y me ayuda a calzarme a pesar de que podría sentarme en uno de los asientos y enfundarme mi nuevo calzado yo misma. Termina su trabajo y me aparta del maletero dedicándome una mirada profunda a mi cuerpo entero.

—Perfecta. —Vuelve a recorrer mi cuerpo una vez más y me ofrece su mano

para empezar con la visita—. ¿Preparada para dar un paseo por Europa?

—¿Tú me has visto bien? ¿Vestido y deportivas? Tengo que estar horrible.

No espero a que me conteste. Rechazo su mano y busco en mi bolso el asa extensible para poder cruzármelo a modo de bandolera. Coloco mi bolso en su lugar y espero a que se decida a caminar y a pesar de que la había rechazado con anterioridad, toma mi mano sin previo aviso y me invita a caminar a su lado. La Puerta de Brandenburgo nos da la bienvenida en todo su esplendor. Busco mi teléfono con mi mano libre dispuesta a hacer una

y mil fotos de todos los monumentos que se abren a nuestro paso. Recupero mi mano y centro mi móvil para hacer una primera foto cuando descubro a José fotografiándome a traición. Lo miro sorprendida y lo insto a que deje de hacerme fotos. Toma mi cadera entre sus manos y me coloca de espaldas al monumento. Coloca su móvil a una distancia bien calculada y nos hace un primer selfie. Lo dejo hacer al ver su entusiasmo y sonrío a la cámara. Posamos de una y mil maneras más antes de seguir hacia el Muro de Berlín. Una gran tirolina nos sorprende de camino al Teatro Griego que se encuentra frente a un lago abarrotado de barcas. Una nueva

sesión de fotos en el Teatro y recorremos unos metros más para comprar un par de botellas de agua y degustar un helado casero, a pesar de que todavía no hemos comido. Continuamos con nuestro paseo e insiste en que me fotografíe junto al monumento de La Sirenita y dejamos atrás el Puente de Londres. En nuestro camino atravesamos un parque infantil atestados de padres y niños con bicicletas y cubos de arena. Llegamos a la Plaza del Olivo y descubrimos un lago con un Barco Vikingo en su interior. José bromea y me cuenta una historia vikinga que estoy segura se acaba de inventar. Seguimos nuestra visita hacia una cascada en la



que José vuelve a besarme y pide a un turista que nos fotografíe lo más acaramelados posibles. Cualquiera pensaría que somos novios y que estamos locamente enamorados... El calor sube hasta mi cara y noto que me sonrojo con mis pensamientos. Estoy segura de que sabe exactamente lo que estoy pensando cuando me atrae hacia su pecho, me sonrío y me besa una vez más. El sonido de la cámara me sorprende y veo que el turista continúa fotografiando nuestra romántica escena. Después de darle las gracias una y mil veces corremos hasta la Fontana de Trevi, donde José me obliga a tirar un par de monedas de espaldas como manda la

tradición y tras unas cuantas fotografías más, caminamos hacia el David de Miguel Ángel. Provoco las risas de José y del resto de los visitantes cuando cubro con mis manos las vergüenzas del David. Y me sorprendo a mí misma alegre y divertida ante la sorpresa de mi inexistente cliente.

La Torre Eiffel nos sorprende con una próxima e inminente puesta de sol y me recuerda que no hemos comido aún. Consulta la hora en mi reloj. ¿Son las cinco? Pierdo la noción del tiempo con este hombre a mi lado y soy consciente de que estoy disfrutando al máximo de cada uno de los segundos que paso a su lado. Repetimos unas fotos semejantes a

las de la cascada y encuentro a unas chicas observando cada uno de los movimientos de mi hombre. ¿Mi hombre? Esto es de locos. Estoy perdiendo la cabeza, bien por el hambre o por el calor o porque en realidad, este hombre me está llevando a la locura con cada una de sus decisiones. Lo sorprendo besándome a traición y me despierta de mis pensamientos. Me obliga a enroscar mis brazos entre su cuello y lo dejo hacer cuando me besa con dulzura y determinación. Es un beso largo y apasionado. No me lo puedo creer. Se retira de mí y me deja temblando cuando desaparece a mis espaldas para dar las gracias a una de

las chicas que nos estaban mirando y recuperar su teléfono móvil.

Caminamos en silencio y tomados de la mano hacia un nuevo monumento y en este caso es él el que cubre las vergüenzas del pequeño Manneken Pis. Le tomo varias fotos y continuamos con nuestra visita hasta llegar a la Plaza de España. La enorme fuente central iluminada con láser azules, alberga todas y cada una de las banderas que forman la Unión Europea. Una nueva sesión de fotos toma protagonismo frente el Atomium. Caminamos a la vez que verifico que todas las fotos han sido tomadas correctamente y muestran nuestra alegría y entusiasmo. Llegamos a

la Puerta de Alcalá donde un grupo de chinos o japoneses no paran de tomarse fotos de una y mil formas. José me arrastra a su lado y nos fotografiamos con ellos entre risas. Dejamos atrás a nuestros amigos y caminamos hacia el monumento portugués La Torre de Belém donde un grupo de pequeños disfrutaban de un diminuto estanque en unas mini barcas. Retrocedemos nuestros pasos hacia un paseo de flores donde José me aborda con más fotos hasta que llegamos al Puente de Londres. Disfrutamos de las vistas y del sol que cubre por completo la Torre Eiffel. Tomo varias fotos y José me cuenta una divertida anécdota en su primer paseo por Londres. Volvemos a

centrarnos en nuestro recorrido interminable y consigo convencerlo de detenernos en la terraza y comer algo. Pedimos un ligero picoteo. Una hora después continuamos con nuestra visita. Cruzamos el Puente de Van Gogh y probamos suerte en el puesto de tiro con arco donde fracasamos en el intento. Terminamos nuestra visita y las eternas sesiones fotográficas con Los Molinos holandeses. Antes de marchar disfrutamos de una vista panorámica desde el mirador y José toma una última foto conmigo disfrutando de las vistas. Tomo asiento en el BMW agotada. Consulto mi reloj, son más de las ocho. Hace más de una hora que mi horario

laboral ha finalizado.

—¿Tendré que pagarle unas horas extras a tu jefe?

No me permite contestar, me ayuda a abrocharme el cinturón y acerca su rostro al mío y vuelve a besarme. Está completamente desatado con sus besos pero no me molesto en rechistar. Sé perfectamente que me besará cuándo y dónde quiera.

—Muchas gracias. —Lo miro y le sonrío agradeciéndole una vez más su sorpresa—. Tengo que reconocer que me has sorprendido.

—Gracias a ti por venir conmigo. He pasado una tarde impresionante. Ya estoy deseando volver. — Posa su mano

en mi rodilla desnuda y me la aprieta ligeramente a la vez que me dedica una de sus maravillosas sonrisas—. Te mandaré las fotos por e-mail.

Abre uno de los compartimentos secretos del BMW y me hace entrega de una tarjeta.

—Ahí tienes todos mis datos. Número personal y de la oficina tanto de Londres como de Madrid. También el de mi apartamento. En Londres vivo en una suite de un hotel, tienes apuntado por detrás todos los datos y la extensión directa. Mi correo y perfiles de redes sociales. Telegram, whatsapp y direcciones. No la pierdas. —Devuelve su mano a mi rodilla mientras mantiene



la mirada fija en la carretera—. Como imaginarás tengo todos tus datos... No te enfades conmigo, ¿vale?

Me guiña un ojo y vuelve a fijar la mirada en la carretera. Hora y media después llegamos a mi barrio. Detiene el BMW frente al portal y en doble fila. Saca su móvil y recordamos las fotos que nos hemos tomado hace unas horas. Elige como fondo de pantalla la imagen que el turista nos tomó besándonos bajo la cascada. Lo miro y una sonrisa me descubre. Acaricia mi cara y me besa una vez más. Se extiende en cada conversación que inicia a cada foto que aparece ante nuestros ojos con la única intención de mantenerme a su lado. Lo

dejo hacer, la verdad es que yo tampoco quiero irme. Mañana vuelve a Londres y me apena la realidad de no volver a verlo hasta dentro de un mes. ¿Me estoy enamorando de este hombre? Apenas lo conozco, ¿qué estoy haciendo con mi vida? Decido que ha llegado la hora de despedirnos cuando un miedo atroz recorre mi cuerpo y mi mente.

—Sé qué estoy abusando demasiado pero, ¿podría invitarte a cenar? —Sus ojos albergan esperanza y sus manos se entrelazan entre las mías para no perder el contacto entre ambos.

—José, mañana trabajo y tú te marchas... además, estoy cansada. Sus ojos me ruegan que le dé la

oportunidad de pasar unas últimas horas a mi lado y cedo bajo su mirada y sus caricias.

—Te recojo en una hora.

Bajo del BMW y me despido con la mano antes de perderme en el interior del portal. Saludo al portero y subo en el ascensor hasta el ático. Encuentro una nota de Marcos informándome de que ha salido y me pide que le escriba cuando llegue a casa. Dejo mi bolso y la cartera en la entrada y de camino a mi dormitorio escribo un whatsapp a mi amigo, contándole sin dar muchas explicaciones y obviando ciertos detalles los últimos acontecimientos. Recibo la contestación antes de soltar el

teléfono sobre la cómoda y encuentro el icono de la flamenca multiplicada en varias ocasiones.

Me adentro en la ducha y me esfuerzo con mi pelo que está lleno de polvo y arena del parque. Me seco los rizos y me los recojo en una coleta alta. Me maquillo ligeramente y salgo derecha al vestidor. Me enfundo unos vaqueros pitillo y una camisa sin mangas color azul. Me calzo mis zapatillas del mismo color adornadas con una textura floral y cambio mis pertenencias a un bolso vaquero que compré en un mercadillo el verano pasado. Mi teléfono vibra en mis manos. Es José.

Bajo por las escaleras tras la larga

espera del ascensor. Me urge verlo de nuevo. Atravieso el portal y lo encuentro aparcado en el mismo sitio donde me dejó, apoyado en el coche, y me sorprende con una orquídea. En esta ocasión soy yo quien lo beso. Y su sorpresa me hace reír. Está guapísimo. Lleva otros vaqueros en un tono grisáceo y una camisa blanca que quita el hipo. Abre la puerta del coche y me invita a subir.

Recorremos Madrid hasta que llegamos a uno de los hoteles más distinguidos del centro.

—No puedo entrar ahí con estas pintas.

—Te aseguro que sí que puedes.

Entrega las llaves del coche a un chico

trajeado que lo saluda amablemente y me dedica una mirada cómplice. Lo miro a la espera de una explicación, cuando recuerdo nuestra conversación antes de acceder a ir con él. Su padre... Una comitiva de trabajadores correctamente uniformados, nos da la bienvenida y nos dirigen hacia uno de los ascensores que van directos a una de las terrazas privadas del hotel con las mejores vistas de Madrid que uno pueda imaginar.

—¿Han cerrado la terraza para nosotros?

—Y me he permitido el lujo de elegir nuestra cena. —Toma mi cintura entre sus brazos y me acerca hasta el mirador

— Disfruta de las vistas...

Un camarero nos sirve a ambos una copa de champán, mientras que el propio cocinero nos muestra una serie de succulentos platos con una presentación exquisita. Cenamos totalmente en silencio y disfrutando de la noche madrileña y los servicios de un hotel de lujo. El postre, un volcán de chocolate despierta a José de su silencio. La conversación está tomando un cariz que me asusta. Necesito hablar y detenerlo antes de que sea demasiado tarde.

—José —lo interrumpo, me limpio con la servilleta de tela de un reluciente blanco y me levanto hasta llegar a su lado—. Ha sido un día maravilloso.

Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien... La visita al parque... no tengo palabras para agradecerte ese detalle...

—Pero... —en este caso es él quien me interrumpe a mí.

—Pero estamos yendo demasiado deprisa. No estoy preparada para tener una relación y algo me dice que es lo que esperas de mí... —Tomo aire con la intención de llenarme de valor y continuar con mi alegato—. Apenas nos conocemos... y me siento incapacitada para confiar en un hombre después de lo que pasé con mi ex... No puedo aunque he de reconocer que me gustaría.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para conocernos. —Toma mis manos



entre las suyas y entrelaza nuestros dedos acercándome a él y provocando que lo mire—. Marcos no paraba de hablar de ti, llegué a pensar que le gustabas hasta que descubrí que te quería como a una hermana. Había oído hablar tanto de ti que sentí curiosidad. Busqué tu perfil de facebook a través del de Marcos. Eras tal y como te había imaginado. Y ahora que he tenido la suerte de pasar unas horas a tu lado tengo más claro que nunca, que eres la mujer de mi vida.

Me aparto de su lado sin dar crédito a sus palabras. ¿Cómo puede decir algo así? No tiene lógica alguna. ¡No puedes enamorarte de alguien que no conoces

dejándote guiar por los comentarios de un amigo en común! Sería una estupidez por mi parte no reconocer que siento algo por él, quizás sea atracción pero no puedo negarlo. Y tampoco puedo negar que no estoy en absoluto preparada para empezar una relación en estos momentos. Sé que ha pasado un año desde que lo dejé con Víctor pero sigo sin confiar en los hombres. Nuestra relación se basó en la mentira. Si a Víctor lo conocía a la perfección y tuvo el valor de hacerme sufrir de aquel modo, ¿qué será capaz de hacerme José? No le conozco en absoluto. Necesito tiempo, necesitamos tiempo para conocernos y espero que él esté

dispuesto a dárme lo.

—Solo necesito tiempo... —Fijo la mirada en sus profundos ojos grises—. Me siento frustrada al ver una relación de tantos años acabada. No te equivoques, no siento nada por él. Pero sus mentiras me afectaron y a pesar de que me hice la dura, tengo que reconocer que todo aquello me ha provocado una inseguridad que me produce un miedo atroz a que me vuelvan a fallar.

—Te daré el tiempo que me pides pero necesito ver que quieres intentarlo, necesito saber que estamos juntos en esto y que no intentarás separarme de ti. ¿Puedes prometerme que lucharás contra tus miedos y me dejarás formar parte de

tu vida?

No soy una chica de promesas, me dejo llevar por mi intuición y actúo bajo impulsos y sensaciones. Mi madre siempre ha criticado esa forma de ser pero el porcentaje de error es mínimo. A decir verdad mi único error en la vida ha sido Víctor. Sí, soy joven pero mi forma de ser me ha llevado al éxito. Me ha dado unos amigos estupendos, una familia aún mejor y un trabajo que me da la vida. Mi tarea pendiente... el amor.

A pesar de todo no echo de hemos tener una pareja estable. Hasta que conocí a José no pensaba en los hombres en absoluto. Solo quería aprovechar mi soltería y disfrutar de mi solitaria vida.

Estaba decidida a estar un tiempo sola y no buscar el amor. No tengo la necesidad de tener un hombre a mi lado para ser feliz. Aunque el nombre de José se cuele sin previo aviso en mis pensamientos más íntimos.

Detiene el BMW en el espacio libre que hay frente al portal del ático, se desabrocha el cinturón de seguridad y baja el volumen de la radio hasta que es apenas un leve susurro. Hace lo propio con mi cinturón y me libera, hasta que es él quien me atrapa entre sus brazos. Nos abrazamos en silencio. El tiempo se ha detenido en este preciso instante. Podría estar horas sin separarme de él. Pero mi intuición me obliga a abrir los ojos y

mirar disimuladamente el reloj del navegador. ¿Las dos de la mañana? Llevo unos días de locos sin dormir y me estoy engancho al café solo. Si no me muevo, mañana será un día duro con sueño y litros de café corriendo por mis venas.

Me separo ligeramente hasta que incumple su promesa y me besa una vez más en los labios. Le dedico una mirada de desaprobación y aparta su mirada con culpabilidad.

—Volveré para la próxima feria. Sé que los viernes quedas con tus compañeros de la oficina y que el domingo vas a casa de tus padres... Será complicado vernos porque el sábado se lo dedico a

los chicos y el domingo a mi familia. ¿Sería posible que me dedicaras el viernes? Puedo recogerte en el trabajo, iremos a cenar y al cine o al teatro. ¿Te parece?

Asiento y desaparezco en el interior del portal. Subo el ascensor recordando mi día con José. Cuando llego al ático me sorprendo con una enorme sonrisa en mis labios.

Dejo el bolso en el recibidor. La luz de la habitación de Marcos está encendida. Llamo y espero a oír su voz para entrar. Él mismo me abre la puerta y me invita a entrar. Me dejo caer sobre su cama, se sienta frente a la pantalla plana de su ordenador y escribe a través de su

teclado inalámbrico. Me aborda a preguntas y me cubro la cara con las manos agotada y cedo a su interrogatorio. No me molesto en ocultar ningún detalle. Su cara mantiene una expresión de asombro a lo largo de mi relato.

Lo escucho y disfruto de su entusiasmo por la presentación y éxito de su primer videojuego.

Para cuando termino de hablar con mi amigo son las tres de la mañana. Me arrastro hasta mi dormitorio. Me desmaquillo y me hundo en la calidez de mis sábanas.

Estoy a punto de quedarme dormida, cuando mi teléfono resplandece y me



avisa de un nuevo whatsapp. Descargo la imagen que recibo y me quedo hipnotizada por nuestra foto bajo la cascada. Un texto reaparece en la pantalla.

“Ya te echo de menos”.

Y me duermo con la imagen y sus últimas palabras en mi mente...

## 6

Tacho el último día del calendario con un rotulador que encuentro en el bote de los bolígrafos de la cocina y cuento los días que quedan para las vacaciones. Encuentro el día quince rodeado de un círculo enorme. Es el día que nos vamos

a Orihuela y caigo en la cuenta de que la próxima visita de José a Madrid me pillaré de vacaciones. Marcos me observa nerviosa desde el otro lado de la cocina...

—No sé si vendrá exactamente esa semana. En Agosto no hay feria, supongo que vendrá cualquier otro fin de semana. Habla con él, seguro que no lo recuerda. Suele ser su secretaria la que le organiza los viajes según el calendario de ferias...

Doy un beso en la mejilla a mi amigo en modo de despedida y escribo a José camino de la puerta para ir al trabajo. Recibo una llamada suya antes de llegar

al garaje y perder la cobertura.

—No creo que pueda viajar este mes a Madrid. Acabo de recibir la agenda de agosto y tengo la primera quincena atestada de reuniones y entrevistas. Mi padre quiere reunirse conmigo en Francia a mediados y para esa fecha ya estaréis en Orihuela. Podría intentar escaparme la última semana y coincidir con vosotros los últimos días pero mi madre quiere que pase ese fin de semana con ella. Es casi imposible que nos veamos este mes.

Le echo de menos, y la situación no me ayuda en absoluto. Podría visitarlo en Londres pero deshecho esa opción al

instante.

Paso las semanas más centrada que nunca en el trabajo. El proyecto de los señores Carbonell ha finalizado y este fin de semana nos han invitado a Jaime y a mí a la gran inauguración. Gloria, la mujer de Jaime se ha autoinvitado, detalle que ha disgustado a mi jefe que pensaba divertirse y porque no tomarse unas copas. Tendrá que reservarlo para otra ocasión.

A menudo me pregunta por aquel cliente misterioso y millonario que le entregó una alta suma de dinero por un poco de mi tiempo.

—No me lo quito de la cabeza, querida. Te contrató durante unas horas por una buena suma de dinero. Y solo porque tenía unas dudas de decoración, cosa que podría haber solucionado por Internet. —Se toma su tiempo para pensar y vuelve a soltarme la misma frase una vez más—. O le sobra el dinero o está muy interesado en pasar tiempo contigo...

Después se levanta y se pierde en el pasillo de vuelta a su oficina.

El hecho de estar trabajando en un nuevo proyecto que descartó Marisa, una de las trabajadoras más antiguas de la oficina, me tiene de lo más entretenida. En esta ocasión me encuentro en un

lujoso piso del barrio de Chueca. Mi nuevo diseño no tiene nada que ver con los trabajos que suelo hacer y me extraña mucho que Jaime no haya recurrido a Nico para este tipo de trabajo. El estilo de decoración elegido por Adrián y Micky, un matrimonio joven y dinámico, requiere de una amplia gama de colores con los que no me siento muy cómoda. Rosa chicle, azul cielo, verde manzana y rojo son los colores principales del Kitsch a lo que podemos añadirle una serie de texturas que nada tienen que ver entre sí... pieles sintéticas, alambre, cristal, plástico y papel... estampados y objetos de lo más llamativos y originales. Una mezcla de

elementos antiestéticos y chillones de muchos colores y formas.

—¿Por qué Jaime no te habrá entregado este diseño a ti? A mi no me pega nada, en cambio contigo... Micky y tú sois iguales.

—¡Por Versacce y Armani bella! ¿En qué se parece esa loca a mí? Es más cursi que un chihuahua teñido de rosa.

Sin quererlo mi amigo y compañero de trabajo ha dado en el clavo. Al principio intentaba contener mis impulsos con él pero desde que impuso la norma de los viernes de fiesta soy libre y desato mi risa escandalosa bajo la mirada estupefacta de Nico.

—Me tratas fatal, con lo sensible que

estoy después de mi ruptura con J. — Intenta llorar pero finge de pena. Después de ayudarme con las telas y la pintura regresa a su despacho para continuar con sus proyectos.

La fiesta en la casa de los Carbonell ha sido bastante aburrida, aunque muy productiva. Muchos de los amigos del matrimonio se han interesado en mi trabajo y han solicitado mis servicios para hacer varios cambios en sus casas de lujo. He perdido a Jaime de vista, pero el pobre está tan pendiente de que Gloria no lo deje en ridículo que apenas tiene tiempo para centrarse en mis nuevos posibles clientes que le convertirán en un hombre un poco más



rico. Adoro a mi jefe pero he de reconocer que le ciega el dinero.

## 7

Al fin ha llegado el bendito día. Tengo mis maletas preparadas y muchas ganas de playa y de mojitos. Definitivamente José no va a poder venir con nosotros a la playa. En este mes se le han multiplicado los casos y su padre necesita de sus servicios ahora más que nunca. Con la llegada del verano sus hoteles están al máximo de reservas y el trabajo de José se divide por varios puntos de España y del extranjero.

He conseguido convencer a Marcos para no llevar mi Audi y finalmente ha accedido a que viajemos en su coche. Susana y Alfredo viajan con Mario en el Mini de ella. Marga y Fede nos acompañan en el Golf y Rosi ha decidido ir por su cuenta con una nueva conquista.

Llegamos al chalet antes de lo previsto y la casera nos recibe con una caja de pasteles y otra de fruta. Nos enseña el chalet que está separado en varias estancias.

—No tenemos garaje cubierto pero en esta zona entran al menos cinco coches pequeñitos como los vuestros. A mano

izquierda tenéis la alacena y el estudio, ideal para una parejita que sea más independiente. Tiene su propia cocina y puede disfrutar de la mesa de obra que tiene frente a la puerta de entrada. —La señora con un curioso acento nos guía por la parte trasera de la finca—. Y aquí tenéis la piscina y la zona del bar y la barbacoa. Por detrás, girando al final de la piscina a la derecha está la zona de lavado. Tended allí la ropa, desde la cocina hay salida directa.

La seguimos en el tour por su casa y subimos una pequeña escalera hasta una amplia terraza ataviada con una mesa para unos diez comensales, además de una zona de relax con un sofá de tres

plazas, sillones y una mesa central de cristal abarrotada de flores de todos los colores existentes.

Nos invita a pasar al interior de la casa a través de una gran cristalera que da paso al salón-comedor y la cocina americana.

—Os he dejado de todo para que cocinéis bien rico. La nevera ya está encendida y os metido unas botellas de agua. ¡Aquí hace mucho calor! — Nuestra guía abre una puerta que conduce a un largo pasillo—. En esta planta hay una habitación de matrimonio con cama doble y baño en suite. Otra habitación de matrimonio con camas

separadas y una habitación individual con literas.

En ese mismo instante los chicos eligen las habitaciones y me confinan sola a la planta de arriba y a Rosi y su última conquista al estudio.

Mi sorpresa ha sido mayúscula cuando Marga y Fede han decidido quedarse con la habitación de matrimonio de camas separadas.

El capullo de Marcos me ha abandonado y se ha quedado con la litera de arriba del dormitorio en el que dormirá con Mario.

Después de ver el servicio y la zona de lavado, subimos una escalera hasta la planta de arriba que ha transformado en un pequeño apartamento con una pequeña cocina compuesta por nevera, microondas, fregadero y barra para desayunos sin separación alguna del salón que al igual que la planta de abajo también dispone de una terraza con una relajante zona chill out y unas vistas maravillosas de la playa.

Aprovecho que he cargado a Marcos a modo de venganza por abandonarme con mis maletas y le pido que las deje en el dormitorio con una cama de matrimonio y aseo con jacuzzi incluido.

—Marga, ¿por qué no os subís vosotros aquí? ¿No estaréis más cómodos?

Fede me insiste en que me instale en esta planta y aprovecho la subida de escaleras para deshacer mis maletas y que Susana y Marga se encarguen de entregar la fianza a nuestra amable casera.

Las voces de Marcos desde la planta de abajo me despiertan de mi profundo sueño. Me urge a que me reúna con el resto que están a punto de comer en la terraza.

—¿Y Rosi? ¿Sabéis algo de ella y de su nueva presa?

—No le presté mucha atención pero creo que lo ha conocido en el

gimnasio... Y no tengo la menor idea de la hora a la que iban a salir de Madrid, lo único que sé es que tenía que esperar a que saliera del trabajo —me explica Susana antes de volver a meterse el tenedor cargado de ensalada en la boca. —Pues por mí como si no viene, cada día me gusta menos cómo se comporta. Las palabras de Mario nos dejan atónitos. Tanto Fede como él han sido un icono principal en el grupo porque han aportado la timidez y seriedad que necesitábamos para no cometer grandes locuras en la adolescencia. A pesar de estar centrada en mis pensamientos y del silencio que nos rodea puedo apreciar las miraditas cómplices que se dedican



Fede y Marga. Aquí ha pasado algo y tanto Susana como yo estamos más que impresionadas con este cambio de última hora. Recuerdo que en la boda los encontré la mar de acaramelados y a Fede muy pendiente de nuestra amiga, ¿estarían ya juntos en la boda? Quiero detalles y espero sonsacarle toda la información en plena siesta, mientras los chicos juegan con sus videojuegos.

Como las chicas han cocinado recojo la cocina y enciendo el lavavajillas, sirvo café y saco unos pasteles de la caja con la que nos ha recibido la dueña de la casa. Los chicos ya han ocupado todo el salón con la play station y decenas de videojuegos repartidos por todas partes.

Por suerte, tenemos un salón para nosotras solas en la planta de arriba. Cuando nos disponemos a subir cargadas con los cafés y los dulces nos sorprende el sonido del timbre de la entrada. Susi y Marga están a media escalera y los chicos no tienen intención alguna de levantarse. Suelto los bollos en la isla central y me dirijo a la puerta de la calle. Rosi ya ha llegado, ¿quién será el afortunado que la acompaña? Abro la puerta y no puedo creer lo que ven mis ojos. José me rodea entre sus brazos y me da un largo abrazo. Me levanta del suelo y en esta ocasión me besa en la mejilla. De nuevo a su lado pierdo las fuerzas para hablar y me

dedico a mirarlo para asegurarme de que estoy en lo cierto de lo que ven mis ojos. Me devuelve al suelo y antes de que se separe de mí, soy yo quien vuelve a abrazarlo y lo beso en los labios dejándome llevar por la alegría que me he llevado al verle. Consciente de mi comportamiento me aparto y automáticamente me llevo las manos hasta mi boca como si aquello sirviera de algo. Me dedica una de sus mejores sonrisas y me acaricia la cara. Mi primera impresión estaba equivocada, seguimos esperando a Rosi.

—Tranquila, no voy a hacer nada que tú no quieras. Además, yo no te pedí tiempo. Puedes besarme tantas veces

como quieras... —Su sonrisa aumenta mostrándome su dentadura perfecta.

Lo invito a entrar. Las chicas bajan la escalera para recibirlo y los chicos dejan la partida para imitarlas. Increpo a Marcos y lo llevo hasta su dormitorio tras escuchar varios comentarios que han provocado en mí cierta desconfianza.

—Vosotros sabíais que iba a venir, ¿verdad? —La media sonrisa que ha aparecido en su cara lo delata—. ¡Eres un capullo integral! Me dijiste que no había feria y que no sabías cuando iba a volver para engañarme. Lo único que has conseguido es que lo eche de menos hasta el punto que me ha dolido el saber

que no iba a volver a verlo hasta septiembre.

—Has dado en el clavo, amiga... —Me guiña un ojo y desaparece.

Me siento en la cama y acabo por tumbarme. Los recuerdos vienen a mí y todo empieza a cuadrar en mi mente. Ha hecho todo lo posible y más para que lo echara de menos, para que necesitara verlo para asestarme el golpe final con una visita sorpresa y disparar mi alegría hasta tal punto que en esta ocasión sería yo la que lo besaría a él. No se si enfadarme o si sentirme alagada por todo lo que está haciendo para enamorarme.

Es hora de salir de la habitación y

enfrentarme a la situación, además, me muero por verlo y estar con él...

Lo sorprendo subiendo las escaleras maletas en mano.

—¿Dónde vas con eso?

—Duermo arriba, contigo.

¿Cómo? No pienso dormir con él. Mentiría si dijera que no me ha gustado verlo, mentiría si no reconociera que me muero por besarlo pero de ahí a pasar una noche con él... ¿nos hemos vuelto todos locos?

—Sube y hablamos...

—Pero José...

—Sube y calla —me ordena tajante antes de darse la vuelta y continuar escaleras arriba.

Lo sigo con paso firme y urgencia para que me explique esta locura de decisión. Deja las maletas cerca de la barra de desayuno y echa un vistazo a la estancia. Abre la nevera y toma una botella de agua, se llena un vaso y se lo bebe de un trago. Desde el último escalón de la escalera vigilo todos y cada uno de sus movimientos hasta que se dirige a mí, me coge una mano y me deja en el sofá, se sienta a mi lado y me atrae contra su pecho. Estamos abrazados sobre el sofá durante unos minutos interminables pero yo estoy deseosa de respuestas y rompo el abrazo. Me levanto del sofá para mirarlo fijamente a los ojos pero él tira de mí y me devuelve a su lado y al sofá.

—Bueno, vamos a ver... parece que te debo una explicación. —Se toma su tiempo y con gran facilidad me coge en brazos y me sienta sobre sus rodillas mientras acaricia mi pierna desnuda por el pantalón corto que llevo desde que me cambié de ropa al deshacer mi maleta—. Me pediste tiempo y creo que mi comportamiento está siendo correcto. Al menos no he tenido ninguna queja... eso no quiere decir que yo no te vaya a “ayudar” a que me echés de menos. Marcos me está ayudando bastante, ¿recuerdas la llamada en la que te dije que no podría viajar este mes? Era mentira, Marcos me había comentado lo de vuestras vacaciones y adelanté todos



los trabajos que pude para poder venirme de vacaciones y pasar unos días contigo.

»Teníamos un grupo de whatsapp en el que participábamos Alfredo, Susana, Marcos, los hermanos y yo. Susana subió las fotos de la casa y como la cosa está bastante tensa con Rosi, decidimos confinarla al estudio y les pedí que te dejaran la segunda planta para cuando yo llegase poder subirme aquí contigo. Puedes estar tranquila, el sofá se convierte en cama. Yo dormiré aquí. Si he elegido esta habitación para los dos es porque quiero pasar el máximo tiempo posible contigo. No voy a forzarte, me pediste tiempo y te lo daré,

pero no puedes prohibirme que quiera disfrutar de ti y de tu compañía.

La explicación de José me tranquiliza y me preocupa a la vez. ¿Cómo voy a consentir que duerma quince días en un sofá? Es algo que no puedo permitir aunque la idea de dormir en la misma cama tampoco me entusiasma. ¿Cómo le digo a alguien al que le he pedido tiempo que pase la noche conmigo?

—¿Cómo vas a dormir en el sofá? —Me sorprende a mí misma cuando mis palabras salen disparadas de mi boca y me arrepiento de lo que acabo de decir al instante—. Puedes dormir conmigo, somos adultos y sabemos que límites no debemos traspasar.

Su sonrisa y mis últimas palabras me bloquean y pierdo la capacidad de hablar una vez más. A pesar de la situación incómoda que acabo de provocar, me niego a separarme de él y mantenemos nuestra posición hasta que nuestros amigos nos llaman para bajar a la playa.

Elijo de entre el montón de bikinis el de estilo marinero que me compré en las últimas rebajas a juego con el vestido, las chanclas y el bolso. Me desmaquillo y descargo el contenido de mi bolso en la bolsa playera.

Para cuando salgo del dormitorio José ha desaparecido de la planta de arriba.

Llegamos a Playa Flamenca y me alegro

enormemente de que no haya demasiada gente y de que el mar esté tranquilo. El recuerdo de mi lucha por intentar nadar sin tragar litros y litros de agua salada me lleva a las primeras vacaciones que pasamos juntos en la playa de San Juan. Era la primera vez que salía de Madrid sin la compañía de mis padres y mi relación con Víctor acababa de empezar. Alquilamos varios bungalows en un camping cercano y a pesar de que solo estuvimos una semana disfrutamos mucho y exprimimos los días pero sobre todo las noches recorriendo las discotecas y bares de la zona.

El roce de unas manos me despierta de mis pensamientos. Las manos de José

recorren mi espalda hasta que se detienen en las tiras de mi bikini.

—Si no te echo crema, te quemarás...

—Su sonrisa picarona me alerta de lo que está tramando—. Cuidado, voy a desatar el nudo...

Sujeto la parte delantera de mi bikini y lo dejo hacer. Sus manos recorren cada centímetro de mi espalda que masajea con gran profesionalidad. Cualquiera diría que haya estudiado para esto. Y con ese pensamiento caigo rendida en un sueño profundo.

El calor me despierta y me encuentro que todos, excepto Mario, han

desaparecido.

—Han ido a bañarse.

Observo a Mario sobre su hamaca con el mismo semblante serio de siempre. Sus gafas oscuras ocultan sus ojos y la vista perdida en el mar. Recuerdo sus palabras en la comida de este mediodía y me pica la curiosidad, me gustaría preguntarle pero un cuerpo lleno de músculos me rodea y me alza sobre su hombro.

—¡José, bájame! ¿Qué se supone que estás haciendo? Me estás empapando.

Mis palabras se pierden en el fondo del mar. Las risas descontroladas de mis amigos resuenan en mis oídos e intento buscarlos pero la ancha espalda de mi

secuestrador me impide ver más allá.

—¿Quieres que te baje? —Su cintura ha desaparecido bajo el agua. No quiero entrar al agua así, necesito mi tiempo—.

A la una...

—José, no, por favor. Llévame a la orilla. —Pataleo sin ningún resultado, sus musculosos brazos me rodean e impiden cualquiera de mis movimientos.

—A las dos...

Antes de que termine su cuenta atrás, me suelta en el agua que está a punto de llegarme al pecho. El frío recorre mi cuerpo y siento escalofríos a pesar de que José no para de abrazarme. Le doy un empujón y escapo de sus brazos. Nado sin parar para entrar en calor. Sé

perfectamente que me ha dejado ir, mi empujón no es más que una insignificante caricia. Está claro que se cuida y que pasa varias horas en el gimnasio. Estoy agotada pero decido seguir nadando hasta llegar a la bolla más cercana y me arrepiento de no usar más a menudo las maquinas que compré para el mini gimnasio que preparé en el cuarto de baño de mi habitación. Aseguraría que Marcos lo ha usado más que yo. Atrapo la bolla y deajo caer la cabeza sobre ella. El esfuerzo me tiene totalmente agotada y el solo hecho de pensar, que tengo que volver a recorrer la misma distancia para regresar a la orilla, me desespera. Desde la arena,



Marga y Susana me saludan mientras que los chicos juegan con las palas. Encuentro a José y nuestras miradas se hacen una. Los rayos de sol y las gotas de agua cubren su musculoso cuerpo. Este hombre es demasiado atractivo y me temo que está haciendo todo lo posible para que me fije en él. A decir verdad sí que está incumpliendo su promesa presionándome en silencio, aunque él tiene razón, no puedo culparlo por querer pasar tiempo conmigo y de paso conquistarme. El cansancio abandona mi cuerpo y me decido a regresar a la orilla. Mis brazos doloridos están a punto de fallarme cuando mis pies consiguen rozar la

arena con los dedos. Permanezco en el agua de cintura para abajo muy cerca de José y provoco con mis movimientos, que no deje de mirarme. Mi pelo rizado está más rebelde que nunca. Decido ignorar ese hecho y me lo atuso con ambas mano mostrando mi pecho y mi vientre plano. Con un leve movimiento de cabeza busco a José y lo encuentro con su mirada fija en mí y la respiración agitada. Mi juego ha terminado. Camino hacia la orilla hasta que José me detiene y me devuelve al interior del mar. Estoy a punto de perder el contacto con la arena cuando me obliga a enredar mis piernas en sus caderas. El agua cubre nuestros cuerpos sumergidos. Sus

manos, hundidas en mi cintura me aprietan aún más contra su pecho y nuestras respiraciones se agitan a compás.

—No juegues conmigo o tendré que castigarte. —Ataca mi boca con voracidad. Hasta hoy no me había besado así.

Hasta ese preciso momento sus besos habían sido tiernos y apasionados. Mi lamentable espectáculo ha provocado en él ira y frustración. El beso interminable me deja sin aliento y en un ligero movimiento se deshace de mis piernas y se aparta de mi lado nadando hacia el interior del mar. Me quedo helada y a punto estoy de hundirme. Sus palabras

vuelven a mi mente. ¿Él puede provocarme pero yo a él no? Me dispongo a salir de nuevo y regreso a la playa intentando esconder mi enfado. Los chicos disimulan a pesar de que lo han visto todo. Me cubro con mi toalla y no dejo de caminar aquí y allá par intentar calmar mis nervios. Cuando estoy seca completamente suelto la toalla sobre la arena y me encamino a dar un paseo por la orilla. Mis nervios no me han abandonado y no quiero ser yo la culpable de joder las vacaciones. La gente empieza a desaparecer cuando la puesta de sol es inminente. Retrocedo sobre mis pasos más calmada. Susana me saluda y me apresura para que me

acerque a ellos que ya han empezado a recoger.

## 8

Pocas noticias nos llegan desde Madrid sobre el paradero de Rosi. Susana ha empezado a preocuparse y ha contagiado su preocupación al resto del grupo. A pesar de que por una parte preferiría que no viniera, me decido a ponerme en contacto con ella. Y aunque soy yo la que la busco a ella, es a Susana a la que llama para informarla que se les ha hecho tarde y que saldrán mañana.

Los días de verano en Orihuela pasan

demasiado de prisa aunque por otra parte estoy deseando que lleguen a su fin. Las vacaciones no marchan como ninguno de nosotros esperábamos. Como era de esperar Susana y Alfredo huyen de la situación cada vez que se les presenta la oportunidad y pasan la mayoría de los días viajando de aquí para allá visitando los alrededores y conociendo la ciudad. Marga y Fede disfrutan de su reciente noviazgo y apenas salen del dormitorio. Las discusiones de Rosi y su nueva conquista han marcado un estado de tensión continuo entre nosotros. Y estoy empezando a pensar que entre ella y Mario ocurrió algo que a él le provoca un estado entre la indignación y la

tristeza que me preocupa demasiado. Lo único que le agrada es salir noche tras noche con Marcos y emborracharse hasta perder la conciencia. Por otro lado, lo mío con José no ha hecho otra cosa más que empeorar y la distancia entre nosotros es palpable. Me saluda por educación y evita cualquier contacto conmigo. Me escondo en mi portátil con la excusa de verificar los trabajos de mis contratistas. Me refugio en la lectura de mi libro. Y huyo del contacto con el resto del grupo en la terraza de la segunda planta.

Desde la terraza en la que me encuentro tomando mi primer café del día, oigo las voces que llegan desde el interior. Rosi

está llorando y gritando sin parar a su rollete veraniego mientras él la increpa y mueve los brazos a gran velocidad mostrando su enfado. ¿Qué les pasará ahora? No llevan aquí ni una semana y no han parado de discutir día tras día aunque lo de hoy parece aún más grave. Un último grito deja muda a Rosi y él desaparece dando un portazo. Dejo mi café sobre la mesa y abro la puerta de cristal para entrar en el salón a la espera de la decisión que tomará Rosi. ¿Correrá a buscarlo?

Encuentro a Mario sentado en el sofá intentando mostrarse lo más relajado posible. Disimula igual de mal que yo... Devuelvo la vista hacia Rosi que está



intentando retener sus lágrimas. Nadie dice ni hace nada. El sonido de los sollozos de nuestra amiga es lo único que se escucha en el interior. Nuestras miradas se fijan en Rosi cuando empieza a andar en dirección a Mario. Se detiene frente a él y se arrodilla apoyando sus manos en sus piernas.

—Te necesito...

Mario le sujeta firmemente los brazos y estoy casi segura de que la ha hecho daño. La aparta de su lado y cae al suelo. Rosi llora desconsolada. Mario camina nervioso por el centro del salón. Nuestras miradas van de un lado para otro preocupándonos por nuestros

amigos y su extraño comportamiento. Fede se acerca a su hermano e intenta calmarlo sin éxito. Marga le habla algo al oído y Mario estalla y empieza a gritar.

—¿Ahora me necesitas? Eres una perra.  
—Marcos lo coge del brazo e intenta calmarlo una vez más—. ¡No voy a tranquilizarme! ¿Por qué no les cuentas a todos lo que me hiciste?

El llanto de Rosi ha cesado tras los gritos de él, que espera impaciente una explicación que nos aclare a todos lo que está pasando. Finalmente estaba en lo cierto. Algo sucedió entre ellos, ¿qué exactamente?

—Vamos, díles que empezamos a salir a escondidas y díles también lo que me hiciste después. —Y la grita a la vez que la dedica la peor de las miradas. Ella no puede hacer otra cosa que apartar la mirada y continuar llorando aún en el suelo—. Como un imbécil fui a buscarla al trabajo y la encontré engañándome con otro. Y para colmo tiene la poca vergüenza de traérselo de vacaciones a la misma casa en la que estaré yo. Estás loca si piensas que voy a volver contigo. Tienes lo que te mereces.

Las lágrimas de Rosi cubren su rostro y el maquillaje corrido le ensucia la cara y las manos. Susana la ayuda a levantarse del suelo. Camina hacia

Mario con la mirada fija en el suelo hasta que se detiene frente a él manteniendo una distancia de seguridad. La mirada de odio que le dedica Mario la sume aún más en la tristeza y la desconsolación. En un último intento de recuperarlo saca fuerzas y valor y se disculpa con él una y mil veces.

—Primero fue a Marga, montaste un espectáculo bochornoso en la boda metiendo las narices entre José y Sofía aunque sabías que estaban juntos y ahora me engañas a mí. Dime, ¿quién es tu próxima víctima? El mierda este te ha dejado tirada y de mí no vas a conseguir nada. ¿Aprovecharás el distanciamiento de José y Sofía para intentar tirártelo?

—Mario me mira y su mirada triste me deja helada. Segundos después vuelve a fijar la mirada en la desolada Rosi—. Me das asco y jamás he odiado tanto a alguien como te odio a ti. Para mí estás muerta.

Las duras palabras de Mario caen sobre Rosi que ya no puede contener las lágrimas. Mario camina hacia la puerta principal y da un portazo aún más fuerte que el que propino el ex de Rosi, que cae al suelo hundida en la tristeza. Marcos y Alfredo corren en busca de nuestro alterado amigo. Marga y Fede han desaparecido en la intimidad de su dormitorio. José pasa por mi lado, me mira y me acaricia levemente el brazo.

Le devuelvo la mirada y se pierde escaleras arriba. Susana se ha acercado a la nevera a por un vaso de agua y me urge con la mirada a que la ayude a levantarla. Decidimos que lo mejor es llevarla al estudio. Susana se queda con ella. Vuelvo a la casa y verifico que todo está en orden. Recojo mi café ya frío y lo dejo dentro del fregadero. La casa está desierta. Subo las escaleras y encuentro a José apoyado en la barandilla de la terraza y huyo en silencio a encerrarme en mi dormitorio. Me siento en la cama y apoyo mi espalda contra la pared, me abrazo las piernas con los brazos y dejo caer mi cabeza sobre ellos. La puerta se abre sin

previo aviso. José se detiene y estudia mi estado manteniendo el silencio entre nosotros. Aparto la mirada e intento volver a mis pensamientos pero no puedo con él mirándome fijamente. Las palabras de Mario me han sumido en un estado de nervios y preocupación. ¿Será capaz de interponerse entre nosotros? ¿Y José? ¿Caería en sus brazos cansado de la situación tan desagradable en la que nos encontramos? Aquello me asusta y devuelvo mi mirada a sus ojos grises. Me gustaría saber lo que está pensando en este instante pero el valor y el miedo a una respuesta que no quiero oír me paralizan.

—¿Tienes la clave WIFI de la casa por aquí? —Fija la mirada en el borde de mi cama y esconde sus manos temblorosas en los bolsillos de su pantalón corto de deporte.

Recupero la movilidad de mi cuerpo, abro el primer cajón de mi mesita de noche y recupero de entre mi ropa interior una pequeña libreta con la clave. Me siento en la cama a la espera de que se acerque y le entregue lo que me ha pedido, pero él también es incapaz de moverse del sitio. Sé lo quiere en realidad, sé que está esperando a que hable y sé que piensa que soy yo la que debería poner fin a este distanciamiento, que he provocado



yo misma, desde aquel día en la playa. Y me gustaría darle lo que quiere pero el miedo a su rechazo me paraliza una vez más. Saco fuerzas de lo más profundo de mi ser, me levanto y le hago entrega de la libreta que está a punto de caerse cuando yo la dejo caer sobre sus manos en mi intento de salir del dormitorio lo antes posible y sin rozar su cuerpo. Recorro el estrecho pasillo hasta llegar a la cocina americana en la que me preparo un segundo café. De momento no hay rastro de él por aquí. Salgo a la terraza y me hundo en uno de los sillones de mimbre del exterior. Ha tardado mucho pero reaparece portátil en mano. Se sienta a mi lado, en el sillón

contiguo, abre el portátil. Mueve el ratón aquí y allá pero ni rastro de mi libreta con la clave WIFI. Desvío la mirada y lo encuentro leyendo uno de sus correos de la bandeja de entrada.

—¿Y la clave? —Me arrepiento de mis propias palabras en el mismo instante que salen por mi boca.

Cierra el portátil con un golpe brusco y rápido. Se levanta del sillón y camina de un lado para otro hasta que se detiene frente a la barandilla. Noto como toma aire y lo suelta intentando recuperar la calma. Se gira hacia mí con brusquedad y comprendo al instante que no está nada relajado.

—Sabes de sobra que tengo la maldita

clave, me has visto trabajar todas las putas noches desde que llegué aquí. — Se vuelve hacia la barandilla y apoya sus brazos rígidos en ella— ¿Es que no te das cuenta que estaba esperando a que te decidieras a hablarme? ¿Acaso te doy miedo?

—¡Me da miedo tu reacción! —grito a la vez que me levanto y me derramo el café las piernas. Noto como el calor me abrasa pero mi enfado es mayúsculo y lo ignoro—. No tengo fuerzas para enfrentarme a ti...

Se vuelve hacia mí y me descubre cubierta de café.

—Te has quemado. —Me toma la mano y me obliga a sentarme en el sillón

donde estaba él sentado apenas unos segundos atrás.

Se pierde en el interior del salón. Vuelvo a estar paralizada por este hombre que reaparece con una toalla y se concentra en retirarme el café sin dañar mi pierna dolorida por la quemadura que me he provocado.

Su dulzura me desconcierta. Adoro a este hombre y todas sus imperfecciones pero me está quitando la vida con su forma de ser. Aunque, a decir verdad, no puedo culparlo de lo que nos está pasando. Supongo que debe ser muy frustrante para él tener que ceder a todas mis exigencias. Y a pesar de que no nos conocemos más que de unos días él

siempre se ha mostrado atento conmigo y me ha tratado como a una verdadera reina. Realmente la culpable de todo esto soy yo, y tengo que disculparme. No puedo ser tan egoísta.

Detengo su mano y provoco que me mire. Le ayudo a que se levante. Sus ojos me atraviesan y una sonrisa reaparece en su lindo rostro. Mi boca retiene mis palabras. Su sonrisa desaparece y su mirada me muestra su preocupación. No puedo hacerle esto. La culpabilidad me mata. Busco su contacto. Sus brazos me cubren y absorbe mi abrazo por completo. Unas tímidas lágrimas se abren paso ante mis ojos mientras me llena de besos. La

tensión de los últimos días se pierde entre mis lágrimas y sus besos. Las palabras no son necesarias entre nosotros. Nos compenetramos con una sola mirada. Una mirada que nos descubre lo que el uno necesita del otro. Continuamos abrazados por varios minutos más. Susana aparece en las escaleras y nos pide que bajemos para una pequeña reunión. Cortamos nuestro contacto y le pido perdón con un largo beso en la mejilla y ligeramente abrazada a él, que me sonrío una vez más y me devuelve el beso para invitarme a que entre en el salón.

A pesar de que estoy empapada en café y que necesito una ducha urgente corro a

bajar las escaleras mientras elimino cualquier rastro de lágrimas. Mario ha vuelto. Marcos y Fede están sentados en el sofá con él. Marga, sobre Fede no aparta la mirada de su cuñado. Marcos nos mira al vernos llegar juntos y me guiña un ojo a lo que yo le contesto con una tímida sonrisa. Alfredo y Susana están sentados a la mesa y Rosi los acompaña hundida en un mar de lágrimas, aunque más calmada que antes pero con la mirada detenida en el centro de la mesa. José retira una de las banquetas de la barra de la cocina y me la ofrece a la vez que se sienta en una segunda a mi lado. La tensión es palpable y el silencio pesa sobre

nuestros hombros. Me muevo nerviosa e incómoda en mi asiento hasta que toma mis manos entre las suyas y las acaricia para tranquilizarme. Le miro agradecida y nos sonreímos tímidos.

Alfredo abandona su lugar y comienza a andar por el centro del salón. Parece estar meditando sobre las palabras que nos va a dedicar a la vez que mira a Susana que lo invita a hablar.

—Somos amigos desde niños. Siempre pensé que nada ni nadie nos separaría jamás. No recuerdo una discusión o un enfrentamiento. Ni siquiera cuando ocurrió lo de Marga a pesar de que ella tenía mil motivos para entrar en cólera. Tu comportamiento, Rosi, en nuestra



boda dejó mucho que desear y aún así Sofía prefirió emborracharse e ignorar lo que estaba ocurriendo. —Se toma su tiempo para volver al lado de Susana—. Creo que seré incapaz de olvidar este día. Siempre he considerado a Mario un hombre educado, muy reservado y amigo de sus amigos. El hecho de que mantuviera una relación a nuestras espaldas no me sorprende en absoluto. Al igual que no me sorprende su reacción cuando Rosi le ha pedido ayuda.

—¿A dónde quieres ir a parar con esto?

—Mario se levanta nervioso. Camina hacia el gran ventanal y fija su mirada al exterior—. Suéltalo ya.

—Lo que quiero decir es que Rosi debería reflexionar y creo que lo mejor que puede hacer es volver a Madrid y pasar un tiempo separada del grupo.

—No puedo estar más de acuerdo. —  
Vuelve la mirada hacia el salón y se detiene ante Rosi—. Lo mejor que puedes hacer es desaparecer y mantener la poca dignidad que te queda, si es que te queda algo.

Las palabras de Alfredo y Mario recaen sobre Rosi como un jarro de agua helada. Sus lágrimas se detienen. Entra en la cocina sin levantar la vista del suelo. Se sirve un vaso de agua y antes de salir por la puerta le pide a Alfredo que le pida un taxi que la lleve a la

estación más cercana.

—No podemos dejar que se vaya así. Chicos, sé que no lo ha hecho bien pero no podemos dejar que se vaya sola en este estado. —Susana dirige una mirada complaciente a Mario—. Deja que se quede hasta mañana para que pueda tranquilizarse.

—Si mañana no se va ella lo haré yo. —Mario complace a Susana que corre en busca de Rosi. El silencio cubre la estancia—. No va a cambiar, nunca cambiará y si tú no espabilas lo intentará con José que acabará cansado de esperarte y se irá con ella que lo dejará por otro cuando se aburra. Antes de perderse en el pasillo, Mario

vuelve a mirarme y me compromete a que le haga caso antes de que sea demasiado tarde. En este preciso momento siento que las vacaciones se han acabado para todos. Supongo que aprovecharemos la semana que nos queda para no perder el dinero ya invertido y nos marcharemos a nuestras casas sabiendo que estas son nuestras últimas vacaciones juntos. En unas semanas llegará el invierno y con él la Navidad. Es probable que el año pasado viviéramos nuestro último Año Nuevo juntos.

Hace ya varios días que Rosi nos dejó para regresar a Madrid. Mario se ha relajado y la situación en la casa se ha normalizado hasta tal punto que hemos decidido disfrutar al máximo del fin de semana que nos queda antes de que se acaben nuestras vacaciones.

Es viernes noche y estoy decidida a disfrutar de las últimas horas de playa. Aparto el vestido blanco para mañana y opto por la camisa negra sin mangas y la falda de tubo. Desde que estamos en la playa mis rizos están espléndidos y mi melena morena brilla más que nunca.

Recorreremos los bares de moda disfrutando del ambiente fiestero y de

los mojitos que nos ofrecen aquí y allá. De camino a otro de los bares de la zona, una chica espectacular, rubia de ojos azules y con unas piernas de vértigo, nos invita a la discoteca para la que trabaja y termina de conquistarnos cuando nos regala una botella de alcohol para el grupo.

La música es inmejorable y las chicas nos perdemos en el interior de la pista y nos dejamos llevar por la música y el alcohol que corre por nuestras venas. Los chicos nos acompañan. Marcos y Mario están intentando ligarse a un par de chicas que han encontrado en la pista. Fede se atreve a marcarse unos pasos de baile en la pista junto a Marga. Alfredo

y José se mantienen en un segundo plano y nos dejan disfrutar de la noche de fiesta.

Abandono la pista en busca de un mojito que me alivie la sed y me refresque para deshacerme de este calor infernal que se pega a mi cuerpo y a mi ropa. Espero en la barra a la espera de que el camarero llegue con mi bebida. A mi derecha, un hombre no para de mirarme hasta tal punto que está haciendo sentirme demasiado incómoda. En el momento en el que me dispongo a pagar se ofrece a invitarme y a pesar de que le rechazo una y otra vez insiste hasta que consigo que el camarero recoja mi billete para largarme de allí lo antes posible.

—¿Ya te vas, muñeca? Vamos, pasa un buen rato conmigo. —Pega sus manos grasientas en mi cadera y me sujeta con fuerza para impedir que me vaya de su lado.

Forcejeo mientras busco con la mirada cualquier ayuda y en un último impulso desesperado derramo mi copa sobre su cara lo que provoca que me suelte de las caderas para volver a sujetarme con fuerza hasta tal punto que provoca un dolor espantoso en el brazo por el que me mantiene cautiva. El miedo me recorre el cuerpo cuando encuentro a José a mi lado con una mirada de odio fija en mi agresor.



—Será mejor que la sueltes, si no quieres problemas. —¿Y quién coño eres tú, niño?

—El tío que va a partirte la cara.

El tipo me suelta provocando que caiga disparada por

el suelo de la discoteca. Una punzada de dolor recorre mi mano al caer sobre el vaso de mojito que se ha hecho añicos al caer sobre él. Alfredo me ayuda a levantarme e inspecciona mis cortes mientras que yo no aparto la mirada de José que tiene agarrado por los picos de la camisa a mi agresor. José le propina varios puñetazos y el tipo ha caído al suelo. Todas las miradas se fijan en él cuando se dirige hacia mí con

preocupación.

—José, cuidado. —El hombre se ha levantado del suelo y corre hacia él con una botella de cristal que le ha quitado a un camarero con la única intención de golpearle con ella.

La botella se hace añicos en su hombro que al instante se cubre de sangre. Alfredo me sujeta con fuerza para que no corra a ayudarlo. Una sonrisa cubre la cara del agresor y un nuevo puñetazo le hace caer al suelo. La sonrisa desaparece cuando José se abalanza sobre él y le propina una paliza que le rompe la nariz y varios dientes.

El escándalo ha llamado la atención del resto de mis amigos y consiguen apartar a José antes de que lleguen los guardas de seguridad de la discoteca. Corremos hacia la salida, el brazo cubierto de sangre de José alarma a las personas del exterior. Alfredo me suelta para ir a mirar sus heridas hasta que consigue zafarse y huye hacia la playa. Y aunque lo intento soy incapaz de correr a su lado.

Por suerte para mí se detiene en la orilla, cae al suelo y lo encuentro golpeando la arena con furia con los puños ensangrentados. Me siento a su lado y le pido encarecidamente que se detenga sin éxito alguno. A pesar de que

tengo la mano cubierta de sangre y de sus movimientos bruscos consigo tomarle la cara entre mis manos y finalmente me mira. La rabia y las lágrimas cubren su cara. Sus ojos tornan aliviados cuando me encuentra a su lado. Se ha detenido. Ya tiene las manos libres para abrazarme. Los dos caemos sobre la arena. Su cuerpo cubre por completo el mío. Le cubro la cara a besos y tras varios minutos en la misma posición consigo que se tranquilice por completo.

—T enemos que ir al hospital, tienen que coserte. —Aparta su cara escondida entre mi pelo y mi hombro y me mira encontrándose con mi mano que no ha

parado de sangrar.

—¡Sofía, estás sangrando! —La preocupación vuelve a su rostro y le obligo a que me mire.

—Los dos estamos sangrando, ¿no te duele el brazo?

—Voy a matar a ese hijo de puta.

En un movimiento rápido y habilidoso se levanta y me aparta de su lado. Corro a levantarme y me enfrento a él y a su furia desatada. Vuelvo a sujetar su cara entre mis manos para obligarlo a mirarme.

—¡José! ¡José, mírame por favor! —Muevo su cara entre mis manos para que aparte la mirada de la discoteca y vuelva a mirarme a mí—. Ya no está

allí, se lo ha llevado la policía.

Vigilo su expresión a la espera de que me crea y se relaje de nuevo. Un suspiro me indica que ha vuelto en sí. Una vez más esconde el rostro entre mi pelo y mi hombro mientras me besa el cuello. Sus brazos cubiertos de sangre me rodean el cuerpo y me abrazan.

El sonido de una ambulancia que viene hacia nosotros me alerta de su llegada inminente. Abro los ojos y las luces al final de la calle me deslumbran. Alfredo les informa de lo ocurrido y Susana se prepara para ayudar en todo lo necesario empezando por intentar que nos separemos.

—A ti puedo coserte aquí, pero si te has

caído sería conveniente que vinieras con nosotros al hospital para que te hicieran unas radiografías. —A pesar de que insisto en que me encuentro bien finalmente acabo por aceptar ir al hospital—. Tu amigo vendrá con nosotros, tiene las manos destrozadas. Y me preocupa el estado de su brazo y la pérdida de sangre.

Nos realizan las primeras curas en el interior de la ambulancia hasta que nos marchamos camino del hospital más cercano.

Pasamos el resto de la noche allí. Puntos, radiografías e interrogatorios policiales han culminado nuestra noche de fiesta.

Tras pasar una de las peores noches de mi vida con dolores por todo el cuerpo, decido pasar las últimas horas de las vacaciones encerrada en el chalet disfrutando de la piscina y el resto de la casa y espero que José me acompañe en mi reclusión.

Salgo del dormitorio en silencio para no despertarlo. Lo encuentro sentado en la barra del desayuno y su cara demuestra un cansancio extremo por lo que puedo pensar que él tampoco ha dormido demasiado. Su extraño comportamiento en el hospital me hace pensar... ¿por qué se negaría a tomarse los calmantes? No es que yo sea muy amiga de los medicamentos pero si yo he pasado la



noche con unos dolores insoportables no quiero ni imaginarme lo que ha podido sufrir él. Un sentimiento de culpa me entristece y las lágrimas brotan de mis ojos. Corro a su lado y me abrazo a él. Lo encuentro buscando una señal que le informe de lo que me ocurre. Mis palabras de arrepentimiento se adelantan a su pregunta y recibo como única respuesta una tierna sonrisa y un nuevo abrazo.

Susana y Alfredo se encargan de nuestras curas. Su profesionalidad es superior a la de los médicos del hospital. He de reconocer que trabajan en una de las mejores clínicas privadas de la ciudad y que su formación corrió a

cargo de los especialistas más formados de los alrededores. A estas alturas y a una muy temprana edad, Susana ya se ha convertido en la jefa de las enfermeras y el éxito de Alfredo en sus operaciones lo han convertido en un médico de gran prestigio.

—Si estuviéramos en la clínica te administraría los calmantes por vía intravenosa, pero aquí no puedo, me falta material. Tienes que tomarte la medicación que te han recetado, no puedes seguir con este dolor. Te volverá loco.

La discusión entre José y Alfredo ha sacado de la cama a Marcos que acude preocupado en su encuentro. Mario lo

sigue y se detiene ante mí para preocuparse por mi estado. Marga y Fede reaparecen dados de la mano rebosantes de amor. Jamás hubiera pensado que acabarían juntos. Aunque tampoco se me pasó por la cabeza que Mario pudiera encontrar el amor en Rosi. La vida es complicada y las relaciones de pareja aún más.

—¿Tú sabes porque José se niega a tomarse la medicación? —La preocupación de Susana va en aumento y produce una mayor ansiedad en mí—. Ese gilipollas se tomará los calmantes por las buenas o por las malas. Tendré que echarle los calmantes en la comida. No es la primera vez que tengo que

hacerlo.

—No quiero ni pensar el dolor que tiene que estar soportando. Mis heridas no son de la misma gravedad y a pesar de que me he tomado todos los medicamentos he pasado la peor noche de mi vida.

Durante la comida me comprometo a ayudar a Susana con la administración oculta de la medicación en la comida de José. En el último momento y cerciorándome de que los nervios podrían pasarme una mala jugada decido que sea Susana la que reparta los platos de comida entre los distintos comensales siendo yo la encargada con la ayuda de Marga de servir el resto de los platos.

—¿Te ocurre algo? Te noto más nerviosa de lo habitual... —José me susurra al oído provocando un nuevo escalofrío que me recorre el cuerpo.

—Estoy preocupada por ti, eso es todo. Toma mi mano y acerca sus labios a mi mejilla y me estremezco ante su contacto. Me besa demostrándome su agradecimiento. La mirada inquisitiva de Susana se clava en mis ojos aprovechando que José está totalmente volcado en mí y mi nerviosismo injustificado.

El calor que entra por el gran ventanal nos urge a disfrutar de una siesta. El sueño en José va en aumento a causa del efecto de la medicación.

—Vamos arriba, dormiremos juntos la siesta. Te vendrá bien descansar en una cama de verdad.

—¿Estás segura de ello? No quiero importunarte.

—Estás herido por mi culpa, no voy a permitir que continúes durmiendo en ese sofá. Además, como te dije el mismo día en que llegaste... somos adultos y conocemos nuestros límites. —Le tomo con delicadeza una de sus manos heridas y lo llevo hasta la habitación.

Ya en el dormitorio corro a colocar las sábanas de la cama deshecha y me pierdo en el interior del servicio para ponerme de nuevo el pijama. Para cuando salgo del aseo, José ya está

durmiendo. Me tumbo a su lado y caigo rendida entre sueños y disfrutando de su perfume que inunda mi cama.

Despierto unas horas más tarde y me encuentro con unos expresivos ojos grises que me miran fijamente y una sonrisa tímida aparece en la cara de José. Se acerca aún más a mí, nuestros cuerpos se rozan. Hunde los labios en mi mejilla y me besa. Es un beso tierno y muy largo. Se toma su tiempo para separarse de mí. Busco en su mirada alguna señal de dolor pero solo recibo, ¿cariño? De nuevo el sentimiento de culpa se aferra a mi cuerpo y no puedo evitar abrazar a José y pedirle disculpas mil veces más mientras él me cubre de

besos.

Siento la necesidad de entregarme a este hombre de por vida. Sus gestos románticos y amables han terminado de cautivarme con su protección. Y aunque Marcos es un gran amigo y siempre está preocupado por mí y por mi bienestar, el modo en el que José se interesa por mí y por todo lo que está a mí alrededor, me ha conquistado por completo.

Mi corazón y mi cuerpo me invitan a besarlo y a pedirle que no se separe nunca más de mi lado. Pero mi mente se aferra a la desconfianza y a recordarme todo lo que he sufrido al lado de Víctor.

Lentamente aparta su cara de mi mejilla



y fija su mirada en mis tímidos ojos que intentan ocultar mis pensamientos más ocultos. Una nueva sonrisa reaparece en su rostro perfecto. Libera una de sus manos y acaricia mi mejilla con la mayor de las ternuras. Mi corazón y mi cuerpo vencen a mi mente y me pierdo en sus labios. Mi beso tímido se abre paso entre caricias hasta convertirse en un beso apasionado y repleto de amor.

Me despierto sobresaltada y descubro que todo lo que acaba de pasar no ha sido más que un sueño. Me recuesto en la cama con la respiración agitada intentando no despertar a José, aunque sé que su sueño es profundo debido a la medicación. Abandono mi espacio en la

cama de matrimonio y me escondo en la privacidad del cuarto de baño. Me dejo caer en el frío suelo y recupero por completo mi sueño en el que caía rendida en los brazos de José y le demostraba toda mi gratitud y mis sentimientos más íntimos.

Huyo escaleras abajo y evito que mis ojos se fijen en el cuerpo perfecto que he dejado en mi cama. El silencio cubre la planta de abajo. En la nevera, sujeto por un imán en forma de sandía, encuentro la nota que me aclara el porque de tanta tranquilidad. Estamos solos.

Dispuesta a disfrutar de la solitaria piscina me pierdo en su interior, y a

pesar de los intentos de nadar sin mojar mi vendaje, desisto ante mi imposibilidad. Llevo el sillón hinchable hasta las escaleras de la piscina y hago un verdadero esfuerzo para no acabar en el fondo de la piscina. Disfruto de los rayos de sol y agradezco el continuo contacto de mis piernas y mi mano sana con el agua. Cierro los ojos y disfruto de mi soledad con el pensamiento fijo en el hombre de mi sueño.

El sonido de la puerta de la terraza me despierta de mis propios pensamientos. Recorro su cuerpo musculoso con mi mirada deseosa de un contacto inmediato. Su respiración agitada me indica la necesidad de estar cerca de mí,

los traviosos mechones de su melena perfecta le dan un aspecto sexy y seductor, sus ojos grises me muestran a un hombre seguro de sí mismo. Las perfectas facciones de su cara acompañan un cuerpo digno de un Dios. ¿Cómo ha podido fijarse en mí un hombre como este? A pesar de que me mantengo en forma y de que cuido mi figura y mi imagen jamás pensé que un hombre como él podría fijarse en una mujer como yo. Sin retirar sus ojos de mí, camina hacia las escaleras de la piscina. Poco a poco su cuerpo va desapareciendo bajo el agua. Necesito su contacto en mi cuerpo ya. Me acerco como puedo al borde de la piscina y me

doy impulso hacia las escaleras. Bajo del sillón procurando evitar el contacto del agua con mi vendaje. Devuelvo el sillón al centro de la piscina y me doy la vuelta hacia el cuerpo escultural que me acompaña en la piscina. Me cercioro de que su brazo está fuera del agua. Bajo las escaleras hasta que nuestros ojos se encuentran a la misma altura. Enrosco mis brazos a su cuello y lo abrazo acercándolo a mi cuerpo cubierto de gotas de agua. Se estremece bajo el frío contacto de mi cuerpo. Me rodea la cadera entre sus brazos y esconde su cara en mi cuello cubriéndolo de besos. Mantenemos la posición durante largos y calurosos minutos disfrutando de los

últimos rayos de sol. Unos rizos rebeldes se desprenden de mis horquillas acariciando ligeramente su rostro. Su mano sube desde mi cadera acariciando mi espalda hasta llegar a mi nuca, continua por mi brazo hasta llegar a mi mano sana. Entrelazados sus dedos entre los míos, obligándome a descender hasta su cadera. Su mano regresa a mi cuerpo apartando los rizos de mi cara. Juega con ellos entre sus dedos hasta que los recoge detrás de mi oreja sin éxito alguno. Su mano descansa en mi mejilla. Por acto reflejo la apoyo y disfruto de su eterno contacto. Inconscientemente mi mano desciende hacia su cadera obligándolo a que tome

mi cara entre ambas manos. Lo abrazo y le dedico una de mis mejores sonrisas.

—No tienes idea del esfuerzo que estoy haciendo para no besarte. —Tras sus palabras me obligo a mirarlo con alerta en mis ojos.

—No tienes idea del esfuerzo que estoy haciendo para no despertarme y disfrutar un poco más de este sueño. —Cierro los ojos y descanso mi cara entre sus manos a la espera del contacto de nuestros labios en forma de beso.

—Estamos en la vida real, si quieres que te bese no es necesario que lo desees solo pídelo por esa boca. —Mis ojos vuelven en sí al recibir un mordisco en mi labio inferior—.

¿Necesitas más para saber que no estás soñando?

Desde la puerta principal el sonido ensordecedor de las risas de nuestros amigos provoca que mi cuerpo se aparte del suyo. Aparto mi mirada de la suya a la espera de que vuelva a él y me pierdo escaleras arriba. Cubro mi cuerpo con la toalla y me giro para ofrecerle la suya. Sujeta la toalla en sus firmes caderas mientras vigila cada uno de mis movimientos mientras me seco el resto del cuerpo. Aparto la toalla, me acompaña en mi decisión apartando la suya de sus caderas y recupera nuestro contacto cuerpo a cuerpo atrayendo mi cuerpo semidesnudo hacia su pecho



escultural. Su cara se pierde en mi cuello y roza sus labios con mi oreja.

—Los dos sabemos que si no hubiesen llegado nos habríamos besado. — Muerde el contorno de mi oreja provocando un nuevo escalofrío que se ha convertido en deseo—. No podrás resistirte mucho más tiempo.

## 10

El sueño, el encuentro en la piscina y sus últimas palabras me bombardean durante la ducha. El dolor ha desaparecido frente a la necesidad de un continuo contacto con este hombre. La unión de nuestros cuerpos ha producido

un cambio en mí que ha traspasado los límites hacia el deseo. La necesidad de besarlo se ha visto reconvertido en el deseo de recorrer con mis manos todos los límites de su cuerpo desnudo. Me sorprende a mí misma gimiendo de placer al imaginar su completa desnudez entre mis manos. Mi respiración entrecortada y el vapor de la ducha me hacen perder el control. Estoy a punto de desmayarme cuando cambio el agua caliente por la fría. Dejo que el agua alivie mis fogosos deseos antes de salir de la ducha. Me envuelvo en la toalla y me esmero con mis rizos. Con el pelo seco y al aire, aún envuelta en la toalla salgo de la ducha hacia el armario en

busca de algo de ropa cómoda. A pesar de que los chicos han decidido salir a cenar, he preferido quedarme en casa con la única compañía de José. El hecho de recordarlo me devuelve a mis pensamientos y vuelvo a imaginar su cuerpo desnudo una vez más. La puerta de mi dormitorio se cierra tras él y no puedo evitar recorrer su torso desnudo con mis ojos ardientes de sexo salvaje. Consciente de mi mirada lujuriosa corro a apartar mis ojos de él. Sé que es demasiado tarde al ver sus ojos ardientes. Caigo en la cuenta de que estoy desnuda cuando se planta delante de mí. Nuestros cuerpos están a punto de tocarse y la tensión sexual que hay entre

nosotros rodea el ambiente. Acerca su mano a mi cara y hunde una vez más su rostro perfecto en mi cuello cubriéndolo de besos en su totalidad. Se detiene en mi oído y en esta ocasión atrapa mi lóbulo entre sus dientes. Es un mordisco débil y apenas apreciable, sus dientes desaparecen dando paso a sus labios y su lengua vivaz. El deseo recorre mi cuerpo y tengo que reunir toda mi energía para no soltar mi toalla y envolverlo entre mis brazos hasta la cama. Me da un último beso en mi hombro descubierto y se pierde en la intimidad del cuarto de baño.

Me concentro en lo que estaba intentando hacer antes de que entrara en

el dormitorio. Espero a escuchar el sonido de la ducha y sin deshacerme de la toalla, me visto. Elijo mi chándal negro compuesto por camiseta deportiva de tirantes y mallas a juego. Me ato las Nike y bajo al encuentro de los demás antes de que se marchen a cenar.

Abajo, Marcos insiste en que lo acompañemos y aprovechando los puntos de mi mano, finjo un dolor atroz para que cese en el intento. Bajo la atenta mirada de Alfredo convengo a mi amigo de que lo mejor será quedarme en casa descansando para que ellos puedan disfrutar.

Aprovechando que Marcos ha

recuperado el turno en una nueva partida en la Play Station, Alfredo se acerca hasta mí para susurrarme algo al oído.

—Mientes fatal, pero no te culpo. —Me dedica una sonrisa cómplice y fija la mirada en su hermosa mujer—. Aprovechad la noche.

Marga aparece en el salón con un precioso mono de cuerpo entero en un tono azul eléctrico que marca sus curvas acentuando su altura. El nuevo corte de pelo la favorece. Sus ojos brillan de emoción al descubrir la sorpresa en la cara de su novio.

—No tengo palabras... —Y no es que

Fede sea muy hablador. A pesar de su timidez encuentra las palabras exactas para encandilar a Marga—. Estás preciosa, impresionante. Me alegro de que te lo compraras.

Se acerca a ella, la da un beso fugaz y casi en un susurro le dice cuánto la quiere. Marcos y Mario se han perdido la escena enfrascados en una pelea cibernética. Encuentro a José apoyado en la escalera. Aún tiene el pelo mojado y algunas gotas caen sobre su cara. La camiseta blanca de tirantes marca sus músculos. Lleva los pantalones grises de deporte. Lo encuentro sexy y arrebatador. Me sonrío consciente de que he vuelto a darle un buen repaso.

Me sonrío solo de pensarlo.

—¿Estáis seguros de que no queréis venir con nosotros? —dice siempre atenta Susana—. Podemos esperaros.

—Iros tranquilos, estaremos bien. Gracias, Susi.

Una vez más estamos solos. La puerta de la calle se cierra y el silencio se hace hueco entre nosotros. Huyo avergonzada hacia el exterior. Me siento en el sofá. Oigo sus pasos acercándose hacia mí. Toma asiento en el sillón que está justo enfrente. La distancia entre ambos me molesta. A pesar de que he huido, lo quiero a mi lado.

—Deberíamos salir a cenar...

—Pero, los chicos acaban de irse. ¿Por



qué no has dicho que nos esperen cuando Susana nos ha dado la oportunidad? —Su semblante serio me produce escalofríos. Su mirada penetrante y su figura esbelta y relajada, nervios.

—Creo que no me has entendido. —Se levanta y se sienta en la mesa reduciendo la distancia entre ambos—. Deberíamos salir a cenar los dos solos. A pesar de que no he aceptado su invitación se pierde en el interior de la casa. Abre todos los cajones del mueble en busca de algo que desconozco. Por último abre el cajón de la mesita del teléfono tomando de su interior una agenda telefónica.

—Voy a llamar al servicio de taxis para que nos recojan en una hora. —Se sienta en el sofá y teclea varios números en la pantalla de su teléfono móvil—. Ponte el vestido blanco que descartaste ayer, por favor.

Tenía claro que si me decidía a salir iba a ponerme ese vestido. Las dudas llegan a mi mente tras su petición. ¿Acaso me estaba espiando ayer por la noche? La vida a su lado es como estar en una noria continua con subidas y bajadas. Sus cambios de personalidad, su posesión y su forma de conquistarme con cada gesto, cada palabra, cada caricia y porque no decirlo, con cada beso. Su actitud me despista y a la vez

me enamora. Estoy prácticamente convencida de que si, finalmente, tenemos una relación, será difícil.

Decido abandonar mis pensamientos dispuesta a disfrutar de la noche y de la compañía de mi hombre imposible.

Mis rizos han decidido permitirme una noche más de descanso manteniendo la perfección de los últimos días. Cojo los polvos de maquillaje y el corrector de ojeras para ocultar los estragos de la mala noche. Realzo mis ojos con sombras en tonos oscuros y el lápiz negro. Alargo mis pestañas con la máscara y elijo uno de mis pintalabios preferidos. Y remato mi maquillaje aplicándome un poco de gloss para

aportar el brillo necesario.

Regreso al dormitorio con la ropa interior. Me enfundo mi vestido que se va ajustando a mis curvas. Busco la cremallera oculta a mi izquierda y la subo con el máximo cuidado para no engancharme las costuras. El escote de la espalda me llega hasta la cintura. Me sonrío a mi misma sabiendo el efecto que provocará en él cuando me vea casi segura de que ignora por completo el secreto de mi vestido. Me subo a los tacones, recojo el bolso de fiesta de encima de la cama y me detengo justo en la puerta al acordarme de los pendientes que había olvidado en el mueble del baño.

Siempre había pensado que eran los hombres los que esperaban a las mujeres, en cambio, soy yo la que lleva algo más de cinco minutos a la espera de que baje las escaleras. Me quito los tacones y camino de aquí para allá. ¿Estoy nerviosa? Sí, estoy loca por verlo. Vuelvo a subirme a los tacones una vez más y consulto la hora en el reloj de la cocina.

Las puertas de la terraza se abren tras de mí. Dirijo la vista hacia el exterior y me encuentro con una sonrisa indescriptible. El traje gris resalta aún más sus ojos. La camisa blanca marca sus pectorales. Los tres botones que se ha dejado desabrochados a propósito, me

recuerdan el seductor que lleva dentro. Su pelo perfectamente engominado se mueve ligeramente por el aire que entra del exterior. Me devora con su mirada y me imita reparando en mi pelo suelto, mi mirada intensa. Mi cuerpo entero. Quiero provocar en él lo mismo que ha provocado en mí.

Le doy la espalda, me recojo el pelo en un movimiento acompasado y muy, muy sexy dejando mi espalda al descubierto y le dedico la más provocadoras de las miradas acompañadas de una sonrisa pícaro y desenfadada por encima de mi hombro.

El hombre seguro de sí mismo y guapo a rabiar que tengo a mi espalda está

decidido a dejarme sin palabras y a pesar de que lo ha conseguido algo me ha provocado a seguirle el juego, quizás el hecho de su petición sobre el vestido y el hecho de saber que me había estado vigilando tiene algo que ver...

Camina hacia mí sin apartar la mirada. Los nervios le juegan una mala pasada y tropieza con una silla que se había interpuesto en su camino. No puedo reprimir la risa. Su nerviosismo y su necesidad de acortar la distancia que nos separa lo enfurece y me lo hace notar con una mirada de preaviso que lo único que provoca en mí es una risa descontrolada. ¡Estoy disfrutando tanto con el espectáculo! El sonido

ensordecedor de la silla de vuelta a su lugar corta mi risa al instante. Recojo las lágrimas sin estropear mi maquillaje y lo encuentro frente a mí. Paso a paso y como si de a cámara lenta se tratara la distancia que nos separa va desapareciendo, hasta que noto su respiración agitada sobre mí. Roza mi brazo con el dorso de la mano. Me estremezco con el leve contacto. Recorre mi brazo hasta llegar a mi cara. Hundo mi mejilla entre sus dedos. Cierro los ojos y lo dejo hacer. Su ternura me relaja y la calidez de su mano me hace estremecer. Su caricia envuelve mi cuello. En un gesto rápido y con una brusquedad extrema me atrae hacia su



cuerpo. Nuestras bocas se unen. El beso me devuelve al primer día en la playa. Una mano libre recorre cada rincón de mi cuerpo hasta perderse en mi espalda desnuda. Disfruto de la furia de su beso a pesar de que estoy inmóvil. Poco a poco transforma nuestro beso en un contacto más pasional para convertirlo en un beso dulce.

—Ya te dije que no jugaras conmigo...

—Pues no tienes a la suerte.

—¿Te has vuelto respondona?

—Si me espían, sí.

Lo deja estar al verse descubierto. Una sonrisa cubre mi cara cuando descubro mi pintalabios esparcido por sus labios. Recupero la movilidad y paso uno de

mis dedos limpiando los restos de maquillaje que se ha llevado a su paso en nuestro beso.

—¿Por qué me lo quitas? —Ahora es él quien sonrío—. ¿No me queda bien?

—No combina con el color de tu traje.

Atrevida le guiño un ojo y escapo de entre sus brazos para retocarme el maquillaje.

El timbre de la puerta suena en consecuencia de la llegada del taxista. José me urge a que salga al exterior. El chofer abre la puerta trasera de una limusina invitándome a subir mientras José, ya en el interior, descorcha una botella de champán. El interior es todo lujo. Busco una explicación por parte de

mi acompañante y recibo a cambio una copa burbujeante.

—¿No ibas a llamar un taxi?

—Esto es aún mejor. —Se sienta a mi lado, me pasa el brazo por el cuello y me dedica la mejor de las sonrisas—. Es nuestra última noche juntos y voy a tirar la casa por la ventana.

—No era necesario todo esto, podríamos haber cenado en cualquier restaurante de la zona.

—Tú te mereces esto y más. Así que a callar y disfruta de la noche.

El chofer detiene la limusina frente a la entrada principal de un hotel, el mismo que el de Madrid. Repitiendo la velada subimos a una de las terrazas privadas.

Disfrutamos una vez más de unas vistas majestuosas. A diferencia que en Madrid un cielo cubierto de estrellas y una luna llena es toda la iluminación que necesitamos. El leve oleaje marítimo llega a nosotros como un débil susurro.

—¡Es aún mejor que en Madrid!

—Nunca es demasiado. —Me invita a tomar asiento—. Gastaría hasta el último céntimo solo por hacerte feliz.

Me derrito con sus últimas palabras. Abandono mi silla y me obligo a rodearlo con mis brazos mientras lo cubro de besos.

De nuevo en mi asiento José da orden al camarero para que sirva nuestra cena. Aprovecho nuestra relajación y la

presencia del camarero para entablar una conversación para conocerlo un poco más. En realidad, para conocerlo porque apenas sé nada de él. Me habla de su familia. Reparo en el cariño que siente hacia su hermana en su tono al hablar de ella.

—Mathew trabajaba para mi padre. Es hijo de uno de sus hombres de confianza. Laura se mudó con él a Estados Unidos y allí mismo se casaron. La veo menos de lo que me gustaría pero entiendo que ella tiene su vida allí y que la mía, al menos de momento, está en Londres. — Corta el último trozo de bistec y lo devora. Se limpia y se vuelve hacia mí —. Por hoy creo que son suficientes

preguntas. La noche debe continuar.

El camarero entra con una bandeja de postres. La tarta de queso y frambuesas tiene una pinta exquisita. De la nada aparece frente a mis ojos un ramillete de orquídeas salvajes. Le ofrezco la mejor de mis sonrisas. La belleza de las orquídeas me ciega.

Disfrutamos del postre entre miradas y tímidas sonrisas.

En un nuevo impulso me toma entre sus brazos. Y a pesar de que no hay música, bailamos.

Pierdo la noción del tiempo de la mano de este hombre seductor. En el momento exacto se detiene. Esconde su mano en el bolsillo interior de su chaqueta. Una

antigua caja de madera aparece ante mis ojos. Recibo la nueva sorpresa ensimismada en los detalles de la madera. Giro la pequeña llave. Un relicario de plata vieja en forma de corazón me deslumbra. Tiro de la cadena que lo sostiene y segundos después el corazón da vueltas entre nosotros propagando destellos por toda la terraza. José sostiene la caja de madera. Protejo con ambas manos la majestuosidad de la joya. Acciono el mecanismo de apertura. En ambas caras, y protegidas por unos cristales a medida toman protagonismo dos de las fotografías de nuestra visita al Parque Europa. La cascada y La Torre Eiffel.

Mi mirada va del relicario al hombre que tengo delante que me deleita con una de sus sonrisas. Fascinada por la belleza de su regalo y extasiada por la alegría del momento aprieto el relicario contra mi pecho. La brisa marinera juega con mis rizos. Cierro los ojos y me embeleso con la noche. Sus labios junto a los míos en forma de beso, me obligan a abrazarlo. Nuestros cuerpos se unen para poco después separarse. Hunde sus manos en mis caderas. Con un movimiento ligero me coloca de espaldas a él. Vuelve a rodearme las caderas una vez más para esconder su cara en mi cuello y cubrirlo de besos abriéndose paso entre mi melena rizada.



Abandona mis caderas para recorrer mis brazos y se detiene en mis manos obligándome a librar de su encierro al relicario de plata vieja. Lo sostiene de su cadena frente a mí. Me besa la mejilla y se separa ligeramente de mí para colocarme la joya sobre el pecho. Pasa la cadena por detrás de mi cuello y cierra el enganche depositando el peso del corazón sobre mi pecho. Me redirige hacia mi posición original y clava sus ojos en su regalo para volver a mirarme a mí. Y bailamos en el silencio de la noche.

—Quiero bailar contigo. —Coge mi mano y entrelaza los dedos en los míos. Tira ligeramente de mí y abandonamos

la terraza—. ¿Te ha gustado?

Juguetea con la joya entre sus dedos a la espera de una respuesta.

—Mucho. —Acaricio su mejilla vigilando su expresión alegre—. No sé lo que estás intentando pero lo estás consiguiendo.

—Solo quiero mostrarte la vida que te espera a mi lado...

El ascensor se detiene en la primera planta. Nuestras palabras se pierden en su interior.

Camino a paso ligero intentando caminar a su lado. Las puertas de la sala de baile se abren entre nosotros. Las parejas bailan en el centro de la pista la música con la que nos deleita la banda. José se

abre paso entre hombres elegantes y sus acompañantes. Todas y cada una de ellas muestran con orgullo sus joyas. Reparo en mi relicario y sonrío ante su belleza. Su mano sostiene ligeramente mi barbilla y me provoca a mirarlo. Nos fundimos entre los bailarines y me sorprendo al encontrarme en el mismo centro de la pista. Con sus manos fuertes cubre mi espalda desnuda con la intención de protegerme de cualquier mirada atrevida.

He perdido la noción del tiempo en sus brazos. Abro los ojos, mantenemos nuestra posición en el centro de la pista. Las grandes personalidades de nuestro alrededor han desaparecido. Bajo la

tenue luz descubro que la banda ha dejado de tocar a excepción del pianista. El equipo de sonido está apagado y las notas del piano son solo un débil susurro en mis oídos.

—¿Sorprendida? —Acaricia mi rostro con una sonrisa en los labios—. Reservé la sala para que estuviéramos solos. Y ahora, vamos, nos esperan arriba.

—¿Qué has hecho esta vez?

Marca sus pasos firmes y decididos abriéndose camino hacia el ascensor. Casi tengo que correr para seguirlo. Aunque intenta ocultármelo lo descubro pulsando el botón del último piso. ¿Las

suites? Los nervios recorren mi cuerpo y me estremezco ante los pensamientos que inundan mi mente.

Dirige su mirada alegre y entusiasta vigilando mi expresión. Cambio mi cara de miedo por una sonrisa demasiado tarde. Me saca del ascensor y se detiene en el hall que nos redirige a las diferentes suite de la última planta.

—Abandona esos pensamientos de tu mente sucia, nada de eso va a pasar. —  
Tiende su mano para que lo acompañe —. ¿Confías en mí?

Asiento con un insignificante movimiento positivo. Dejo mi mano

sobre la suya. El calor de mis mejillas me informa de que me he sonrojado ante sus palabras. Mente sucia. Sus palabras me taladran el pensamiento hasta que las puertas de la suite principal se abren ante mí. Un camarero descorcha una botella de champán en el mismo instante en el que cruzo la puerta de entrada. Busco a mi hombre oculto en la terraza de la suite. Me invita a tomar asiento y me sirve una copa de champán. Choca su copa con la mía y brindamos bajo la luz de la luna.

Jugueteo con el borde de la copa y a pesar de que intento controlar mis nervios, fracaso en el intento. Abro mi bolso de fiesta y finjo que busco algo en

su interior. Camino hacia la barandilla de escayola y disfruto de las vistas ocultando mis nervios en la oscuridad de la noche. Tras de mí escucho una tímida risa proveniente de mi único acompañante. Me tenso ante su diversión provocando una risa descontrolada. Me vuelvo hacia él y fijo mi mirada de indignación sobre su persona. Cuando sus ojos descubren mi cara y mi nueva expresión, se desata una vez más. Me siento frustrada y a pesar de que estoy decidida a mostrar mi indignación fracaso ante la divertida escena que tengo ante mis ojos. Una sonrisa cubre mi cara en su totalidad. Detiene su mirada ante mi sonrisa. Hace

verdaderos esfuerzos para mitigar sus risas pero falla en el intento una vez más.

—¿Te divierto?

Su risa se dispara una vez más ante mi pregunta. Con un leve movimiento de cabeza afirma positivamente contestándome a la pregunta.

—¿Pensabas que iba a atarte a la cama?

—Quizás sea yo la que te ate a ti...

Su risa se detiene en el mismo instante en el que escucha

mis palabras. Levantándose de la tumbona camina hacia mí. Con el



semblante renovado sus ojos tornan cargados de lujuria y deseo. Se detiene ante mí aunque evita que nuestros cuerpos se rocen. Muy despacio acerca sus labios a mi oído.

—Lo estoy deseando. —Atrapa mi lóbulo entre sus dientes. Tira ligeramente de él y lo suelta permitiendo que la sangre vuelva a circular libremente.

Abro los ojos cuando soy consciente de que estoy sola. Se detiene en la puerta de cristal y se vuelve hacia mí para disfrutar de la satisfacción que le produce dejarme sin aliento y deseando su contacto inmediato.

—Me importas demasiado para hacerte algo así. Jamás me acostaría contigo, al menos hasta que seamos pareja. — Retrocede tras sus pasos y regresa a mi lado, muy cerca de mí pero evitando nuestro contacto—. Aunque eso no quiere decir que no me gustaría pasar la noche contigo. Este vestido me está volviendo loco.

—No sé si sentirme halagada u ofendida. —Doy un paso hacia delante y el contacto se produce. Imitando sus movimientos acerco mis labios con gran lentitud hasta su oído. —No soy una mujer fácil. Estás loco si crees que me acostaría contigo aunque eso no quiere decir que me gustaría pasar la noche

contigo. Sé que mi vestido te está volviendo loco.

Imito sus palabras al igual que sus provocativas acciones. Mi actitud lo ha sobrepasado. Los roles han cambiado. Yo controlo la situación mientras que él se balancea en un mar de dudas. Las palabras han huido de entre sus labios para dar paso a mi sonrisa victoriosa.

—No cantes victoria tan fácilmente. Solo has ganado un asalto... —Le atravieso con la mirada, enfurecida y frunzo el ceño hasta que consigo que me duela—. Ven dentro, la noche debe continuar.

No puedo evitarlo, y aunque quiero seguir ofendida por su altanería y su soberbia camino tras él y me pierdo en el interior del salón. Lo busco y lo encuentro en la encimera de mármol de la cocina americana. Bajo sus manos una caja blanca envuelta con un lazo dorado.

—He reservado la suite para toda la noche. Quiero que hablemos, que veamos películas o que leamos algún libro y bueno, pensé que te gustaría estar cómoda.

Me acerco a él y deshago el lazo dorado que envuelve la caja. La abro y un pijama totalmente negro reaparece ante mí. La imagen de una Hello Kitty

Zombie bajo el color negro de la camiseta negra me hace sonreír. Agradezco que haya elegido para la parte de abajo el pantalón largo a juego. En el fondo de la caja descubro una bolsa de satén atada con un cordón rojo. Se adelanta a mis pensamientos...

—Yo no elegí eso. Le pedí a la dependienta que lo hiciera por mí. No quería que pensaras que soy un perverso.

Busca en mis ojos una respuesta ante su explicación y en su lugar encuentra una sonrisa risueña.

—Voy a cambiarme. —Levanto ligeramente mi nuevo pijama y la bolsita de ropa interior—. Cuando llegue quiero

tus favoritos.

Le guiño un ojo y antes de perderme camino al cuarto de baño le doy las gracias por sus regalos. En el último momento me vuelvo hacia él y acaba con mis dudas cuando lo veo sacando un pijama para él. Me apresuro a ver la ropa interior del interior de la bolsa de satén y agradezco que la dependienta haya elegido un conjunto de color azul claro con diminutos lunares en un tono más oscuro. La textura es ideal. Saco la parte de arriba y me alegro de que el sujetador sea de un estilo sport y no lleve aros ni costuras desagradables. La parte de abajo, un culote. ¡Me encanta! Quito las etiquetas de todo y me visto

con rapidez. La luz del dormitorio está encendida. Sigo el halo de luz que me guía hasta él. Lo encuentro esperándome con unas zapatillas de estar por casa y unos calcetines tobilleros del mismo color que el pijama. No puedo evitar sonreír al descubrir todas las molestias que se ha tomado para que esté a gusto. Me devuelve la sonrisa. Se coloca frente a la cama de matrimonio y retira la colcha de verano y las sábanas de un tirón. Recoloca los cojines para que no estemos totalmente tumbados y me mira invitándome a probar el confort del colchón y no me lo pienso dos veces. Me deshago de las zapatillas y literalmente salto sobre la cama, me

hundo en el colchón y escondo la cara entre los cojines y la almohada. Su risa me saca de mi íntima felicidad. Noto su peso sobre la cama, me toca el brazo con un solo dedo por miedo a tocar donde no debe y suspira ante mi inmovilidad. Abandona la cama, enciende unas cuantas luces más y lo escucho abrir la nevera. Lo oigo trastear con cristal, maldice mientras abre todos y cada uno de las puertas de los muebles de la cocina. Salgo de mi escondite, dejo caer medio cuerpo fuera de la cama y fijo mi mirada en el pasillo esperando a que reaparezca de una vez. Lo oigo protestar, apaga la luz de la cocina, vuelvo a mi escondite y me



centro en escuchar todos y cada uno de sus movimientos. Ha dejado lo que parece ser una botella de cristal encima de la mesita de noche y una copa. Rodea la cama, saco la cara de mi escondite y lo veo cargado con unas galletas de chocolate y un batido de vainilla. De repente mi estómago ruge. Me levanto y encuentro sobre mi mesita una botella de vino blanco y una copa de cristal.

—¿Quieres emborracharme para no compartir conmigo ese cargamento de calorías?

Me mira curioso y aprieta contra su cuerpo los dos paquetes de galletas, me pongo de pie sobre la cama y su mirada me refleja la extrañeza de mi nueva

niñería. Le saco la lengua, en un movimiento ágil y rápido me hago con el preciado botín. Busco la tira roja, me deshago de ella y devoro la primera galleta de chocolate del paquete llenando toda la cama de migas. Me como un par más ante la mirada inquisidora de mi acompañante que permanece inmóvil mientras ingiero su más preciado tesoro. Me dejo caer sobre la cama y tiro ligeramente del batido de vainilla. Recupero mi posición, desenrosco el tapón y lucho con la tapita metálica y su retirada imposible. Clavo una de mis uñas en ella y me ayudo del agujero para abrir con éxito y poder disfrutar del líquido

fresco y dulce. Recupero unas gotas a punto de derramarse por mi barbilla y recorro mis labios con mi lengua.

—Puedes comerte mis galletas y beberte mi batido si te apetece, no te cortes, nena.

Intenta demostrarme su enfado con sus palabras aunque fracasa estrepitosamente al oír mi risa descontrolada. Y a pesar de que está intentado no reírse sus fuerzas flaquean y ríe conmigo. Suelta el paquete de galletas que le he dejado y me sorprende cuando se quita la camiseta, mi respiración se ha detenido en el mismo instante en el que me ha presentado su torso desnudo. Aparto la mirada y a la

desesperada cojo una galleta más soltando varias migas sobre la cama. Su sonrisa inunda el dormitorio, me estremezco ante su cercanía y a pesar de que no es la primera vez que estoy en una cama con él mis nervios han invadido mi cuerpo y mi mente.

—Vamos, deja las galletas. Hablemos.

—Se deshace de los cojines, se acomoda la almohada y hunde su brazo derecho, se gira y me mira fijamente—. Como cualquier cosa pero si tengo que elegir, prefiero la china. También la paella de marisco y el chocolate y sus derivados. A pesar de que soy un fanático de Marvel, mi película favorita es El Señor de los Anillos. Solo

escucho música en la ducha y procuro que sea Madonna o Michael Jackson. Me gustan el color rojo y me encantaría pasar un tiempo en Nueva York. Colecciono juguetes antiguos y todo lo referente al mundo Marvel.

—¡Vaya! No está mal... —Me centro en el paquete de galletas, tomo nota de los favoritos consciente de que no tenemos nada en común.

—Debido a tu incapacidad de cocinar, tu comida favorita se basa en patatas fritas de Foster Hollywood, nachos con queso de Vips, pollo al limón del restaurante chino de tu barrio o un sándwich de salmón ahumado, chocolatisimo de Ginos, los zumos de

piña y el vino blanco. No tienes una película favorita pero sí un libro, El Principito. Te gusta el flamenco, los mercadillos de artesanía y coleccionas los catálogos de Ikea. Te pasas las tardes viendo los programas de decoración de Divinity y los fines de semana te tragas los anuncios de la Teletienda. No entiendes de coches pero te encanta la marca Audi. En tu bolso siempre llevas tu agenda, un estuche con bolígrafos y un bloc de notas. Eres adicta a tu trabajo y te gustan todos los colores siempre que estén bien combinados. Te encantaría visitar Italia y tu ciudad favorita es Sevilla. Adoras tus rizos pero te cuesta dominarlos por

lo que les dedicas mucho de tu tiempo. Sé que Marcos ha tenido mucho que ver en todo esto pero no puedo quitarle meritos. José se ha molestado en conocerme de una manera totalmente distinta a la que yo he intentado esta noche con los favoritos. Me siento como una auténtica idiota.

# 11

Ha pasado una semana desde que regresé de la playa y no soy capaz de acostumbrarme a la estridente alarma del teléfono. Desde que he vuelto al trabajo no he parado de organizar facturas y presupuestos de mis últimos proyectos. Paso las horas con Marta encerrada en la oficina mientras mis compañeros salen a sus visitas porque no dejaron sus proyectos terminados.

—¿Recuerdas la reunión que tenían Jaime y Marisa mañana? Jaime me pidió que me quedara hasta que terminasen.



Me escondí en el almacén con la excusa de verificar el material de oficina huyendo de los gritos de él. Al parecer han cancelado el gran proyecto millonario de Marisa en Londres. Poco pude escuchar pero entendí que el cliente se ha negado a tener a Marisa a sus servicios.

—Entonces, ¿ya no hay negocios internacionales? Jaime me mostró los planos de la nueva oficina en Londres. Contaba con que Marisa se mudara allí para hacerse cargo del estudio si lo del contrato salía tal y como esperaba.

—No creo que haya oficina, Jaime ha intentado ir a Londres para hacerse

cargo personalmente pero Gloria le ha amenazado con el divorcio si se marcha.

Camino hacia mi oficina pensativa y en completo silencio analizando las últimas noticias y las repercusiones que pueden venir a continuación. Busco a mis compañeros en sus respectivas oficinas y encuentro a Nico colgado al teléfono mientras toma algunas notas en su cuaderno de trabajo. La oficina de Marisa tiene la luz apagada y las cortinas echadas, aún no ha llegado. ¿La habrán despedido? Una media sonrisa me sorprende. No quiero que la despidan pero tengo que reconocer que no me cae demasiado bien, y yo a ella tampoco.

Me siento en mi silla y enciendo mi ordenador con la esperanza de tener algún correo que contestar. Nada, elimino varios correos de publicidad y spam y continúo con la revisión de mis facturas. Para la hora de comer ya he terminado con las cuentas. Es un alivio descubrir que todos mis clientes han sido puntuales con los pagos.

Recojo mi bolso y verifico en mi móvil para ver si he recibido algún whatsapp y me desilusiono cuando no encuentro nada. Algo dentro de mí está loco por saber algo de José. Pero desde que regresamos de la playa nuestras conversaciones son escasas y apenas tengo noticias de él debido al trabajo.

—Sofía, justo a tiempo. A mi oficina, ahora.

Las palabras de mi jefe y su semblante serio me dejan helada e incapacitada de dar paso alguno.

—Aparta de mi vista, niñaata.

—¿Perdón? —No espero respuesta de Marisa pero espero que sepa que esto no va a quedar así, pienso hablar con ella en cuanto salga de la oficina y aclararle ciertos puntos.

Entro en el despacho de Jaime sin llamar a la puerta. Marta me dedica una mirada complaciente en el intento de infundirme valor para enfrentarme a lo que me espera. Encuentro a Jaime frente a la fotocopidora a la espera de la

impresión de unos documentos mientras meneaba bruscamente la cucharilla en el interior de su taza de café. El silencio es aterrador y me pone más nerviosa de lo que ya estoy. Creo que no lo había visto nunca así. Va a despedirme, seguro que me despide.

—Voy a intentar ser lo más breve posible. El cliente de Londres en una primera y única reunión con Marisa ha desestimado su proyecto y ha decidido no contar con ella, a pesar de que ha intentado mostrarle diferentes trabajos.

—Bebe un pequeño sorbo de su café antes de continuar—. Por problemas personales me es imposible viajar a mí, aunque me dejaron claro que tampoco

me querían. Al parecer te quieren a ti, querida. Un cliente nuestro, del que no me han querido dar más datos, les ha hablado de tu trabajo y han accedido a continuar con el contrato si eres tú la encargada del proyecto.

Las palabras de Jaime explotan en mi cabeza. La reacción de Marisa hacia mí toma sentido en este preciso instante.

—Han calculado que el tiempo estimado del proyecto que tienen en mente durará un mes a lo sumo. Te han contratado para trabajar de lunes a viernes manteniendo el mismo horario de nuestra oficina, los sábados en horario de mañana y algún domingo esporádico. —El tintineo de la cucharilla de café en

el interior de la taza me desconcentra—. En cuanto termine de hablar contigo y firmes el contrato enviarán el billete de avión. No tienes que preocuparte por nada. Ellos van a encargarse de recogerte en el aeropuerto y pondrán a tu disposición un coche con chofer para que no tengas problemas a la hora de moverte por la ciudad. Te han reservado una suite en uno de los mejores hoteles de Kensington. Es una zona bastante lujosa. Estás de suerte. Me han comentado que van a ponerte una oficina cerca del despacho del Director General. Pero todo eso lo tienes en el contrato. Léelo, y cuando lo hayas firmado lleva la documentación a Marta

para que se ponga en contacto con Londres lo antes posible. Los detalles de dinero los tienes en el contrato, evita las preguntas innecesarias, tenemos mucha prisa.

Aunque me gustaría hacer una y mil preguntas salgo del despacho en completo silencio con una carpeta de cuero sintético negro entre mis brazos con toda la documentación sobre mi próximo proyecto. Entro en mi oficina y cierro la puerta con llave, y me esmero en bajar las persianas interiores para poder concentrarme en la lectura.

En mi primera lectura caigo en la cuenta de que llevo muchos años sin hablar inglés. A pesar de aprovechar los meses



de verano durante mis dos años de selectividad, no estoy segura de dar el todo en este nuevo trabajo. Tendré que repasar algunos de mis trabajos de la facultad si quiero ponerme al día antes del viernes.

Me centro una vez más en la lectura que tengo entre manos. Van a pagarme semanalmente, me pagaran las horas y un suplemento por los fines de semana trabajados además de una gratificación por salir del país. La cantidad de dinero es desorbitante, y no voy a rechazarla ni tampoco la oportunidad de viajar al extranjero y apuntarme un tanto en lo que se refiere a mi carrera.

Debe de ser una buena empresa, además

de pagarme una cifra de dinero tan alta van a hacerse cargo de mi estancia en la suite, van a pagar mis dietas y han puesto a mi disposición un chofer para que me lleve cuándo y dónde precise. Por un momento me siento importante. Firmo los documentos y el contrato y le hago entrega de ello a Marta. El billete de avión no tarda en llegar.

—Ya está hecho, Jaime, acabo de recibir el billete para el viernes. —El semblante serio de mi jefe ha desaparecido para dar paso a un pequeño suspiro de alivio.

—Puedes irte a casa, organiza el viaje. No es necesario que vengas a trabajar el resto de la semana. Aún así procura

estar disponible por si te necesito en cualquier momento.

De camino al ascensor verifico la hora de mi reloj de pulsera, no son más que las cuatro de la tarde pero tengo que tener en cuenta que aún no he comido. Aún así decido marcharme a casa directamente y picotear algo de la nevera.

## 12

Londres

Acabamos de despegar y ya me estoy arrepintiendo de no haber hecho caso a Marcos. Debería haber avisado a José

de que voy a pasar un tiempo en la ciudad en la que él está trabajando. Soy una idiota.

Al igual que en las películas americanas un hombre vestido completamente de negro me espera con un cartel en el cual se anuncia mi nombre con grandes letras de color negro. El pronunciado bigote de mi futuro chofer le cubre buena parte de la cara cubierta por unas enormes gafas negras totalmente opacas. Su altura y sus músculos bien marcados a través del uniforme provocan mi estremecimiento.

—Señorita Amaya, espero y deseo que haya tenido un buen viaje. Mi nombre es

George, George Jefferson. Podrá localizarme desde este teléfono móvil que ha puesto a su disposición el Director General y la empresa al completo. En el listín telefónico tiene anotados una serie de teléfonos que le pueden ser de utilidad. Ahora permítame sus maletas, tenemos que ir a su hotel.

—Encantada de conocerte, George, puedes llamarme

Sofía. No creo que sea necesaria tanta formalidad. —Solo cumplo órdenes, señorita.

—Sofía... ningún jefe va a decirte como llamarme. Para mi sorpresa una sonrisa radiante se abre camino

ante la espesura del bigote de George, mi chofer. Si estuviera en Madrid no consentiría nada de esto, me abrumba el hecho de tener que depender de una persona a la que acabo de conocer.

Me detengo ante el imponente Audi Q7 negro que tengo a mis pies mientras George se hace cargo de mis maletas y mi neceser de viaje. Rodea el vehículo con paso firme y se apresura a abrirme la puerta derecha trasera. De ninguna manera, no pienso recorrer todo Londres como si estuvieran paseando a la mismísima Reina. Me niego en rotundo y se lo hago saber a mi “amigo” a la vez que abro la puerta del acompañante, me siento y me pongo el cinturón mientras le

indico que corra a mi lado y mi decidida intención de no moverme de mi posición.

—Señorita Sofía, va a conseguir usted que me despidan. —No entiendo a qué viene tanta formalidad. Soy una trabajadora más, como tú. ¿Son todos tan serios en la empresa?

—El Director General ha dado órdenes muy explícitas

en lo que a usted se refiere. Yo solo cumplo órdenes.

George me ha dejado claro en dos ocasiones que el Director General le obliga a cumplir órdenes. Mi conductor

se adentra en el tráfico londinense con una sensibilidad y delicadeza que poco tiene que ver con su aspecto. Su manejo al volante es tan perfecto que no puedo evitar quedarme fascinada con cada una de sus maniobras. Caigo en la cuenta de que llevo unos minutos en Londres y de momento no he tenido ningún problema con mi inglés y eso me relaja. Me acomodo en mi asiento y caigo en la cuenta de que no he avisado a nadie de que acabo de llegar y de que estoy sana y salva. Mando un whatsapp a mamá y otro a Marcos que vuelve a insistirme en ir en busca de José. Algo me dice que debo hacerle caso. Busco en mi cartera la tarjeta que me entregó después de



nuestra visita al Parque Europa. ¿Conseguiré cambiarle los planes al grandullón que tengo sentado a mi lado?

—¿Podemos pasarnos por esta dirección antes de ir al hotel? —Alargo mi mano hasta dejarlo a la vista de mi conductor.

—Sin problema.

Será mejor que no pregunte pero el hecho de que no ponga pegatas a mi petición con la dichosa frase “yo solo cumplo órdenes, señorita” ha provocado una curiosidad propia de mí. Aunque también es posible que en mi primer día sean un poco permisivos con lo que se refiera a mi persona y mis necesidades

personales.

El Q7 ha vuelto ha detenerse. George abandona su posición y corre a abrirme la puerta pero antes de que pueda hacerlo ya he bajado del Audi. A pesar de que lleva las gafas de sol puestas he recibido su mirada de desaprobación a través de los cristales opacos. Un escalofrío de verdadero pánico recorre todo mi cuerpo.

—No puedo abandonar el vehículo en este estacionamiento y tampoco puedo alejarme de usted, la esperaré aquí. Procure no entretenerse demasiado, esta noche tiene una cena con la Junta Directiva y no creo que quiera hacer

esperar al Director General. — Señalando una puerta giratoria me indica el camino—. Pregunte en recepción y allí le darán instrucciones.

Pensaba que hoy podría tener el resto de la tarde libre pero ya tienen planes para mí. Acabo de llegar y ya me estoy arrepintiendo de haber venido por segunda vez. Ya solo me queda que José haya salido y que no lo encuentre en su oficina. En un perfecto inglés me dirijo a la secretaria que encuentro tras el mostrador, la cual me indica que debo esperar en una sala de espera adyacente a la entrada principal.

Tomo asiento, y tras la enorme cristalera

vislumbro la enorme silueta de George apoyado en el impoluto Q7 mientras verifica la hora en el reloj de su muñeca y me adelanto a adivinar que la correa tiene el color negro idéntico al resto de su vestimenta.

Paso el tiempo mirando aquí y allá intentando imaginar la vida que lleva José en este edificio atiborrado de bufetes de abogados con toda esta gente corriendo de un lado para otro con el teléfono en una mano y la cartera en otra con sus elegantes trajes de marca, sus impecables modales y su profesionalidad en cada poro de sus cuerpos.

Recupero la compostura y vuelvo al mundo de los vivos, en este caso al mundo de los abogados, y obedezco a la secretaria que me apresura para que corra a su lado.

—Puede subir sin problema, la estaban esperando. —¿Perdón?

—Quiero decir que una compañera la estará esperando

para recibirla.

Aunque la secretaria ha intentado disimular su error no puedo dejar de pensar en Marcos y en su boca. Estoy segura de que hizo caso omiso a mi petición y es muy probable que José

supiera todo sobre mi viaje a Londres y mi larga estancia en la ciudad.

Subo al ascensor totalmente acristalado hasta que se detiene en la duodécima planta. Una nueva sala de espera me da paso hacia un segundo mostrador. Una mujer de pelo corto y unas minúsculas gafas se levanta de su silla en el mismo instante en el que me ve aparecer en la oficina. Su perfecto español me sorprende.

—El Señor Vallés estará encantado con su visita. La verdad es que no la esperábamos por aquí. ¿Ha venido a pasar unos días a la ciudad o es por su trabajo?

—Disculpe mi pregunta, ¿quién no me esperaba por aquí exactamente?

—José nos ha hablado mucho de usted y ha dado la orden explícita de cancelar todas sus reuniones si tuviéramos el placer de que nos visitara.

Es todo tan extraño. Parece que todo Londres se ha detenido para cumplir todos mis deseos. Las dudas, los nervios y esta incomodidad ante el protocolo impecable con el que me tratan en esta ciudad, despierta mis nervios y mi desconfianza en todas y cada una de las personas que me rodean. Cada vez tengo más claro que Marcos está detrás de todo esto. Quizás tenía razón, quizás mi decisión de mantener al margen de todo

esto a José no halla sido muy acertada, quizá no debería sorprenderle y en realidad lo que debería hacer es llamarlo y contarle toda la verdad, quizá...

Camino en silencio tras la secretaria hasta que nos detenemos frente a una oficina de enormes cristaleras.

—Tiene que disculparme, el señor José está reunido en este momento. Venga conmigo, tomaremos un té.

Nuestras miradas se hacen una durante unas milésimas de segundos. La visión que la secretaria había estado intentando evitar con su invitación, ha fracasado estrepitosamente. Una mujer rubia de pelo largo y un cuerpo escultural rodea



con sus brazos a José. Y a punto está de besarlo cuando él la detiene y la aparta de su lado. Las dudas sobre su vida en Londres se han visto aclaradas. No puedo continuar aquí. La vergüenza invade mi cuerpo. Corro hacia el ascensor antes de que salga de su despacho. En mi camino escucho los ruegos de la secretaria intentando que me detenga y los gritos de José pronunciando mi nombre de manera desesperada. El ascensor se detiene en el primer piso. La primera secretaria está al teléfono.

—Señorita Amaya, disculpe. Tengo una llamada para usted.

Hago caso omiso de sus palabras y me

dirijo sin pausa hacia la puerta giratoria. Encuentro a George y él me encuentra a mí. Se tensa frente al Audi a la espera de mi inminente llegada. Aflojo el paso al salir al exterior con la tranquilidad de haber escapado de toda esa gente y sus despachos de abogados.

Tengo a George a escasos metros. Puedo ver como se tensa a cada paso que doy. Todos y cada uno de sus músculos marcan la camisa y su chaqueta perfectamente abotonada. Su respiración agitada me sorprende. Es posible que le haya metido en un lío por mi inoportuna petición. La distancia entre ambos es tan insignificante que me extraña sobremanera que no me abra la puerta y

me presione a entrar en el interior del flamante todoterreno. Decidida a abrir yo mismo la puerta e indicarle que me lleve al hotel me acerco al vehículo terminando con la distancia recorrida en mi frustrada visita cuando algo me detiene. José. No tiene que esmerarse mucho para detenerme y llevarme con él. El mundo se ha detenido en este mismo instante. Nuestras miradas se encuentran una vez más. Su sonrisa irradia felicidad.

—Te echaba de menos, Sofí.

—Parecías muy a gusto en brazos de la rubia de tu oficina. —En vano, hago mil y un intentos para zafarme de sus brazos. Con un mirada de suplica le

ruego a George que venga en mi auxilio —. ¡Conoces a George, vaya si lo conoces! ¿No tendrás nada que ver con mi contrato? Sé que eres capaz de eso y más.

—Conozco a George. Trabajó para mí durante unos meses, hasta que me instalé definitivamente. Ahora trabaja para la empresa que te ha contratado. Marcos me lo contó todo. Estaba preocupado y solo quería que me ocupara de ti en tu tiempo libre. Es un buen amigo. Deberías habérmelo contado aunque me ha gustado mucho tu sorpresa.

¿Debo confiar en sus palabras y creerme que lo de George es pura casualidad? Nadie puede llegar tan lejos, ¿o quizás

sí? Su repentina visita a mi oficina, el pago de los seis mil euros... y solo por pasar una tarde a mi lado antes de regresar aquí. Aquello me hace dudar si realmente tendrá algo que ver en todo esto o no. Mis pensamientos me abandonan en el instante en que sus labios se posan sobre los míos. Las personas de nuestro alrededor se han detenido a contemplar el espectáculo. Me muero de la vergüenza. ¿Qué va a pensar George de mí? Creerá que le he hecho perder su tiempo por mi estúpida aventura con su ex jefe. Tengo que hacerlo parar. Tengo que salir de aquí.

—Cena esta noche conmigo.

—He venido a trabajar. He pasado a

verte porque quería que supieras que estaba aquí. Si tengo algún día libre, te llamaré. Tengo que irme. Lo siento.

Considero que he sido suficientemente clara con mi situación, estoy segura que le he dejado claro que esto es una despedida. He venido a trabajar, en ningún momento he dado a entender que este no fuera un viaje de negocios. Los dos sabemos que me gustaría verlo y pasar tiempo con él pero tiene que entender que solo lo haré si tengo tiempo libre. Tengo la posibilidad de crecer en mi trabajo y no voy a destruir esa posibilidad por sus caprichos o por los míos. Tengo que apartarlo de mi mente y de mi agenda. Aunque es muy

posible que a él no le haya quedado lo suficientemente claro. Noto sus pasos tras de mí. Encuentro a un George más relajado que hace unos minutos. Una sonrisa reaparece bajo su bigote y por primera vez desde que me ha recogido en el aeropuerto veo sus ojos. Tiene gracia, tiene unos ojos azules impropios de un hombre como él.

Las manos de los dos hombres que tengo frente a mí se entrelazan en un amigable saludo acompañados por buenas palabras y ciertas confianzas que me hacen pensar que José no me ha engañado. Es posible que todo lo que me ha contado antes sea cierto. Es posible que George trabajara para él en

el pasado al igual que, en cierto modo, ahora va a trabajar para mí.

—Cuida de mi chica, George o sino te las verás conmigo. —Me guiña el ojo y me besa la mejilla a modo de despedida. —Yo no soy la chica de nadie. Puedes estar tranquilo, George, no tendrás que vértelas con nadie.

El silencio se hace en el interior del vehículo en el que me encuentro acompañada de mi conductor que ha vuelto a esconder sus grandiosos ojos azules bajo sus gafas oscuras. Me pregunto si por la noche también las llevará.

He mantenido el silencio durante el trayecto hacia el hotel sumida en mis



pensamientos, en mis pensamientos sobre José. Analizo todos y cada uno de los movimientos de George, las secretarias y del propio José. Memorizo los detalles de mi contrato y busco entre los nombres de la empresa y los miembros de la Junta Directiva algo que me lleve hasta José sin ningún éxito. Supongo que todo esto son paranoias mías. No tengo porqué desconfiar de él, aunque sé que lo estoy haciendo.

Acabamos de llegar al hotel. Una vez más alguien se adelanta a abrirme la puerta. Un botones se hace cargo de mis maletas mientras el hombre que me ha abierto la puerta me da la bienvenida. No puedo creer que vaya a hospedarme

en un hotel de lujo como este y pienso aprovechar el poco tiempo libre que me quede para disfrutar de sus servicios.

El botones me acompaña hasta la recepción, recojo mis llaves. El teléfono que me ha entregado George suena en el interior de mi bolso.

“La recogeré en dos horas. Esta noche cenará con la Junta Directiva. No les gusta esperar, por lo que ruego puntualidad”.

Una suite, y para mí sola. Los recuerdos de la última noche en la playa junto a José inundan mi mente. Disfrute de todos y cada uno de los segundos de aquella noche. Busco el relicario en el interior de mi bolso. Las fotos de su interior me

hacen sonreír. Me quedo sola en la suite y me dispongo a recorrer todos y cada uno de sus rincones. Guardo el relicario, cuelgo el bolso de una de las perchas del interior del armario de la entrada, me bajo de los tacones y camino hacia el salón-comedor y la cocina que forman una única estancia separada por la barra de cocina americana. La cocina cuenta con toda clase de electrodomésticos. Camino derecha a la nevera de vinos y abro una botella de vino blanco. Busco en todos y cada uno de los armarios sin éxito. De vuelta al salón busco en sus vitrinas hasta que me topo con una copa. El cristal es tan delicado que apenas noto su peso. Vacío el interior de la

botella en mi copa y bebo. El sabor me lleva al Olimpo de los Dioses. Abandono la copa en la mesa del comedor y en mi visita por la suite encuentro un cuarto de baño tan grande como mi habitación en el ático. El mueble negro acompaña a la encimera de cuarzo del mismo color y recoge en su interior dos lavabos blancos impolutos. El mismo grifo de cascada que elegí para el ático me sorprende gratamente. Aunque lo que más ha llamado mi atención ha sido el panel de ducha termostático multifunción con alcachofa a Lluvia y Cascada enclaustrado en una pared de pizarra negra, acompañada por una bañera de

hidromasaje para dos personas.

Dejo el esplendor del aseo para continuar con mi visita al interior de mi suite. Un pasillo me da paso a un par de habitaciones, abro la primera puerta con la intención de encontrarme con mi dormitorio pero fallo estrepitosamente. En su lugar encuentro una oficina totalmente acondicionada para el trabajo que tengo entre manos. Un ordenador de mesa, revistas de decoración, un panel descriptivo para mis notas, un par de sillones y una mesa para reuniones informales, una pequeña librería y todo tipo de material de oficina perfectamente dispuesto sobre una mesa de oficina tres veces más grande

que la de mi trabajo. Salgo de la estancia con la intención de encontrar de una vez por todas mi dormitorio. Ansío una cama donde poder descansar unos instantes antes de mi cena con la Junta Directiva. Abro la puerta. Es la cama más grande que haya visto antes, incluso más grande que la de la suite en la que estuve con José. Dos mesitas acompañan a la cama con dos lámparas de luz tenue a ambos lados, una cómoda a juego con las mesitas y una televisión de plasma empotrada en la pared son todo lo que necesito para descansar. En el interior del dormitorio, dos puertas. La primera me lleva a un gran vestidor. No es tan grande como el mío pero es justo lo que

necesito para el tiempo que pasaré en la ciudad. En la segunda puerta, un aseo totalmente blanco.

El sonido de un teléfono que no es el mío me sobresalta y me saca de mis pensamientos. En una de las mesitas encuentro el inalámbrico. Descuelgo.

—Servicio de habitaciones. Señorita Amaya, queremos recordarle desde recepción que estamos a su completa disposición para lo que precise. Si lo desea puedo informarle de todos los servicios que están incluidos durante su estancia en una de nuestras mejores suites o si lo prefiere puede consultar nuestra página Web y seleccionar el servicio que desee.

Busco en mi cartera mi portátil, tecleo en el buscador el nombre del hotel y pincho directamente sobre la pestaña de las suites. Introduzco los datos y navego por la página en busca de los servicios. La oferta es impresionante y los precios aún más. Cierro el portátil de golpe cuando veo la hora que es. Voy a llegar tarde a mi primera reunión.

Llevo mi maleta hasta el dormitorio. Cuelgo mis vestidos a la espera de que no estén demasiados arrugados pero después de horas y horas en la maleta no puedo esperar gran cosa. Descuelgo el teléfono de la habitación. Necesito una sesión de planchado extra. Esperaba y deseaba no hacer más gasto de lo



necesario y he fracasado estrepitosamente y eso que acabo de llegar.

Justo a tiempo y después de una reconfortante ducha y una estresante pelea con mis rizos una de las mujeres del servicio de habitaciones reaparece con una enorme percha con toda mi ropa en perfectas condiciones.

Elijo para la ocasión uno de mis nuevos vestidos de Blanco y me subo a mis tacones de aguja después de haberme recogido el pelo en un moño informal. Recojo mi bolso y bajo en el ascensor al encuentro con George.

Encuentro a un hombre nervioso caminando arriba y abajo frente al Audi

consultando la hora en su reloj y el móvil a la vez a la espera de que aparezca de una vez por todas. A pesar de todo, bajo puntual. Nuestras miradas se cruzan y noto como su respiración se vuelve controlada al verme. Y en efecto, por la noche no lleva gafas. Una pequeña sonrisa aparece sin más en mi rostro acompañada de un movimiento de cabeza en forma de negación por parte de mi conductor.

Nos adentramos en el tráfico londinense. Los atascos aparecen en cada cruce y la exasperación de George va en aumento a cada minuto que nos mantenemos detenidos en medio del tráfico nocturno. —¿Dónde vamos exactamente? —La

mirada penetrante y furiosa de mi acompañante me atraviesa el alma provocando que me arrepienta de haber abierto la boca en ese mismo instante. Aunque, tras una larga pausa, la respuesta que estaba esperando llega.

—A Mayfair, Picadilly. Una de las zonas más elegantes de todo Londres. El Señor ha reservado mesa en uno de los mejores restaurantes de la zona, El Dorchester.

—¿Es cocina británica?

—Se considera un restaurante francés. Son especialistas en la comida francesa contemporánea y la cocina cantonesa. Le gustará.

—¿Es caro?

—Desde 41 libras el cubierto, unos 57 euros sin incluir bebidas, vinos ni postre. ¿Alguna pregunta más? Tengo que hacer una llamada y necesito concentrarme en el tráfico. Renovamos la marcha ante la inesperada fluidez del tráfico. Y sin apartar la mirada de la carretera indica en el GPS incorporado la dirección al carísimo restaurante, Park Lane, Mayfair, Londres.

Nos detenemos frente a la puerta principal del restaurante. Haciendo caso omiso del joven aparcacoches, George se encarga de aparcar en un espacio libre muy próximo a la entrada. Los gritos desesperados del joven no alertan en absoluto a mi acompañante. Del

interior de su chaqueta lo veo sacar una cartera rebosante de billetes. Los gritos del aparcacoches han desaparecido sin más. Acepta su “gratificación” y se marcha en busca de otros vehículos. Dirijo una mirada de desaprobación a George que me contesta con una leve sonrisa y un guiño de lo más descarado. Noto sus pasos tras de mí y le agradezco en silencio que no me deje sola ante la Junta Directiva que se encuentra en un reservado con una mesa central iluminada con unas velas y una gran lámpara de araña. La decoración basada en las tradiciones británicas me tiene embelesada.

—Señores, buenas noches. Tengo el

placer de presentarles a la señorita Sofía Amaya Castañeda, diseñadora de interiores del estudio de decoración del señor Jaime de la Vega.

Dos de los hombres sentados a la mesa se acercan hasta nosotros. Intuyo que no deben de ser mucho más mayores que yo, de hecho aseguraría que sus edades podrían estar comprendidas entre los veintiocho y treinta años a lo sumo. El primero de ellos viste un traje color crema, corbata a juego y camisa blanca. Una barba arreglada y unos grandes ojos marrones escondidos tras unas gafas de pasta de color negro que le dan un toque juvenil y serio al mismo tiempo.

—Buenas noches, señorita Amaya. Soy

Roberto Ibáñez, socio cooperativo del Director General. Le presento a mi compañero y segundo socio Santiago Marín —recibo los saludos cordiales de ambos hombres mientras fijo mi mirada en los músculos de Santiago.

Salta a la vista que está orgulloso de su cuerpo al verlo pavonearse delante de la mujer que tiene a su derecha a pesar de formar parte de la Junta Directiva. Sus músculos resaltan bajo su camisa negra y su traje al completo. La barba de dos días le convierte en un hombre atractivo así como su mirada penetrante.

—Tome asiento, Sofía. Tiene que disculpar al Director, está subsanando un problema de última hora y nos ha

pedido a Santiago y a mí que hablemos en su lugar. Si les parece, y antes de empezar las presentaciones sugiero pidamos unas botellas de vino. — Roberto me despierta de mis pensamientos y elucubraciones en el momento exacto, antes de que el insinuante Santiago me pille mirándolo descaradamente—. Bien, como ya le habrá explicado su jefe, el Señor de la Vega, nuestra empresa London Association & VMJ es una nueva empresa emergente en el desarrollo industrial londinense donde una serie de empresas se han asociado por diversos motivos en una sola manteniendo la subdirección y creando a su vez una



Junta Directiva dirigida por nuestro director que cuenta con la ayuda extra de Santiago y mía propia. Con la intención de recortar gastos, la Junta Directiva decidió comprar un edificio de oficinas en la zona de The City donde podemos encontrar el distrito financiero, la sede de la bolsa y el Banco de Inglaterra. En la zona en la que vamos a trabajar contamos con grandes monumentos e infraestructuras de nuestra ciudad como la Catedral de San Pablo o la Torre de Londres. A pesar de que hemos dispuesto la sede en una de las zonas más distinguidas de Londres el director ha hecho una apuesta directa con esta serie de empresas y ha decidido darles

lo mejor a cada uno de los miembros de la Junta Directiva de London Association. Asu vez, y tras contar con un edificio de oficinas para la empresa se han cancelado los diferentes alquileres de oficinas que los miembros tenían a sus servicios. Quiero recalcar que, a pesar, del alto precio de la venta de las nuevas oficinas la empresa ha subsanado el problema de los alquileres y el gasto salarial mensual que ello suponía. —Roberto se detiene en sus explicaciones para beber de su copa de vino tinto y a su vez dar paso a su socio y compañero.

—El edificio en The City cuenta en la planta baja con una recepción, una

pequeña cafetería, un aseo y un pequeño almacén. En un principio habíamos pensado sacar a subasta la cafetería, pero teniendo en cuenta que uno de nuestros socios tiene una cadena de cafeterías, decidimos quedarnos con ella y dirigirla nosotros mismos. El almacén fue reformado hace menos de un año al igual que el aseo, en el cual su trabajo será bastante reducido. Por otra parte, en la segunda planta contamos con una segunda recepción, aseos y un almacén y una zona de descanso. También tenemos una única estancia en la que nos gustaría repartir diferentes puestos para nuestros administrativos. En la misma planta se encuentra una sala de reuniones y

conferencias y cuatro oficinas, una por cada uno de los miembros de la Junta. En la tercera y última planta tenemos una nueva recepción, aseos, sala de descanso, sala de reuniones y conferencias y tres despachos más, el del director, el de Santiago y el mío propio. En la zona exterior y al igual que en la segunda planta también coincide la estancia para las secretarias de dirección. A partir de mañana contará con una oficina propia donde recibirá a lo largo de la mañana a todos los miembros de la Junta Directiva para aclarar los detalles de sus negocios y lo que necesitan en cada una de sus nuevas oficinas.

—Aun así, esta misma noche y mientras esperamos la llegada del Señor Director comenzaremos con las presentaciones y una ligera descripción de sus negocios. En primer lugar tengo el placer de presentarle a la Señorita Abie Miller, subdirectora de un pub de música disco en la zona de Trafalgar Square. Fundada hace un par de años ha acudido a nosotros por la falta de clientela. En segundo lugar el Señor Dean Scott, subdirector de un restaurante especialista en comida londinense. Heredó el restaurante de manos de su padre, fundador del mismo en 1997. A pesar de ser un restaurante muy conocido en Londres y de haber

mantenido la plantilla, ha notado que la escasez de la clientela ha decaído desde que empezó con la gerencia del negocio. Contacta con nosotros debido a la acumulación de deudas. El señor de su derecha es el mismísimo Bernard Griffin, que junto a su mujer con el paso de los años y su profesionalidad adquirida, han formado una de las cadenas de cafeterías más conocidas y famosas de la ciudad con sus especialidades en desayunos y meriendas cien por cien londinenses. Después de decidir que ha llegado la hora de su jubilación decide contar con nuestros servicios manteniendo la subdirección con su esposa que hoy no

ha podido acompañarnos. Por último, nuestro socio más joven, Elliott Clayton que formo su periódico digital con la ayuda de cinco compañeros de la facultad. Contacta con nosotros para encontrar financiación para su periódico que se ha convertido en uno de los más descargados con miles de visitas online desde su inauguración hace un año.

La información se agolpa en mi mente, la serie de nombres y descripciones que acabo de recibir forman un remolino de ideas en mi cerebro que se ven descontroladas por la ingesta de alcohol. El vino blanco ha empezado a provocar en mí ciertos estragos. Después de llevar horas sin tomar

bocado no podía esperar más.

—Disculpe que les moleste, el Señor Director acaba de llegar.

## 13

George interrumpe la conversación. El alivio que siente mi cuerpo y mi mente al cese de tanta información tras la debida presentación se ve frustrada por la tensión del encuentro. No quiero ni imaginarme como es el Señor Director. Jamás he tenido un jefe autoritario, lo que ha provocado en mí una relajación inmensurable que me ha convertido en la profesional que soy hoy en día a pesar de mi corta experiencia. Me tenso de



arriba abajo al pensar en su forma de trabajar y en la de tratar a sus trabajadores. Recuerdo el respeto con el que hablan todos de él, incluido George.

Tomo aire, me relajo, cojo fuerzas de donde no las tengo, me armo de valor y me concentro para no caerme de bruces delante del mismísimo “líder supremo”, recupero de algún lugar de mi memoria mis clases de protocolo y con la mejor de mis sonrisas abandono mi asiento para saludar a mi jefe.

Como si de una escena de película se tratara, todo sucede a un ritmo uniforme y de lo más relajado. Mis movimientos se ven acompasados al son del hilo

musical del restaurante. Las palabras se pierden en el aire en el momento en el que nuestras miradas se hacen una. Camina lenta y decididamente hacia mí. Su cuerpo musculoso se adivina fácilmente a través de su camisa gris. El traje negro cubre su cuerpo centímetro a centímetro como si estuviera hecho a medida. Al igual que su socio la barba de dos días le convierte en el hombre más atractivo de La Tierra. Ignorando el saludo de George mantiene el paso hacia mi asiento hasta que se detiene frente a mí. Su brazo izquierdo rodea mis caderas atrayéndome hacia su cuerpo. Me planta un beso en ambas mejillas, me aprieta aún más contra él y me

dedica unas palabras al oído.

—Hola, Sofi, estás muy guapa esta noche. Procura no montar un espectáculo. Tenemos toda la noche para recriminaciones.

—No puedo creer que hayas hecho esto. Eres un auténtico imbécil. —Silencia mis palabras con un mordisco en el lóbulo de mi oreja.

—Recuerda que en este momento estás hablando con el señor Director, soy tu jefe.

Me abandona en mi asiento bajo la atenta mirada de nuestros acompañantes. En el mismo instante en el que tomo mi

copa e intento controlar mi nerviosismo el nombre de la empresa vuelve a mi mente. London Association & VMJ. VMJ. Vallés Maestre José. Maldito cabrón. Me las va a pagar todas juntas. Estoy cansada de su juego sucio y de sus mentiras. Qué idiota he sido creyéndome sus palabras de esta tarde. Vaya si conocía a George. ¿Cómo he podido creérmelo? Las pruebas de que él estaba detrás de todo han pasado por delante de mis ojos y no he sabido verlas a tiempo. Me siento tan ridícula. Necesito un minuto a solas.

—¿Me disculpan un momento? Voy a retocarme.

Se que José teme que me marche y por

ello ha ordenado a George que me siga. Es posible que crea que no me he dado cuenta, y es muy probable que el mismo George piense que no sé que está justo detrás de mí.

—¿Vas a entrar conmigo y ayudarme con el vestido? ¿O vas a sujetarme el bolso?

—No sea insolente conmigo, señorita Sofía.

—Y tú deja de seguirme, no voy a irme a ningún lado. Dile a tu jefe que no me largo en este mismo momento porque no quiero perder mi trabajo en Madrid, no porque me interese lo más mínimo trabajar para él.

Me oculto en el interior de los aseos, ignoro la hora y llamo a Marcos. El muy

cobarde me ha colgado. Segundos después mi teléfono vibra entre mis dedos:

“A estas alturas de la noche habrás descubierto lo de José”.

Tiene suerte de no estar delante de mí en este aseo porque le patearía la cabeza hasta cansarme. Un segundo mensaje llega antes de volver a guardar mi móvil en el interior de mi bolso.

“Me he enterado esta misma tarde. No pienses mal. No te enfades mucho. Piensa en el dinero”.

Hago caso omiso de las palabras de mi amigo, estoy enfadada y quiero estarlo

aunque tendré que mostrarme educada delante de los miembros de la Junta Directiva, incluidos los socios.

Regreso al salón con la mirada de George fija en mi espalda mientras se asegura que vuelvo a mi lugar.

—El señor me ha pedido que la diga que resolverá todas sus dudas en cuanto finalice la cena.

Le dedico una de mis miradas de odio al descarado de mi chofer y tomo asiento a la vez que un elegante camarero me entrega la carta. Pienso pedir lo más caro. Me decido por la sopa de marisco y los quenelles de pollo trufado. Terminamos la cena acompañados de las explicaciones de José y sus socios y los

argumentos de la Junta con una degustación de postres franceses. Un camarero nos agracia la noche con un surtido de copas y chupitos con y sin alcohol regalo de la casa.

La cena ha llegado a su fin. Estoy loca por regresar al hotel y encerrarme hasta mañana, hasta la hora de ir a trabajar sin saber que José tiene otros planes para nosotros.

—Quiero agradecerles a todos y cada uno de los miembros de la Junta Directiva y a mis socios vuestra ayuda y vuestra compañía. Ahora, si nos disculpan me quedaré unos minutos más a solas con la señorita Sofía para tratar ciertos puntos sobre su contrato. Serán



informados en la siguiente reunión. De nuevo, muchas gracias. Los veo mañana en las oficinas de Holborn para empezar cuanto antes con nuestro proyecto. Santiago se encargará de enviarles un correo con el horario de las citas concertadas para las primeras reuniones con Sofía.

Me despido de todas y cada una de las personas con las que acabo de cenar. El hecho de que Santiago me haya guiñado un ojo y mostrado su sonrisa más picarona responde a todas mis dudas. Lo sabían. Roberto y Santiago lo sabían. Es muy probable que además de socios, sean amigos.

El silencio se hace en todo el

restaurante. Estaba deseando quedarme a solas con él para reclamarle una explicación pero una vez más el hombre atractivo que tengo enfrente, al otro lado de la mesa me ha dejado sin palabras. Estoy totalmente paralizada y lo sabe. Conoce todos y cada unos de mis puntos débiles y está disfrutando con ello. Disimular mi nerviosismo sería una completa estupidez por mi parte. Pero quiero esa explicación, la necesito. Estoy casi segura de que Marisa no va a recibirme con los brazos abiertos y quiero estar lista para defenderme de sus acusaciones.

—Estoy esperando una explicación... ¿a qué estás esperando? —las palabras

atraviesan mi garganta sin previo aviso. Su expresión seria y firme ha cambiado tras mis palabras. Una leve sonrisa ha tomado forma en sus labios. Su mirada picarona y atrevida recorre mi rostro impasible. Sé exactamente lo que está intentando pero en esta ocasión no le servirá de nada. Quiero respuestas y las quiero aquí y ahora.

—Una serie de circunstancias han sido las culpables de que esta noche estemos tú y yo juntos en este maravilloso restaurante de Londres. —Sus palabras sensuales atraviesan mi cuerpo y mi mente. Sus pasos dirigidos hacia mí acortan nuestra distancia hasta sentarse lo más cerca posible.

—No puedes coquetear con una empleada... ¿o lo tienes permitido en el convenio?

—Me encanta cuando te pones sarcástica...

A pesar de que no debería beber ni una copa más tomo mi copa de vino blanco entre mis manos y vacío la copa por completo. La sonrisa de José va en aumento. Está orgulloso de provocarme esta serie de nervios incontrolados que me poseen.

—Puedes seguir jugando conmigo o puedes explicarme porque me has mentado. —Acercó mis labios a los suyos todo lo que puedo provocando una reacción en él—. Pero si eliges mal tu

decisión me marcharé al hotel y créeme cuando te digo que si quiero marcharme, lo haré.

Vuelvo a mi asiento y disfruto de la cara de sorpresa de mi acompañante.

—No deberías tentar a tu suerte. Aquí en Londres soy un hombre muy poderoso. Vayas donde vayas, lo sabré. No podrás escapar de mí. No estoy jugando contigo pero si quiero hacerlo lo haré. Te sugiero que no empieces un juego que no puedes ganar. Deja a un lado tus coqueteos, hablaré en el momento oportuno. Aquí las órdenes las doy yo, Sofi, recuerda que mientras estés en Londres el que mando soy yo.

—Pues por mí te puedes meter tus

órdenes y tu poder por donde te quepa. No tienes tú a la suerte. Y ahora, si me disculpa señor Director General me marcho a mi hotel, no tengo porque estar con usted en este momento, mi horario laboral ha llegado a su fin por hoy. — Tomo mi bolso y me levanto de la mesa olvidando mis modales por completo—. Para ti y a partir de este momento solo soy una empleada, la señorita Amaya, así que te sugiero que te aprendas bien mis horarios laborales porque serán los únicos en los que me verás el pelo. Si me disculpa, Señor Director...

Estoy totalmente decidida a marcharme y así lo haré. No sé quién se ha creído para hablarme así. ¿Qué se ha creído? Si

pensaba que iba a caer rendida a sus pies con esa personalidad posesiva lo lleva claro. Ni el mismísimo *Jesse Ward* lo habría hecho tan bien. ¿Será que en Londres todos los hombres son así y que José se ha transformado? Desde luego, si quiere seguir manteniendo una relación conmigo tendré que dejarle bien claro que yo no soy ninguna *Ava O'Shea* y espero que con esta reacción le haya quedado lo suficientemente claro. Salgo al exterior del restaurante, hace una noche increíble y si no fuera por la lejanía de mi hotel y por las copas de más, caminaría disfrutando de la noche londinense. A mi derecha encuentro a George junto al flamante Audi. Camino

sin mirarlo a sabiendas de que él si me ha visto a mí. Retrocedo sobre mis pasos en busca del aparcacoches. Quiero llamar a un taxi pero George se interpone entre nosotros como si de un novio celoso se tratara. No va a detenerme. Me marcharé de aquí con o sin él.

—Suba al coche, la llevaré al hotel.

Camino delante de él con paso decidido y sin dirigirle la palabra. Voy a hacer mi trabajo lo antes posible y me marcharé. Trabajaré hasta tarde, trabajaré todos los domingos si es necesario. Quiero terminar lo más pronto que pueda y regresar a casa. No quiero más mentiras ni quiero tener que tratar más con este



nuevo José que he conocido esta noche. Ya ni siquiera quiero una explicación. Trabajaré con él, trabajaré para él, pero eso será todo. ¿Cómo he podido ser tan idiota?

George me ha adelantado y me espera con la puerta del coche abierta con la mirada fija en mí. Le dirijo una mirada de desprecio y me pierdo en el interior del Q7. Dejo caer mi bolso en el asiento de al lado, me pongo el cinturón y me dejo caer en mi asiento. Fijo la mirada en el exterior, encuentro a George hablando por teléfono. Cierro los ojos. Quiero relajarme, necesito relajarme. El sonido de la puerta delantera al cerrarse me despierta momentáneamente. Estoy

tan cansada que no puedo evitar volver a cerrar los ojos.

—Sofi, despierta, ya hemos llegado.

Debo de estar soñando pero juraría haber oído su voz. Abro los ojos. Sigo en el coche, George está al volante y en efecto ya hemos llegado. El roce de su mano en mi cara responde todas mis preguntas.

—¿Qué haces tú aquí? ¿No he sido lo bastante clara? Déjame tranquila, José, la has cagado pero bien.

Intento abrir mi puerta pero fracaso en el intento. Estoy encerrada en el Audi con las personas que más odio en este momento.

—Abre las puertas, George. ¡Ábrelas!

—grito, grito tan fuerte que estoy segura que me podrían oír desde el exterior—. ¡Joder, George, abre la maldita puerta de una vez!

Forcejeo en la parte trasera con José que está intentando calmarme y cuando consigo soltarme las manos no puedo evitar más que propinarle una bofetada. La impotencia me ha inundado la cara de lágrimas, la sorpresa en los ojos de José y la expresión de alerta en George, provocan que mi llanto se descontrole.

—Por favor, George, déjanos a solas. Le debo una explicación a la señorita.

Desde luego que me debe una explicación. ¿A dónde quiere llegar con este comportamiento absurdo? ¿Por qué

tantas mentiras? ¿Acaso no se da cuenta que cuanto más me miente más me aleja de él? Esta relación no va a ninguna parte. A pesar de la atracción física que hay entre nosotros y los sentimientos que nos unen esta relación está condenada al fracaso. Las mentiras y las manipulaciones a las que me somete no son la forma correcta de empezar una relación, si es que a esto que está pasando entre los dos se le puede llamar así.

## 14

(Capítulo inédito por José)

Me merezco esa bofetada, vaya si me la merezco. ¿Qué estará pensando? No ha parado de llorar desde entonces. Tengo que hacer algo para que se calme pero estoy paralizado frente a la tristeza de esta mujer, y no encuentro las palabras exactas para disculparme y ofrecerle la tranquilidad que necesita. No debí haberla mentado. A cada mentira la pierdo un poco más. Aunque, ¿cómo puedo perder algo que nunca ha sido mío? La forma en la que intento atraerla hacia mí no ha funcionado hasta ahora. Todo lo que había conseguido este verano lo he perdido esta misma noche. Tengo que hacer algo y lo tengo que hacer ya, aquí y ahora. Solo quiero

besarla, abrazarla y limpiar esas lágrimas pero si me acerco es probable que me lleve otra bofetada y no podré culparla por ello.

—Sofí, por favor, para de llorar. Voy a explicártelo todo, nada de mentiras. Te diré toda la verdad pero por favor, deja de llorar. —Estoy esperando una respuesta que no va a llegar aunque tengo que agradecerla que parara de llorar—. Lo primero que quiero hacer es pedirte perdón, sé que no debí mentirte pero pensé que si te decía toda la verdad te negarías a venir.

—¿Por qué iba a negarme? Me marché de vacaciones pensando que no volvería

a verte en un tiempo y aquello me entristeció verdaderamente. El hecho de que me sorprendieras en la playa me hizo feliz, muy feliz... y nuestra última noche juntos... jamás olvidaré esa noche. —Sus palabras me dejan paralizado, el hecho de que se esté sincerando conmigo me descoloca por completo haciendo de mí un hombre débil y porque no decirlo, enamorado—. Volví a Madrid convencida de que pasaríamos un tiempo separados por tu trabajo. Hasta que mi jefe me pidió que viajara hasta aquí. Mentiría si dijera que al principio no tuve mis dudas pero quiero que sepas que me alegró el hecho de poder pasar un tiempo cerca de ti y

aunque no podría pasar todo el tiempo que quisiera contigo podríamos quedar alguna tarde o en mis días libres. Joder, José, prohibí a Marcos que te hablara de mi viaje porque quería sorprenderte y la sorprendida soy yo.

¿Qué puedo decir ahora? Me ha desarmado por completo. Odio perder el control de la situación.

—Mi relación con Víctor se basó en la mentira y cuando terminé con él me juré a mí misma que jamás volvería a someterme a una relación basada en engaños y farsas. —Me dirige una mirada de advertencia con halo de tristeza que me parte el corazón en mil pedazos—. Después de esto he perdido



la necesidad de conocer el motivo que te ha llevado a este comportamiento... Y ahora que me has convertido en una empleada no me queda otra más que informarte que si existía la más mínima posibilidad de que entre tú y yo surgiera una relación, has acabado con ella. Yo no salgo con mis jefes, José, y espero que lo respetes.

—No puedes pedirme que respete algo que no tiene sentido. Ni te contraté ni mucho menos soy tu jefe. Las circunstancias hacen que así lo parezca pero te pido que analices con detenimiento tu decisión porque puede cambiarnos la vida a ti y a mí.

—José, no seas hipócrita. La Junta

Directiva se puso en contacto con Jaime, firmaron un contrato con él. Días antes de que Marisa viajara hasta aquí ella misma firmó un segundo contrato directamente con La Junta Directiva de la cual tú eres el director. Después de despedirla hicisteis lo mismo conmigo. José es tu firma y tu sello la que aparece al final de mi contrato a pesar de que mi contratista ha sido la Junta Directiva y repito, Junta Directiva de la cual tú eres el director.

Acabo de perder la batalla y con ello he perdido a la mujer de mi vida. ¿Qué voy a hacer ahora? La única solución sería despedirla, pero si lo hago perdería su trabajo y eso no haría más que empeorar

las cosas. ¿Cómo no he pensado en ese detalle tan importante? Me he convertido en su jefe. Ahora me encuentro en su agenda de clientes. La única opción que me queda es dar la vuelta a la tortilla, tengo que ponerla contra las cuerdas.

—Siempre encontrarás una buena excusa para separarme de ti, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —Justo en el blanco.

—Me pediste tiempo para conocernos y te lo di confiando en que llegaría un día en el que te decidieras a venir a mí. A pesar de que estamos más unidos, el hecho de haber contado contigo para este proyecto te ha venido bien para

volver a alejarte de mí y estoy empezando a pensar que cualquier excusa será buena para separarnos. ¿Sabes qué pienso? Pienso que no tienes valor para enfrentarte a mí y decirme lo que realmente sientes, pienso que solo he sido un capricho pasajero y que lo que creías sentir por mí no ha sido nada importante para ti, pienso que echas la culpa al que tienes al lado porque eres una cobarde, pienso que a mi lado podrías ser la mujer más feliz de mi vida y pienso que tienes un miedo atroz a serlo cuando esa felicidad viene de un hombre.

—¡Te contradices a ti mismo y encima tienes el valor de criticarme cuando el

culpable de esta situación eres tú y solo tú! ¡No he tenido intención alguna de separarnos!, ¿recuerdas que fui a tu oficina con intención de sorprenderte? ¿Cómo puede conocerme tan bien? Los trucos que me han funcionado con otras chicas se ven frustrados por esta mujer. No tengo nada que hacer, lo mejor será dejarla ir. Tengo que olvidarme de ella...

Fuera está amaneciendo y a pesar de que falta más de una hora decido levantarme antes de que suene la alarma. Las sábanas empapadas en sudor enredan mi cuerpo después de pasar toda la noche en vela. Debería espabilarme y preparar las entrevistas de esta mañana pero soy

incapaz de concentrarme en el trabajo. Cualquier pensamiento me lleva a ella y aunque sé que la he jodido del todo y que no tengo nada que hacer, sé que no puedo dejarla, no puedo olvidarme de ella. Y en realidad tampoco quiero hacerlo. He conocido a muchas mujeres pero ninguna me ha hecho sentir lo que ella provoca en mí. El sentimiento es tan grande que incluso duele.

Mis pensamientos se cuelan dentro de la ducha y me persiguen en cada uno de mis movimientos. El hecho de estar pared con pared no ayuda. El hecho de trabajar juntos tampoco. ¿Cómo podemos estar tan cerca y a la vez tan lejos? Ayer perdí al amor de mi vida y

después de mis últimas palabras es posible que haya perdido incluso su amistad. Mis acusaciones sin fundamento quizás hayan provocado en ella un odio inmensurable hacia mi persona y en realidad no puedo culparla por ello.

—George, necesito que vengas a recogerme. Me he dejado el coche en la oficina. (...) Si, ya sé que tienes que recogerla a ella también. Yo me las arreglo. ¿A qué hora? (...) De acuerdo, a esa hora estaré.

No estoy muy seguro de cómo va a reaccionar al verme salir de la suite y mucho menos cuando me suba al coche

pero es un riesgo que tengo que correr. Aunque ella no quiera pasaré todo el tiempo que pueda a su lado. Tengo que hacerla entrar en razón y conseguir que cambie su decisión. No pienso rendirme con el primer problema que surja entre los dos. Tengo que hacer todo lo posible para que siempre me tenga en mente. Y mi primera jugada está en marcha.

Ha llegado la hora, espero en la puerta a la espera de un sonido que me de la señal que espero, la señal que me haga saber que ella ha salido de su suite, la señal que me devuelva su imagen, una imagen que ansío desde que nos despedimos a la entrada del hotel. Y por fin llega, el sonido de la puerta al cerrar



me da la información necesaria. Abro la puerta, su mirada se fija en mi rostro. Sus ojos me muestran una mezcla entre sorpresa y odio que me contradice y entristece a la vez.

—Claro, ¿cómo no me he dado cuenta antes? Tenía que ser el mismo hotel, pared con pared. Este hotel es de tu padre, no se me han escapado los pequeños detalles aunque tengo que felicitarte porque una vez más has conseguido engañarme. ¿Más mentiras, José? ¿Alguna sorpresa más? Y todavía tienes la desfachatez de culparme... — Hace una pausa solo para dirigirme una mirada de desaprobación—. Supongo que también iremos juntos a la oficina y

que mi despacho estará muy cercano al tuyo... José no estás haciendo otra cosa más que empeorar las cosas y mira que pensaba que ya no podía ser peor. Te felicito, la estás cagando con cada decisión que tomas. Te pensaba más inteligente.

Sigo sus pasos hacia el ascensor sin articular palabra. Estoy realmente jodido. Me ha desenmascarado. Mis planes no solo han fracasado sino que me regalan una nueva discusión con ella y por consiguiente, la apartan aún más de mí. Necesito cambiar de táctica y estoy completamente desarmado ante ella. Lo mejor será que me centre en el trabajo.

Busco en el aparcamiento a George entre coches y limusinas. Me pierdo en el interior del Audi y ya en el asiento delantero me adelanto a encender mi portátil. Contesto correos, firmo contratos y verifico mi agenda de camino a la oficina. Tengo que reunirme con ella al final de la tarde, después de sus entrevistas con la Junta Directiva. Tengo que estar preparado y no flaquear. Desde ahora en adelante Sofía será la señorita Amaya. No tengo más remedio que acatar mi castigo después de tantos errores cometidos en las últimas horas. A pesar de todo siento la necesidad de darle todas las explicaciones necesarias para que me perdone. Abro y cierro una

y mil veces un nuevo correo dirigido a su bandeja de entrada sin éxito alguno.

Paso el día en la oficina viendo pasar las horas marcadas en el reloj digital de mi ordenador de mesa. He subido las persianas del despacho con la intención de vigilar todos y cada uno de sus movimientos, pero al igual que en su despacho en Madrid tiene las cortinas corridas y no puedo ver nada de lo ocurre en el interior. Apenas consigo ver algunos rizos rebeldes o su mano al despedir a todos y cada uno de los miembros de la Junta. ¿No va a salir a comer? Necesito verla. Descuelgo el teléfono y al igual que con el correo no encuentro ni la fuerza, ni el valor, ni las

palabras para dirigirme a ella.

No, no ha salido a comer. Y sé que tampoco ha desayunado. Me siento con la obligación de protegerla y cuidarla pero no aceptará nada que venga de mí.

—Adela, por favor, ¿podrías mandar a alguien a Starbucks a por una focaccia de jamón york y queso provolone, una ensalada Fusilli Caprese y una cheesecake de frambuesa? (...) Sí, que usen la tarjeta de la empresa. (...) Que lo entreguen en la oficina de la Señorita Amaya. Muchísimas gracias.

Llaman a la puerta, salgo de mis pensamientos y doy paso a Adela que

me sorprende con un paquete de Starbucks también para mí. Y como siempre mi comida favorita: focaccia de pollo, chapata de pollo y queso cheddar y de postre la tarta de queso y dulce de leche. No puedo más que agradecerle el gesto, aunque en esta ocasión no tengo intención de probar bocado, no hasta que me reúna con ella y consiga verla de una vez por todas.

—Disculpa, José, Sofía me ha pedido que te entregue este informe. Ha cancelado la reunión de esta tarde.

Recibo la documentación y literalmente la tiro sobre el escritorio. Ignoro los consejos de mi amiga y secretaria y camino decidido hacia el despacho de

Sofía. Llevo todo el día a la espera de la maldita reunión, no puede cancelarla, no puede evitarme y se lo haré saber.

## 15

Aprovecho que estoy más concentrada que nunca y que tengo toda la información reciente para preparar los planos y la organización de las tres plantas del nuevo edificio. Anoto en mi agenda y reservo una hora antes de la comida del lunes para ir a hacer todas las medidas posibles. Con un ruido ensordecedor la puerta de mi despacho se cierra tras él. Sé a qué ha venido, sé perfectamente lo que va a pasar ahora

mismo. Por un momento pensé que aceptaría el informe y dejaría pasar mi cancelación. ¿A quién quiero engañar? Sabía perfectamente lo que iba a ocurrir y me sorprende a mi misma saboteándome. No quiero verlo, no debo en realidad. Pero es inevitable. El hombre sexy y furioso que tengo delante no hace más que provocar en mí deseos irrefrenables de hacerlo mío. El paso de las horas ha dejado mella en él, la corbata ha desaparecido. Los botones desabrochados de su camisa me regalan la visión más maravillosa del universo. Su respiración agitada por el enfado marca sus pectorales trabajados. El pelo enmarañado y esa mirada penetrante me



dispara la libido y el corazón. Lo he intentado con todas mis fuerzas y he vuelto a fracasar. Pero tengo que ser fuerte y mantenerme firme ante esta situación tan desagradable.

—Discúlpeme pero no puedo atenderle en estos momentos. ¿No ha recibido mi informe? He cancelado la reunión, necesito adelantar con los planos y así empezar con las obras lo antes posible.

—No sé ni cómo te atreves a cancelarme una reunión. No te conozco, Sofía, ¿ahora me llamas de usted? Llevo todo el día esperando la puta reunión para verte. ¿Qué coño estás haciendo? Te sugiero que no juegues conmigo,

Sofía, no voy a permitírtelo.

—Creo que he sido muy sincera tanto esta mañana como ayer por la noche. No quiero saber nada más de ti, ¿te queda claro? Lo único que nos une ahora mismo es este maldito trabajo que si pudiera cancelar, te juro que lo haría. Así que da gracias porque no quiero perder mi puesto en Madrid, de lo contrario ya me habría marchado. Cancelaré todas y cada una de las reuniones que me impongas, evitaré comidas o cenas de trabajo en las que estés presente y en cuanto tenga todo listo llevaré todas mis cosas a las nuevas oficinas porque te quiero todo lo lejos que pueda. Y ni si- quiera pienses

en el hotel, porque no voy a volver. Haré mi trabajo y me largaré de aquí lo antes posible.

—Podríamos haber hecho las cosas de otra manera, pero si me declaras la guerra, no tendré más remedio que atacar donde más te duela. Y te aviso, si tengo que llamar a Madrid y ofrecer a tu jefe un contrato falso lo haré si con ello te retengo a mi lado.

—Te prohíbo terminantemente que hagas tal cosa. —¿Que tú qué? Tú no prohíbes nada aquí. Si quiero que te quedes te quedarás, y si tengo que gastar el último euro que tengo en el banco para ello lo haré. Que te quede claro que te retendré

a mi lado hasta que entres en razón y admitas que no puedes vivir sin mí.

La frustración me golpea de lleno. No quiero dedicarle más de mi tiempo y rezo porque se marche a su oficina y me deje tranquila. Las decisiones se agolpan en mi mente mientras mi ira va en aumento. Le mantengo la mirada intentando demostrar firmeza en mis decisiones. Retrocede tras sus pasos camino a la puerta. Lo he conseguido, se marcha. El sonido de la llave al cerrarse me informa de que estaba equivocada. Dándose media vuelta y regresando a su antigua posición me obliga a mirar la llave mientras la guarda en el interior del bolsillo derecho de su pantalón. Su

sonrisa pícaro me enerva y a su vez me lleva al mismísimo paraíso. Y a pesar de todo me mantengo firme en mi silla. Sus pasos decididos rompen el silencio de la estancia. Gira mi silla hacia él, cae de rodillas frente a mí y me abre las piernas para abrirse paso hasta mi cuerpo dejándome totalmente desprotegida. Rodea mi cadera con sus manos incluso ronzando mi culo, tira de mí hacia él hasta que nuestras caras están a punto de rozarse. Sé lo que va a pasar ahora. Una vez más me besaré a su antojo hasta que vuelva a rendirme a él. Y aunque no siempre lo ha conseguido al cien por cien, su contacto me hace dudar de mí misma. Y ahora que estamos tan

cerca el uno del otro, y ahora que estamos piel con piel, y ahora que estamos juntos, su respiración se ha calmado, ya no noto su pecho agitado. También su sonrisa picarona ha desaparecido para dar paso a una mirada que desconozco pero que me atrae mucho más a él. En este mismo instante mi indignación, mi enfado e incluso mi ira se van desvaneciendo a cada segundo que veo esa mirada. Una mirada que nunca antes había visto ni en él ni en ningún otro. Mis ojos tornan llenos de dulzura y amor ayudándome a descubrir que no podré mirar a nadie como lo estoy mirando a él. El miedo a estar equivocándome me hace temblar.

Sus brazos me rodean aún más, nuestros labios se rozan a la espera de un beso que parece que no va a llegar. Cierro los ojos para recibirlo cuando algo me hace perder el equilibrio y me obliga a sujetarme con firmeza a mi silla. Mis ojos me dan la respuesta que necesito. Y ahí está él con su sonrisa picarona marcando su rostro. Mi desconcierto es tal que no estoy muy segura de que sentir en este momento. Vergüenza es la palabra que estoy buscando. Vergüenza.

—Te espero en mi despacho en diez minutos y no admitiré excusas de ningún tipo.

Contemplo mis mejillas sonrosadas por el bochorno frente al espejo del aseo de

mi despacho recordándome a mí misma lo estúpida que me siento en este momento. Me he sentido orgullosa de un control que jamás ha sido mío cantando victoria antes de haber ganado la batalla. Sin duda alguna he vendido la piel del oso antes de haberlo cazado.

Salgo de mi despacho. Me detengo frente a Adela suplicando ayuda. Como única respuesta recibo una mirada complaciente y un gesto de apoyo pero no es suficiente. Camino hacia su despacho con paso tambaleante y mil dudas dando vueltas en mi cabeza, con el corazón a mil por hora amenazando con salir huyendo de mi cuerpo en cualquier momento. Me detengo frente a



su puerta, tomo aire y recojo un manojito de fuerzas para llamar con firmeza y abrirme paso.

—Pasa y siéntate.

Una orden seria y tajante me llega a través de la puerta que tengo delante. Tomo la manilla entre mis manos y la hago girar. La imagen que me llega desde el interior de la oficina me fascina por completo. El hombre atractivo que encuentro sentado a su mesa con aspecto descuidado por las horas de trabajo y actitud desenfadada provoca que mis nervios vuelvan a resurgir de lo más hondo de mi alma y casi tengo que concentrarme en respirar y no caerme de bruces ante semejante hombre. Camino

hacia la mesa de trabajo y escojo la silla más lejana a él procurando mantener la distancia entre ambos. Abro mi carpeta, enciendo mi portátil y le ofrezco mi trabajo de las últimas horas.

—¿Y bien? ¿Qué me has preparado?

Hago entrega de los tres bocetos iniciales con gran lentitud mientras busco las palabras exactas que necesito para realizar mi trabajo lo más correcta posible a pesar de mi estado de nerviosismo.

—He basado los diseños con los pocos datos que me han sido facilitados por la empresa. El lunes, cuando vaya a las oficinas y realice las medidas oportunas podré ser más exhaustiva en mi trabajo y

así ofrecerle unos diseños más detallados con los presupuestos oportunos. Aunque sería de gran ayuda saber de qué dinero estamos hablando. ¿Cuál sería mi presupuesto?

—No hablemos de dinero. ¿Qué diseño me recomiendas? —Está siendo parco en palabras y es de agradecer que así sea y que esté basando la reunión en el trabajo.

—Me distingo del resto de mis compañeros porque no me baso en un presupuesto. Al igual que al resto de mis clientes suelo ofrecer tres diseños basados en la economía, la funcionalidad y el estilo. El proyecto número uno se basa en un diseño

centrado en el ahorro económico. La calidad no es la adecuada y no es un diseño que le ofrecería a nadie. Pero, en muchas ocasiones me encuentro con clientes que así lo requieren. La baja calidad del material de obra y del mobiliario, en ocasiones, producen más problemas que beneficios. En su caso en particular, y a pesar de que están haciendo verdaderos esfuerzos para llevar a cabo su propósito, pienso que este no sería el diseño adecuado. El segundo proyecto está basado en materiales sostenibles, infraestructuras de ahorro energético, funcionalidad frente al diseño sin perder su estilo propio. El noventa por ciento de mis

trabajos se llevan a cabo en esta línea de trabajo y mis clientes quedan muy satisfechos con el resultado. Y por último, el tercer proyecto. Opto por hablar de él como una oda al diseño lo que quiere decir que es una oda al consumo desorbitado. Los materiales de trabajo son de una calidez exquisita más propia de mansiones que de pisos, chalets u oficinas. El mobiliario y la decoración consta de productos importados y en su mayoría artesanales contando con varias obras de arte valoradas en millones de euros.

—¿Me estás ofreciendo el segundo proyecto?

—Creo que es el más funcional para la

labor que se va a realizar en las oficinas.

—De acuerdo, elegiremos el segundo entonces. Por el dinero no te preocupes. Ves pasándome todas las facturas e iremos hablando según vaya tomando forma tu trabajo. —El silencio se hace en la oficina y cae sobre mis hombros como una gran losa—. Si no tienes problema en trabajar los domingos mañana, temprano, George se encargará de llevarnos a la oficina para que tomes todas las medidas necesarias. Visitaremos un estudio de arquitectura y allí te ayudarán con las obras y los contratistas que necesites tener a tu cargo. Después quiero llevarte a un

almacén de materiales a las afueras que me han recomendado. Quiero enseñarte algunos detalles que me gustaría que incluyeras en el diseño. Si aceptas, no dudes en que serás recompensada por ello con una gratificación, además de recibir un pago como horas festivas por cada domingo que dediques a la empresa.

Con estas últimas palabras doy por finalizada la reunión. Recojo toda la documentación, la guardo en mi carpeta y decidida me levanto del sillón, camino hacia la puerta donde al fin podré estar a salvo de este hombre.

—Sofi, ¿cenamos juntos esta noche?

—¿Es una cena de empresa?

—Personal.

—Por el bien de los dos haré como que no he escuchado nada.

Huyo lo más rápido que puedo del despacho a esconderme en el mío propio. No puedo creer que sea tan desvergonzado. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para relajarme y volver a concentrarme en mi trabajo pero después de lo que ha ocurrido no sé si lo conseguiré. Me acerco a mi mesa y sobre ella encuentro la bandeja de comida intacta. Aunque en un primer momento la ensalada se presenta de lo más apetecible un nudo en el estómago me impide probar bocado. Necesito despejarme y olvidarme de este día



nefasto. Salgo de mi oficina en dirección a la cafetería. Necesito un café urgentemente. O quizás un té. Odio el té. Mejor café y uno bien cargadito de azúcar y cafeína. La necesitaré para seguir trabajando gran parte de la noche. A cada momento que paso con él, me urge aún más terminar con el proyecto lo antes posible y así poder marcharme a casa.

## 16

No tengo ni fuerzas ni tiempo para enfrentarme a un día más a su lado y si pudiera evitar la cita de hoy lo haría a toda costa. Intentaré ser lo más

profesional posible. Tomaré notas, haré preguntas concisas y lo seguiré allá donde me lleve manteniendo las formas con conversaciones banales y estrictamente laborales, evitando contactos físicos que de sobra sé que intentará provocar en cada oportunidad.

Como siempre, George es puntual y me atrevería a decir que lleva varios minutos esperándonos. Sobre todo a mí, que he estado aguardando tras la puerta a la señal que me asegurara quitarme a José de mi camino, para no coincidir en el ascensor.

Me pierdo en el interior del Q7 centrada en revisar todo el papeleo que he

conseguido adelantar esta noche. Observo por el retrovisor y agradezco mi aspecto mañanero a pesar de las horas de sueño acumuladas desde que llegue. Hoy voy a necesitar muchos cafés más, de hecho estoy pensando en comprar una cafetera para tenerla a servicio completo en mi oficina. Consulto mi agenda y repaso todos y cada uno de los puntos en los que debo centrarme a lo largo de la mañana. Primera parada: edificio de oficinas (tomar medidas exactas de todas y cada una de las estancias). Este trabajo me llevará al menos un par de horas y espero y deseo que José se marche con George a cualquier parte del mundo,

siempre que eso provoque alejarme de él durante un tiempo.

—George, tardaré un par de horas en tomar todas las medidas que necesito. ¿Te importaría llevar a José a tomar algo y ocuparte de conseguirme una cafetera para mi oficina?

—Prefiero quedarme contigo en la oficina, Sofi, no quiero que andes sola por ahí.

—José, no soy una niña pequeña. Sé cuidarme sola, además necesito estar tranquila para hacer mi trabajo y me temo que tú no harás más que entretenerme. Por favor, George, ayúdame.

—Creo que la chica tiene razón, José. Iremos a por lo que nos pide y en dos horas estaremos de regreso. Llámeme si termina antes o si me necesita.

El alivio que siento al recibir la ayuda de George me sosiega y a la vez me ayuda a concentrarme y a organizarme las dos horas que tengo por delante en el edificio de oficinas.

El trabajo en el edificio ha ido como la seda sin interrupciones ni contratiempos innecesarios gracias a la ayuda de mi nuevo cómplice y amigo, y aunque he tardado más de lo que esperaba me siento satisfecha con mi labor hasta ahora. Bajo por las escaleras planta por planta tras la ausencia de luz

y por lo tanto de la funcionabilidad del ascensor cuando mi teléfono empieza a sonar en el fondo de mi bolso.

—Jaime, esperaba tu llamada. (...) El mismo viernes tuve la primera reunión con la Junta Directiva. Ayer me reuní personalmente con cada uno de los miembros para que me contaran sus especificaciones y mantuve una reunión con el Director General para elegir el proyecto. (...) Sí, el segundo, como siempre. (...) Hoy también. He venido a tomar medidas, ahora tengo una cita en una empresa de construcción donde pondrán a mi servicio una serie de contratistas y visitaremos un almacén de materiales para elegir todo lo que vamos

a necesitar y recibir algunas sugerencias del Director. (...) Quizás regrese antes de lo pactado. (...) Gracias, Jaime, te iré contando. Hasta luego.

Termino de bajar las escaleras, cierro todas las puertas y corro al encuentro de George que está ensimismado mirando algo en el interior del maletero. Mi cafetera.

—¿Qué has comprado, George? —Las dimensiones del pequeño electrodoméstico son tales que estoy segura que han tenido que hacer un verdadero esfuerzo para meterlo en el interior del maletero.

—Para mi chica, lo mejor.

Opto por ignorar sus palabras y me

pierdo en el interior del Audi. Reviso mis anotaciones y me preparo para el siguiente destino.

Acabamos de salir del estudio de arquitectos. Después de tres horas tomando notas, firmando contratos y organizar a todos los trabajadores que hemos contratado da gusto salir a la calle y tomar un poco de aire puro. Busco a George en el aparcamiento sin éxito. Mi preocupación y mi temor de que José le haya pedido que desaparezca y así dejarnos a solas, me ponen de los nervios. Después de lo que ha pasado en las últimas horas no me extrañaría en absoluto. Sé que es capaz de eso y más. Ya no me cabe duda de



que está organizando algo. El hecho de su buen comportamiento no ha pasado desapercibido y el silencio que hay entre nosotros tensa todos y cada uno de mis músculos. Me aparto unos pasos hacia el interior de la plazoleta donde nos encontramos, tomo asiento en uno de los bancos y me esmero en intentar recuperar mi teléfono móvil y así llamar a George. Después de vaciar casi por completo mi bolso encuentro el aparato. Busco el número en el listín telefónico. Un tono, dos tonos... la llamada acaba sin respuesta alguna. Ahora todo está claro. Las intenciones de José de quedarnos a solas toman forma a cada paso que doy. No tengo claro que hacer

ni como comportarme. Lo miro con todo el disimulo posible y lo encuentro colgado al teléfono. Mete la mano derecha en el bolsillo del pantalón, la vuelve a sacar y se atusa la abundante melena. Con solo un movimiento consigue despertar en mí unos sentimientos incontrolables. Pero no, no puedo permitírmelo. Ahora él es mi jefe. —He hablado con George. Ha tenido que ir a la oficina. Volverá en un par de minutos. ¿Necesitas algo?

Me siento como una completa idiota. Este afán de ver un doble sentido a todo va a acabar volviéndome loca. Es posible que esta noche se diera cuenta de lo que está pasando entre nosotros y

ha decidido hacerme caso. Ya no sé qué pensar ni en qué creer.

—Sofía, ¿estás bien?

—¿Qué?

—Sofi... ¿estás bien? ¿Te ocurre algo? He hablado con George, volverá en unos minutos. ¿No me has escuchado?

—Sí, perdón... estaba pensando en... en el trabajo.

Su rostro me muestra la incredulidad que le han revelado mis palabras. Está claro que no estaba pensando precisamente en el trabajo. Regreso a mis pensamientos obviando su presencia. Repaso hora tras hora desde mi llegada a Londres. Y a pesar de solo llevar un fin de semana en la ciudad, la

serie de acontecimientos sucedidos me abruman. Salgo de mis pensamientos durante un segundo y lo busco. Lo encuentro sentado a mi lado observándome en silencio. Su mirada me transmite un amor desmesurado que me hace estremecer. Aparto la mirada aturdida por el descubrimiento. En cuantiosas ocasiones lo he escuchado decirme que soy la mujer de su vida y jamás lo tuve tan en cuenta como ahora. La idea de una obsesión pasajera me rondaba la cabeza a lo largo de los días. Pero ahora, después de verlo de este modo, tan indefenso y vulnerable la cabeza me da mil vueltas y ya no sé ni qué pensar ni qué hacer. Mis propios

sentimientos son como una noria sin control. No puede estar enamorado, no. Ahora no. Siento la necesidad urgente de desaparecer. Me levanto buscando la distancia necesaria que me separe de él. —Sofía, espera. Tengo que disculparme contigo. He sido un completo idiota. — En vano intento marcar la distancia entre ambos... toma mis manos entre las tuyas y me dedica una mirada de tristeza y arrepentimiento—. Tienes mil razones para huir de mí pero tienes que entender que no puedo permitírtelo. He estado consultando los contratos y en realidad no hay ningún dato donde especifique concretamente el nombre del Director General. Jaime no tiene porque saber mi

nombre completo. Y dudo mucho que quiera investigar sobre el hombre que va a hacerle millonario.

Suelta mis manos subiendo por mis brazos con dulces caricias, acortando la distancia entre ambos hasta que llega a mi cuello y nos perdemos en un intenso abrazo. Hunde su cara en mi cuello cubriéndolo de besos. Mantengo mis brazos a cada lado de mi cuerpo totalmente inmóvil a sabiendas que no tardaré mucho en abrazarlo yo también. El contacto que había estado evitando me hace dudar de mí misma y de mi autocontrol. Lentamente se aparta de mí ligeramente buscando mi mirada. Apoya su frente sobre la mía. Nuestros labios

están a punto de rozarse. Si me besa estoy perdida.

—Prométeme que vas a pensarlo. Me va la vida en ello, prométemelo, Sofi, por favor.

El sonido del claxon del Q7 nos separa durante unos segundos. Ocupo mi sitio en el asiento trasero mientras José se sienta en el del acompañante junto a George. Repaso todas mis notas en el trayecto al almacén de materiales, a sabiendas de que mi trabajo ha sido reducido en al menos semana y media gracias al trabajo realizado desde el despacho de arquitectura. Hasta hace unos minutos me sentía aliviada por la noticia, y ahora, ¿qué voy a hacer? En

este momento no estoy al cien por cien segura de si quiero marcharme antes de lo previsto o si por el contrario quiero disfrutar de su compañía el máximo posible. Está claro que tiene razón. No tengo que consultar mis contratos para saber que está completamente en lo cierto, pero, ¿estoy preparada para tener una relación? No quiero admitir ni una sola mentira más en mi vida y algo me dice que si comparto mi vida con José, las mentiras serán propias de nuestra relación. Aunque... por otro lado siempre ha mentido para mantenerme a su lado, si le doy lo que quiere es probable que cese con las mentiras... ¿qué voy a hacer? Necesito un día de



chicas con gran urgencia o quizás una buena copa de vino. Estoy loca por llegar al hotel y así, al menos olvidar por unas horas con la agradable compañía de unas copas de vino blanco. El majestuoso Audi se detiene frente a la entrada de unos grandes almacenes. Tomo nota de las sugerencias de José mientras caminamos entre estantes de pinturas, maderas, cerámicas y una extensa gama de textiles. Tengo que reconocer que tiene un gusto exquisito. Estoy deseando centrarme en su despacho. Va a ser simplemente perfecto.

Después de desestimar la invitación de José para pasar el resto de la tarde libre

me encierro en la oficina de la suite, y paso el resto de mi fin de semana trabajando aprovechando los recientes datos con los que cuento. Como cuatro horas más tarde tengo todo listo para mostrarle una presentación impecable. Me pregunto si estará en su habitación... si consigo que acepte mi trabajo para su despacho, mañana mismo podría empezar con el pedido de materiales. Me decido a presentarme en su suite e ir a presentarle mi trabajo cuando me detengo frente a mi puerta. Si continúo adelantando trabajo me marcharé en dos semanas a más tardar. Bueno, al fin y al cabo era lo que quería, ¿no? Me dejo caer sobre el suelo de la suite, apoyo mi

cuerpo en la puerta. Abandono la carpeta con la documentación a un lado. Tantos pensamientos me abruman acabando por producirme un fuerte dolor de cabeza que aumenta con los leves golpes que alguien está propinando a mi puerta. ¿Quién será? Yo no he pedido nada. ¿José? No, ahora no. No estoy de humor para combatir con él. No tengo más fuerzas para seguir luchando.

—¿Quién es?

—Soy yo, Sofía, ¿podemos hablar?

En el clavo. Abandono mi particular asiento, abro la puerta y lo invito a pasar. Espera, no debería haberlo dejado entrar. Estoy completamente

perdida pero quiero saber a qué ha venido. La carpeta con la documentación se desliza por el suelo de la suite. ¡Oh, mierda! Por algún extraño motivo me mantengo inmóvil mientras José fija su mirada en los papeles esparcidos por la habitación. Se acerca a ellos y los recoge uno por uno colocándolos en la posición correcta. Detiene su trabajo y se esmera en leer el título de la carpeta.

—¿Es mi despacho? Eres un verdadero portento. No imaginaba que estuvieras trabajando —sus palabras desprenden un halo de tristeza. — Por lo que veo sigues pensando en marcharte lo antes posible.

—No es eso, José. Solo he aprovechado

que tenía todos los datos recientes para ir adelantando algo de trabajo. Iba a llevártelo ahora, pero solo es un boceto. No hay nada concreto aún.

—No puedo culparte si quieres irte pero tenía una mínima esperanza... pensé que podría convencerte de que lo nuestro es posible... si no te importa voy a echarle un vistazo a esto en mi habitación. Te diré algo lo antes posible. No quiero importunarte más tiempo de lo necesario. Cierra la puerta tras de sí sin permitirme dirigirme a él y así explicarme. ¿Cómo voy a decirle que el tiempo estimado de trabajo ha sido notablemente reducido? A decir verdad no puede culparme por ello. Él los

contrató. Quizás debería hablar con él. Estoy frente a la puerta de su suite, a tan solo unos centímetros de mi propia habitación. Podría cambiar de opinión en cualquier momento y no se percataría de que he estado allí como una idiota a la espera de decidirme si debería llamar a su puerta o no. Mi mano ha tomado una decisión sin importarle lo que yo haya decidido y llama a su puerta con gran delicadeza.

La puerta se abre. Sin dirigirme una sola palabra y sin mirarme se echa a un lado invitándome a pasar. Su frialdad me desconcierta, tengo los nervios a flor de piel y no encuentro las palabras adecuadas para dirigirme a él y romper

este silencio que me nubla la mente. Camino hacia el interior de la habitación, sobre la mesa de café encuentro mi carpeta sin abrir acompañada de una botella de vino tinto recién abierta. Lo busco por la habitación y lo encuentro apoyado en la encimera de la cocina mientras se fuma un cigarro. Espera, ¿fuma? Juraría que no lo había visto fumar hasta ahora.

—¿Fumas?

—Es evidente que sí...

Bravo. Me aplaudo por la estúpida pregunta que acabo de pronunciar. ¿Cómo se puede ser tan idiota? Me avergüenzo a cada momento que paso frente a él hasta el punto de que mis

mejillas se han encendido con un tono rojizo que me delata. Vamos Sofía, habla ya y lárgate de aquí, estás haciendo el mayor de los ridículos. Me animo yo sola sin éxito. Estoy totalmente paralizada. Respiro profundamente para infundirme el valor que necesito. Encuentro las palabras necesarias cuando se me adelanta en la conversación.

—No sé qué haces aquí pero quiero aprovechar tu silencio para pedirte que dejes de jugar conmigo. No puedo más, Sofía. ¿Quieres irte? Mañana mismo tendrás un billete de avión sobre tu mesa. Yo mismo me encargaré de que así sea. —Apaga el cigarro en un



cenicero de cristal y se atusa la traviesa melena—. Desde que decidiste cortar con lo que sea que ha sido esto no duermo, no como, soy incapaz de concentrarme en el trabajo. Mi único pensamiento eres tú. Intento buscar una solución a todos los problemas que van surgiendo entre nosotros pero tú siempre tienes algo que me aleja de ti. No voy a seguir rogándote. Nunca lo he hecho. Hasta que te conocí a ti no sentía ningún interés por las mujeres. Me acostaba con ellas y no las volvía a llamar. No tengo problema en volver a esa vida. Quizás nunca debí salir de ella.

El hecho de que sea un mujeriego no me pilla por sorpresa. No voy a engañarme.

Es un hombre atractivo, muy rico y con una labia impecable. No puedo culparle por ello. Cada uno elige una forma de vida. Pero, ¿era necesario que me lo restregara en la cara? Si le digo ahora que quiero que lo intentemos quedaré por segunda vez consecutiva como una idiota.

—Venía a decirte que voy a cumplir con mi contrato y me quedaré el tiempo necesario. Si he estado trabajando toda la tarde es porque quiero que tu despacho quede impecable. No tengo ninguna prisa por marcharme, pero si prefieres que me marche y así recuperar tu vida de mujeriego, adelante, no seré yo quien te lo prohíba. —Ahora estoy

furiosa, con él y conmigo misma—. He estado pensando en lo que me dijiste esta mañana y sí, creo que tienes razón. Es absurdo que hable ahora cuando tú ya has tomado una decisión, ¿no? ¿Por qué ibas a conformarte con una vida con una mujer exigente si puedes tener a todas las que quieras? Es imposible que esto funcione, imposible.

Salgo de su habitación y corro a encerrarme en la mía. Los nervios me están matando. Necesito salir a correr, necesito salir de aquí. Observo desde el gran ventanal y me alegro enormemente de que fuera no esté lloviendo. Entro en mi dormitorio, elijo mi chándal negro y las deportivas. Busco en mi bolso el

MP3 y me decido a marcharme. Abro la puerta y ahí está él. ¿Qué coño hace ahí? —¿Va a algún sitio señorita Amaya? — No puedo creer que esté haciendo algo así.

—¿Ahora también me vigilas? —La sorpresa es evidente en George al recibir mis reproches a voz en grito—. ¿A qué coño estáis jugando? Dile a tu jefe que me deje en paz. Cuando vuelva no quiero verte por aquí. Te quiero fuera del hotel.

—¿Se puede saber a qué viene tanto grito? —El semblante serio de José bajo el alféizar de su puerta me pilla totalmente desprevenida. ¿Cuánto tiempo lleva ahí? —¿Tienes algún

problema con George?

—No, con George no. Mis problemas siempre tienen que ver contigo. ¿Por qué cojones me vigilas?

—Cuida esa lengua, Sofía.

No hago más que mandarlo a la mierda cuando me encuentro sobre su hombro colgando como un saco de patatas. Intento zafarme sin éxito debido a su fuerza muscular. ¿Qué coño se cree que está haciendo? Quiero que me suelte. Ahora. Y que salga de mi habitación. ¿Qué hace aquí? Que se vaya.

—No puedes montar un espectáculo como ese. ¿Es qué no sabes comportarte?

—No, si me pones un vigilante en la

puerta. ¿A qué ha venido eso? Si quiero irme serás el primero en saberlo. ¿No te ha quedado claro que voy a cumplir mi puto contrato?

—Esa boca, Sofía, estás jugando con fuego.

Me pienso durante unos segundos si volver a mandarle a la mierda o por el contrario mantenerme en silencio. Le dedico una mirada de desprecio e intento que capte la indirecta y me deje sola de una vez por todas. Tiene gracia. Ahora se dedica a darme lecciones. Él, el mayor irrespetuoso de todos los tiempos...

Le sostengo la mirada manteniendo mi semblante serio y desafiante. Este

hombre es indomable. ¿No piensa ceder nunca? El silencio, la rabia y la tensión del momento ha provocado que el tiempo se detenga. A mi alrededor es como si todo fuera a cámara lenta. Sé que no va a ceder pero está muy equivocado si piensa que lo haré yo.

—Eres desafiante, mal hablada, palabrotera, gritona, irritantemente sarcástica. Tienes todo lo que odio en una mujer y sin embargo te quiero solo para mí. —Ahora sí...

—Vete a la mierda, José.

¿Cree que puede insultarme de ese modo y después dedicarme palabras bonitas? Si esta es su forma de conquistarme está realmente jodido.

Con sus ojos fijos en mí mostrándome la más aterradora de las miradas y para no variar camina hacia mí con paso decidido. Pero hoy no, hoy no va a funcionarte ese truquito conmigo. Yo también estoy furiosa. Me apresuro a adivinar que incluso más que él. Y esa furia es la que me da las suficientes fuerzas para caminar hacia la puerta de la suite, abrirla e invitarlo a salir. En el clavo. ¿Sorprendido? No está acostumbrado a que reaccione. Ahora es él el que se ha detenido, totalmente paralizado pasea su mirada de la puerta a mis ojos y viceversa. Por una vez soy yo la que manejo el control de la situación. La desafiante, mal hablada,



palabrotera, gritona e irriantemente sarcástica te ha dejado anulado.

Los segundos se han convertido en minutos. El tiempo sigue a cámara lenta en la habitación. ¿A qué espera para largarse? Sin esperarlo, pierde su inmovilidad. Camina hacia la puerta sin dirigirme la mirada. Su paso decidido me da la victoria deseada. A solo unos centímetros de la puerta su cuerpo se detiene. Dirige su mirada directo a mis ojos. Espera. Ya he visto esos ojos antes. De un portazo cierra la puerta, me empuja tras ella y me inmoviliza por completo. Sostiene sus brazos a cada lado de mi cabeza. Noto todos y cada uno de sus músculos. Su respiración

nerviosa me muestra que algo no va bien. He celebrado la victoria antes de tiempo. Mi vulnerabilidad es tal que me siento incapacitada para resolver el problema que se avecina.

—Cuanto más me alejas de ti, más necesidad tengo de estar a tu lado. Nena, no vas a deshacerte de mí tan fácilmente...

Termina sus palabras con un beso pasional lleno de caricias. Esconde sus manos bajo mi camiseta de deporte. Recorre toda mi espalda hasta llegar a mi cuello provocando que mi camiseta suba hasta mi pecho dejando al descubierto mi vientre desnudo. Continúa con su beso mientras

desciende con sus manos redirigiendo su camino hacia el bajo de mi pantalón traspasando mi cintura y llegando a mi culo para después obligarme a enroscar mis piernas en sus propias caderas. ¿Qué se supone que está haciendo? Segundos después me encuentro en mi cama, totalmente atrapada por el peso de su cuerpo. Detiene su beso y sus caricias y se aparta de mí abandonándome sobre el nórdico.

—Respira, nena, no pienso tocarte hasta que seas mía...

A pesar de mi respiración nerviosa y de los acelerados latidos de mi corazón escucho el sonido de la puerta al cerrarse. ¿Estoy sola? Ahora sí que

tengo que salir a correr. Me levanto, temblorosa, corro al aseo y me cubro el rostro de agua fría. Busco una goma para el pelo en mi neceser, me hago una coleta y me preparo para marcharme a la calle. Dubitativa salgo al pasillo de las suites. Miro a un lado y a otro. Está todo desierto. Al menos he conseguido que George se marche. Llamo al ascensor y espero a que suba con nerviosismo y urgencia.

Fuera hace frío. El aire corta la respiración. Aún así mantengo mi decisión y me lanzo a correr por Holland Park.

Sobre la mesa de mi despacho y tal y como había prometido la tarde anterior encuentro un sobre y un billete de avión para esta misma tarde a Madrid. Abro el sobre y encuentro una nota manuscrita:

Querida Sofía:

Quando prometo algo, procuro cumplir mis promesas. Eres libre de marcharte cuando quieras. No tienes que preocuparte por tu trabajo. Si decides regresar, Jaime de la Vega recibirá un cheque con el pago acordado, incluyendo tus honorarios. Como te dije, el dinero no es lo importante.

P.D.: Cuanto más me alejes de ti más

necesidad tengo de estar contigo. Tengo todo el tiempo del mundo para hacerte entrar en razón.

Atentamente: José.

Tomo aire, marco la extensión y pido a Adela que cancele el vuelo. No voy a regresar. Ya no voy a engañarme a mí misma. No solo quiero quedarme por demostrar que soy profesional. Sería absurdo negarlo. A pesar de todo me gusta. Algo me atrae hacia él y no es su atractivo natural. Abandono mis pensamientos para centrarme en mi trabajo. Abro el portátil y mando una copia del proyecto sobre el despacho de José al correo electrónico que me han

creado para comunicarme con la Junta Directiva. Imprimo varias copias. Vuelvo a mi mesa, marco una vez más la extensión de Adela y le pido que me cite con José para explicarle el proyecto y que me dé el visto bueno.

—Puedes pasarte por su despacho. Ahora mismo está libre.

Apago el portátil y la pantalla del ordenador de mesa. Recojo mi teléfono y me cercioro de que continúa en silencio. Tomo mi documentación, las pruebas textiles y la gama de colores, mi bloc de notas y unos bolígrafos con la esperanza de no tener que rectificar demasiado.

Espero frente a la puerta a recibir la

orden que me permita entrar en el interior del despacho. Obviando lo ocurrido la tarde anterior en mi habitación del hotel, mantengo la compostura y ocupo uno de los sillones de la zona de reuniones habilitada. Coloco las pruebas textiles y la gama de colores sobre la mesa baja y me esmero en mostrarme lo más relajada posible. Él, frente a mi y en completo silencio, observa con divertida expresión todos y cada uno de mis movimientos. Abro la carpeta con todo el papeleo y le invito a que me acompañe.

—Antes de empezar con las especificaciones... ¿quiere comentarme algo? —Sé que me estoy arriesgando a



recibir una respuesta que nada tenga que ver con el tema que estoy intentando tratar pero no puedo hacer más que esperar lo más tranquila que puedo.

—No he tenido tiempo de ojear su trabajo. Ayer tuve una tarde... entretenida... —Sabía que no iba a resistirse, ¿cómo puede ser tan predecible?

Me centro de nuevo en mi proyecto. Busco la tablet en mi cartera y le muestro el plano específico.

—Como puede comprobar en el plano, he podido reorganizar la estancia obsequiándole con diferentes espacios correctamente delimitados. He separado el espacioso aseo en dos consiguiendo

así un vestidor y un aseo completo con todos los complementos necesarios para un confort absoluto. ¿Quiere que le describa los detalles de ambas dependencias?

—Si es tan amable...

—Bien. Quiero que se centre en la gama del blanco plata en el que destacan los grises. Es perfecto para ambientes urbanos decorados con materiales industriales. Usaremos metal cromado, papeles inspirados en ladrillo, maderas y mimbres tratados en blanco. Si se fija bien el suelo es laminado en tonos grises. Es tendencia.

Para la pared del ventanal y la que está a mi derecha un papel pintado con

imitación a ladrillo en color plata. Compartiendo con el vestidor las otras dos paredes irán con una pintura lisa en tonos claros.

Para mantener la tonalidad cubriré los ventanales con estores enrollables en visillo liso en color gris a medida. El mobiliario de oficina tal como el escritorio y las estanterías en madera maciza de ébano con incrustaciones en metal negro de formas lisas. Frente a las estanterías el espacio de lectura estará formado por dos sillones Liverpool en lino puro con cojines de encaje gris y mesita de café de cristal y soporte metálico acompañado por un aparador de bebidas lacado en negro y efecto

brillo e incrustaciones metálicas. Como decoración le sugiero una composición de láminas de la Torre de Londres. El siguiente espacio, junto a la puerta principal, a mi izquierda ofrece relax. Es el sitio perfecto para mantener reuniones más íntimas y sin la frialdad de las salas de reuniones. Está compuesto por un juego de sofás de cuero negro y sillones a juego. Cojines de encaje gris y alfombra de lana gris y texturas. Lámpara de pie de formas geométricas en níquel satinado con pantalla plisada. —Me tomo un respiro para recibir las especificaciones oportunas. El silencio me invita a continuar—. Como le he dicho con

anterioridad he separado el aseo en dos consiguiendo de ese modo un aseo completo y un vestidor con todas las comodidades para el día a día.

En el aseo y para dar protagonismo a los sanitarios de porcelana blanca, he elegido un suelo relajante y vanguardista en un tono semejante al cemento en una baldosa de un material muy resistente. Para las paredes una cerámica de suelo negro mate en azulejos rectangulares en posición vertical para obtener el efecto de mayor altitud. Ducha con acabado espejo y columna de hidromasaje. Encimera con lavabo doble de sobreponer en líneas rectas de porcelana y espacio de almacenaje en madera de

caoba. Grifería en cascada y espejo multifuncional con almacenaje oculto.

Para el vestidor mantenemos el caoba para los armarios y complementamos con sillón Liverpool y descalzadora a juego tapizados ambos en tonos claros. El toque elegante lo ofrece un espejo de imitación a la plata de dos metros de altura.

Y bueno, a falta de elegir complementos e iluminación, he terminado.

El hecho de no recibir respuesta alguna por parte de mi acompañante, dispara mis nervios. Toma la tablet entre sus manos observando el plano en completo silencio para después pasar su mano derecha por la textura de la alfombra y

los cojines de encaje. Recoge el informe, lo ojea un par de veces más hasta que se levanta y me abandona en la soledad de mi sillón. Persigo sus movimientos a lo largo del despacho mientras continúa ojeando el papeleo. ¡Oh, Dios mío! No le ha gustado. ¿Tenía que defraudarlo precisamente a él? Jaime me va a matar y antes me despedirá. Si no dice algo ya voy a desmayarme aquí mismo. Sus risas me despiertan de mis temerosos pensamientos. ¿Se puede saber que le hace tanta gracia? Cuando lo encuentro con la mirada encuentro la respuesta. Genial, se ríe de mí.

—Relájate, Sofía, solo me estaba

haciendo el interesante. —No lo hay más imbécil—. Puedes ponerte a ello cuando quieras. Es simplemente, perfecto... Y... Sofía, me alegra mucha que hayas decidido quedarte.

Se toma su tiempo para levantarse de su silla, se abrocha uno de los botones de la chaqueta y camina hacia mí con la mirada fija en mis manos nerviosas.

—Cena conmigo esta noche, en mi suite...

Roza mi mejilla con el dorso de su mano removiendo una serie de sentimientos, sentimientos hacia él y que desconocía al cien por cien. Cierro los ojos y lo dejo hacer a su antojo cansada de interponer un escudo imaginario entre



nosotros. Termina su contacto con un beso tierno en mis labios. Abro los ojos buscándolo y lo encuentro dedicándome una sonrisa deslumbrante y llena de felicidad.

—¿Cenarás conmigo? Dime que sí, Sofi...

Me rindo a él y a su invitación. Me rindo ante mi distanciamiento provocado, me rindo ante la imposición de mantenerme alejada de él, me rindo ante la prohibición, ante el miedo, ante las mentiras. Me rindo a él. Y me rindo dispuesta y consciente de que esta noche marcará un antes y un después en nuestras vidas.

Aún envuelta en la toalla camino

nerviosa por el vestido sin tener muy claro cómo vestirme. Rechazo todos mis vestidos para decantarme finalmente por un corpiño negro, unos vaqueros y mis botas negras a juego con la chaqueta de cuero. Me maquillo levemente centrándome principalmente en remarcar el negro de mi lápiz de ojos. Antes de salir vigilo mis rizos y soy consciente de que quizás mi aspecto sea demasiado provocativo. Tomo la decisión de ir a cambiarme cuando suena la puerta de mi suite. Los nervios me juegan una mala pasada y abro sin preguntar. Frente a mi encuentro un hombre realmente elegante. El traje negro y la camisa gris marcan cada uno de sus músculos. La falta de

corbata y los botones desabrochados me muestran un hombre arrebatador.

Nerviosa, mientras recorre mi cuerpo con sus ojos, y debido a la falta de comunicación entre ambos, jugueteo con las mangas de mi chaqueta hasta que me detiene tomando mis manos entre las suyas.

—Sofía... estás... joder, no tengo palabras.

Lo sigo hasta su habitación iluminada tan solo por unos candelabros plateados. El sonido de la música no es más que un débil susurro que se pierde tras el ruido de mis tacones a cada paso que doy. Me

ofrece una copa de champán invitándome a brindar con él.

—Por Susana y Alfredo. —¿Susana y Alfredo?— Y por esa bendita boda en la que te conocí...

Vaya... El ambiente romántico me sorprende. En estos últimos días la tensión y las discusiones nos han sobrepasado... no me esperaba algo así. Estoy realmente sorprendida.

Disfrutamos de la cena sin apenas conversar, no sé si por los nervios o por... qué sé yo porqué...

—Tengo curiosidad por algo desde hace unos días y no he tenido la ocasión de preguntarte aún... ¿Serás capaz de contestarme con sinceridad?

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —lo provooco a que resuelva sus dudas y dispare su pregunta de una vez por todas.

—¿Por qué me ocultaste que vendrías a Londres? —Quería sorprenderte, pero está claro que la sorprendida fui yo...

Dejo por los suelos su altanería. Destrozo su ego con una mirada inquisitiva y reprobatoria. Podría hacer más sangre echándole en cara su mala decisión una vez más pero me decanto elegantemente por vaciar mi copa de mi vino blanco. Vuelvo mi mirada hacia él y lo encuentro sonriéndose a sí mismo. Me atrevo a adivinar que una vez más ha descubierto lo que estoy pensando. Lo

que no termino de entender es que le provoca esa sonrisita. Decido ignorarlo una vez más y devoro una fresa con nata del cuenco de cristal. Está deliciosa.

Abandona el otro lado de la mesa. Se acerca hacia mí ofreciéndome su mano y así unirme a él. Bailamos en el centro del comedor. Bailamos sin apenas movernos. La oscuridad nos envuelve en esta posición. Besa mi cuello recorriéndolo por completo hasta llegar a mi hombro desnudo, mi corazón se acelera y mi respiración enmudece con su eterno contacto. Recupera el camino desde mi hombro hasta mi cuello colmando con una nueva serie de besos subiendo por mi rostro hasta detenerse

en mis labios. No me besa, se aparta ligeramente de mí y me invita a tomar asiento en el sofá.

—Quiero hacer las cosas bien contigo, Sofía. Se acabaron los besos robados... las trampas...las provocaciones indebidas... —¿Trampas, provocaciones indebidas?— Saldremos juntos... al teatro, al cine, a pasear... Lo que se supone que hacen un hombre y una mujer cuando tienen un interés mutuo.

Lo que se supone que hacen un hombre y una mujer... interés mutuo. Este hombre es una auténtica caja de sorpresas. Me pregunto si también le pedirá la mano a mi padre. Espera, Sofía, ¿quién está

hablando de boda? No puedo evitar reírme... yo dispuesta a entregarme a él y ahora me viene con formalidades. ¿Ahora? Demasiado tarde para volver atrás. Demasiados besos robados, demasiadas trampas, demasiadas provocaciones indebidas... Debería estar feliz, al fin y al cabo he conseguido lo que quería, lo que se supone que hacen un hombre y una mujer cuando tienen un interés el uno por el otro.

—En otro momento me hubiese deshecho de ese corpiño y te hubiese follado hasta que lloraras. — ¿Cómo?— No estoy acostumbrado a que me digan que no y cuanto más me rechazas más me obsesiono contigo. Me lo has puesto



difícil, nena, muy difícil. Supongo que no tengo otra elección. Lo haremos a tu manera.

He pasado de ser un capricho pasajero a una obsesión. ¿Qué puedo decir ahora? Si está esperando una respuesta; puede esperar sentado. Soy incapaz de articular palabra. ¿Cómo hacerlo después de semejante verbosidad?

—Es tarde, mañana tenemos que trabajar. Te acompaño a tu habitación.

## 18

Ha pasado una semana desde nuestra cena y a día de hoy tengo que reconocer que José está cumpliendo su promesa.

No sé cómo sentirme con esta decisión que ha tomado por los dos sin contar conmigo. A decir verdad... no puedo culparle, al fin y al cabo yo le pedí que así fuera. Pero tengo que reconocer, que, en cierto modo, echo de menos sus impulsos. «¿Qué te está pasando Sofía? ¿No es esta la manera en la que querías llevar vuestra relación?». Me encuentro tan perdida... necesito un día de chicas con urgencia... Quizás Adela quiera salir a tomar algo este fin de semana.

José interrumpe en mi despacho con un portazo que me despierta de mis pensamientos. ¿Qué le pasa ahora? ¿Han vuelto los impulsos? Me descubro sonriéndole hasta que nuestras miradas

se encuentran. ¿Está enfadado? ¿A qué viene esa cara?

—¿Cuándo cojones tenías pensado contarme que te marchas antes? —¡Ups! Culpa mía—. He recibido un correo del estudio de arquitectura con un informe bien detallado con las fechas de entrega. ¿Estás jugando conmigo, Sofía?

Estoy casi segura de que los gritos se oyen desde fuera. Y me temo que por la furia que muestra su semblante y si continúo en completo silencio, las voces continuarán de un momento a otro.

—¿Puedes relajarte? —Mis palabras no han hecho más que contrariarle e incluso

diría que enfadarle aún más. Será mejor que me explique—. Pensé que el día de la primera reunión te había quedado claro que habían adelantado trabajo y por lo tanto, la fecha de entrega. Por otro lado, sí, es cierto que la fecha de entrega se ha adelantado en dos semanas. Su trabajo ha sido adelantado dos semanas. En cuanto a mi labor y a pesar de que he intentado mantener las fechas de entrega, es probable que tenga que retrasar mi regreso a Madrid unos días más por el retraso en la entrega del mobiliario de oficina. Aún no tengo nada confirmado, pero de momento tenemos retenido un cargamento en la aduana.

—No quiero más sorpresas, Sofía. Quiero estar informado de todo, si es necesario que nos reunamos todos los días, así lo haremos. No se te ocurra volver a esconderme ningún detalle o me harás enfadar y te aseguro que no te gustará.

—¿Me estás amenazando? —Una sonrisa de medio lado le cubre la cara.

—Tienes suerte de que halla decidido hacer las cosas a tu manera porque de otra manera no me hubiese importado empotrarte contra esa pared.

Abandona mi despacho dejándome con las palabras en la boca y deseando que cumpliera con su amenaza... ahora si que necesito un día de chicas con

urgencia. Por suerte hoy es viernes... espero que Adela no tengas planes para el fin de semana.

Sábado.

Son casi las siete de la tarde cuando salgo de la ducha. Por suerte Adela no tenía planes y hemos quedado para salir a tomar unas copas y quizás ir a cenar. Entro en mi vestidor envuelta en el albornoz y elijo unos vaqueros, chaqueta a juego y mi camisa azul celeste. La combino con unas Converse del mismo tono y un bolso bandolera de tela vaquera. Vuelvo al aseo ya vestida y descubro que mi pelo está hecho una maraña de rizos. Me cepillo a conciencia y tomo la decisión de

hacerme un recogido informal. Me maquillo ligeramente, me pongo mis pendientes y unas pulseras, lista para salir del hotel y que Adela me recoja.

A pesar de estar en el último piso decido bajar por las escaleras. La verdad es que no quiero que José sepa que voy a salir, aunque me temo que si George está abajo, se lo contará en cuanto me vea. Hago caso omiso a mis pensamientos y bajo por las escaleras los tres primeros pisos. Agotada llamo al ascensor.

Fuera está empezando a llover, como no... Busco en la bandolera el paraguas de viaje y lo abro camino a los aparcamientos que hay frente al hotel.

Tal y como esperaba, George está fuera del Q7. Quizás esté esperando a José que, al igual que yo, ha decidido salir a tomar algo. Lo saludo por cortesía y educación cuando descubro que ya me ha visto. Mete su mano en el bolsillo interior de su chaqueta, saca su teléfono móvil y se lo pone al oído. Chivato de mierda. Dejo de prestarle atención y me encamino al borde de la acera atenta a la llegada de Adela.

—Señorita Sofía, ¿desea que la lleve a algún sitio en particular? Recuerde que estoy a su completa disposición. —Debe de pensar que soy idiota, no tiene ningún interés en llevarme, solo quiere saber a donde voy para correr a contárselo a su



jefe.

—No, gracias, George. Vienen a recogerme... —Si quiere puedo ir a recogerla más tarde.

—No será necesario, George, muchas gracias. —¿Por qué no se va de una vez? ¿Está haciendo tiempo para ver con quien me voy? Me siento vigilada.

—¿Puedo preguntarle dónde va?

—George, dile a José que si quiere saber dónde voy y con quién que me lo pregunte directamente...

En el clavo. Abre los ojos como platos al sentirse descubierto. ¿Cómo pueden ser tan descarados? ¿Pensaba que no iba a darme cuenta? Era obvio.

Se despide y lo veo caminar de nuevo

hacia su coche, vuelve a meter la mano en el bolsillo y se pone al teléfono por segunda vez consecutiva. Me gustaría ver la cara de José cuando le cuente nuestra conversación. Supongo que no tardará en mandarme un mensaje amenazante.

Cierro el paraguas cuando soy consciente de que ha dejado de llover. Menudo tiempo de locos. Adela llega puntual. Subo al coche, la saludo y justo cuando me estoy abrochando el cinturón, suena mi teléfono móvil en el interior de mi bolso. Lo ignoro a sabiendas de que es él quien me ha escrito. Tengo muy buen humor esta tarde para que me lo estropee con sus amenazas.

—Es curioso que conociéndonos desde la facultad no haya sido hasta ahora cuando se ha atrevido a pedirme una cita. Fue una verdadera suerte que los dos empezáramos nuestras prácticas en Londres. Me decidí a instalarme aquí definitivamente cuando José me ofreció un puesto de trabajo en su empresa. Llevamos juntos desde que la fundó con los chicos. —El teléfono vuelve a vibrar una vez más en mi bolso. Ha sido buena idea silenciarlo—. A decir verdad, Roberto me gusta desde siempre pero me daba tanta vergüenza acercarme a él... los chicos siempre me han visto como a uno más...

Ahora que Adela se ha sincerado

conmigo me siento más a gusto para hablarle de mí y de José.

—No ha parado de hablar de ti desde la boda de vuestros amigos. Al principio pensábamos que era uno más de sus caprichos... —Yo también lo pensé— ...pero cuanto más pasaba el tiempo más se obsesionaba contigo. El hecho de que organizara todo esto nos preocupó hasta que una noche, durante una cena, me di cuenta de que en realidad estaba enamorado por primera vez en su vida. ¿Enamorado? ¿No es una palabra muy fuerte? —Creo que exageras, Adela. ¿Enamorado? Es evidente que entre nosotros hay una atracción y no dudo que me haya tomado cierto cariño al

igual que yo se lo tengo a él pero, ¿enamorado? No, no lo creo.

—No hay duda de que siente algo por ti, algo muy fuerte...

Escucho a Adela mientras insiste en ese enamoramiento que dice conocer de José. El teléfono vuelve a vibrar una vez más. Que pesadilla, será mejor que lo apague. —Discúlpame un momento, voy a saludar a unos amigos.

Aprovecho que Adela me ha dejado a solas para mirar las llamadas y los mensajes que he ido recibiendo a lo largo de la tarde. El móvil vuelve a vibrar una vez más, esta vez entre mis manos. Es él, me está llamando. ¿Cómo puede ser tan insistente? Cuelgo la

llamada, leo los mensajes y verifico el resto de las llamadas. Eliminar. Bebo de mi vino blanco y me como una aceituna del cuenco de cristal. —¿Estás disfrutando de esta tarde? —No me lo puedo creer.

—¿Qué haces aquí, José?

—Como le has pedido a George que sea yo quien te pregunte y no respondes mis llamadas ni mis mensajes, no me ha quedado más remedio que venir hasta aquí.

—¿Me has estado siguiendo?

—¿Me estás evitando?

¿Me responde con otra pregunta? Esto pinta mal... Toma aire, se pasa ambas manos por la abundante melena y se

sienta a mi lado tomando una silla de la mesa de al lado.

—He venido con los chicos. Adela le dijo a Roberto donde ibais a ir y he insistido en venir a visitaros. Me podrías haber dicho que ibas a salir con Adela.

—No creo que sea de tu incumbencia. Antes de que pueda rebatirme, Adela aparece con Roberto y Santiago que viene acompañado por la señorita Abie Miller. ¿Están juntos? Salta a la vista que ella es mucho más mayor que él. ¿Es necesario que se toquen de ese modo delante de todos? Vuelvo a mi copa de vino mientras los demás piden sus bebidas al camarero, cuando encuentro a

José mirándome. Se acabó mi tarde de chicas. ¿Por qué Adela ha tenido que contarle nada a Roberto? Quizás debería regresar al hotel, pero si lo hago José se vendrá conmigo y ya sé lo que va a pasar a continuación. No tengo ningún interés en escuchar sus quejas...

—Vais a tener que disculparnos... Sofía y yo tenemos que irnos. —¿A qué ha venido eso ahora?

Me tiende la mano para ayudarme a levantarme. Obvio su amabilidad y decido irme con él para no montar un espectáculo, si tengo la oportunidad de tener mi propio espectáculo en la habitación de mi hotel o quizás en el trayecto de camino. ¿Por qué tiene esa



obsesión con discutirlo todo?

Se detiene a la salida del pub, saca su teléfono móvil de su bolsillo y llama, imagino que a George. Me mantengo en silencio y a su lado mientras habla a través de su móvil. Ha empezado a llover otra vez y la temperatura ha bajado unos grados. Saco mi paraguas y me aferro a mi chaqueta. José se cuela bajo mi paraguas y me abraza para ayudarme con el calor. Me quedo inmóvil bajo su contacto manteniendo el silencio hasta que finalmente George, tal y como me esperaba, llega a nuestro encuentro. Cierro el paraguas mientras José me abre la puerta trasera del Audi. Da media vuelta y sube al coche por la

puerta de la izquierda. Y... tres, dos, uno... empieza el show.

—George, por favor, ¿puedes llevarnos al Barrio Chino? Cenaremos allí. Llama al hotel para que no nos suban la cena a ninguna de las suites.

Vaya, ¿ahora va a llevarme a cenar? Esto sí que no me lo esperaba, menuda sorpresa, Señor Vallés...

—¿Te apetece cenar comida china? — Me mira a la espera de una respuesta mientras posa su mano sobre la mía.

—Sí, ¿por qué no?

Dirijo mi mirada hacia el exterior disfrutando de la majestuosidad londinense mientras la lluvia cubre de miles de gotas de agua mi ventanilla. Mi

teléfono vibra en el interior de mi bolso. ¿Es un mensaje de José? Lo miro y lo encuentro observándome a la espera, supongo, que de una respuesta. ¿Será que no quiere que George nos oiga? Aquí viene el ataque para el que me había estado preparando desde que hemos salido del pub.

“¿Por qué no llevas vestido? Me gusta que los lleves...”.

¿Para esto me ha escrito un mensaje? Lo miro a la espera de una explicación. Levanta levemente el teléfono en una clara señal de que le conteste vía sms. No entiendo nada y se lo hago saber. La contestación llega antes de lo que me esperaba, como si ya lo tuviera

preparado esperando mi respuesta.

“Estoy intentando ser amable contigo. De eso se trata lo nuestro, ¿acaso no era lo que querías?”.

No voy a continuar con este circo. Guardo mi teléfono móvil aún en silencio en el bolso. Vuelvo a mirar por la ventanilla, fuera ha vuelto a dejar de llover una vez más. Qué horror de tiempo. José suelta mi mano, supongo que enfadado con mi reacción. ¿Por qué tenemos que ir a cenar con esta tensión entre nosotros? ¿Y si se lo digo? Si se me ocurre abrir la boca estallará una guerra entre nosotros que José está intentando mantener a un lado. Mi móvil vuelve a vibrar una vez más. Lo miro de

reajo y lo encuentro teléfono en mano. Leo. Quiere saber que estoy pensando. Buff... te aseguro que no quieres saberlo, cariño.

—Mejor no... —Me mira impresionado tras oír mi escasa conversación—. Déjalo ya... cenemos en paz.

—¿Por qué?

Ignoro su pregunta evitando una discusión que amenaza con explotar en el interior del Q7, público incluido. Se desabrocha el cinturón, abandona su asiento para sentarse en el del medio, terminando con la distancia que había entre ambos. Rodea mi cuello con su brazo derecho y así poder atraerme hacia él. Con la mano libre acaricia mi

rostro obligándome a mirarlo.

—¿Por qué, Sofi?

—¿Por qué me vigilas?

—No te vigilo, solo me preocupo por ti. Desisto. Me vigila, me espía... lo llame como lo llame siempre es lo mismo. Así no se mantiene una relación. ¿Esto va a ser siempre así? Cuando no me defrauda con mentiras lo hace con esta clase de comportamientos. ¿Acaso no sabe como tratar a una mujer? Es irritante.

—¿Es necesario que cenemos fuera?

—¿No quieres cenar conmigo?

—No, no me siento a gusto... —me incita a que me explique con una simple mirada—. José, no puedes comportarte así y después hacer como si no hubiera

pasado nada. Tienes a George haciendo guardia a las puertas del hotel y le obligas a que me interrogue. Joder, José, si quieres saber algo de mí, pregúntamelo tú mismo.

Sorprendido con mi tono de voz y mi falta de modales regresa a su asiento dando orden a George de que regrese al hotel.

Bajo del vehículo justo cuando se detiene en el aparcamiento frente al hotel. Sé que José me persigue a paso firme, aún así no aflojo el paso. Me detengo frente al ascensor, pulso el botón y espero a que llegue. A mi espalda escucho como José habla, supongo, que con uno de los

trabajadores del hotel. Si tengo suerte subiré sola en el ascensor.

Las puertas se abren ante mí, pulso el botón del último piso y rezo porque las puertas se cierren cuando encuentro con la mirada a José. Se despide del trabajador y corre hacia mí. Las puertas del ascensor se detienen consiguiendo colarse en el interior con la mirada fija en mi cara. Ahora sí que está enfadado. Qué novedad...

—Me estoy cansando, Sofía... ¿por qué no podemos estar juntos? Me gustas y yo te gusto también. ¿Acaso no es suficiente?

—No lo creo. ¿Puedes asegurarme que no soy un capricho más? —Exasperada



por su insistencia busco la respuesta concreta que lo haga desistir—. Podría decirte que sí hoy mismo y cuando consiguieras lo que andas buscando cansarte de mí y dejarme... ya tuve bastante con Víctor.

—¡A la mierda con el tal Víctor y a la mierda con esto! ¿Cómo puedes faltarme al respeto de ese modo? ¿Es que no te das cuenta de que te quiero?

¿Cómo? ¿Qué me quiere? ¿A qué ha venido eso? No, no, no. No puede quererme. ¿No piensa abrirse esa puerta de una maldita vez? ¿Por qué tiene que quererme? No, no puede quererme.

Las puertas del ascensor se abren ante nosotros permitiéndome huir. Paso la

banda magnética por la ranura de la puerta de mi suite. Tras varios intentos consigo que se abra. Los nervios me juegan una mala pasada haciéndome tropezar sobre la alfombra de la entrada. Me pongo en pie lo más rápido que puedo, recojo mi bolso y me concentro en cerrar la puerta cuando me detiene y entra en mi habitación. Esto no ha terminado aún...

—¿Por qué haces esto, José? No puedes quererme...

—¿Por qué no? —¡Oh, por Dios! ¿Puede dejar de contestarme con otra pregunta?

—Tienes que irte José, quiero estar sola.

—¿Cuál es tu excusa ahora? Habla

claro, Sofía... si no quieres tener una relación dímelo claro. Si lo único que sientes por mí es atracción habla ahora y dejaré de insistir pero deja de jugar conmigo. ¡Joder, Sofía, te he dicho que te quiero!

Estremezco ante sus gritos. ¿Y ahora qué? Estoy contra las cuerdas... no quiero mentirle, de hecho no se merece que le engañe. Mi motivo real a empezar una relación con él tiene que ver con Víctor. Por mucho que le moleste que le nombre no puedo evitar recordarle. Solo he tenido una relación y el resultado fue fatídico. Ahora solo quiero estar sola. Aunque me guste, aunque mis sentimientos hacia él sean disparatados

e incontrolables. No estoy preparada para mantener una relación y esa es la realidad. Tenía que haberle sido sincera desde el primer momento. No puedo más que admitir mi error.

Decidida a terminar con todo esto de una vez por todas le invito a tomar asiento en uno de los sofás. Tomo asiento frente a él y me dispongo a ser, por primera vez, sincera con él. Las acusaciones no tardan en llegar. Todos los adjetivos negativos que le he estado dedicando en estas últimas semanas se vuelven contra mí.

—¿Por qué me has permitido hacer el ridículo? ¿Por qué has permitido que me declarara? —Se atusa el pelo nervioso

con ambas manos. Antes de marcharse, y ya en la puerta me dedica una mirada triste—. Nadie me ha hecho sentirme tan mal nunca...

## 19

Me despierto empapada en sudor tras una pesadilla más. La última noche que pasé junto a José se repite noche tras noche cuando, agotada, concibo el sueño. Busco mi teléfono en la mesita de noche. Solo son las tres de la mañana. A sabiendas de que no voy a conseguir dormirme me cuelo en la ducha, me visto con mi ropa de deporte y como una noche más, paso las horas en el

gimnasio hasta que el cansancio me lleva de vuelta a mi habitación y a mi cama.

Enciendo el mp3 y me subo a la bicicleta estática. Me inundo de tristeza al oír las letras de Malú.

Consulto mi reloj. Aún es temprano. Me decido a hacer algo más de ejercicio. Camino en silencio por el solitario gimnasio. Frente al saco de boxeo lo encuentro a él. Como si hubiera sentido que lo estaban mirando dirige la mirada hacia mí para volver a fijarla en el saco de nuevo y así evitarme. Inmóvil e incapaz de apartar la mirada de su cuerpo observo cada uno de sus movimientos hasta que se detiene una

vez más. Toma una toalla del banco y se seca el sudor. Camina hacia una máquina expendedora, elige, paga y bebe manteniéndome al margen. Tengo tentación de acercarme a él y como si, adivinara mis pensamientos me dedica una mirada de advertencia que me hiela la sangre. Paralizada y consciente de que estoy conteniendo la respiración mantengo toda mi atención en él. Termina su bebida energética, desecha la lata en el contenedor y regresa al saco. Suelta de nuevo la toalla sobre el banco. Dirige su mirada hacia mí.

—Ven, te vendrá bien dar unos golpes.

—Me concentro en dar la orden correcta a mi cerebro y camino hacia él

temblorosa—. Últimamente estás muy tensa... ven, ponte aquí.

El contacto de sus manos en mis hombros me nubla la vista. Me tenso de pies a cabeza cuando roza sus dedos por mis brazos hasta llegar a mis manos. Me coloca unos guantes de boxeo. Los ata con suma delicadeza. Sostiene mis manos a la altura de mi cara mientras me explica como debo cubrirme y los movimientos básicos.

—Y ahora... respira.

¿Cómo voy a respirar con él susurrándome al oído? Un escalofrío recorre mi cuerpo llevándome hasta aquel día en el ático. Los recuerdos inundan mi mente y tengo la irrefrenable



tentación de dar media vuelta y besarlo. Baja las manos hasta mi cintura y me obliga a acercarme al saco. Recorre mi cuerpo hasta llegar a mis brazos. Los sujeta con firmeza y me los coloca una vez más para animarme a que practique un poco de deporte.

—Solo tienes que pensar en algo que te haga sufrir y saldrá solo. —¿Algo que me haga sufrir?— Víctor, ¿quizás?

Recibo el nombre de mi ex y le propino un puñetazo al saco. Recibo un fuerte dolor en el brazo y a pesar de que he volcado todo mi odio en el movimiento el saco apenas se ha movido. Recibo nuevas órdenes y me enzarzo con el saco hasta que me fallan las fuerzas. Sujeta al

saco rompo a llorar. Los brazos de José me envuelven contra su pecho y pierdo la noción del tiempo bajo su contacto.

—Sofí, ¿estás bien? —Con un leve movimiento de cabeza le pido que me desate el nudo de los guantes—. Creo que deberías tomarte el día libre... te vendrá bien descansar.

—No, no, no. Tengo que trabajar. Las entregas están por llegar... tengo mil cosas que hacer. Me he comprometido a cumplir con unas fechas y no puedo fallar.

—Ya, pero resulta que tu jefe soy yo y no tienes que rendir cuentas con nadie más que conmigo y si te digo que te tomes el día libre, solo hazlo. ¿Por qué

no pasas el día en el spa? Te vendrá bien relajarte. Has sufrido mucho estrés en estos últimos días...

¿Y ahora se preocupa por mí? ¿Después de todo lo que le he hecho pasar?

Me ayuda a sentarme sobre la colchoneta colocándose detrás de mí rodeándome con los brazos. Oculta su rostro entre mi pelo y respira. Uff... tengo que oler horrible. Pero... me siento tan bien a su lado que desearía que se detuviera el tiempo en este instante. Por primera vez en muchos días me siento totalmente relajada. Tengo tanto sueño... estoy agotada.

—Sofía, vamos. Sofía, despierta... tengo que ir a trabajar.

—¿Me he quedado dormida?

—Incluso roncabas.

—¿Yo ronco? —Una sonrisa de lo más espectacular le cubre gran parte de la cara mientras me ruborizo como una idiota, lo que le provoca una risa descontrolada. ¿De verdad se está riendo de mí?

Su risa y una serie de cosquillas por mi estómago provocan que me ría yo también. Y así, entre sus brazos y risas me siento tranquila y feliz. Un sentimiento de culpabilidad me invade por completo. La felicidad se me escapa entre los dedos y me tenso bajo sus brazos.

—¿Qué pasa, Sofí?

—Tengo que pedirte perdón... el otro día me comporté como una completa idiota. No debí tratarte de ese modo. Te juro que yo no soy así, José...

Posa sus dedos en mis labios para detenerme. Me abraza y me pregunto si me habrá perdonado. Su comportamiento me sorprende gratamente aliviando este estado de nervios en el que había sumido mi vida.

Me ayuda a levantarme, seca unas lágrimas rezagadas que han dejado rastro por mi mejilla. Su amabilidad me hace sentirme aún más culpable y ese sentimiento me destroza por dentro.

—Déjame que haga unas llamadas. Voy a avisar a Adela de que no vamos a ir

hoy a trabajar. —¿No va a ir a trabajar?

— ¿Te apetece pasar el día conmigo?

Como negarme después de cómo se ha portado conmigo. Acepto su invitación. Pasaremos el día en el spa del hotel, saldremos a comer y quizás vayamos de compras. Me sorprende con el deseo de pasar el día con él.

Ya en el aseo, bajo el agua caliente de la ducha y mucho más relajada que en las últimas horas, las preguntas me nublan la mente. No quiero volver a hacerle daño y tampoco quiero darle esperanzas. Supongo que lo mejor será que dejemos pasar el tiempo. Si tiene que surgir algo, lo hará. Lo mejor será que sea lo más sincera posible con él y decirle todo lo

que pienso. Aunque... quizás ahora sea él quien no quiera saber nada de mí. Un sentimiento de tristeza me sorprende. ¿A quién quiero engañar? Se lo que siento por él. Después de haberme relajado en el gimnasio no tengo la necesidad de esconder lo que siento.

Después de pasar parte de la mañana en el spa y de disfrutar de una deliciosa comida londinense en Nothing Hill me encuentro paseando y de la mano por las grandes avenidas de Londres hasta llegar a la juguetería Hamleys en Regent Street. No es que sea muy amante de los juguetes pero es una de las jugueterías más famosas del mundo. Recorremos sus cinco plantas, me detengo en la sección

de Marvel y me decanto por un juego de mini figuritas para Marcos. José se detiene frente a una figura de Spider Woman.

—Es una de mis favoritas... —me explica—. En cierto modo me recuerda a ti... Es Spider Woman. Su nombre real es Jessica Drew. Es fuerte, veloz y ágil. Tiene unos reflejos sobrecogedores. En un principio fue creada para evitar que la competencia la desarrollase. Al principio estuvo un tanto confundida y sirvió al mal. Ahora es un icono de los nuevos vengadores.

—¿Y en qué se parece a mí?

—El pelo tal vez... —¿Otra vez riéndose de mí? Esto es nuevo—. La



verdad es que no lo sé... pero cuando la veo no puedo evitar pensar en ti...

Aunque no he entendido nada de lo que me ha explicado y por más que la miro no encuentro parecido alguno. Tengo que encontrar un buen motivo para comprarla.

—A Marcos también le gusta. Alguna vez me ha hablado de ella y sus fechorías... —Me hago la entendida a pesar de mi completa ignorancia y evito su mirada para que no me sorprenda.

Salimos de la juguetería y el tiempo ha cambiado por completo. El viento y la lluvia mantienen a turistas y habitantes a buen resguardo. José busca su teléfono en el interior de su chaqueta para llamar

a George que no tarda más de un cuarto de hora en llegar a la misma puerta.

Pasamos el camino al hotel charlando animadamente sobre nuestro día hasta que George nos interrumpe.

—Señor, debería consultar su correo electrónico. Hay novedades que debería conocer.

Automáticamente José toma de nuevo su teléfono móvil. Concentrado en su labor lo encuentro arrebatadoramente sexy hasta que me sorprende cuando su rostro torna serio hasta llegar al enfado. Algo malo ha ocurrido en estas últimas horas...

—Voy a matar a ese cabrón.

Sale de Internet para marcar

rápidamente un número de teléfono en concreto. El nombre de Adela aparece en la pantalla.

—Reúne a Roberto y Santiago en mi oficina. Estaré allí en media hora.

Cuelga sin dejar que Adela le responda. Indignado se pasa ambas manos por el pelo mostrando su exasperación. Me mantengo en silencio a la espera de una reacción por su parte. Algo malo ha pasado pero no me atrevo a preguntarle y tampoco quiero inmiscuirme en sus asuntos.

Tomando mi mano entre las suyas intenta buscar las palabras correctas para no molestarme.

—Quiero cenar esta noche contigo pero

ha surgido un problema que tengo que solucionar lo antes posible. Llegaré lo más pronto que pueda, ¿vas a esperarme?

—Estaré en mi habitación... —Acaricio su rostro para intentar relajarlo—. Me lo he pasado muy bien, muchas gracias.

En el último momento se lanza contra mí con intención de besarme. Se detiene, apoya su frente en la mía, cierra los ojos e inspira. Se me corta la respiración.

El Audi se detiene ante el aparcamiento del hotel. Me desabrocho el cinturón, recojo mi bolso y me despido de él con un tímido beso en la mejilla.

No he llegado al hotel cuando mi teléfono vibra en mi bolsillo del

pantalón. Es un mensaje de José.

“Perdona mi impulsividad. No quería importunarte. Estoy deseando volver a verte. Espérame”.

¿Importunarme? No tengo nada que perdonarle. Si alguien tiene que disculparse esa soy yo. Me detengo en la entrada del hotel, me siento en uno de los sillones del hall y me entretengo en escribirle un mensaje que le infunda tranquilidad.

“Si alguien tiene que disculparse, esa soy yo. No te preocupes por nada. Te espero en mi suite”.

Abandono el asiento y me decido a subir a mi habitación.

Aprovecho mi soledad para darme una

ducha y ponerme cómoda. Me siento en el sofá, enciendo la televisión. La programación deja bastante que desear. Abandono el sofá para ir en busca de mi portátil en la habitación de la oficina. Vuelvo al sofá, navego por Internet durante unos minutos, entro en facebook y twitter y para finalizar consulto mis correos. He recibido varios de Jaime. Le contesto informándole de los avances con el trabajo y de un posible retraso de dos semanas. Me lo imagino haciendo cuentas sobre las ganancias que va a recibir si me retraso tantos días.

Entro en la cocina, escojo una botella de vino blanco y regreso al salón. Fuera ya es noche cerrada y estoy haciendo

verdaderos esfuerzos para no quedarme dormida. ¿Qué hora será? Consulto la hora en el móvil. Lleva más de tres horas reunido. El problema debe ser grave... ¿Y si llamo a George? Descarto la idea al instante. No puedo entrometerme en su trabajo, no es asunto mío. Cuando estoy a punto de quedarme dormida, el móvil de empresa suena estrepitosamente sobre la mesa de café. El nombre de George aparece en la pantalla. Nerviosa, respondo.

—Señorita Sofía, José me ha pedido que encargue comida china si aún sigue interesada en cenar con él. —Sí, George...cenaré con él. ¿Va a tardar mucho? —Tengo orden de recogerle en

media hora.

—¿Ocurre algo malo?

—Ya la informará él mismo, durante la cena. Consulta la hora. Ya es media noche. Estoy agotada y supongo que él también. Me sirvo una copa de vino cavilando en las últimas palabras de George. ¿Qué habrá pasado?

Unos leves golpes en la puerta de la suite me despiertan de mi pequeña ensoñación. El estómago ruge al incorporarme y un pequeño mareo me recuerda que me he pasado con las copas de vino. Corro a abrir la puerta deseando que sea José el que está detrás. Mi sorpresa es mayúscula cuando veo a George con una bolsa de



un restaurante chino. —La reunión se ha retrasado y José me ha pedido que me encargue de que cene.

Mi desilusión es tan notable... De repente, recuerdo la figura de Spider Woman que he comprado para José. Aunque había pensado hacérsela llegar cuando ya no estuviera aquí decido que es buen momento para dárselo. Quiero animarlo y tranquilizarlo a la vez.

—¿Vas a ver a José ahora? —Recibo una respuesta positiva—. ¿Podrías entregarle un paquete y una nota que tengo para él?

George me responde con un ligero movimiento de cabeza. Lo invito a pasar y mientras yo escribo sobre un folio

unas palabras para José él espera junto a la puerta con las manos unidas detrás de la espalda y la mirada perdida en el interior de la habitación. Releo mi nota antes de guardarla en el sobre y entregársela junto al paquete.

Me despierto en el sofá a las tres de la mañana. Tengo varias llamadas perdidas. Todas de José. La última no hace más de un par de minutos. Pulso el botón de rellamada deseosa de que responda a mi llamada. La respuesta llega al instante.

—Estoy en tu puerta.

Cuelgo al instante y corro a abrir. Lo encuentro cansado, sin corbata y con

varios de los botones de la camisa desabrochados. Cierra la puerta tras de sí y se abraza a mí hundiendo su rostro entre mi cuello y mi pelo. El tiempo se ha detenido. Anhelaba su contacto, su olor y su presencia.

—Me ha encantado tu regalo. Me ha ayudado a relajarme. Ha sido una noche complicada.

—Me hubiera gustado que te lo hubiera entregado George cuando me hubiese marchado, pero las circunstancias me han hecho cambiar de idea. ¿Has cenado? —Me aparto de él en dirección a la cocina y desde la encimera le muestro la bolsa del restaurante chino que me ha traído George.

—No dejas de sorprenderme, nena.

Mientras caliento la cena en el microondas le sirvo una copa de vino tinto y me esmero en poner la mesa. Finalmente sí que cenaremos juntos esta noche.

Disfrutamos de la cena en silencio en la mayor parte del tiempo. Más tarde y con el apetito saciado nos sentamos en el sofá. Me mantengo en silencio mientras me cuenta lo más resumidamente posible todo lo que ha ocurrido durante las más de cinco horas de reunión.

—...Había quedado con otra mujer cuando la Señorita Miller los encontró juntos. He estado tentado de despedir a Santiago, pero la amistad que me une a

él me ha hecho que me lo piense dos veces. He decidido darle una segunda oportunidad. El hecho de que Miller se quede con nosotros y evitar una denuncia me ha obligado a redactar un nuevo contrato y a reembolsar una buena suma de dinero que recaerá inmediatamente sobre Santiago. Así aprenderá a solucionar sus errores. —Se toma su tiempo y bebe un poco de su copa de vino—. Bueno... ¿y tú qué has estado haciendo? Te habrás cansado de esperarme...deberías haber cenado tú, pero te agradezco enormemente que me hayas esperado.

—Bueno...habíamos quedado en cenar juntos...

A la mañana siguiente...

Suena el despertador. Me levanto sonriente y camino hacia la cocina a prepararme una taza de café. Vacío un sobre de azúcar en mi taza y mientras la remuevo recuerdo todos y cada uno de los momentos de la noche anterior. Mi sonrisa permanece de camino a la ducha. A pesar de que mis rizos no son muy moldeables desde que viajé y decidida a que no me amarguen la mañana me peino con una coleta media y elijo uno de mis mejores vestidos.

Llego puntual a la oficina. Entro en mi despacho. Subo los estores aprovechando el sol que ilumina todo Londres. Enciendo el ordenador y me siento a mi mesa decidida a comenzar un nuevo día de trabajo. Consulto mis e-mails, escribo a Jaime para informarle de los avances y contesto varios correos de los contratistas. Navego por Internet y compruebo los pedidos.

La puerta de mi despacho se abre sin previo aviso interrumpiendo mi trabajo. Es Adela cargada con una bandeja de desayuno.

—¿Café? —A pesar de que tengo mi propia cafetera no puedo denegar un

café, mucho menos cuando sé que ha venido a cotillear un poco—. No te vas a creer lo que tengo que contarte...

El entusiasmo en sus palabras y en cada uno de sus movimientos provoca que se le derrame un poco de café por el labio. Ha faltado poco para que la camisa camel acabara con un buen manchurrón de café.

—Supongo que ya sabrás lo que ha pasado con Santiago y la Señorita Miller... No me gusta esa mujer, tiene algo extraño. —Bebe una vez más de su café, en esta ocasión con mayor delicadeza—. Roberto vino anoche a mi casa. Y yo en pantalones de chándal y



con las gafas puestas. Un completo horror pero no tuve más remedio que abrirle.

Un completo horror. Imagino que no son más que exageraciones tuyas. Es una mujer muy inteligente, guapa y atractiva, amable, trabajadora. Lo tiene todo como para que Roberto se ande fijando en sus gafas o en su pantalón de chándal. Todas tenemos ese pantalón de chándal con el que relajarnos los fines de semana y no es para tanto...

—Cenamos, y durante la cena me explicó la nueva regla que ha impuesto José. En realidad la va a imponer hoy mismo. Va a prohibir las relaciones

entre compañeros de trabajo a excepción de las ya consolidadas. — Hace una pausa, se muerde una de las uñas de su perfecta manicura y pensativa vuelve a la conversación—. Lo que te quiero decir es que ayer Roberto se declaró de una vez por todas.

—¡Vaya! Menuda noticia. ¿Y qué tal? ¿Cómo fue la noche?

La puerta de mi despacho vuelve a abrirse una vez más en las pocas horas que llevo trabajando. Adela se levanta de la silla en cuanto ve que es José el que está junto a la puerta.

—Buenos días, señoritas. Adela, necesito que reúnas a toda la Junta Directiva en el Salón de Juntas en una

hora, excepto a la Señorita Miller. Que Santiago y Roberto estén en mi oficina en media hora. —Amablemente le tiende su mano para ayudarla a abandonar su asiento y mi oficina—. Ahora me gustaría quedarme a solas con Sofía.

Adela abandona mi oficina. Desde mi silla puedo verla sentarse a su mesa. Abre su agenda telefónica, descuelga el teléfono, marca una serie numérica y espera pacientemente una respuesta. Regreso mi mirada al interior de mi oficina encontrándome con una sonrisa espectacular.

—Hoy no te he visto por el gimnasio... y tampoco me has esperado para venir a la oficina... —¿Ya está enfadado otra

vez?— ¿Cómo vas con el edificio de The City? Me temo que tenemos un problema... Abie Miller ha decidido vender a London Association el resto de sus acciones por lo que ya no necesitaremos su oficina personal, ¿he llegado a tiempo?

—Sí, tranquilo. Dejé su proyecto para el final después de que cambiara de opinión en numerosas ocasiones, quizás no te guste lo que voy a decir pero me alegro de que se largue. —¡Ups! No debería haber dicho algo así.

No soy capaz de mirarlo después de lo que acabo de soltar por mi boca. ¿Por qué seré tan bocazas? Levanto la vista ligeramente con verdadero pavor a una

reacción un tanto brusca. Inesperadamente lo encuentro sonriendo. —Perdona, no quería decir algo así. —Tendría que pintarme la palabra bocazas en la frente para que no se me olvide lo idiota que puedo llegar a ser.

—Relájate, Sofía. Mentiría si no reconociera que por una parte me he alegrado de que se marchara. Un problema menos... bueno, dejando el trabajo a un lado... ¿comemos juntos?

—No voy a poder, tengo que salir. He quedado con el arquitecto y el contratista a la hora de la comida y quiero pasarme antes por el edificio. Quizás esta noche...

Abandona su asiento. Se cierra la

chaqueta del traje abrochándose el botón del medio sin apartar su mirada de mí. Me muevo nerviosa en mi asiento. Una vez más, sonrío.

—Pásate por mi despacho antes de irte. Quiero ver mi despacho. Te acompañaré a la comida. Quiero escuchar de primera mano como va el proyecto.

¿Cómo? ¿Quiere ver su despacho? Tengo que verlo antes que él. Descuelgo el teléfono, marco la extensión que me comunica con Adela y dos tonos después la tengo al otro lado de la línea.

—Adela, tengo que salir, pero José no puede enterarse. Avísame cuando esté reunido con la Junta.

Dejo a Adela para comunicarme con

George y pedirle que esté disponible para la hora exacta en la que José y la Junta se reúnan. Espero que me haga caso y no informe a su jefe. No quiero que piense que no soy la profesional que esperaba.

Reinicio mi trabajo y me vuelco en eliminar el proyecto que había creado para la Señorita Miller. Escribo un nuevo e-mail a Jaime informándole con los cambios de última hora y contestando a sus miles de preguntas cuando mi teléfono móvil vibra sobre mi escritorio. Es Marcos. Hace mucho que no hablo con él. Obvio su mensaje y me decido por llamarlo.

—Dichoso aquel que sepa algo de ti.

¿Se puede saber dónde te metes? Bueno, tengo que viajar a Londres esta semana para la presentación del videojuego de un colega. ¿Te podré ver?

—Hola, Marcos. Me alegro de que estés bien... ¿En serio vas a venir? Iré a recogerte al aeropuerto, llámame cuando vayas a venir.

Hablamos durante minutos hasta que el teléfono de mi oficina nos interrumpe. Adela me hace señas desde su mesa para que responda. Termino la llamada con Marcos y contesto. Es hora de marcharme. Mientras estoy apagando el ordenador y recogiendo mi mesa de trabajo aviso a George para que venga a recogerme.



—Hay bastante tráfico, señorita Sofía, pero intentaré llegar lo antes posible tomando una ruta alternativa.

En efecto el tráfico hoy es horrible y a pesar de optar por la ruta alternativa, el estado de las carreteras no ha mejorado en demasía. Consulto la hora del navegador del Audi. Voy a llegar tarde a la oficina. Me decido a consultar mis correos personales para no importunar a George en su conducción. Varios minutos después el Q7 se detiene frente al edificio de The City. Entro en el edificio y me detengo en la cafetería donde me encuentro con varios trabajadores haciendo limpieza. A estas alturas debería estar todo impecable y

manteniendo la esencia del resto de cafeterías de los señores Griffin. Uno de los encargados de la obra viene a mi encuentro.

—Señorita Sofía, no la esperábamos hasta esta tarde — de eso se trata querido—. Si lo desea puedo acompañarla por el edificio. Me gustaría que echara un vistazo a las recepciones.

—En realidad me gustaría echar un vistazo a todo el edificio. Acompañeme, así podremos ir hablando de los posibles cambios. ¿Tiene algo dónde poder anotar lo que le vaya diciendo?

Nervioso, rebusca entre sus pantalones de trabajo hasta dar con una pequeña

libreta y un bolígrafo. Exasperada por la situación apoyo mi cartera en una de las mesas de la cafetería, la abro y de su interior saco mi tablet.

—Mejor le envío un correo con las especificaciones. Ahora veamos el edificio. Tengo bastante prisa.

Paseo por la cafetería mientras anoto todas las modificaciones necesarias cuando soy consciente de que es un completo desastre.

—Quiero hablar con tu superior. ¿Sabes si está en el edificio? Por su bien espero que sí. Vaya a buscarlo. Esto es peor de lo que me esperaba.

Algunos minutos después el encargado viene acompañado de un hombre de

mediana edad, pelo cano y unas grandes gafas de pasta. Me ofrece su mano y se presenta.

—Mi hombre de confianza me ha dicho que quiere hablar conmigo, ¿hay algún problema señorita Amaya?

—De hecho, hay muchos problemas, ¿usted ha visto en el estado en el que está la cafetería?

—En realidad no la esperábamos tan temprano.

—No ha contestado a mi pregunta. Espero que el resto del edificio no esté en el mismo estado que la cafetería. He enviado un correo a su hombre de confianza con todo lo que tienen que mejorar. Quiero verlo antes de que

termine mi visita o no tendré más remedio que hablar con sus superiores.

Abandono la cafetería sin dar opción al hombre que tengo delante de ofrecerme una nueva contestación repleta de excusas. Para cuando llego a la tercera y última planta me encuentro con un informe repleto de arreglos y mejoras. Busco entre el personal al contratista. Lo encuentro coqueteando con una empleada de la limpieza. Esto va empeorando por momentos.

—¿Se divierte? —Abre los ojos impresionado por mi visita sorpresa—. Lo quiero en el despacho de la señorita Miller a usted y al arquitecto en cinco minutos y no quiero excusas.

—Señorita Amaya... no, no la esperábamos hasta esta tarde...

—Como vuelva a decirme alguien esa maldita frase me encargaré personalmente de que no vuelvan a trabajar en su vida. Haga lo que le he dicho. ¡Ahora!

Me adentro en el espacio vacío en el que se ha convertido la que iba a ser la oficina de la señorita Miller. Furiosa, camino a lo largo de la estancia de un lado para otro. No suelo ser así con el personal que tengo a mi cargo pero, ¿se puede ser más incompetente? No va a quedarme más remedio que hablar con el estudio de arquitectura. No pienso consentir esta inaptitud.

—Señorita Amaya, ya estamos aquí —la voz del contratista me saca de mis pensamientos.

—Pasen y cierren la puerta. —Tomo aire, enciendo la tablet y me dirijo a ellos para informarles de mi informe negativo—. ¿Alguno de los dos puede explicarme que está pasando aquí? En los años que llevo trabajando no me había encontrado con personas tan poco profesionales como ustedes dos. Le he vuelto a enviar un nuevo correo a su encargado. Quiero todo solucionado para antes del mediodía. No tienen más que dos horas para solucionar todo este desastre. Volveré hacia la hora de la comida y en esta ocasión vendré

acompañada con el Señor Vallés. No tengo nada más que decirles. Voy a estar en el despacho del Señor Vallés, necesito a uno de sus trabajadores para que me ayude con el mobiliario.

En parte me tengo merecido este desastre. No debería haberlo descuidado tanto. En realidad es la primera vez que me ocurre algo así. Me siento frustrada. Espero que solucionen los problemas antes de que regrese con José... Apago la tablet, la guardo en el interior de la cartera y me encamino hacia el despacho principal. Por suerte está bastante limpio. Recorro las cajas y las recoloco sobre los distintos espacios.



—Espere, espere... va a mancharse ese bonito vestido. Suelto la caja, me sacudo el polvo del vestido y me incorporo para dirigirme hacia el hombre que tengo a mi espalda. La camiseta se le ciñe al cuerpo marcando cada uno de sus músculos. Es un hombre atractivo a pesar de que es bastante mayor que yo. Se acerca hasta mí, me ofrece su mano y la acepto. La estrecha a modo de saludo sin apartar su mirada de la mía.

—Me llamo Jack. Me han dicho que necesitaba un poco de ayuda aquí arriba.

—Encantada, Jack, soy Sofía Amaya. Necesitaría que me montaras todos estos muebles, ¿sería posible? —Sin

problema, señorita Amaya. Cuento con ello. —Voy a salir a hacer una llamada, ahora te veo. Marco el teléfono de George, descuelga al instante. —George, ¿estás por aquí? Necesitaría que subieras. Esto es un verdadero caos y no sé a quien llamar... —Dígame donde está, la ayudaré en lo que necesite. Apenas unos minutos después de acabar mi llamada George aparece en la tercera planta.

—George, esto es un completo desastre. Incluso me he encontrado al contratista coqueteando con una de las trabajadoras de la limpieza. José quiere venir esta tarde a echar un vistazo a su despacho. Yo tengo que quedarme aquí arriba.

¿Puedes encargarte de que cumplan con su trabajo? —Señorita Sofía, será un verdadero placer. ¿Puede mandarme un correo con las especificaciones? — Obedezco a su petición, enciendo la tablet y envío el e-mail—. Puede estar segura de que cumplirán con su labor.

Apenas George abandona la planta vuelvo a coger mi teléfono móvil esta vez para llamar a Adela y así saber como va la reunión.

—No te preocupes, no han hecho más que empezar. José ha preguntado por ti, le he dicho que has tenido que salir porque te han llamado para recibir un envío en The City. Me ha pedido que le avisara cuando llegues.

—No creo que pueda volver. Avísame cuando termine la reunión. Le llamaré yo.

Finalizo la llamada, guardo el teléfono y la tablet en la cartera y regreso al despacho donde ya sin camiseta encuentro a Jack enzarzado con el escritorio. Opto por ignorarlo y me adentro en el aseo y el vestidor. Por suerte el armario a medida ya está totalmente montado. Salgo de nuevo al exterior en busca de productos de limpieza. Entro de nuevo en el despacho decidida a encargarme del vestidor y el aseo cuando el sonido de mi teléfono irrumpe en mi labor. Leo un mensaje de George.

“Srta. Sofía todo controlado”.

El mensaje de George me relaja enormemente. Antes de guardar el teléfono consulto la hora. Tengo el tiempo exacto para terminar con lo que tengo entre manos. Ignoro a Jack y continúo mi camino hacia el vestidor. En una hora he terminado con mi trabajo. Regreso a la estancia principal del despacho. El mobiliario ya está montado y recolocado en su correcta ubicación. Encuentro a Jack recolocando las cajas con el material de oficina y complementos decorativos. Es hora de quedarme a solas.

—Jack, muchas gracias por tu ayuda.

Has hecho un buen trabajo. Puedes volver a tus tareas.

Coloco los cojines sobre los sofás de cuero y doy por finalizada mi labor. Bajo las persianas a media altura, cierro la puerta con llave y coloco un cartel informativo para que nadie abra esa puerta hasta nueva orden. El trabajo en el exterior es notable. Camino hacia la recepción cuando George sale a mi encuentro para entregarme el informe con las especificaciones ya controladas. Ahora tengo que volver al hotel, darme una ducha rápida, cambiarme de vestido, regresar a la oficina y recoger a José para ir a reunirme con el par de impresentables con el que he tenido que

tratar en las últimas horas.

Subo las últimas escaleras que me llevan al bufete de abogados de José cuando mi teléfono personal resuena en el interior de mi bolso. Cuelgo al ver su nombre en la pantalla. Joder, juraría que le había dicho a Adela que me avisara. Entro en la oficina en tal estado de nervios que soy incapaz de articular palabra. Encuentro a Adela ensimismada en su labor hasta que me ve y se detiene en su trabajo para informarme de que la reunión no ha finalizado aún. No entiendo nada. ¿Por qué me ha llamado si aún no ha terminado? Entro en mi despacho, me siento a mi mesa y por primera desde que salí de aquí respiro

con normalidad. Busco mi teléfono en el interior de mi bolso hasta que doy con él. Busco su teléfono en el listín telefónico y pulso el botón de llamada. Responde al instante.

—Me ha dicho Adela que has tenido que salir, ¿hay algún problema?

—No, tranquilo. Está todo controlado. De hecho estoy en mi oficina, ¿vas a tardar mucho? Tengo que salir en menos de una hora...

—Intentaré salir lo más pronto posible, esto se está alargando demasiado.

Me relajo sentada en mi despacho a la espera de José, cuando decido enviar un e-mail al estudio de arquitectura adjuntando el informe con las



especificaciones de esta mañana. Cierro el programa y me decido a navegar por Internet en la búsqueda de un mobiliario de oficina acorde al resto del edificio cuando José irrumpe en mi despacho hecho un verdadero manojito de nervios. Abandono mi asiento y corro a su encuentro preocupada por su inusual comportamiento. Busco en su mirada una respuesta por su actual estado. ¿Qué ha ocurrido en esa reunión?

—¿Tenemos mucha prisa? Necesito un momento... solo un momento...

—Aún queda más de media hora para irnos pero puedo retrasar la comida si realmente lo necesitas.

—Permíteme que sea yo quien lo haga.

Se aparta de mí tan solo unos centímetros y aseguraría que George está al otro lado del teléfono.

—Habla con el arquitecto y el contratista, llegaremos tarde. (...) Media hora a lo sumo. —Cuelga el teléfono, se lo guarda en el bolsillo interior de su chaqueta y se deja caer sobre el sofá—. Solucionado. Tenemos una hora.

Lo observo mientras se atusa la rebelde melena con ambas manos como muestra de su desesperación.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Se me ocurren varias cosas, señorita Amaya pero no puedo pedirle ninguna, al menos de momento... —contesta

mientras se sonríe.

¿Aqué se refiere? ¿Está hablando de sexo? Intento apartar ese pensamiento de mi mente cuando viene a mi encuentro.

—¿Se puede saber en qué estás pensando? Me sorprende que tengas esa mente tan calenturienta... Es mucho más sencillo que todo eso, Sofía, mucho más sencillo...

Le incito a que hable con una sola mirada. Su respuesta llega a modo de sonrisa. ¿Otra vez se está riendo de mí?

—No tengo permitido hacer esa clase de peticiones.

—¿Quién te lo prohíbe?

—Yo, solo... yo Sofí... —Vuelve al

sofá y con él su malestar—. No insistas más.

No puede pedirme que deje de insistir... ¿acaso no me conoce? Quiero saber lo que quiere, quiero ayudarle. Se lo debo. Después de la mañana en el gimnasio se lo debo todo. El hecho de que me perdonara después de lo que le hice sufrir aquella noche, después de mi falta de respeto, después de mi falta de tacto... ¿cómo voy a negarle nada?

—No vas a dejarlo, ¿verdad? ¿Vas a insistir hasta que te lo diga?

Ya conoce mi respuesta. Es obvio que quiero saberlo. Solo quiero complacerle. ¿Es tan difícil de comprender?

—Quiero un beso, Sofía. Un beso que alivie esta tensión que me mata los nervios. Un leve contacto que me haga sentirte mía de nuevo. Anhele tus besos. Los necesito como el respirar.

No lo dudo ni un instante. El dolor que nace en sus ojos cobra vida en sus palabras. No puedo consentirlo. Me siento sobre él, tomo su cara entre mis manos y culmino nuestro contacto con un beso largo y apasionado. Toma mis caderas entre sus manos y me atrae a él. La pasión recorre cada poro de nuestros cuerpos. Nuestras respiraciones agitadas no impiden nuestro eterno contacto. Yo también necesitaba ese beso.

—Voy a cancelar esa comida. No quiero

compartirte con nadie ahora mismo. Busco tus besos en cada mínimo contacto y aunque sé que este beso no significa que tú y yo estemos juntos, en este momento era lo que necesitaba. Gracias, Sofía. Muchas gracias.

La cabeza me da mil vueltas ahora mismo. De todo lo que me acaba de decir no sé en qué debo centrarme. Espera, ¿ha cancelado la comida? Tengo que asistir a esa reunión. Después de lo que ha pasado esta mañana y tras enviar el e-mail al estudio de arquitectura no puedo dejarlo pasar. Tengo que explicárselo aunque no quiero que sepa lo que ha estado pasando. Si se entera se presentará en el estudio y no será muy

amable con ellos...

—¿Qué ocurre, Sofía? ¿He dicho algo malo?

—Tengo que ir a esa comida. El trabajo está muy avanzado y están esperando instrucciones por mi parte. Si no quieres venir puedo esperarte en tu despacho hasta que salgas de trabajar...

Acepta a acompañarme, solo espero que la comida no se llene de tensión. No quiero tener que dar más explicaciones de las necesarias y mucho menos a él.

La comida ha ido como la seda. Ha llegado la hora de regresar a The City. George me abre la puerta trasera del Audi. Ocupo mi asiento, me abrocho el cinturón, busco la tablet en mi cartera, la

enciendo, navego por Internet hasta dar con mis correos. Bandeja vacía. ¿En serio? ¿No piensan contestarme?

—¿A qué ha venido tanta amabilidad? ¿Los has amenazado?

—¿Disculpa? Debían de estar nerviosos por ti...

—¡Oh, no! No era por mí... ¿Ha ocurrido algo que deba saber?

—No, nada. Lo tengo todo bajo control. No tienes de que preocuparte. —George clava los ojos en mí y me dedica una sonrisilla socarrona.

¿Habrá sido capaz de contarle lo que me ha ocurrido a José? Me armo de valor y le reto con la mirada. Su sonrisa es aún mayor. ¿Por qué todo el mundo se ríe de



mí últimamente?

La mano de José se posa ligeramente sobre mi rodilla desnuda. Lo encuentro en el asiento contiguo al mío. Acerca su rostro al mío, se detiene en mi oído y susurra...

—Te sugiero que aprendas a mentir, nena, lo haces de pena... —Me quedo sin aliento bajo su leve contacto—. ¿Qué le has hecho a George? Nunca ha tenido secretos para mí...

Pues parece ser que a partir de ahora sí, o eso espero. Y rezo porque así sea... Antes de lo que esperaba George detiene el vehículo ante el edificio de The City. Ha llegado la hora. Rezo una vez más antes de entrar en el edificio.

Hoy estoy muy reli- giosa... demasiado para mi gusto.

—Subamos a mi despacho. Es lo único que me interesa de este edificio. — ¿Tiene el valor de tirar por tierra mi trabajo?— Mi despacho... y la mujer tan atractiva que lo ha diseñado...

No me lo puedo creer. Será mejor que subamos. Caminamos hacia el ascensor en pleno silencio bajo la atenta mirada de todos los trabajadores.

Las puertas del ascensor se abren ante nosotros. Jack está en su interior, limpiando.

—Señorita Sofía, es un verdadero placer verla de nuevo. Está preciosa. Permítame que la ayude a entrar.

—No será necesaria su ayuda. ¿Puede dejarnos solos?

José rodea mi cadera con su brazo. Venga ya, ¿a qué viene esa actitud? Solo le queda levantar la patita y marcarme. Jack abandona el ascensor. No hace más que cerrarse las puertas del ascensor cuando José se abalanza sobre mí. Sujeta mi barbilla con firmeza atrapándome entre él y la pared trasera del ascensor. Apenas unos milímetros separan nuestros labios. ¿Va a besarme?

—No juegues conmigo, Sofía. No voy a permitir que ningún idiota traspase los límites contigo.

En el momento exacto en que las puertas del ascensor se abren dando paso a la

tercera planta, José se separa de mí dejándome temblando. Apenas me mantengo en pie.

—¿Me acompañas?

Tiende su mano en mi ayuda pero decido ignorarlo para mostrar mi incomodidad por su reacción. No puede comportarse de ese modo y se lo hago notar con mi desprecio. Paso por su lado ignorándolo por completo y camino decidida hacia su despacho. La puerta está abierta.

—Espera aquí.

Recojo del suelo el cartel informativo que había colgado en la puerta esta misma mañana. Entro en el despacho. Sobre uno de los sofás encuentro a un hombre y una mujer en actitud cariñosa.

No puedo creerlo. Por segunda vez consecutiva encuentro al contratista enzarzado en plena conquista con la mujer de la limpieza. Toco la puerta para llamar su atención. La mujer corre a bajarse la camisa mientras cubre su cuerpo ligeramente desnudo. El contratista se levanta apartándose de la mujer con un mal gesto. De verdad que no me lo puedo creer. ¿Se puede ser más irrespetuoso?

—Creía que había hablado esta mañana bastante claro. Pero como parece que no me hago entender voy a hablar lo más claro que pueda. A partir de este momento ustedes han dejado de formar parte de esta plantilla de trabajo. Están

despedidos. ¿Me he expresado con claridad? Los quiero fuera del edificio antes de que termine mi reunión con el Señor Vallés. Ahora, fuera.

¿Por qué me obligan a comportarme de este modo? ¿Era necesario llegar a este nivel? Nunca había tenido que despedir a nadie. Ni siquiera he tenido problemas de ningún tipo con la serie de trabajadores que he tenido a mi cargo. Camino hacia la zona de descanso, por suerte tiene arreglo todo este desastre. Recoloco los cojines de encaje gris. Centro la mesa de café. Recoloco las revistas y el centro de mesa. Me decido a echar un último vistazo antes de permitir a José entrar a su nuevo

despacho. Por suerte, todo está perfecto.

—Ya puedes pasar.

—Tengo que decir que estoy sorprendido y eso que aún no he visto nada. No conocía esa faceta agresiva y autoritaria... —Se acerca a mí y me susurra al oído—: Y me vuelve loco.

Ahora no estoy de humor para sus jueguitos por lo que decido ignorarlo.

Ahora, ni su contacto me hace temblar.

¿Por qué han tenido que ponerme en esta tesitura? Me han obligado a tomar esta decisión. Y el estudio sin dar señales de vida... Finalmente no me quedará más remedio que informar a José de lo que está ocurriendo.

Ya dentro del despacho le invito a

recorrer todas y cada una de las estancias en las que está separado el despacho con breves explicaciones y recordando el informe con las especificaciones. Camina hacia el escritorio, desliza la mano con gran delicadeza sobre la madera. Sigue su camino hacia las estanterías deteniéndose en muchas de sus baldas contemplando los libros y el material decorativo. Con paso firme se dirige hacia el mueble bar para fijar su mirada en la lámina decorativa de Londres. ¿Va a decirme de una vez que es lo que está pensando? Solo quiero irme al hotel y acabar con este fatídico día. ¿Dónde está la felicidad con la que me levanté



esta mañana?

—Sofía... Sofía... Sofía, ¿me estás escuchando? —Me pregunto cuánto tiempo lleva hablándome.

—Sí, perdona. Solo estaba pensando... Dime, ¿ocurre algo?

—Estaba intentado decirte que esto es simplemente maravilloso. No tengo palabras, Sofía. Sabía que no me defraudarías.

Camina hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja. Le envidio. A mi también me gustaría estar tan feliz. Sorprendida con su abrazo me rindo a él agotada. Abandona mi cintura recorriendo mi cuerpo con sus manos hasta detenerse en mi cara. Apoya su frente en la mía.

Nuestros labios están a punto de rozarse cuando se detiene.

—Te juro que me encantaría besarte pero no quiero comprometerte. Dependo de ti, este momento depende de ti... háblame, Sofía, dime algo.

Quiero que me bese, pero no quiero empezar una relación y sé que es lo que quiere. No quiero mentirle pero si le soy sincera acabaremos discutiendo una vez más y estoy cansada de tanta discusión. Hoy no es el día adecuado por lo que decido a ser lo más clara que puedo.

—¿Estás dispuesto a escucharme sin discutir? Quiero ser sincera contigo pero no quiero ningún espectáculo. ¿Aceptarás lo que te diga sin discutir?

—Después de aceptar mi propuesta me dispongo a darle su respuesta—. Quiero que me beses pero eso no implicará que mantengamos ningún tipo de relación. Aún no estoy preparada. ¿Lo entiendes? Sonríe tímidamente, roza el dorso de su mano con mi mejilla. Con una dulzura extrema roza sus labios con los míos y me besa.

## 21

Apago el despertador unos minutos antes de que suene la alarma. Los nervios me están matando. He sido incapaz de dormir más de dos horas seguidas. Podría haber bajado al gimnasio pero no

quiero encontrarme con él. De hecho llevo varios días evitándolo. Es toda una suerte que haya decidido no insistir en pasar tiempo conmigo. No quiero hablar del tema. Me levanto de la cama, camino hacia el aseo y me cuelo en la ducha. El agua caliente recorre mi cuerpo. Ya en albornoz corro a mi vestidor. Elijo uno de mis vestidos y unos tacones. Regreso al aseo, me peino y me maquillo. Me espera un día de locos. Hoy es el día. Ha llegado el momento de regresar a casa.

Antes de salir camino al edificio de oficinas me detengo frente al portátil. Aún sigo sin noticias del estudio de arquitectos. No puedo creerlo. A pesar

de la reunión que mantuve con José no se han dignado a contestarme. No tendré más remedio que esperar a esta noche. Aunque, quizás George podría acercarme hasta allí. ¿Me atenderán sin cita previa? Tengo que pensarlo. Entro en la cocina, enciendo la cafetera, saco la botella de leche de la nevera, elijo una de las tazas del armario y una cucharilla de café del cajón. Café en mano vuelvo a consultar el correo. Bandeja vacía. Si ellos no me contestan tendré que ir yo misma a buscarlos.

Aún es temprano pero quiero pillarlos desprevenidos. Salgo de la suite. Dirijo mi mirada hacia la puerta de José durante unos segundos hasta que el

ascensor llega a mi planta.

George está esperando en su ubicación habitual. Como cada día desde que llegué a Londres abre la puerta trasera del Audi.

—George, antes de ir a la oficina, ¿podemos pasarnos por el estudio de arquitectura?

—Como lo desee. ¿Hay algún problema?

—Aún no he recibido ninguna contestación. Esta noche es la presentación y no quiero espectáculos. ¿Podrías subir conmigo? Quizás necesite tu ayuda.

—Sabe que puede contar conmigo.

Me pongo el cinturón, saco de nuevo la tablet y consulto por última vez el correo. Bandeja vacía. George se incorpora al tráfico tras haber introducido la dirección en el GPS. Miro por la ventanilla; a pesar de que sabía perfectamente a lo que venía a Londres, añoro haber paseado por sus calles más a menudo, disfrutar de sus monumentos, sus museos y de tantas y tanta maravillas que tiene esta ciudad.

Abandono mis pensamientos cuando George detiene el Q7 en un aparcamiento próximo al estudio. Ha llegado la hora. Tendrán que darme una explicación si quieren recibir sus méritos esta noche en la fiesta, en la

presentación de The City.

Dos horas después y tras una reunión muy intensa he podido solucionar el problema, no podría haberlo hecho sin George.

—¿Podrías ocuparte de que cancelen sus invitaciones? —Será un verdadero placer, señorita Sofía.

Me pregunto si conseguiré que me llame por mi nombre en alguna ocasión...

Apenas unos minutos después llegamos a la oficina. Ha llegado el momento de enfrentarme a José. Ojalá y este día termine lo antes posible.

Como cada día encuentro a Adela ensimismada en sus labores administrativas. La saludo con la mano y



corro a esconderme en mi despacho. Sobre mi mesa encuentro un jarrón con unas orquídeas blancas. Abro la dedicatoria a sabiendas de quien es:

“Ser su príncipe, y rescatarla de sus penas. Ser su caballero, y protegerla de sus miedos. Ser su amor, y alejarla de sus tristezas”.

Unas lágrimas brotan de mis ojos. Sentimientos encontrados rondan mi mente. Sus palabras han dado en el clavo. Los nervios me corroen por dentro sin saber que hacer. ¿Debería ir a hablar con él? ¿Debería darle lo que me pide? Camino nerviosa a lo largo del

despacho cavilando. La puerta se abre, su olor inunda la habitación. Ha llegado el momento de enfrentarme a él y mi misma. Estoy completamente inmóvil. Oigo el sonido de la puerta al cerrarse. Me mantengo de espaldas a él. En el silencio del despacho escucho sus pasos dirigiéndose a mí. Con el dorso de su mano acaricia mi brazo. Me estremezco ante su leve contacto. Con la mano libre rodea mi cadera atrayéndome hacia él. Hunde su rostro en mi cuello, respira hondo y me cubre de besos.

Mantengo la dedicatoria entre mis manos y jugueteo con ella nerviosa. La releo una y otra vez recordando cada palabra, cada punto, cada sentimiento

impregnado en ella.

—Ha llegado el día... He querido darte el espacio que creo que has necesitado estos días hasta hoy. No voy a aguantar ni un minuto más alejado de ti. ¿Te ha gustado mi regalo?

Mi respuesta llega con un débil susurro apenas audible. Ansioso de un mayor contacto me invita a dar media vuelta. Ahora estamos cara a cara. Continúo con la mirada fija en la tarjeta hasta que la toma entre sus manos y la deja sobre mi escritorio junto a las flores.

—Sofía, ¿no vas a mirarme? Deberíamos hablar... — Posa su mano

bajo mi barbilla para llegar a poner mis ojos a la altura de los suyos—. ¿Por qué estás tan nerviosa? Todo va a ir bien, nena. Todo va a ir bien.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?  
—«Espera, ¿de qué estamos hablando? ¿De la fiesta o de nosotros?».

—Todo Sofía. Esta noche, en la fiesta y entre nosotros.

Me asombra la facilidad que tiene para adivinar la mayoría de mis pensamientos. No me puedo creer lo que hace este hombre conmigo. Busco en su mirada alguna respuesta a todas mis dudas, un poco de ayuda que me infunda el valor que necesito para enfrentarme a mis sentimientos. Lo encuentro

sonriendo, feliz, tranquilo...

—¿Te han gustado las flores?

—Mucho... me has dejado sin palabras

—para no variar—. Y la dedicatoria...

Bueno, has dado en el clavo. Es...

simplemente... perfecta.

—Tú eres perfecta.

La sonrisa ilumina su rostro, ¿por qué

está tan feliz? ¿A que viene este

comportamiento? ¿Tan claro tiene que

voy a decirle que sí? A quién quiero

engañar, quiero decirle que sí. Quiero

intentarlo. Y quiero que salga bien. No

puedo permitir a mis miedos que venzan.

Reúno toda mi valentía, estoy decidida.

Ha llegado el momento. Son mis últimas

horas con él.

—Tengo que irme a trabajar. Te veo esta noche.

Cierra la puerta tras de sí dejándome con la palabra en la boca. Ahora que había conseguido reunir las fuerzas necesarias, ahora que ya estaba decidida a poner fin a esta agonía.

Me dejo caer sobre mi silla, apoyo mis brazos sobre la mesa escondiendo mi rostro en ellos. Que se acabe este día de una vez por todas, por favor, que se acabe ya.

## 22

El teléfono de empresa vibra sobre mi escritorio. El nombre de George aparece

en la pantalla. Consulto la hora antes de descolgar. Llego tarde a mi cita en The City. Cuelgo la llamada de George, apago el ordenador, recojo los teléfonos y los guardo en el interior de mi bolso, tomo la cartera y me preparo para bajar a la planta baja. El ascensor está ocupado. No puedo perder ni un minuto más por lo que me decido por las escaleras.

The City es un completo caos. Por suerte he convencido al Ayuntamiento para que cierre al tráfico el aparcamiento más cercano. La puerta principal ya está cerrada y a la espera de que la Junta Directiva corte la cinta de inauguración. La puerta trasera y el montacargas es un

completo caos. El catering acaba de llegar. Entro en la cocina de la cafetería de los Griffin y me alegro de verlos a cargo de sus cocineros.

—Señorita Sofía, disculpe que la moleste. Me gustaría presentarla a la Señora Amber Stone, encargada de protocolo.

—Señorita Amaya, no quería importunarla. Quiero informarla de que los camareros ya han llegado, las secretarias que han seleccionado desde la Junta Directiva ya están situadas en sus correspondientes recepciones para informar sobre los servicios de la empresa. Las tarjetas de presentación de



cada uno de los miembros de la Junta ya están colocadas sobre las recepciones de cada planta. El servicio de limpieza ha acabado con su trabajo y están dando los últimos retoques.

—Perfecto, buen trabajo señora Stone. Comuníqueles a los camareros que ofrezcan los platos de los Señores Griffin e informen a los comensales del servicio de cafetería que brindará la empresa. Cuando los del catering hayan terminado los quiero fuera. No me gustaría que atosigaran a nuestros invitados con sus ofertas.

—No se preocupe, está todo como usted me solicitó. Por otro lado me gustaría

confirmar con usted la cancelación de unos invitados. ¿Es correcto? —afirmo la rotundidad de la cancelación de última hora—. Me he tomado la libertad de contratar a más personal de seguridad por si hay algún problema de última hora.

Parece que todo va sobre ruedas. No tengo nada de que preocuparme con la ayuda de George y el impecable trabajo de la señora Amber Stone. Es hora de regresar al hotel. Salgo a la calle, es noche cerrada y la niebla cubre parte de los edificios de los alrededores. Espero que la lluvia no arruine la noche.

—José me ha llamado. Al parecer los

invitados del estudio de arquitectura no se han tomado demasiado bien la cancelación al evento. Está todo arreglado. Yo mismo le he informado de la situación.

—Muchas gracias, George. Me eres de mucha ayuda. —Para mí es un verdadero placer, señorita Sofía. —George, ¿puedo pedirte un favor más? —Asiente

mientras continúa pendiente del tráfico —. Puesto que hoy es mi última noche en Londres y después de estos últimos días que hemos pasado juntos me preguntaba si podrías hacerme el favor de llamarme por mi nombre. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Como lo desee... deseese, Sofía.

No hago más que entrar en el hotel cuando la recepcionista corre a mi encuentro. ¿Qué querrá? Hoy no tengo tiempo de charla.

—Señorita Amaya, por cortesía del Señor Vallés quiero hacerle entrega de un bono para una sesión extra de maquillaje y peluquería. ¿Desea que los profesionales suban a su suite?

Rechazo el bono. Qué obsesión con malgastar el dinero. Puedo hacerlo yo misma. La recepcionista insiste.

—El Señor Vallés no va aceptar una negativa. Cancelará el evento de esta

noche hasta que acepte.

Tomo de mala gana el bono e ignoro la sonrisilla de satisfacción de la recepcionista. ¿Hasta el último momento va a estar decidiendo por mí? Subo al ascensor, aprovecho el viaje hasta la suite para enviarle un mensaje.

“Ser su príncipe, y rescatarla de sus penas, dejar de ser el hombre que amenaza si no se cumplen sus exigencias...”.

No espero una respuesta. Pongo el teléfono en silencio y lo vuelvo a guardar en el interior de mi bolso. El ascensor se abre en la última planta. José debe de seguir trabajando. Desde su puerta no me llega más que una

profunda oscuridad. Entro en mi suite, me bajo de los tacones y camino en dirección a la cocina, a la nevera de vinos. Ni siquiera he conseguido abrir la botella cuando llaman a la puerta.

Uno de los trabajadores del hotel me hace entrega de un paquete y una nota. Coloco el paquete sobre la mesa de comedor junto a la nota. Otro regalo de José. Es odioso. Opto por dejar la nota a un lado, deslizo el lazo rojo entre mis dedos deshaciendo el nudo, lo dejo caer sobre la mesa y abro la tapa de la caja dorada. Sin lugar a dudas es un vestido. Es un vestido de Camdem. Rozo con la yema de mis dedos el encaje rojo. No pienso aceptar este regalo. Por nada del

mundo me pondría este vestido. Ya tengo mi vestido para esta noche. Aunque no es de Camdem...

Abandono el vestido, recojo la tapa de la mesa y cubro la caja dorada con ella. Tomo la nota, abro el pequeño sobre y leo:

“Ser su príncipe, y rescatarla de sus penas, ser su pirata y colmarla de grandes tesoros...”.

¿Acaso lo hay más cursi? Tomo papel y lápiz. Escribo una nota de agradecimiento y lo guardo en un sobre. Anoto la dirección de The City y llamo a recepción.

—Quiero que envíen este paquete a la dirección indicada. La entrega será para el próximo miércoles. No puede llegar antes por nada del mundo.

Para entonces ya estaré en Madrid. Desde allí no podrá hacer nada contra mí. Me resulta tan frustrante que tenga que llegar a este extremo. Ser su pirata y colmarla de grandes tesoros. No necesito grandes tesoros. Lo que necesito es que se relaje y me deje hacer mi vida a mi manera.

Es tarde para una copa de vino. Me cuelo en la ducha y rezo por que mis rizos hoy se porten bien a pesar del tiempo.



La maquilladora y el peluquero han hecho un trabajo estupendo. Mi pelo está perfecto. No tengo más que vestirme. Saco mi vestido negro del vestidor y cubro mi cuerpo con él. El vestido se ciñe a mi cuerpo. Subo la cremallera, anudo el lazo y me subo a los tacones. Me siento frente al espejo y me cercioro de que todo está correcto. Un pequeño rizo revoltoso cae ligeramente sobre mi rostro. Es inevitable...

Salgo de mis pensamientos cuando oigo el sonido de la puerta. Es hora de irse. Recojo mi bolso de fiesta, guardo ambos teléfonos, mi cartera y el brillo de labios. Abro la puerta y encuentro a un George la mar de elegante. Espero que

haya recibido mi invitación.

—Señorita... Disculpe, Sofía... será un placer cenar con, contigo.

Respondo con una sonrisa, tomo su brazo y lo dejo hacer hasta el ascensor.

Fuera, la niebla es aún más notable. Al menos no llueve... Busco el Q7 en el aparcamiento cuando mis ojos dan con una limusina negra.

—Sofía, usted se merece lo mejor.

Sonrío de nuevo. Recuperamos el paso y lo aminoro para llegar lo antes posible y que el mal tiempo no destroce ni el peinado, ni el maquillaje ni mi vestido. George me abre la puerta, me siento, coloco mi vestido y me relajo.

—Iba a ofrecerte una copa de champán

pero prefiero hacerte una pregunta antes, ¿dónde está mi vestido?

—Ser la princesa que rechace regalos incoherentes de manos de un pirata derrochador.

—Ser el pirata derrochador que cubra de besos a la princesa hasta que esta cambie de opinión.

—Ser un pirata condenado a la horca si se le ocurre tocar a la princesa.

—¿La princesa desea una copa de champán de este ya condenado pirata?

Tomo la copa entre mis manos, la vacío al instante. El alcohol corre por mi garganta hacia mi estómago vacío. La princesa deberá cenar algo antes de continuar con la ingesta de alcohol si no

quiere acabar borracha cual pirata.

—George, por favor, necesito que me dejes en la puerta trasera y que te lleves a José contigo hasta que llegue la hora exacta.

—Ya había pensado en ello, Sofía. Tranquilízate, todo va a salir bien.

—¿Desde cuándo vosotros dos sois tan amigos?

—Eres un pirata demasiado preguntón...

—No puedo evitar que mi risa se descontrole ante las palabras de George y mi sorpresa es aún mayor cuando me acompaña. La cara de José es un poema. George detiene la limusina frente a la puerta de atrás. Un aparcacoches me ayuda a salir. La niebla es cada vez más

densa.

En el interior ya está todo listo. Busco entre el gentío a Amber Stone. No tardo en encontrarla dando órdenes a todo el personal. Me mantengo en silencio a la espera de que termine y me ponga al corriente de cómo va todo.

—Buenas noches, señorita Amaya. Está preciosa esta noche. Está todo preparado a la espera de que lleguen los invitados. Solo tengo que cuadrar el discurso del señor Vallés.

—¿Discurso? Tenía entendido que solo iba a dedicar unas palabras. ¿Tienes el discurso contigo?

—Su secretaria me informó de los últimos cambios a última hora de la

tarde. ¿Quiere que la llame?

—No se preocupe, yo me encargo. Si me disculpa...

Me escondo en el interior del almacén de la planta baja, busco el teléfono de empresa en el interior de mi bolso de fiesta, marco el número de George y espero con impaciencia su respuesta a cada tono.

—George, la responsable de protocolo me ha informado de que José ha hecho un cambio de última hora y ha preparado un discurso. Necesito que consigas ese discurso como sea. Lleva todo el día cambiándome los planes, no puedo permitir que lo haga en la inauguración. Cuelgo, y espero la llamada de George

en mi recién descubierto escondite. El teléfono vibra en mis manos varios minutos después. El nombre de George aparece en la pantalla.

—Tienes el discurso en tu e-mail. No tienes de qué preocuparte. Ha optado por una línea profesional.

No tengo tiempo de leer el discurso. No queda más de media hora para que lleguen los primeros invitados y aún tengo que revisar todo el edificio, despacho por despacho, planta por planta.

Acompaño a los primeros invitados por cada una de las plantas del edificio hasta llegar a la cafetería mientras recibo toda clase de elogios. Finalmente

esta inauguración atraerá una buena suma de clientes a Jaime o, al menos una muy buena publicidad.

Un camarero me detiene para ofrecerme uno de los deliciosos canapés del catering. Mi mirada se cruza con la de Jack. ¿También trabaja de camarero? Está realmente elegante vestido con ese traje.

—Buenas noches, señorita Amaya, esta noche está usted más bella que nunca. ¿Le gustaría degustar un canapé de salmón ahumado, huevas y crujiente de jamón ibérico?

—Será mejor que no o no se comerá toda la cena. —José tiene el don de la inoportunidad—. Buenas noches, Sofía,



me alegro de volver a verte.

Me rodea por la cintura atrayéndome hacia su cuerpo. Con la mano libre toma mi rizo rebelde entre sus dedos hasta colocarlo tras mi oreja para después besarme la mejilla llegando a rozar mis labios. Mi rizo vuelve a su posición original a la vez que José me dedica una de la más espectacular de sus sonrisas.

—El resto de los miembros de la Junta Directiva acaba de llegar. Les gustaría felicitarte por tu trabajo. ¿Me acompañas?

—Jack, discúlpame. El deber me reclama. —Y me despido tomando un canapé a pesar de la “prohibición” que me había sido impuesta anteriormente.

Me aparto de sus brazos y camino en dirección a los miembros de la Junta Directiva mientras degusto el delicioso manjar que me había ofrecido Jack.

—Cualquiera diría que la princesa se ha convertido en una rebelde pirata.

—La princesa solo está cansada de recibir órdenes de un insolente.

Y la princesa está cansada de este jueguito absurdo e incoherente. Y la princesa debería tranquilizarse, mostrar una agradable sonrisa y hacer honor a sus correctos modales. Y... tres, dos, uno... la princesa está lista para su función. ¿Desde cuándo me he vuelto tan sarcástica? Amber Stone nos informa de la hora de la cena. Busco mi nombre en

la mesa y me sorprendo sentada junto a José. Creía que había dejado claro que quería a Roberto y Santiago sentados a cada lado de José y a continuación el resto de los miembros de la Junta. Y al final de la mesa, George y yo. ¿Para qué voy a molestarme en preguntar? Estoy segura de que José está detrás de todo. Espero poder reunirme con él antes de regresar a Madrid y así aclararle ciertos puntos, como este, en concreto.

El fin de la cena da paso a una degustación de diversos postres de manos de los Señores Griffin. Y con los postres ha llegado la hora del discurso de José. Cruzaré los dedos porque todo salga bien. ¿Será capaz de no cometer

ninguna imprudencia por hoy?

—... Por último quería mostrar mi más sincera enhorabuena por su trabajo a la señorita Sofía Amaya y como muestra de nuestro agradecimiento los miembros de la Junta Directiva y yo mismo aprovechando que tenemos un despacho disponible la invitamos a formar parte de London Association & VMJ. ¿Qué me dice, señorita Sofía? ¿Acepta nuestra oferta?

El gentío de la cafetería irrumpe en sonoros aplausos. No puedo creer que me haga algo así. Fijo mi mirada en George a la espera de una respuesta.

—No tenía ningún conocimiento sobre esto —sus palabras me llegan en un

débil susurro.

Vuelvo a dirigir mi mirada hacia José y me preocupo en mostrarle la más agresiva de mis miradas y así ordenarle que ocupe su asiento y tranquilice a todo el mundo.

—Bien, señores y señoras dejemos que nuestra querida Sofía se tome su tiempo para decidir qué hacer. Es una decisión compleja. —Toma asiento, ligeramente torna su cuerpo hacia el mío y en apenas un susurro me habla al oído—. Estoy ansioso por oír tu respuesta, nena.

Los primeros invitados no han tardado demasiado en marcharse a pesar de lo espectacular de la barra libre. Es mi momento de prestarle la atención

necesaria y disfrutar del exquisito vino blanco que ha traído el catering.

No sé en que momento exacto de la noche he perdido la noción del tiempo y la cuenta con las copas de vino. La música irrumpe mis pensamientos. Adela se acerca a mí y me invita a bailar en la improvisada pista de baile.

En varias ocasiones encuentro a José totalmente paralizado mientras me observa bailar con Santiago. Y cuanto más aumenta su ira, mayor es mi disfrute. Y así pasan las horas entre música, alcohol y baile.

Adormilada, abro los ojos en busca de alguna respuesta. Visualizo las paredes del hotel, estoy en la última planta, en

brazos de José. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué me lleva en brazos? ¿A qué viene todo esto?

—Bájame. —José clava sus ojos en mí —. Vamos, bájame. Ahora.

Mi cuerpo cae sobre la moqueta de los pasillos de la suite. A pesar de todo, a pesar de la ingesta de alcohol de esta noche me encuentro en perfecto estado.

—Mi bolso.

Acto seguido alarga su mano hacia mí. En el último instante se detiene y casi tengo que forcejear con él para poder tenerlo en mi completo poder. Abro el bolso y busco en su interior la tarjeta magnética de mi suite sin éxito. Vuelvo mi mirada hacia él, extendiendo la mano y

con un solo movimiento de mi muñeca acepta a dármele posándola sobre mi mano.

Entro en la suite, aliviada por el dolor de pies me bajo de los tacones dejándolos caer a un lado, dejo el bolso sobre la mesa de comedor y me pierdo en el interior del dormitorio. Me deshago del vestido y me pierdo en el interior de la ducha. Me deshago del moño acariciándome el cuero cabelludo y así relajarme. Me pierdo bajo el agua de la ducha y los recuerdos se agolpan en mi mente colándose bajo el agua incluyendo la insolente oferta de José.

Salgo de la ducha antes de lo que me hubiese gustado para después perderme



en el interior del vestidor y así elegir uno de mis pijamas. Es hora de irme a la cama. Por suerte este día ya ha acabado y mañana, de una vez por todas regresaré a casa. Necesito poner la alarma. Busco mi teléfono móvil en la mesilla de noche cuando recuerdo que he dejado el teléfono en el bolso.

Atravieso el pasillo, dejo atrás la mesa de comedor y me decido a hacer una última visita a la nevera de vinos, cuando lo encuentro apoyado en el sofá. ¿Qué está haciendo aquí? A pesar de creer el día por finalizado parece ser que no ha hecho más que empezar. Paso de largo, lo ignoro adentrándome en el interior de la cocina. Rodeo la isla

central, abro la nevera, escojo una botella de vino blanco al azar, la descorcho. Busco una copa de la vitrina, sirvo vino en su interior y la vacío de una vez. Sirvo una segunda copa de vino hasta que pierdo la cuenta y la noción del tiempo.

En ligera semiinconsciencia noto como José me mantiene en brazos camino al dormitorio, me mete en la cama y me cubre con las sábanas y la colcha hasta que el sueño hace que caiga rendida.

## 23

ro aliviada al comprobar que sigue en su sitio. Vuelvo mi mirada hacia él y lo

encuentro demasiado despierto. Debe ser tardísimo. ¿Habré perdido el vuelo? Corro a consultar la hora cuando me detiene.

—Tu vuelo ha sido cancelado debido a la niebla. Saldrás mañana a última hora de la tarde. —Torna su cuerpo hacia la mesita de noche más cercana a su lado de la cama, toma un vaso de agua y un par de pastillas—. Ten, te vendrá bien para el dolor de cabeza.

Abandona la cama y lo descubro vestido solamente con el bóxer. Su cuerpo me fascina. ¿Qué paso anoche? Me encuentro verdaderamente mal. Abandono la cama y el dormitorio; y en

mi camino hacia el comedor y sobre la mesa de cristal encuentro los restos de la botella de vino y la copa. Los recuerdos vienen a mi mente.

—Me he tomado la molestia de pedir que nos suban la comida. Voy a mi habitación a darme una ducha y ponerme algo de ropa cómoda. —Termina de abrocharse los últimos botones de la camisa, se atusa el pelo y clava su mirada en mí—. Te he dejado una botella de agua fría sobre la isla de la cocina. Bebe, te ayudará a digerir todo ese alcohol. No puedo entender como no has vomitado aún.

Sus solas palabras me provocan una

serie de arcadas incontroladas que me hacen correr hacia el aseo. Estoy completamente vacía. Me detengo sobre el lavabo. Tengo un aspecto horrible. Abro el grifo y cubro mi cara de agua helada. Tomo una de las toallas de mano y hundo mi cara en ella. Regreso al comedor. Estoy sola. Encuentro con la mirada la botella de cristal. Necesito beber agua. Me encuentro fatal.

Me dejo caer sobre el sofá, me tapo ligeramente con la manta y me relajo con la única vista de la niebla que cubre por completo el cielo londinense. Las fuerzas se me agotan una segunda vez hasta caer rendida en un profundo sueño.

El sonido de un teléfono móvil me despierta. ¿Qué hace José aquí? ¿Y cómo ha entrado? ¿Cuándo ha entrado? La niebla persiste en el exterior. Enciendo la pantalla plana, busco el informativo y espero bajo la manta a que den la previsión del tiempo para mañana. José cuelga la llamada. Deja el teléfono sobre la mesa de café, toma asiento en el sofá de al lado, se remanga las mangas de la camisa vaquera y se centra en prestar atención al telediario.

—¿Tienes hambre? Tenemos la comida en la cocina, ¿quieres que la caliente?

—Lo que quiero es que me expliques que haces aquí, ¿no te quedó claro anoche que no quiero verte?

—Voy a calentar la comida y a poner la mesa. Date una ducha mientras tanto, te despejará.

Abandona el sofá, se pierde en el interior de la cocina y empieza a calentar en el horno toda la comida. Recojo mi teléfono móvil de la mesa de café y me encierro en el aseo de mi dormitorio. Enciendo la ducha, me siento sobre el mueble del lavabo, busco el número de George en el listín telefónico y espero a que responda mi llamada.

—No te preocupes, estaré allí en menos de diez minutos.

Dejo el teléfono sobre el mueble, me desnudo por completo y me cuelo en la

ducha.

Para cuando salgo del dormitorio la mesa ya esta preparada, la comida lista y él sentado a la mesa en mi espera.

—He pedido dieta blanda por si te encontrabas mal... espero que esté todo a tu gusto.

Me siento a la mesa sin dirigirle la palabra y rezando porque George llegue de una vez por todas. No hago más que servirme la ensalada cuando llaman a la puerta de la suite. Como si estuviera esperando a alguien, abandona la mesa y se encamina hacia la puerta de entrada.

—George, ¿ocurre algo?

—Buenas tardes. Tenemos que irnos. Recoge tus cosas. —Noto la severidad



en las palabras de George y me estremezco. El hecho de haberle importunado una vez más por él no ha hecho más que ponerle de muy mal humor.

—Estábamos a punto de ponernos a comer. Tendrás que ser más claro. ¿Ha ocurrido algo?

—Solo tienes que salir de aquí y cuánto antes lo hagas mejor para todos.

—¡Sofía! ¿Tú sabes lo que está pasando? —Continúo con la ingesta de mi ensalada y opto por mantener mi silencio.

—¿De verdad hay que explicártelo todo? —La voz de George torna exasperada—. ¡No quiere estar contigo

después de cómo te comportaste anoche!  
¿A qué vino esa absurda oferta de trabajo?

José entra en el salón. Me mira. Lo ignoro. Toma su chaqueta, su móvil y la cartera y se marcha de la habitación. La puerta se cierra. Oigo unos pasos dirigirse hacia mí. George.

—Intentaré mantenerlo lo más alejado posible, no te molestará más. —Mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y saca un sobre blanco de su interior—. Aquí tienes todos los datos sobre tu vuelo de mañana... He enviado un e-mail al Señor Jaime de la Vega para informarle de la cancelación de tu vuelo.

—Muchísimas gracias, George, no sé qué haría sin ti. Me levanto de la mesa, recojo mi teléfono móvil del mueble del cuarto de baño. Entro en Internet y consulto mis correos. Bandeja vacía. Quizás Jaime no vea el correo hasta mañana mismo. Mando un e-mail al correo electrónico de la empresa y otro al de Marta. En el último momento decido que debería mandarle un mensaje de texto a Jaime e informarle de todo brevemente.

Regreso a la mesa. Me siento en mi silla y me termino la ensalada. Sigo con el plato de pescado a la plancha y verduras hervidas. Recojo la mesa, guardo el resto de la comida en la nevera y

recupero mi espacio en el sofá hasta quedarme dormida una vez más.

Una serie de estruendos me despiertan. Fuera está lloviendo y se ha desatado una tormenta eléctrica. Al menos la niebla ha desaparecido. Un relámpago ilumina la habitación. El trueno que lo acompaña me hace estremecer. Busco el interruptor de la lámpara de mesa y lo pulso sin éxito. ¿Se habrá ido la luz? Camino hacia la cocina. Abro la nevera. En efecto, no hay luz. Abro los cajones de la cocina y a tientas busco en cada uno de ellos un mechero. Me topo con unas cerillas. Enciendo una y me ayudo de su luz para caminar hacia la mesa de comedor. Enciendo una por una las velas

de los candelabros de plata vieja. Regreso al sofá, me cubro con la manta y disfruto en completo silencio de la lluvia londinense hasta caer rendida una vez más.

Para cuando me despierto, la lluvia ha cesado. Me asomo a la gran cristalera y encuentro que el cielo está completamente despejado. Definitivamente mañana podré regresar a Madrid. Busco de nuevo el interruptor de la lámpara y su luz inunda toda la habitación. Abandono el sofá, apago las velas y regreso a la cocina. El estómago me ruge. Elijo la ensalada de pasta, el pollo a la plancha y varias piezas de fruta.

Mi móvil vibra sobre la mesa de café y a punto está de caer. La pantalla se ilumina con su nombre. ¿Cómo puede ser tan insistente? La llamada finaliza. Corro a borrar la notificación, las notificaciones. Tengo diez llamadas perdidas. Jugueo con el móvil entre mis dedos cavilando con la posibilidad de devolverle la llamada. ¿Qué pensaría George de mí si lo hago? El caso es... bueno, no quiero irme enfadada con él. Me gustaría despedirme. Pero no quiero que aproveche el momento para volver a jugármela. Una vez más el teléfono vibra entre mis manos. Los nervios me juegan una mala pasada y descuelgo sin querer. Oigo su voz al otro lado del teléfono.

Respondo.

—Sofía, ¿te encuentras bien? —Su nerviosismo incontrolado lo provoca a soltar una serie de palabras inteligibles —. Te he llamado al menos diez veces durante la tormenta. ¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Necesitas algo más?

—«¿Qué estoy haciendo? ¿Acaso no quería despedirme de él?».

El silencio se hace al otro lado del teléfono. Varios segundos más tarde las palabras me llegan a modo de disculpa. ¿Por qué lo hace? En cualquier momento volverá a hacer una de las suyas. Esa forma que tiene de conquistarme no nos ha hecho más que daño pero ya he descubierto que no va a cambiar. Es su

forma de ser. O lo acepto o corto definitivamente con cualquier contacto con él.

—Te agradecería que dejaras de disculparte cada vez que me tiendes una de tus trampas. Sería más elegante por tu parte continuar con este incoherente modo de vida y aceptarla al igual que lo he hecho yo. Es muy miserable pedir perdón, cuando sabes que en cuanto tengas la posibilidad, volverás a hacer de las tuyas.

—Estoy empezando a pensar que en realidad te gusta que me comporte así para poder rechazarme y regañarme como lo estás haciendo ahora, para más tarde hacer las paces y conseguir que te



bese sin tener que pedirlo.

—Si realmente piensas eso de mí es que no me conoces en absoluto.

—Estoy en tu puerta. —¿Y? No pienso abrirle; mucho menos ahora después de lo que me ha dicho—. Vamos, ábreme la puerta. Te dejaré que me sigas riñendo un poco más y después nos despediremos como dios manda.

No puedo creer que se comporte de ese modo. ¿Cómo se atreve a hablarme así? Cuelgo el teléfono, lo dejo caer sobre el sofá. Camino decidida hacia la puerta de entrada. No lo acepto, no puedo aceptar a alguien así. No me queda más remedio que cortar definitivamente con esta relación o con lo que sea esto. Abro la

puerta y me lanzo a gritarle cuando me empuja hacia el interior, cierra la puerta tras de sí y me apoya contra la pared más cercana. Otra vez no. Sin previo aviso, sin una sola palabra que lo delate, sin ninguna explicación, sin remordimiento alguno...me besa... me besa con fiereza, con posesión, uniendo nuestros cuerpos en uno solo. Atrapando mis caderas con las suyas, obligándome a abrir las piernas para dejarlo estar aún más cerca de mí, cubriendo mi cuerpo por completo. Manejándome a su antojo con sus ávidas manos deseosas de contacto. Con los ojos abiertos vigilando cada uno de mis movimientos, de mis expresiones durante un beso que

parece que no va a acabar. Su respiración agitada acompasa la mía a su ritmo. Nuestros corazones desbocados se aúnan en cada latido. Sus manos liberan mi rostro recorriendo cada parte de mi cuerpo para después adentrarse en el interior de mi camiseta campando a sus anchas por mi espalda desnuda. Recorre mi cuerpo desde mi cuello hasta mi cintura. Posa ambas manos en mi trasero, lo sujeta con firmeza y me acerca aún más a él. Libera mis labios recorriendo mi cara hasta llegar a mi cuello para después detenerse en mi oído. Captura entre sus dientes mi lóbulo. Cuando lo suelta noto como la sangre vuelve a circular por él.

—No te tocaré hasta que no me digas que eres mía... —Detiene sus besos. Busca mi mirada y me reta con unos ojos inyectados en sangre, fuego y pasión—. Vamos nena, dímelo. Dime que eres mía. Sus labios vuelven a cubrir los míos a modo de beso. Un nuevo beso interminable. Sus manos recorren mi espalda, mi cintura y rozan mis pechos hasta llegar a mi rostro una vez más. Y en cada uno de sus movimientos me pervierte un poco más, me seduce un poco más, me provoca un poco más. Un grito ahogado sale de mi cuerpo cuando noto su erección contra mi cuerpo. Miles de dudas abordan mi mente mientras José aborda mis labios una y otra vez.

No me tocará hasta que no le diga que soy suya. Pero, ¿y qué ocurriría si no quiero ser suya pero quiero que me toque? Mis deseos más oscuros afloran. Mis brazos inertes cobran vida buscando un ansiado contacto. Me deja hacer. Baja sus manos hacia mis caderas. Encuentro mi espacio entre los músculos de sus brazos. Ávida de un contacto eterno lo acaricio hasta llegar a su pelo, su maraña de pelo. Hundo mis dedos en él, lo agarro con firmeza y tiro de él para acercarlo aún más a mí, marcando el tiempo en nuestros besos apremiándole a que me de más y más besos. Abandono su cabello hasta llegar a los botones de su camisa vaquera. Con

gran urgencia desabrocho uno a uno cada uno de los botones hasta dejar su pecho descubierto y completamente desnudo frente a mí.

—Sofía... no hasta que seas mía... —  
gime en mis labios y yo gimo con él.

—Calla. Vamos al dormitorio.

¿En serio acabo de decir algo así? Jamás había hecho algo parecido. Pero quiero hacerlo. Adiós a la antigua Sofía. Esta noche lo quiero a él y lo quiero en mi cama.

Consciente de sus dudas, me decido a volcarme de lleno con lo que tengo entre manos. Seductora y provocadora al mismo tiempo vuelvo a besarlo con mayor urgencia que la de antes, acaricio

su pecho desnudo y muevo mis caderas provocando que su erección me responda con una nueva palpitación. Mis dedos recorren cada centímetro de su cuerpo semidesnudo hasta detenerse en el botón de su pantalón. Con gran facilidad a pesar de mi urgencia me deshago de ello, bajo la cremallera y rozo con mis uñas su erección. Un escalofrío recorre su cuerpo. Se estremece ante mi contacto. Es mío. Tengo el mando. Y es hora de llevármelo a mi dormitorio. Abandono mi lugar frente a la pared y lo obligo a andar hacia el dormitorio. Con un solo movimiento aferro mis piernas a sus caderas, rodeo su cuello con mis brazos,

enredo mis dedos en su pelo y lo atraigo hacia mí para volver a clavar mis labios en los suyos y volver a besarlo una vez más.

Nuestros cuerpos sudados caen sobre la cama. Lo obligo a moverse y me siento a horcajadas sobre él. Me deshago de la parte de arriba de mi pijama descubriendo mis pechos desnudos. Tomo sus manos entre las mías y los llevo hasta mis pechos dejándolo que me guíe en cada caricia. Deseoso de más contacto, se levanta. Sentado sobre la cama y aún conmigo encima cubre mis pechos con sus labios. Toma mi pezón entre sus dientes, juega con él, lo rodea con su lengua y lo suelta. Lo dejo hacer



mientras me deshago del resto de su camisa. Lo abandono en la cama. Me desnudo por completo. Lo invito a levantarse y me deshago de sus pantalones y de sus bóxer negros. Sin ninguna timidez, invadida por la lujuria me acerco a él, acaricio su cuerpo desnudo e inmóvil, tomo su sexo con mis dedos, lo rodeo por completo y lo colmo de caricias. Con la mano liberada rodeo su cuello atrayendo sus labios a los míos. Muevo mis piernas en dirección a la cama y lo obligo a venir conmigo. Poso mis manos sobre sus hombros y lo dejo caer sobre la cama. Me subo sobre él, coloco su miembro bajo mi sexo y me hundo en él. Muevo mis caderas

frenéticamente. El sudor le cubre la cara. Se endereza, rodea mis caderas con sus brazos obligándome a caer sobre las sábanas. Con cada penetración me cubre con cientos de besos que nos llevan hasta un orgasmo repleto de placer.

Me despierto entre sus brazos. Nuestros cuerpos, aún desnudos se unen por una maraña de brazos. Fuera ya ha amanecido. Un sol resplandeciente se cuele por el ventanal del dormitorio. Consciente de mi despertar besa mi frente dándome los buenos días.

—¿Estás bien, nena? —¿Y cómo no estarlo? He pasado la mejor noche de mi vida—. ¿Quieres que pida el desayuno?

—¿No vas a ir a trabajar?

—No pienso dejarte hasta que cojas el avión. ¿Me dejarás que vaya a despedirte?

Le sonrío a modo de respuesta. Abandono la cama y me pierdo en el interior de la ducha. Me cubro con el albornoz y me cepillo los dientes. La puerta del aseo se abre. José aparece al otro lado de la puerta.

—¿Puedo ducharme contigo, nena?

Supongo que después de lo que pasó anoche no puedo negarme. Me enjuago los dientes, me deshago del albornoz y completamente desnuda me cuelo en el interior de la ducha. José me acompaña. Toma mi esponja, la llena de jabón y frota mi espalda. Abandona la esponja

para llenar sus manos con más jabón. Cubre mis pechos y los masajea entre sus manos. Dejo caer la cabeza sobre su hombro y me entrego a la pasión una vez más.

Me siento a la mesa. El desayuno ya está servido. Me como unas crepes y me bebo mi café. Me pregunto que nos deparará el resto del día, en realidad lo que me gustaría saber es lo que va a pasar a partir de ahora. No puedo evitar sentirme feliz. A pesar de lo que ha pasado esta noche, bueno, y esta mañana, en la ducha, no puedo mentirme a mí misma y caer una vez más. ¿Por qué me niego a mí misma a reconocer la realidad? ¿Por qué me niego a reconocer

lo que siento por él?

—¿Te he dicho alguna vez que eres la mujer de mi vida? —Lo encuentro sentado a mi lado susurrándome al oído. Esto no mejora la situación. ¿Por qué no para de decirme eso? La mujer de su vida... ¿acaso el amor es para siempre? Que se lo digan a Víctor...

—Tengo que terminar la maleta, si quieres nos vemos después, antes de que me lleves al aeropuerto.

—Pero, espera... ¿no vamos a pasar el día juntos? —Exasperado pasa ambas manos por la espesura de su pelo—. ¿Me estás echando?

No es que la situación no mejore; la situación empeora por momentos. Me

acercó a él, tomo sus manos entre las mías. Libero una de mis manos, le acaricio atrayéndolo hacia mí y lo beso con la intención de que nuestro contacto lo calme. Toma mi rostro entre sus manos atrayéndome hacía él, besándome con pasión y una inmensa ternura. Los recuerdos inundan mi mente hasta la mañana en la plaza del estudio de arquitectura donde me sorprendió con una mirada repleta de amor. O hasta aquella noche, en esta misma habitación dónde se declaro y me dijo que me quería. No puedo hacerle daño. No puedo jugar así con sus sentimientos. Tengo que detener esto ahora o será demasiado tarde para los dos.

—Sofía, no estropees este momento. Te lo pido por favor. ¿Acaso no te das cuenta que lo nuestro funciona? —¿Por qué insistes en poner etiquetas a lo nuestro? ¿No estás a gusto tal y como estamos? Me siento bien contigo independientemente de si somos parejas o solo unos amigos que se divierten juntos. — Tomo su rostro entre mis manos, me acerco a él y lo beso con timidez en los labios—. ¿Quieres que te jure amor eterno? ¿Quieres que te prometa que jamás te engañaré o que nunca te traicionaré? Yo ya no creo en el amor, José. No puedo jurarte algo así. No lo haré jamás. Lo único que puedo asegurarte es que no te engañaré nunca.



Estoy intentando ser sincera contigo pero no aceptas la realidad.

—¿Esta es la realidad que quieres que acepte? ¿Ahora somos unos amigos que se divierten juntos? Tiene gracia que no te gusten las etiquetas... Será mejor que te deje sola. He sido un idiota dejándome engañar de ese modo. ¡Joder, Sofía, te dije que jamás te tocaría! ¿Cómo vas a respetarme a mí sino te respetas ni a ti misma?

—¡No voy a consentirte que me hables de ese modo! ¿De verdad quieres una relación así? ¡Tú mismo lo has reconocido antes! Discutimos y después lo arreglamos todo con un beso hasta la siguiente discusión. ¿De verdad lo

quieres? Vamos, José, contéstame. ¿Eso es lo que quieres? Las lágrimas cubren mi rostro. ¿Cómo puede faltarme al respeto de ese modo? No puedo creer que me trate así. Huyo hacia el dormitorio, cierro la puerta tras de mí, hecho el cerrojo y corro a refugiarme a la cama. ¿Por qué no llegará la maldita hora de largarme de aquí de una vez? — ¡Sofía! Abre la puerta, por favor. Tengo que irme a trabajar... —¿Acaso alguien le impide que lo haga?— Vamos, Sofía, ¿de verdad quieres irte de este modo? Joder, nena, me has hecho pasar unas horas estupendas, ¿por qué vamos a joderlo todo?

Me levanto de la cama, entro en el aseo,

me lavo la cara eliminando todo rastro de mis lágrimas y me decido a abrir la puerta de la habitación. Paso por su lado en dirección al sofá. Me dejo caer sobre él y me envuelvo con la manta a pesar de que la temperatura ha subido en las últimas horas. José se sienta a mi lado, me cubre con sus brazos y me atrae hacia él.

—¿No tienes que ir a trabajar?

—Ya te he dicho que no pienso pasarme por la oficina hasta que no te deje en el aeropuerto, ¿de verdad piensas que voy a dejarte sola? No pienso dejar que nos destruyas ni que me alejes de ti cueste lo que me cueste, ¿te queda claro?

Asiento y me relajo entre sus brazos.

Ha llegado la hora. Después de pasar el resto de la mañana y parte de la tarde haciendo turismo por las calles de Londres ha llegado la hora de marcharme. No quedan más que unos minutos para embarcar. La tristeza ha provocado un nudo en la garganta que apenas me deja respirar. Las lágrimas amenazan con cubrir mi rostro. Me mantengo a un lado, entretenida con la cremallera de mi maleta de mano hasta que José me detiene. Posa sus manos en las mías, entrelaza sus dedos con los míos, se acerca hasta mi y me besa en la frente. A pesar de todo, los nervios no me abandonan y van en aumento cuando escucho por megafonía que ha llegado la

hora de marcharme. Dejo mi asiento y me dirijo, en primer lugar, a George. Tan profesional como siempre me tiende su mano en modo de despedida. Lo ignoro y me cuelgo de su cuello en un gran abrazo de agradecimiento. Sin él nada de esto hubiese sido posible. Abandona su rigidez y me abraza. Nos despedimos con besos en las mejillas y nos prometemos mantenernos en contacto.

Ahora sí, ha llegado el momento de la despedida. José no tardará mucho en viajar a Madrid y a pesar de todo siento una gran tristeza al separarme de él... tiene gracia... tanto tiempo deseando que llegara este momento y ahora me muero de dolor. Una lágrima rebelde se

escapa recorriendo mi mejilla para perderse al final de mis labios. José la re- tiene con su dedo pulgar. Acaricia mi rostro, me toma de la cintura para cortar con la distancia que hay entre ambos, y me cubre con sus brazos. Hundo mi cara en su cuello y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no ponerme a llorar. La última llamada me avisa una vez más. Acabaré perdiendo el vuelo si no me marcho ya. Busco sus labios y lo beso una y otra vez.

Camino en silencio hacia la puerta de embarque, me giro en el último momento y centro mi mirada en sus ojos tristes. La azafata me pide mi billete y finalmente me pier- do en el interior del avión.

En Madrid ya es noche cerrada, y a pesar de que ya estamos a mediados de octubre la temperatura es ideal.

—¡¡¡Bienvenida!!! —gritan todos al unísono.

Sí, todos. Mamá y James, Papá, Julia y MJ, Marcos y el resto del grupo, incluidos Rosi y Mario, ligeramente distanciados el uno del otro evitando un contacto indeseado.

Apago el despertador minutos antes de que suene la alarma. Camino hacia el aseo, me doy una ducha y elijo un modelito informal. Ya en la cocina

preparo café y unas tostadas. Busco la mermelada y la mantequilla en la nevera y me siento a disfrutar de mi desayuno.

—¿Vas a ir a trabajar? —Marcos irrumpe en la cocina aún en pijama—. ¿No te iba a dar vacaciones tu jefe?

—Voy a llevarle los informes y me vuelvo para casa. ¿Y tú? ¿Piensas ir a trabajar en pijama?

—No tengo que ir a la oficina hasta esta tarde. Quería desayunar contigo, estoy harto de estar solo.

—¿No has aprovechado para traerte a alguna amiguita? —No haré declaraciones. ¿Y qué hay de ti y... tu jefe?

No recordaba ese detalle... mi querido



gran amigo estaba al corriente de ese dato. Quiero creerlo y confiar en él, pero tengo que reconocer que las dudas me asaltan. Aún así, si lo supiera con anterioridad o no, ya nada puede cambiar.

Bajo en el ascensor hasta el garaje, busco mi Audi en su aparcamiento, me siento y arranco disfrutando de su olor y del sonido de su motor. Echaba de menos conducir... Parece la estampa de un anuncio... Es hora de ir a trabajar.

Llego puntual a la oficina, saludo a Marta y mientras disfruto de un segundo café en su compañía, comentamos sobre mi viaje y mi trabajo en Londres hasta que Jaime entra en la oficina y nos

interrumpe.

—Querida, bienvenida. Te hemos echado de menos. Vamos a mi despacho, tienes mucho que contarme.

Ya en el despacho de Jaime y tras varias horas explicándole detalle a detalle mi trabajo en Londres, pierdo la noción del tiempo.

—... He estado allí seis semanas, he trabajado cinco sábados y cuatro domingos... y he echado una media de dos horas al día...

—Has trabajado mucho pero la fecha de entrega se retrasó en dos semanas...

—La Señorita Abie Miller cambió en numerosas ocasiones la distribución y decoración de su despacho privado para

más tarde acabar por dejar la empresa. Aquello provocó una nueva cancelación del proyecto y un nuevo trabajo para crear un despacho para su uso inmediato. El director general contrató un estudio de arquitectos y los empleados fueron bastante irresponsables. Tanto el encargado de obra como el arquitecto jefe. El resto de incidencias se fueron subsanando sin problemas. Supongo que en unos días te llegará el informe de London Association.

—El informe llegó ayer mismo. Han quedado fascinados contigo. El director general me ha pedido expresamente que te hiciera entrega de dos sobres. Abre el

primero.

Jaime me hace entrega de dos sobres blancos. Verifico la dirección. Es la del bufete de abogados. Abro el sobre con la ayuda del abrecartas y de su interior cae sobre el escritorio de Jaime un cheque con una cifra acompañada de varios ceros. Reconocería esa firma en cualquier documento. Su firma. Me quedo fascinada y sin palabras.

—Es un incentivo por tu labor en The City. Han quedado maravillados con tu trabajo, querida. — Jaime alza la vista hacia el cheque. Cuando ve la alta suma de dinero no puede disimular su sorpresa—. Parece que el director ha sido muy generoso contigo...

Demasiado generoso para mí gusto. Con un leve movimiento acerca hacia mí el segundo sobre. Este de un tamaño mayor... Jaime abre el primer cajón de su derecha y de su interior saca un segundo sobre idéntico al mío.

—Lo que hay en el interior de este sobre puede cambiar tu vida y mi negocio. Léelo con detenimiento. Tómame tu tiempo para tomar una decisión. Quiero que sepas que hagas lo que hagas, te apoyaré. Necesites lo que necesites sabes que puedes contar con todos nosotros.

Cuanto más lo escucho, más nerviosa me pongo... ¿qué está pasando? ¿Qué ha hecho esta vez? Deslizo la goma roja,

abro la tapa superior del sobre y saco de él una serie de documentos. Contrato de cesión laboral.

—La Junta Directiva de London Association reclama tus servicios indefinidamente. Quieren hacerte socia capitalista. De ese modo pasarás a formar parte de una marca emergente en Londres a la que le depara un futuro por delante muy prometedor. Si aceptas, el despacho disponible será todo tuyo. — Jaime consulta algunos datos del contrato de trabajo y prosigue con su explicación—. En cuanto firmes el contrato viajarás de inmediato a Londres. Te instalarás en el hotel donde has estado alojada hasta ahora. En un

primer contrato firmaremos una cesión laboral de seis meses. El treinta por ciento del reembolso de los proyectos en los que trabajes en ese intervalo de tiempo será el beneficio que reciba el estudio por tu cesión. Tu salario será a cargo a partes iguales por ambas empresas. Las dietas y horas extras correrán de su cuenta. Traspasados los primeros seis meses y si todas las partes estamos de acuerdo firmaremos un segundo contrato en este caso por un año completo. La cesión para el estudio será reducido a un diez por ciento. Con la reducción del beneficio también veremos reducido los gastos de tu salario. Solo pagaremos un cuarto de tu

suelo. Una vez termine este segundo periodo todas las partes llegaremos a un acuerdo y la cesión será completa. Dejarás de formar parte del estudio para pasar a ser accionista de London Association. Hasta este momento los gastos de alojamiento, dietas y transporte quedarán a cargo de London Association.

Me siento como un jugador de fútbol. Nunca había oído hablar de cesiones en este ámbito laboral.

Miles de dudas me bombardean. Primero el cheque y ahora este contrato. En varias ocasiones he pensado que le gusta cabrearme. Con este comportamiento no puedo más que



asegurarle al cien por cien. Creía que le había dejado claro que no volvería a Londres, aunque quizás, después de lo que pasó hace dos días... en la habitación de mi suite... le haya podido confundir... ¿Qué coño? Estoy segura de que tenía esto planeado. ¿Por qué tiene que ser tan impredecible? ¿Y tan insufrible? Y tan increíblemente fantástico... Es una buena oferta. Con la poca experiencia que tengo a mis espaldas el hecho de que la Junta Directiva de una empresa como la de José quiera tenerme trabajando a su lado no puedo más que agradecersele. Si firmo los tres contratos y paso a formar parte de London Association tendré mi

propio estudio, mi propia firma como decoradora, mi propia marca. Mi sueño, que creía a largo, muy largo plazo podría hacerse realidad en menos de dos años. Pero, ¿qué voy a hacer con el ático? ¿Voy a dejar a mi familia y amigos por un trabajo? En los tiempos que corren y teniendo a España pasando por la peor de sus crisis no debería renunciar a nada pero... ¿quiero renunciar a toda mi vida?

No puedo decidir nada en este momento, con Jaime al otro lado del escritorio y la mirada fija en mí.

—Jaime, debería reflexionar sobre todo esto del contrato, estoy pensando en irme a casa. ¿Te parece bien que me

tome lo que resta de semana de vacaciones?

—¿Vacaciones? Imposible, querida. Estamos hasta arriba de trabajo. La chica de la inmobiliaria... Teresa... sí, Teresa tiene un nuevo proyecto para ti. Una cadena de televisión ha comprado un par de mansiones en La Finca y... no van a reparar en gastos. Quiero que trabajes en ello antes de irte, si es que finalmente decides marcharte.

—Jaime, me prometiste que podría cogermé las vacaciones cuando quisiera. ¿No puedes darme el resto del día libre? Llegué ayer mismo, tarde. Quiero descansar y tomarme unas horas para dar una vuelta a todo esto. No te lo

pediría si no lo necesitara de verdad, solo son unas horas...

De camino a casa, después de conseguir convencer a Jaime, concentrada en el tráfico madrileño, centro mis cavilaciones en el contrato. Lo miro de reojo. Lo encuentro sobre mi bolso, escondido en el interior del sobre marrón. Aparto mi mirada de él y regreso a la carretera.

Entro en el ático. Busco a Marcos sin éxito. Estoy sola. Dejo el bolso sobre el mueble de la entrada, guardo el cheque en la caja fuerte y dejo caer el contrato sobre la mesa de comedor. Continúo mi camino hacia el dormitorio. Me pongo algo de ropa de sport y regreso sobre

mis pasos hasta llegar a la cocina. Abro la nevera, tomo un brick de zumo de piña y una bolsita de snack salados. Me dejo caer sobre el sofá, relajada y veo algo de televisión hasta que llega la hora de la comida. Apago la pantalla plana, enciendo la radio y elijo una emisora al azar. Abro la nevera, cojo varias verduras y una pechuga de pollo. Lavo las verduras, las corto sobre la tabla de madera en juliana y las preparo para hacer un sofrito con ellas. Hago lo propio con la pechuga, la paso por la plancha y en el último momento la añado a la sartén con la verdura. Echo un poco de sal y de pimienta. Tomo una servilleta de papel, los cubiertos, la

botella de agua y un mantel individual. Pongo los atuendos sobre la mesa de comedor encontrándome de nuevo con el contrato que había estado ignorando hasta ahora. Lo hecho a un lado, pongo la mesa y regreso a la cocina por mi comida.

Consulto el reloj, es más de media tarde. Miro mi teléfono móvil con extrañeza. ¿Lo tengo en silencio? Esperaba que José me llamara hoy, pero quizás esté esperando que lo llame yo. Marco su número en numerosas ocasiones para eliminarlo por completo una y otra vez. Lo dejo sobre la mesa, abandono el sofá, recojo el contrato y subo hasta mi oficina personal en la segunda planta.

Deshago el nudo rojo, abro la tapa superior y deslizo sobre él cada uno de los folios que compone el contrato.

Releo los puntos uno por uno. Hago anotaciones en decenas de post it que pego en las distintas cláusulas del contrato. Lo reviso por décima vez sin tener nada claro. Cientos de datos, números, concesiones, normas, acuerdos, objetivos a corto y largo plazo me abordan saturando mi mente con exceso de información.

Oigo mi teléfono sonar desde la planta baja. Apago el ordenador, guardo el contrato en el sobre y lo dejo sobre el escritorio. La llamada aún no se ha cortado. Bajo las escaleras a toda prisa,

salto sobre el sofá, cojo el teléfono y la llamada se corta en mis manos. Tengo varias llamadas perdidas y todas son tuyas. Ahora que lo pienso anoche ni siquiera le avisé cuando llegue. Soy un completo desastre. Marco su número y espero su contestación. Primer tono... segundo tono... tercer tono... contestador. ¿Me ha colgado? Nunca me había saltado su contestador. Oigo el mensaje y espero el pitido que me permita comunicarme con él. ¿Qué voy a decirle? No quiero hablar con una máquina. En el último momento, cuelgo. El sonido de la cerradura al girar me indica que Marcos ha llegado a casa. Miro la hora en mi reloj de muñeca. Son



más de las nueve de la noche. He pasado horas con el contrato, horas que no me han servido más que para tener más y más dudas sobre que hacer con mi vida. ¿Y si se lo comento a Marcos?

La puerta de la entrada se cierra, Marcos está hablando por teléfono. Se acerca hasta el sofá, me besa en la mejilla, señala su móvil en un pequeño gesto con los ojos y se pierde en la intimidad de su dormitorio. Mi estómago ruge en el silencio del salón. Debería preparar algo de cena, esperaré a que salga Marcos. No tengo ni idea de qué podemos comer... Recojo el teléfono de la mesa, camino hacia mi habitación. Me dejo caer sobre la cama, marco de

nuevo el número de José. Estoy a punto de colgar cuando, al fin, responde.

—Hola Sofía, ¿has llegado bien? —

Noto su sarcasmo en cada una de sus palabras—. ¿Se puede saber dónde te has metido? ¿No pensabas llamarme?

—Hola, José. Me alegra escucharte. —

El sarcasmo es un arte que invente yo—.

He tenido un día bastante complicado...

Me han ofrecido un contrato un tanto desafiante y difícil de asimilar.

—Te echo de menos. Si pudiera, no dudaría en coger un avión y presentarme en unas horas en tu casa.

—Yo también te echo de menos a pesar de que has sido un jefe difícil de tratar... —Vaya si lo echo de menos, a

pesar de todo y por todo...— José, ¿a qué ha venido lo del cheque?

—Sofía... alguien se ha ido de la lengua antes de tiempo y me ha hecho llegar un paquete, ¿a qué viene lo del vestido? Es un regalo, nena. ¿Cuándo vas a aprender a aceptar que puedo y quiero consentirte? —Lo oigo resoplar un tanto exasperado—. En cuanto al cheque... ha sido una decisión tomada por todos los miembros de la Junta. En esta ocasión no soy solo yo el culpable.

—¿Y qué hay del contrato? Me estás poniendo en un aprieto. Me encanta que queráis contar conmigo pero... me da miedo tomar la decisión equivocada. No me gustaría precipitarme.

—Estoy convencido de que tomarás la decisión correcta, solo tienes que tomarte un poco de tiempo y reflexionar sobre tu futuro.

Y con esas últimas palabras damos la conversación por finalizada. Ojalá y tenga razón. No estoy segura de si sabré tomar la decisión correcta, una decisión que cambiará mi vida por completo. Quizás debería hablarlo con mis padres. Desecho la idea de inmediato. Mamá, con esa nueva identidad tan alocada que la caracteriza desde que conoció a James no dudaría ni un solo instante en ir a comprarme los billetes. Pero, ¿y qué hay de papá? No le gustará. Sé que nunca me dirá nada, se mantendrá en

silencio, me dará un ligero golpecito en el hombro y aceptará, como siempre lo ha hecho con cada una de mis decisiones.

Me despierto empapada en sudor a pesar de que la temperatura ha descendido notoriamente en las últimas horas. Busco mi teléfono móvil sobre la mesita de noche. Enciendo la pantalla. No son más que las tres de la mañana. Abandono la cama. Mientras camino hacia la cocina en la más plena oscuridad encuentro la luz del dormitorio de Marcos aún encendida. Lo imagino aún inmerso en su trabajo. Entro en la cocina, abro la nevera. Tomo un brick de zumo para después volver a

dejarlo en su lugar. Regreso al dormitorio, me dejo caer sobre las sábanas y busco el mando a distancia de mi pantalla plana. Cambio canal por canal sin ver nada interesante. Apago el televisor, dejo el mando sobre la mesita y tomo el móvil por segunda vez. No ha pasado más que una hora... Dejo la cama, subo las escaleras hasta la segunda planta y enciendo el ordenador. Abro el sobre, coloco cada una de las hojas del contrato sobre el escritorio y lo releo una vez más hasta caer rendida.

Un fuerte dolor de cabeza provoca mi despertar. Consulto la hora en la pantalla de mi ordenador. Aún queda más de una hora para que suene mi

despertador. Apago el ordenador, coloco el escritorio y vuelvo a guardar el contrato en el interior de su sobre. Bajo a la primera planta, desayuno y me tomo una ducha. Fuera está lloviendo, las gotas de la lluvia cubren los grandes ventanales del salón recordándome mi estancia en Londres, a José y al maldito contrato que me está quitando las ganas de vivir.

Tal y como imaginaba Jaime me presiona para que le dé una respuesta sobre el contrato ávido, una vez más de un contrato que le aporte una buena suma de dinero. —Estaba pensando que quizás deberías firmar los dos primeros contratos y renunciar al tercero y así

quedarte con nosotros.

—Jaime, sabes que no soy así. Si firmo el primer contrato firmaré todos.

—¿Has tomado ya alguna decisión definitiva?

No, no he tomado una decisión. ¿Cómo voy a tomarla si soy incapaz de dormir, descansar y pensar con claridad? Se acabó, no voy a pensar más en el dichoso contrato. Voy a centrarme en mi trabajo, en la reunión que tengo con Teresa sobre el nuevo proyecto y mañana, si consigo conciliar el sueño, tomaré una decisión.

Entro mi despacho, recojo mi cartera y mi agenda. Descuelgo el bolso de la percha y me dispongo a subir unas



plantas más arriba para reunirme con Teresa en su despacho. Hace tanto que no paso un tiempo con ella... va a matarme...

Consulto el reloj digital de la pantalla del ordenador y no puedo más que suspirar aliviada al ver que ya son más de las siete de la tarde. Ha llegado la hora de regresar a casa.

Subo al Audi, me abrocho el cinturón y me adentro en la espesura del tráfico. Para cuando llego a casa son casi las ocho y mi cansancio no hace más que aumentar a cada minuto que paso despierta. Para terminar con mi ajetreado día y antes de marcharme a dormir subo a la segunda planta,

enciendo mi ordenador, guardo el contrato en el primer cajón y me dispongo a mandarle un e-mail a José.

**De:** Sofía A. Castañeda

**Para:** José Vallés Maestre

**Asunto:** Chica cansada necesita dormir y pensar en su futuro

Siento no haberte llamado ni escrito en todo el día. El regreso al trabajo ha sido un auténtico caos. Jaime estaba esperando a que llegara para encargarme un nuevo proyecto. He estado reunida la mayor parte del día.

Te escribo para comentarte que mañana tomaré una decisión y que tú serás el primero en saberlo. Solo espero, que tome la decisión que tome, me respetes. No quiero mentiras, no quiero sorpresas. Mañana hablamos. Un beso.

Sofía A.

Apago el ordenador, me tomo una ducha y ya en pijama me dejo caer sobre la cama hasta quedarme profundamente dormida. Solo espero que Marcos lea mi post-it y no venga a despertarme. Necesito dormir, descansar y borrar de mi memoria el dichoso contrato, al menos... hasta mañana.

## 26

Tal y como muchas de mis mañanas apago el despertador minutos antes de que suene. Otro día más me cuelo en la ducha, me visto y desayuno para después bajar hasta la plaza de mi garaje, montarme en el Audi y conducir hasta el

estudio. Subir hasta mi despacho, encender mi ordenador y ponerme a trabajar. Consultar mi agenda, atender llamadas, realizar pedidos, contestar correos, dibujar bocetos, visitar clientes y un largo etcétera que convierte mi vida en un día ajetreado y monótono.

Termino mi café, dejo la taza vacía en el interior del fregadero, me siento sobre la isla central y me dispongo a llamar a José y así informarle de mi decisión. Espero tono tras tono su respuesta hasta que lo escucho al otro lado de la línea telefónica.

—Antes de informarte sobre mi decisión me gustaría saber si estás de acuerdo

con lo que te pedí anoche en el correo. Necesito saberlo, José.

—¿Qué quieres saber, Sofi? ¿Quieres saber que cuando me digas que no vendrás no montaré ningún espectáculo? ¿Qué no trataré de convencerte para que regreses? Puedes estar tranquila, haré lo que me pidas.

No, no iré... He tomado la decisión de mantener mi actual puesto de trabajo y continuar con mi vida aquí.

—He pensado que el irme allí no es lo más aconsejable para mi carrera. Pero, si te parece bien me gustaría proponerte algo más... intermedio... ¿Qué te parece si trabajo para vosotros puntualmente?

Podrías contratar a alguien que se encargara de promocionar la decoración de interiores en London Association. Yo viajaría cada vez que consiguierais un posible cliente.

—Sofía, tengo que dejarte. Dile a Jaime que me envíe un correo electrónico con tu propuesta. Le echaré un vistazo y lo consultaré con el resto de accionistas. Tendrás una respuesta lo más rápido que pueda. Ahora sí, tengo que dejarte. Tengo una reunión en unos minutos. Hablamos.

¿Me ha colgado? ¡Vaya si me ha colgado! Está claro que mi decisión no le ha gustado lo más mínimo. Ahora,

solo espero que lo acepte y no intente convencerme de lo contrario. Quizás se conforme con tenerme allí en diversas ocasiones.

Llego puntual a la oficina. Entro en el despacho de Jai - me y le informo sobre la propuesta que tengo para London Association. Nada más aceptar, lo dejo trabajando en la propuesta y me marcho a mi despacho a continuar con los bocetos que tengo que enviarle hoy, sin falta, a Teresa.

Unas horas más tarde Jaime irrumpe en mi despacho. Toma asiento y me lanza sobre la mesa la propuesta correctamente redactada. Firmo cada

una de las hojas y lo dejo hablar.

—Le pediré a Marta que lo envíe cuanto antes... espero que nos respondan antes de que acabe el mes. ¿Cuándo tienes que presentar el proyecto?

—Tengo dos meses. Uno por cada casa. Aunque es probable que termine antes. Teresa ya se ha ocupado de contratar a una empresa de limpieza y a otra de jardinería. No tengo más que terminar los bocetos, que firmen y realizar las compras. Para finales del mes que viene es probable que esté listo.

—Perfecto, te quiero libre por si nos llaman para una reunión y tenemos que



viajar a Londres. Cuando termines puedes tomarte libre los días que te debo por los fines de semana que has trabajado allí. Así estarás disponible por si tenemos que viajar.

Salgo puntual de la oficina, bajo hasta la planta del garaje y regreso a casa. Al fin dos días libres para descansar.

Entro en el ático, vacío como cada tarde en toda la semana. Dejo la cartera y el bolso sobre la mesa de la entrada. Camino hacia mi dormitorio para vestirme con ropa de deporte y así hacer algo de ejercicio en mi abandonado gimnasio.

Marcos ha llegado a casa. Y a pesar de que ya no estoy sola decido quedarme

haciendo algo más de deporte y dejar atrás la tensión de los últimos días.

—¡Sofi, tienes un paquete! —grita Marcos desde el salón.

Me seco el sudor con una toalla y salgo hasta la entrada para recibir al conserje.

—¿Te han dicho quien lo envía?

—No, no sé...estaba al teléfono...

¿Se puede ser más desastre? El timbre de la puerta irrumpe nuestra conversación. Abro la puerta, saludo el conserje y recojo el paquete. Espera, ¿no es la caja del vestido que me regaló José?

—Disculpe, ¿no le han dejado ninguna nota? ¿Sabe quién lo envía?

—Esta mañana vino un mensajero con la

única instrucción de que se lo hiciera llegar en cuanto volviera de su trabajo.

—De acuerdo, muchas gracias.

Despido al conserje y me dispongo a cerrar la puerta cuando algo me lo impide.

—Buenas noches, nena... ¿ibas a cerrarme la puerta en la cara?

—Pero... ¿qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado? —Desembarqué en Barajas hace una hora, tome un taxi y aquí estoy. ¿No te alegras de verme?

¿Y cómo no iba a alegrarme? Que hubiera venido a visitarme ha sido lo mejor que me ha pasado esta semana. Lo dejo entrar y antes de que pueda decir una palabra más me toma entre sus

brazos y me lleva hasta mi dormitorio. Me deja caer sobre la cama y se tumba sobre mí cubriéndome de besos, provocándome con sus ávidas caricias. Nos perdemos en un mar de besos y caricias bajo las sábanas y hacemos el amor hasta perder el sentido.

—Nena, tengo que irme. Me gustaría quedarme contigo pero he quedado con el encargado del bufete para darme un informe de cuentas. ¿Quieres venir conmigo?

—Mejor me quedo, antes de que vinieras he estado haciendo deporte. Necesito una ducha urgente. —Y tampoco quiero pasearme con él por su empresa como si fuera su vigilante

mujer.

—¿Quieres que cenemos juntos? Podríamos pasar la noche en mi apartamento... —Acepto ambas invitaciones deseosa de volver a estar con él a pesar de que aún no se ha ido —. Te llamo cuando termine con la reunión. Yo me encargo de reservar mesa y de venir a recogerte. Luego te veo, nena. Te quiero.

A pesar de que ya lo había escuchado dedicarme esas palabras no puedo más que tensarme de pies a cabeza cuando lo escucho manteniendo mi silencio. Consciente de lo que acaba de suceder me dedica la mayor de sus sonrisas, acaricia mi rostro y me besa en los

labios con ternura.

Lo acompaño hasta la puerta, Marcos sale de la cocina y nos encuentra a punto de despedirnos. Me separo ligeramente de su lado y lo invito a que salude a su amigo. José me dedica una mirada de desaprobación para después dejarme junto a la puerta de salida y así hablar con Marcos.

—Pero tío, ¿qué haces aquí? Te has perdido las dos últimas ferias.

—No podía dejar a Sofía sola... —Me dedica una mirada de advertencia y no puedo hacer más que moverme incómoda en mi lugar—. Tenía cosas pendientes y mi madre estaba de los nervios y deseosa de que volviera. Y...

no voy a mentirte, también tenía muchas ganas de ver a Sofía. De hecho esta noche me la llevo a cenar... ¿te parece que quedemos todos mañana? Ahora tengo que irme. Hablarlo por whatsapp. Contestaré en cuanto pueda.

Regresa a mi lado, me besa en los labios una vez más y se despide dejándome a solas con Marcos. Un Marcos ansioso de preguntas y sus correspondientes respuestas. No voy a poder esconderme siempre, así que me dejo caer sobre el sofá y relato omitiendo ciertos detalles lo que ha ocurrido durante las últimas semanas en Londres.

—Entonces... ¿estáis saliendo? ¿Sois novios?

—De momento prefiero no ponerle etiquetas a... a esta relación.

—No la cagues, Sofí. José no es Víctor. Se ve a mil leguas que le gustas, que le importas... Déjate llevar y no pienses tanto.

Puedo asegurar y aseguro que estamos precisamente en esta situación porque me dejé llevar.

Abandono mi lugar en el sofá para meterme en la ducha y así prepararme para la cena. Salgo del aseo, tomo mi móvil de la mesilla de noche y consulto la hora. Tengo un mensaje de José y varias notificaciones de whatsapp para la quedada de mañana. Desecho el whatsapp para más tarde y me decido a



leer su mensaje.

“Se me ha hecho tarde para reservar mesa en ningún restaurante de la zona. Cenamos en mi apartamento. He llamado al hotel para que nos prepare algo de cenar. Te recojo en una hora”.

Dejo caer el teléfono sobre la cama y me cuelo en el vestidor. Elijo mi nuevo body con imitación de corsé, unos pantalones pitillo y las botas de cuero. Me peino, me maquillo y preparo mi neceser con lo más imprescindible por si finalmente me quedo a dormir con él. Preparo una bolsa de mano con ropa interior, un camisón de encaje que aún no había tenido ocasión de estrenar y uno de mis conjuntitos informales por si

salimos desde el apartamento a la quedada de mañana. Recojo mi chaqueta de cuero y mi bolso del vestidor y me dispongo a abandonar mi dormitorio cuando el sonido del portero me avisa de que José acaba de llegar, tan puntual como siempre.

Me despido de Marcos, llamo al ascensor y mientras espero, desespero ante la tardanza de su llegada, ansiosa por volver a verlo.

Llego a la primera planta. Y como aquella noche de verano lo encuentro aparcado en doble fila apoyado ligeramente sobre su BMW hasta que me ve aparecer por la puerta del portal. Abandona su lugar y corre hacia mí.

Toma mi bolsa con una mano para después dejarla en el interior del maletero. Se vuelve hacia mí, me da un repaso de pies a cabeza y me dedica la más maravillosa de las sonrisas. Rodea mi cintura con su mano derecha, acerca sus labios a mi cuello cubriéndolo de besos al instante. Toma mi lóbulo entre sus dientes, tira ligeramente de él para después cubrirlo con sus labios.

—Estás tan preciosa como siempre... y esta noche eres toda mía... —Sus palabras no son más que un débil susurro. Mi cuerpo tambalea ante su contacto, sus palabras y sus besos—. ¿Vamos?

Abre la puerta del BMW y me invita a

subir brindándome su ayuda. No hace más que adentrarse en el tráfico cuando abre la guantera. De su interior saca un sobre blanco idéntico al del contrato.

—Antes de coger el avión le he mandado un correo a Jaime para informarle de nuestra decisión. Ati prefiero dár- telo en mano. La Junta ha desestimado tu sugerencia. Quieren que formes parte de la empresa al cien por cien aunque esperan contar contigo en un futuro para que trabajes para ellos. La Junta Directiva ha votado. No he podido hacer nada al respecto.

—Bueno, no importa...era solo una sugerencia. No quería faltar al respeto a nadie.

—¡Eh! No quiero que pienses algo así. No pueden reclamarte nada. Saben cómo has trabajado, conocen de primera mano los comentarios de los invitados de la inauguración, y es por eso mismo por lo que te quieren con ellos. Eres un filón. Todo lo que tocas se convierte en oro. No ven más allá. Solo dinero. Y tu, nena, tú eres una mina de oro.

—Vaya... gracias... No creo que Jaime esté muy contento el lunes cuando lea la desestimación.

—Eres la única dueña de tus decisiones. Si crees que decir que no, era lo correcto, no tienes que pensar en los demás.

—¿Tú no te has enfadado? Me

colgaste...

—Me hice ilusiones con tenerte siempre allí, tienes que entender que verte tan solo una vez al mes no es suficiente. Pero lo entiendo, y como te dije, respetaré tu decisión. Si tengo que viajar más no dudaré en hacerlo cuantas veces lo crea necesario.

Subimos en el ascensor. José marca una serie numérica en primer lugar para después elegir la planta de su apartamento. Me mantengo a un lado, en silencio, pensando en las palabras que me ha dedicado de camino hasta aquí y en la posible reacción de Jaime cuando se entere de la decisión que han tomado desde Londres. ¿Será capaz de

despedirme por ello? Aunque me dijo que me apoyaría decidiera lo que decidiese, no puedo evitar tener cierto temor.

José se sitúa a mi lado, toma mi barbilla con su mano izquierda levantándola ligeramente. Me obliga a mirarlo, me dedica la mejor de sus sonrisas y me besa con gran delicadeza en los labios.

—No quiero que estés mal. Sé que sugeriste aquello para evitar un no rotundo a mi oferta. Deja ya de preocuparte. Todo va a ir bien, Jaime no se atreverá a despedirte y si lo hace siempre puedes contar con London Association. —Me besa una vez más un momento antes de que las puertas del

ascensor se abran frente a nosotros con entrada directa a su apartamento—. Ahora disfrutemos de la noche.

Sigo sus pasos hasta la entrada donde toma mi chaqueta y la cuelga en un elegante perchero. A mano derecha encuentro una puerta que seguramente llegue a la cocina. Atravesamos un largo pasillo hasta llegar a un amplio salón unido en una única estancia por el comedor y la cocina. Los grandes ventanales me recuerdan al ático. En el exterior la terraza cuenta con un agradable mirador. Las vistas son increíbles. Junto a la cocina me sorprende encontrar unas grandes escaleras.



—No me habías dicho que era un dúplex, pensé que sería un apartamento de soltero en el centro.

—Vamos, te enseñaré la planta de arriba.

Subimos las escaleras. Caminamos hasta el fondo del pasillo, nos detenemos frente a la primera puerta. Es un despacho semejante al del bufete de abogados de Londres. La segunda puerta, un aseo y finalmente el dormitorio, completamente abierto. Sin puertas ni paredes. Me siento sobre la cama de matrimonio y disfruto de las vistas que la noche madrileña nos regala esta noche.

—He pensado que, ya que tenéis esa

absurda norma de no llevaros a nadie al ático, cada vez que viniera a Madrid podríamos pasar aquí el fin de semana. Te he dejado espacio en el armario, en la cómoda y tienes la mesita de tu derecha completamente a tu servicio. Se me ocurre que quizás podrías traerte algo de ropa, un pijama... tu neceser... Solo si te parece bien... No quiero agobiarte.

—Está bien, supongo que es buena idea.

—Cuando te recoja la semana que viene ten preparado una pequeña maleta. Te instalarás aquí el próximo viernes.

—¿También vas a venir la semana que viene?

—No tengo intención alguna de

separarme de ti, Sofía. Como te he dicho antes viajaré las veces que sean necesarias. Y ahora vamos abajo. Te serviré una copa de vino mientras esperamos la cena.

Bajamos las escaleras en pleno silencio, tomo asiento en el sofá y tal y como me había dicho disfrutamos de un buen vino mientras esperamos a que llegue la cena.

—Tendré que pedirle a Marie que prepare comida para el fin de semana que viene, si finalmente decides quedarte conmigo. Es mi empleada del hogar.

—Siempre puedo cocinar yo...

—Odias cocinar, Sofí... También podemos pedir algo o bajar a algún

restaurante de la zona... Jamás permitiría que cocinaras tú. Te quiero para mí solo y no pienso tenerte en la cocina si puedes estar conmigo en la cama.

—Eso ha sonado algo machista. Vigila ese vocabulario o no estaré ni en tu cocina ni en tu cama.

Apenas un segundo después estoy entre sus brazos camino del piso de arriba. Sube las escaleras con gran urgencia, atraviesa el estrecho pasillo y se deja caer encima de mí, sobre la cama de matrimonio repitiendo la hazaña de esta misma tarde.

—Disculpa mi insolencia, no quería sonar tan prepotente... —Acerca sus

labios a mi oído y susurra—: Nunca me había gustado tanto mi dormitorio. Ahora que tú estás en él es perfecto.

Tomo su rostro entre mis manos y lo beso. Aún debajo de él lo obligo a moverse, me subo sobre él y lo cubro de besos hasta detenerme en el borde de su pantalón. Me aparto, abandono la cama y desde las escaleras me vuelvo hacia él.

—Será mejor que bajemos... la cena llegará en seguida.

Me encanta dejarlo así. Tener el mando. Llevar las riendas de nuestra relación hasta volverlo loco.

Disfrutamos de la cena mientras conversamos sobre los últimos días, mi

estancia en Londres, trabajo y demás temas triviales.

—Espero que hayas disfrutado tanto de la cena como yo. Me ha gustado estar en casa, contigo. Es... más íntimo, más familiar, como más de pareja.

Más íntimo, más familiar, como más de pareja. ¿A dónde quiere ir a parar con toda esta palabrería? Quizás cree que no me he dado cuenta pero desde que hemos llegado al apartamento no hace más que realzar este momento, los dos, juntos y en su casa. Tal vez, con la única intención de convencerme de que a su lado sería feliz. Sé que a su lado seré feliz. Soy feliz. ¿Por qué tanta prisa?

¿Por qué esa urgencia en convertirnos en pareja?

—José, dime la verdad... ¿crees que voy a dejarte?

Su sorpresa es tan notoria... nervioso, por mi atrevida pregunta y en un claro intento de ganar tiempo en busca de una respuesta sincera, se pasa ambas manos por la abundante melena hasta que se detiene y fija su mirada en mí.

—Supongo que para dejar a alguien antes tienes que tener algún tipo de relación con esa persona. Si lo que quieres saber es si creo que en cualquier momento puedes cansarte de mí y

alejarte para siempre...sí, lo creo. Creo que en cuanto pasemos un tiempo juntos, y yo vuelva a pedirte una relación seria saldrás corriendo y esta vez para siempre. Aunque la verdad es que contigo nunca se sabe. Eres tan impredecible...

¿Ahora soy yo la impredecible? Sí, quizás sí. Quizás el hecho de acostarme con él aquella noche en la suite del hotel pueda haberlo contrariado.

—La mañana de tu regreso, después de que intentaras echarme de la habitación nos sentamos en el sofá. ¿Recuerdas lo que dije? No voy a dejar que nos destruyas, Sofía. Sé que lo nuestro tiene



futuro. Lo sé, lo he comprobado en numerosas ocasiones. Aquella tarde en el Parque Europa, la noche en el hotel de la playa, en nuestro paseo por Londres, la noche que hicimos el amor, esta misma tarde... Tus miedos no hacen más que provocar tu rechazo hacia mí. Quizás no sea el hombre perfecto pero no soy como tu ex. Voy a conseguir que vengas a mí aunque sea lo último que haga. Tengo todo el tiempo del mundo para conquistarte y ser el hombre que necesitas a tu lado.

Sin palabras, una vez más me encuentro sin palabras y temblando entre sus brazos. Recuerdo sus palabras en aquel sofá... *No pienso dejar que nos*

*destruyas ni que me alejes de ti cueste lo que me cueste, ¿te queda claro?*

Asentí como una idiota ante la firmeza de sus palabras. No puedo negar lo evidente. Yo también creí que una relación con él podría funcionar. Los recuerdos inundan mis pensamientos. Se ha tomado tantas molestias... las zapatillas nuevas de deporte para nuestro paseo por el Parque Europa, el pijama y la ropa interior del hotel, la estancia en la suite y todos sus servicios. Me ha colmado de regalos y de atenciones. Jugueteo con el relicario entre mis dedos, abro el corazón y ambas imágenes me hacen sonreír. Lo cierro y lo cubro con mis manos. José

hace lo propio y lo cubre él también. Despierto de la ensoñación de mis propios recuerdos y aún sonriendo fijo la mirada en él. Otra vez esa mirada, esa mirada llena de amor. En cualquier momento volverá a decirme que soy la mujer de su vida o quizás sea capaz de decirme que me quiere. Y ruego a los cielos porque no sea así. En este momento de felicidad y con cientos de recuerdos felices rondando mi mente me siento más vulnerable que nunca. Un solo beso, una sola caricia, serían capaces de hacerme zozobrar.

—¿Por qué te piensas tanto las cosas? Te he visto sonreír como nunca mientras recordabas todos esos momentos que

hemos vivido juntos. Has sonreído feliz con el relicario entre tus manos, cuando lo has abierto y has recordado los besos de las fotografías de su interior. ¿Por qué quieres reprimir esa felicidad? ¿Por qué tanto miedo?

No tengo respuesta para sus preguntas. En realidad no tengo ningún motivo para continuar con esta guerra interna conmigo misma y mis sentimientos. Después de lo que pasó en Londres es totalmente incoherente que niegue lo evidente. Para él soy la mujer de su vida. Se ha declarado, me quiere. ¿Y yo? ¿Yo le quiero? La atracción que hay entre nosotros es evidente, no puedo negarlo. Ahora mismo no podría

asegurar que estoy enamorada. Sí, le tengo cariño. Pero no podría decir que lo quiero. Aún no, no es que no esté preparada, es que, en realidad no lo siento así. Podría dejarme llevar y decirle que sí. Empezar una relación con él y dejar que el cariño dé paso al amor. Aunque, en realidad, pienso que hacer algo así sería muy egoísta por mi parte...

—Sofía...ya, por favor. —Por alguna extraña razón no puede parar de reírse —. ¿Te han dicho alguna vez que cuando piensas haces unas cosas rarísimas?

—¿Te estás riendo de mí? Yo no hago cosas raras. —¡Oh, nena! Sí que haces

cosas raras. —Entre risas continúa con su explicación—. Sofí, frunces el ceño, fijas tu mirada en algún punto muerto del suelo mientras te muerdes una y otra vez el labio inferior apenas visible porque te cubres con ambas manos cerradas en un puño. Es tan raro y adorable al mismo tiempo.

¿En serio hago todas esas idioteces? ¿Por qué no para de reírse de mí? Aunque... a decir verdad me encanta verlo así. Es todo alegría. Creo que nunca lo había visto así. Me dejo caer sobre él y provoco una guerra de cosquillas. El salón se cubre de risas incontroladas hasta que caemos del sofá y rodamos sobre la alfombra de lana

hasta quedar uno al lado del otro ahogando nuestras risas en un silencio calmado. Seco mis lágrimas con el dorso de mis muñecas y me relajo con un suspiro interminable. José se gira ligeramente hacia mí, apoyándose sobre un brazo y acaricia con su mano libre por mi estómago para después subir por todo mi cuerpo hasta llegar a mi mejilla. Me roza con el dorso de su mano, con la yema de sus dedos, mis labios. Acerca su boca a la mía, apoya su frente sobre la mía, inspira profundamente y...

—¿Por qué no consigo hacerte tan feliz como tú me haces a mí? ¿Por qué no consigo que te enamores de mí como yo lo he hecho? ¿Por qué no puedes

quererme tanto como yo te quiero a ti?

Antes de esconder su rostro en la espesura de mis rizos juraría que una lágrima acechaba por cubrir su mejilla.

Recuerdo una por una cada palabra, cada pregunta pronunciada con un tono de tristeza más profundo que el anterior.

No puedo más que abrazarlo y atraerlo hacia a mí. ¿Por qué no?

—José... me haces muy feliz, tan feliz que has conseguido que vuelva a ser yo misma. Desde que lo dejé con mi ex no me sentía tan bien, tan libre.

—¿Y qué hay de lo demás? ¿Por qué no puedes quererme? Haría lo que fuese por ti.

—Claro que te quiero, José, quizás no



como tú quieras, quizás no esté enamorada de ti... —Tomo su rostro entre sus mis manos obligándolo a que me mire—. José, lo que estoy intentando decirte es que quiero... quiero quererte, quiero enamorarme pero no quiero que me presiones. ¿No estás bien así? ¿No eres feliz?

—Supongo que puedo esperar un poco más, pero no se te ocurra dejarme. Te lo pido por favor.

## 27

*(Capítulo inédito por José)*

Levanto la mirada ligeramente para no

despertarla. Leves destellos de luz se abren paso entre las ranuras de las persianas informándome que fuera ya ha amanecido. Observo el dormitorio. Su bolso sobre la cómoda me recuerda que no estoy solo. Su ropa cae sobre el sillón de cuero negro. Una copa de vino vacía descansa sobre la mesa de cristal junto a la lámpara que compré en mi último viaje a Roma. Debería llevarla, le gustará. Continúo con mi observación hasta llegar a sus botas, tiradas de cualquier manera sobre la alfombra. Ladeo mi mirada hacia ella. Sus labios parcialmente abiertos dejan asomar su perfecta dentadura. La maraña de rizos cubre gran parte de su hermoso rostro.

Bajo la vista hacia su cuerpo desnudo cubierto por mis sábanas blancas hasta la altura de su cintura.

Abandono la cama con gran delicadeza para no despertarla para después perderme en el aseo. Frente al espejo, con el torso desnudo y aún en pijama me pregunto que debería hacer a continuación. Muchas mujeres han pasado por la cama de los hoteles en los que me he alojado pero aquí, aquí no ha entrado nunca una mujer a excepción de mi madre y de mi asistente. Ni siquiera mi hermana... Con Sofía es todo distinto, yo soy distinto desde que la conocí. Soy un completo desconocido para mí mismo. Si mi madre me viera

así...no se lo creería. Ni yo me lo creo.

Salgo del aseo para ir a refugiarme en el silencio de mi despacho privado. Abro las cortinas y un sol resplandeciente me da los buenos días. ¿Querrá pasar conmigo el resto del día? El teléfono móvil vibra sobre el escritorio. Vaya, había olvidado que pasaríamos la mañana con los demás. Si mañana tengo que ir a comer a casa de mis padres no me quedarán más que unas horas por la tarde. O quizás no consiga quedarme a solas con ella hasta la noche. ¿Y si ya tenía otros planes para este fin de semana? ¿Los cancelará para quedarse conmigo? Quiero que se quede, quiero volver a pasar la noche con ella, la

quiero en el apartamento, campando a sus anchas. Quiero despertarme y tenerla en mi cama, dormida, descansando, relajada sin pensar en las preocupaciones de los últimos días. Sin cavilar en qué hacer conmigo y mis exigencias amorosas.

Tomo el portátil, lo enciendo y antes de regresar al dormitorio junto a ella lo pongo en silencio para no importunar su sueño. Salgo del despacho, descalzo y aún con el pijama puesto. Dejo el portátil sobre la mesa de cristal echando a un lado la copa de vino. Coloco el portafolios y mi pluma sobre la mesa. Tomo asiento y me coloco el portátil sobre las piernas. Abro el correo

electrónico. Contesto varios e-mails, firmo contratos, elimino spam... Navego por Internet, consulto las noticias del día y mis acciones en bolsa.

Cierro sesión y abandono mi trabajo para realizar una lista de tareas para Marie. La pluma cae sobre el suelo de mármol. Me mantengo inmóvil y en el más completo de los silencios cuando la veo moverse ligeramente importunada por mi error. Suspira y habla entre sueños. Escucho en silencio sin entender más que mi propio nombre. ¿Está soñando conmigo? Es una mujer increíble...y quizás en un futuro no muy lejano será completamente mía.

Consulto la hora en mi Rolex, son más de las diez de la mañana. Anoche no cenó demasiado, quizás se despierte con hambre. Será mejor que abandone mis quehaceres y baje a preparar el desayuno.

Bajo las escaleras, subo las persianas del primer piso ligeramente para no despertarla. Entro en la cocina, enciendo la cafetera y corto algunas naranjas del frutero para preparar algo de zumo natural. Recojo el pan de molde de la despensa y abro la nevera en busca de la leche, las mermeladas caseras y la mantequilla. En unos minutos tengo todo el desayuno preparado y colocado en una enorme bandeja.

Subo las escaleras con sumo cuidado para no derramar los cafés ni los zumos. Abro las patas de la bandeja y la coloco con gran delicadeza sobre la cómoda.

Antes de despertarla me tomo mi tiempo en observarla. Tan cómoda, tan tranquila... Una leve sonrisa asoma entre sus rizos. Está preciosa. Tengo que hacerle una foto. Me gustará recordar esta mañana cuando regrese a Londres.

Recojo el teléfono móvil de la mesa de cristal, acciono la cámara y capto varias panorámicas de la preciosa mujer que descansa entre las sábanas de mi cama. Aún no puedo creer que esté aquí y mucho menos que haya aceptado traerse



parte de su ropa y así regresar.

Dejo a un lado de la mesita de noche el móvil dispuesto a darle los buenos días. Tomo una de mis camisetas de sport de la cómoda para después tumbarme sobre la cama. En cuanto mi peso cae sobre el colchón ella cambia de posición convirtiéndose en un completo ovillo, quizás tenga frío. Subo las sábanas y el nórdico y ella lo recibe con gratitud aún entre sueños. Me tumbo junto a ella, le retiro varios rizos de la cara, me acerco aún más a ella y le beso los labios mientras acaricio su mejilla ya descubierta.

—Buenos días, nena. ¿Has dormido

bien?

Me responde con una sonrisa aún con los ojos completamente cerrados. Abandona su lado de la cama para acurrucarse junto a mí buscando mi calor rodeándome con sus largas piernas. Cubro con mis brazos su cuerpo desnudo y completamente helado.

—Ten, ponte esto. No quiero que te constipes por mi culpa. —Le paso la camiseta y soy yo mismo quien tiene que ponérsela ante su negativa a despertar —. El desayuno está sobre la cómoda. Las tostadas se van a echar a perder si no nos las comemos ya. Estoy casi seguro que el café debe de estar frío.

—¿Has hecho tú el desayuno? ¿Y lo has subido a la cama?

—Buenos días, Sofí. ¿Piensas abrir esos maravillosos ojos o voy a tenerte que dar de desayunar también?

Hunde su rostro en mi cuello, me besa la mejilla y muy lentamente abre su ojo derecho hasta que se acostumbra a la tenue luz que sube desde el piso de abajo. Se cubre la cara con ambas manos, se restriega los ojos con gran violencia y finalmente abre los ojos y me mira.

—Buenos días...

Una deslumbrante sonrisa ilumina toda la habitación. Se acerca a mí, besa mi boca con un beso rápido y me da los

buenos días a mí también.

Como si de una niña pequeña se tratara se sienta sobre la cama acomodándose la almohada y así incorporarse por completo. Posa las manos sobre las piernas y las golpea ligeramente para ordenarme que coloque la bandeja de desayuno sobre ella.

Me quedo ensimismado ante tal comportamiento. La Sofía de la que tanto me ha hablado Marcos, esa Sofía que me encandiló por completo, la Sofía que me ha hecho enamorarme por completo está aquí, conmigo. Risueña, alegre. Complaciéndome con sus comportamientos infantiles aportando la alegría que mi vida necesitaba.

Abandono la cama, recojo la bandeja de la cómoda y la coloco sobre ella tal y como me había ordenado. Antes de que pueda llegar al otro extremo de la cama, ya está devorando una de las tostadas. La observo divertido mientras elimina la tostada a cada mordisco que da. El olor de la mermelada de frambuesa inunda el dormitorio. Se detiene y me ofrece parte de su desayuno. Muerdo y el exceso de mermelada está a punto de caer por la comisura de mis labios cuando corre a recogerlo con uno de sus dedos. Rápidamente y sin derramar una sola gota de mermelada se mete en el dedo en la boca y lo devora al instante. Me la comería en este mismo instante. Casi por

instinto y dejándome llevar por mis más oscuros deseos y un segundo antes de que vuelva a su tostada tomo su rostro entre mis manos y la beso con gran pasión. Jugando con su lengua de frambuesa. Disfrutando de su sabor dulce.

Termino con mi beso, ella sonrío una vez más, joder, me sonrío a mí. Y un segundo después vuelve a morder su tostada. Ahora soy yo el que sonrío, feliz. Feliz porque ella es pura alegría.

Tomo mi zumo de naranja, me lo bebo casi de un sorbo. El café ya está frío. Ella me imita, se bebe su zumo y aparta el café para tomar una segunda tostada más, esta vez con mermelada de

melocotón, mi preferida. Unta ligeramente el pan como si se hubiera dado cuenta de que así estará más a mi gusto, recoge el resto de la mermelada de la cucharilla y la deja caer sobre la bandeja. Recoge una servilleta, la coloca bajo la tostada y me la hace llegar hasta el borde de mis labios. Muerdo, y ella me urge a que lo haga una vez más. Cuando apenas queda una porción de la tostada, cuando ya casi está entre mis dientes la aparta y me roba el último bocado.

Toma la bandeja, la deja en el suelo de la habitación y salta sobre mí provocando que rodemos por la cama. Me come a besos, me come disfrutando

de mí tal y como si fuera una de sus tostadas. Le devuelvo cada uno de sus besos mientras la tomo entre mis brazos y así tumbarme sobre ella. Acaricio cada rincón de su cuerpo y me deshago de sus bragas y mi camiseta. Las dejo caer al suelo y disfruto de su completa desnudez recorriendo con mis manos ansiosas.

El teléfono vibra sobre la mesa de cristal hasta que cae al suelo, para continuar vibrando hasta que la llamada finaliza. No ha pasado ni un segundo cuando el móvil vuelve a vibrar una vez más.

—José... el... teléfono... —susurra perdida por la pasión entre gemidos—.



Podría... ser...del trabajo...

—Que...le den... al trabajo...

En cualquier otro momento hubiera dejado a cualquier mujer en la cama por correr a atender mis asuntos privados. Pero con ella no, a ella no puedo tratarla así. Soy incapaz de separarme de ella. No quiero ni pensar en mañana. Tengo que coger el avión a primera hora de la tarde. Aunque, quizás podría retrasar el vuelo hasta el lunes. Imposible, tengo una maldita reunión con los nuevos accionistas. No puedo retrasarla. No tendré más remedio que tomar ese vuelo. Maldita sea. Por suerte volveré a viajar el próximo viernes.

—¿Qué te pasa? —La encuentro de

lado, mirándome fijamente, con la cabeza apoyada sobre su mano derecha a la espera de una explicación. Sonríe ante mi seriedad. Me vuelve loco—. ¿Quieres ir a por el teléfono? Ve, no pasa nada...

—No, no es eso nena. Es... es una tontería, no te preocupes. —Me acerco a ella y la beso.

—¿Qué tontería?

—¿No vas a dejarlo hasta que te lo diga? —Sonríe a la vez que niega con la cabeza.

—Me has cambiado la vida, nena. No quiero separarme de ti... pero hemos quedado con los demás en un par de horas... y bueno, me preocupa que

tengas planes para después. Mañana como con mis padres y el vuelo sale a primera hora de la tarde.

—Mi plan para este fin de semana era tirarme en el sofá y ver una película detrás de otra.

Es mi momento para invitarla a pasar el resto del fin de semana conmigo. Pero no quiero agobiarla... Pero la quiero conmigo y no voy a perder la oportunidad de pasar tiempo con ella. Tengo que invitarla a pasar el resto del fin de semana en casa.

—Quiero que pases conmigo el resto del día. Mañana, antes de irme a casa de mis padres puedo dejarte en el ático.

—Bueno, ¿por qué no?

Dios mío, ha dicho que sí. Ha dicho que sí. Ha dicho que sí. Me dejo caer sobre ella, la abrazo fuerte, contra mi pecho desnudo y la beso.

## 28

Entro en el aseo, me deshago de la poca ropa que me queda puesta y me cuelo en el interior de la ducha. ¿Qué se supone que estoy haciendo aquí? En el apartamento de José, bajo su ducha, mientras él trabaja en su despacho. ¿Me he convertido en su novia sin saberlo? O mucho peor, ¿en su amante? Me niego a mí misma bajo el agua caliente de la ducha.

Salgo de la ducha, me envuelvo el cuerpo con una de las toallas que José me ha preparado y seco mi pelo con la segunda. ¿Y qué hay de mi ropa? ¡Oh, mierda! Está fuera, ¿sobre la cama? Tomo el pomo de la puerta entre mis manos y lo giro con sumo cuidado. Camino en silencio hacia el dormitorio atravesando el estrecho pasillo. Me siento sobre la cama y respiro aliviada al haber llegado a mi meta. Recojo la ropa y me encamino en mi regreso al aseo cuando José se interpone en mi camino. No me lo puedo creer.

—¿Qué ocurre, nena? ¿Huyendo de mí?

—Sonríe, se acerca a mí con paso firme y decidido, me toma por la cintura

provocando que mi toalla caiga sobre el suelo—. ¿Quieres irte a casa? ¿Me separo de ti por un segundo y cambias de opinión? Pensé que nos estábamos divirtiendo, nena.

—No quería molestarte, eso es todo. Voy a vestirme o llegaremos tarde.

—¿Cuándo te has vuelto tan seria? Esta mañana estabas muy divertida. —Se acerca aún más a mí y rodea mi cuerpo con sus brazos—. ¿No te parece buena idea que lleguemos un poco tarde? A mí me parece una idea maravillosa.

Baja sus manos hacia mi trasero obligándome a rodear su cintura con mis piernas. Fija su mirada en mí, apoya su frente sobre la mía y me besa con furia.

Camina conmigo en sus brazos hasta que me deja caer sobre su cama. Y hacemos el amor una vez más.

—¡Ya es hora de qué lleguéis! — Marcos abandona su silla en la terraza de la plaza y toma dos sillas más de la mesa de al lado—. José, ¿es que no tienes relojes en tu casa?

Tomo mi asiento junto a Susana sin apartar mi mirada de Mario y Rosi dados de la mano y en actitud cariñosa. ¿Se puede saber qué está ocurriendo aquí? ¿Qué ha pasado mientras estaba en Londres? De verdad que no me puedo creer lo que estoy viendo. Dejo sobre la mesa el botellín de cerveza que acababa

de traerme el camarero, torno mi cuerpo hacia Susana dándole la espalda a José y a punto estoy de preguntarle por nuestros amigos cuando Alfredo nos interrumpe.

—Bueno, chicos, ahora que estamos todos juntos, a Susana y a mi nos gustaría daros una gran noticia. Susana está embarazada. Para la primavera del año que viene seremos padres.

Abandono mi silla y felicito a los futuros papás. Brindamos y celebramos la gran noticia.

—Alfredo, Susana, enhorabuena. Vais a ser unos padres geniales. —Mario se toma su tiempo para ponerse en pie junto



a Rosi—. Vais a tener que disculparnos por quitaros parte de vuestro protagonismo porque nosotros también queremos anunciaros algo. Rosi y yo nos casamos después de las navidades y por supuesto estáis todos invitados.

Vaya, esto sí que es un notición. No hace más de unos meses se estaban matando en el chalet de la playa y ahora se casan. Rosi casándose. Mi amiga, la que se lo tira todo. La que cambiaba de novio varias veces por semana. No me lo puedo creer.

—Vaya, esto sí que es un notición. Como ha cambiado la historia desde este verano... —susurro a José para que los

demás no puedan oírnos.

—No todo el mundo se tiene que pensar tanto las cosas como tú. —Fijo la vista en él un tanto indignada por sus palabras. ¿Se puede saber a qué ha venido eso?

Son más de las seis de la tarde y ha llegado el momento de marcharnos a casa. Recojo mi bolso de la silla y me acerco a Marcos para preguntarle si va a ir al ático o si tiene planes.

—Voy a casa, no he quedado hasta esta noche. ¿No te vas con José?

—Me temo que ha habido un cambio de planes...

Me despido de los demás evitando por todos los medios cruzarme con José. Camino tras Marcos hacia el aparcamiento de atrás en pleno silencio cavilando sobre mi última decisión y mi huida, y a punto estoy de subirme al coche cuando alguien me toma del brazo y lo evita.

—¿A qué viene esto? ¿Te vas y sin decirme nada? No me lo puedo creer, Sofía, ¿otra vez con tus gilipolleces? ¡Estoy harto, Sofía, harto!

—¿Sabes qué pasa, José? Que tengo que irme a casa a pensar, porque yo... me pienso mucho, pero que mucho las cosas. Ya nos veremos, supongo que la

semana que viene si no estoy pensando.

—¿Por qué tienes que joderlo siempre todo? ¿Cuándo vas a dejar de reírte de mí? —Toma aire, se pasa su mano derecha por la abundante melena y me dedica la más cruel de las miradas—. Voy a ir a la boda de Mario y Rosi. Tienes hasta ese día para decidirte de una vez por todas. O salimos de esa boda siendo pareja o me marcharé a Londres para siempre, tú eliges.

—¿Me estás dando un ultimátum?

—Puedes tomártelo como quieras pero lo que tengo claro es que no voy a permitir que te sigas riendo de mí.

Antes de que pueda decir nada más lo veo alejarse hacia el BMW.

—¿Estás segura de qué quieres que se marche así?

No, no estoy segura de nada en este momento. ¿Por qué no para de echarme pulsitos? No estaría nada mal que dejara de provocarme en cada ocasión que se le ponga a tiro.

—Vamos, vete antes de que se suba al coche. ¿No habéis pasado la noche juntos? Venga, Sofí, deja de hacerte la dura. Ve y arregla las cosas con él.

Sí, ¿y qué se supone que voy a decirle ahora? Corro hacia el BMW, lo veo como abre la puerta y está a punto de subirse al coche cuando, como si

supiera que voy tras él, se detiene fijando su mirada en mí. Apoya su mano derecha en la puerta, la izquierda en el capó mientras mueve sus dedos nerviosos. Me detengo frente a él en el más completo de los silencios, trago saliva, tomo aire y espero a que las palabras exactas salgan de mis labios.

—Sube, vamos a dar una vuelta. —Doy media vuelta, rodeo el vehículo y me subo en el asiento delantero del acompañante—. ¿Ya has pensado todo lo que necesitabas? Pierdo la noción del tiempo en el interior del BMW en pleno silencio mientras sorteamos coches, motos y toda clase de vehículos entre carreteras serpenteantes a las afueras de

Madrid. Su brusquedad al volante aumenta minuto a minuto.

—¿Se puede saber qué te pasa? Para el puto coche de una vez, ¿estás loco? — grito desesperada por la tensión del momento—. ¡José, para el coche!

Su brusquedad en la frenada provoca que mi cinturón se tense sobre mi pecho. Me tambaleo ligeramente sobre mi asiento. La violencia al volante es notable en la parte trasera del vehículo provocando que éste invada el carril contrario, para después detenerse en un camino adyacente a la carretera con un estridente chirriar de neumático. Me deshago del cinturón, abro mi puerta con brusquedad y abandono el BMW al

instante dejándome caer sobre la arena del camino. A pesar de mi nerviosismo intento que mi respiración agitada se acompañe a un ritmo más tranquilo sin éxito alguno. José se arrodilla a mi lado, posando su mano derecha sobre mi hombro para infundarme tranquilidad. Con la izquierda toma mi barbilla entre sus dedos para así poder mirarme a la cara. Retiro mi rostro con la mayor de las durezas. Abandono el suelo, sacudo la tierra de mis pantalones y camino un par de metros para alejarme de él. Abro mi bolso y busco mi móvil en su interior. Quiero llamar a un taxi. ¿Dónde voy a decirle que estoy? ¡Oh genial, no tengo cobertura! ¿Qué se supone que voy a



hacer ahora? No pienso volver a subirme a ese maldito coche. En la espesura del bosque encuentro un pueblo en la lejanía. Quizás podría andar hasta allí, llamar a un taxi y regresar a casa sin necesidad de pedirle nada a José. Decidida, empiezo a andar con paso decidido hacia el interior de la arboleda hasta que paso de estar en el suelo a estar sobre el hombro de José de regreso al BMW. Lucho con todas mis fuerzas por regresar al suelo sin éxito alguno. Me sienta sobre el asiento, abrocha mi cinturón y me besa en los labios sin previo aviso. ¿A qué ha venido eso? Lo observo en el exterior mientras rodea su coche, abre su puerta,

me devuelve al asiento, abrocha su cinturón y arranca el BMW. Enciende la radio, posa su mano sobre mi rodilla y sonrío sin más. Me pregunto como se las apaña para ignorar mis gestos de desaprobación y malestar. Tendré que ser más específica. Retiro su mano de mi rodilla con un mal gesto y redirijo mi mirada hacia el exterior hasta que el pueblo desaparece por completo de mi alcance.

Para cuando llegamos de regreso a Madrid ya ha anochecido. Detiene el vehículo frente a la puerta del garaje de su edificio, pulsa un botón del salpicadero y la puerta se abre ante nosotros. ¿No va a llevarme a mi casa?

¿Qué pretende que haga aquí, con él, solos?

Subimos en el más absoluto de los silencios en el ascensor y continuamos igual cuando entramos en el apartamento. ¿Debería subir a la segunda planta, recoger mis cosas y marcharme a mi casa?

—Voy a subir a ponerme ropa más cómoda. Puedo prestarte algo de ropa si quieres cambiarte tú también. ¿Quieres tomar algo?

—No, estoy bien así.

Tomo asiento en la chaise-longe de cuero marrón café sin saber muy bien qué hacer. Jugueteo con la cadena de mi bolso entre mis dedos hasta que José

reaparece vestido tan solo con unos pantalones de chándal, descalzo y con el pecho descubierto. Se sienta a mi lado para después tumbarse y apoyar su cabeza sobre mis piernas. Recoge el mando a distancia de la mesa de centro y enciende la enorme televisión de pantalla plana. Cambia canal tras canal hasta que se detiene, abandona el mando sobre la mesa, en su anterior situación y gira su cuerpo hacia mí. Alza su mano hasta mi rostro y acaricia mis mejillas con la mayor de las dulzuras mientras me mantengo tensa y totalmente paralizada. Se alza ligeramente y vuelve a besarme alargando nuestro beso lo máximo posible. Hasta que me separo

de él, me lo quito de encima y abandono el sofá. Camino de un lado para otro a lo largo del gran salón sin saber muy bien qué hacer ni qué decir. Hace tan sola unas horas estaba atacándome sin ninguna justificación y ahora vuelve a ser el hombre que ayer mismo me trataba como a una reina. ¿A qué viene este comportamiento?

—De verdad que me gustaría saber qué se te pasa por la cabeza para comportarte de este modo. Te jactas de juzgarme cada vez que intento... sabotear lo que sea que hay entre nosotros y ahora, en cambio eres tú el que me ataca en la primera ocasión que tienes.

—No me ha parecido bien lo que has dicho antes, me ha sonado un tanto a crítica.

—Por Dios, José. Era un comentario como otro cualquiera. ¿A nadie más que a mí le ha extrañado esta situación? No intentes hacer demagogia de mis palabras y dame una explicación para que pueda entenderte, porque de verdad, aunque lo intento, soy incapaz de comprender esta situación. —Me tomo mi tiempo para volver a dirigirme a él esta vez con más firmeza—. Lo único en lo que pienso en este momento es en recoger mis cosas y marcharme. La verdad es que no sé qué hago aquí.

—Si quieres irte no tienes más que

decirlo.

—¿Eso es todo lo que me tienes que decir? —¿Por qué actúa como si ya nada le importara?— Voy a recoger mis cosas y me voy. ¿Puedes llamarme a un taxi?

—Puedo llevarte yo...

Desestimo su oferta, subo las escaleras, recojo la ropa del dormitorio y mi neceser de aseo. Regreso al piso de abajo y espero al borde de las escaleras la información que necesito. Toma las llaves del BMW y las del apartamento. Se acerca hasta la puerta de salida y llama al ascensor. Al parecer ha decidido llevarme él. Más minutos luchando por mantener los nervios a raya rodeados por un incómodo silencio.

El BMW se detiene frente al portal de mi casa, en doble fila, tal y como había hecho en varias ocasiones atrás. Me decido a abandonar el vehículo cuando José toma mi mano y me obliga a mantenerme en el interior. Toma mis manos entre las suyas y me obliga a mirarlo.

—Supongo que no querrás verme la semana que viene...

—José, ¿y qué esperabas? Después de lo que ha pasado hoy creo que lo mejor será que dejemos de vernos. No me importa que vengas a ver a Marcos pero, ¿tú y yo solos? No creo que sea lo más conveniente.

—¿Al menos vendrás conmigo a la boda



de Mario?

—No creo que sea lo más adecuado.

—Como quieras, Sofía. No voy a insistirte pero quiero que sepas que si no te decides antes de ese día, me marcharé a Londres y esta vez para siempre.

¿Cómo se atreve a volver a amenazarme? No me gustan los ultimátums, y mucho menos en ese tonito que me ha dedicado. Hoy no tiene motivos para comportarse de ese modo. ¿Quién se cree que es para tratarme así? Me suelto de sus manos, abro la puerta y abandono el vehículo. Sin mirar atrás entro en el portal con paso decidido hacia el ascensor, pulso el botón de

llamada y me pierdo en su interior cuando las puertas se abren ante mí.

## 29

Unas semanas más tarde...

Al fin viernes. A pesar de que es tarde regreso a casa con la intención de perderme en mi gimnasio durante unas horas. Entro en mi vestidor y busco mi ropa de deporte. Busco el MP3 en el cajón de la cómoda y elijo una de las listas de reproducciones. Conecto los auriculares de mesa y me subo a la cinta de correr, después a la bicicleta elíptica y para terminar opto por hacer un poco

de pesas.

—No te vendría nada mal un saco de boxeo aquí... Quizás te traiga uno en mi próximo viaje... y unos guantes de boxeo...

—¿Cómo has entrado? —Dejo las pesas sobre el banco de trabajo y recojo mi toalla para secarme el sudo—. No deberías estar aquí, ¿no fui lo suficientemente clara la última vez que nos vimos?

—El saco quedaría bien en aquella esquina.

—No creo que lo necesite.

—Aquella mañana en el gimnasio del

hotel te fue de

gran ayuda.

¿Ahora se atreve a atacar dándome donde más me duele? Valiente capullo está hecho. En estos momentos podría tratarlo a él como mi saco de boxeo particular.

Nos mantenemos la mirada en plena guerra visual retándonos el uno al otro. De repente y en un movimiento que no esperaba se deshace de la camisa vaquera y de la camiseta blanca. Se desabrocha el cinturón y el primer botón de sus vaqueros y se sienta sobre el aparato de fitness. Ni siquiera lo había estrenado...

—Es una máquina genial, Sofí. ¿Sabes que con él, además de fortalecer los abdominales puedes ejercitar, fortalecer y esculpir todos los músculos del tren superior e inferior? Y si ya lo complementas con pesas el resultado es impresionante.

—Sí, lo sé. Por eso la compré, solo que aún no la he estrenado. —¿Por qué estoy dándole tantas explicaciones? Lo único que quiero es que se marche de aquí de una vez—. Supongo que ha sido Marcos quien te ha dejado entrar.

—Sí, ha venido a recogerme al aeropuerto. Debe de estar en la cocina preparando algo de cenar, he insistido

en pedir comida pero ha preferido cocinar él.

Así que también va a quedarse a cenar...

—Aun así pienso que no te vendría nada mal ese saco de boxeo, estás demasiado tensa... otra vez.

—No estaba tensa hasta que has aparecido por aquí.

—No lo parecía cuando te estabas matando sobre esa elíptica.

—¿Qué? ¿Cuánto tiempo llevas espiándome? ¿A qué has venido, José? ¿Qué coño quieres ahora?

Hace varias flexiones más y se toma su tiempo para responderme. A cada

flexión su musculatura es aún más notable, mi respiración se agita ante tal espectáculo, pero no puedo permitírmelo. No puedo ceder ante sus claras insinuaciones. Sé muy bien a lo que está jugando.

—¿Cuándo te has vuelto tan malhablada? No es lo más correcto para una mujer como tú.

—Será mejor que vaya a ver qué está haciendo Marcos... —«Será lo mejor, porque sino acabaré usándote como ese saco de boxeo que tanto insistes en que tenga».

Salgo del gimnasio, atravieso mi cuarto, el pasillo y el salón y me planto frente a la isla central con cara de pocos amigos.

—Haz que tu amigo salga de mi gimnasio ahora mismo o tendré que matarlo. —La única respuesta de Marcos no es más que una serie de carcajadas que no provocan más que mi enfado vaya en aumento considerablemente—. ¿Por qué le has dejado que entre?

—Déjale, el chico te **echaba de menos**... No seas tan dura con él. ¿Por qué no sales con él y os dejáis de estos rollos? Todos creemos que hacéis muy buena pareja...

—¿Qué le dé una oportunidad? Es un mentiroso compulsivo, ¿no te das cuenta? —Si tengo a Marcos de su lado estoy completamente perdida—. ¡Ah! Y



dejad de hablar de mí, estoy soltera y me temo que así estaré el resto de mi vida.

Las risas de Marcos se desatan una vez más. Regreso a mi dormitorio, atravieso la puerta del gimnasio y lo obligo a que se levante de mi máquina de ejercicios. Había estado evitando tocarle hasta ahora pero... es imposible tocarle sin sentir un cosquilleo por todo mi cuerpo.

—¿Estás segura de quieres que me vaya? Quizás debería irme a la ducha contigo, ¿no crees? — Sujeta mi mano entre las suyas y la acerca hacia su pecho descubierto, sudado y aún sobresaltado por el esfuerzo de sus ejercicios.

Mi respiración se vuelve entrecortada con cada paso que da hacia mí dando por finalizada la distancia que había entre ambos. Libera sus manos manteniendo la mía sobre su pecho para dejarlas sobre mis caderas. Nuestros cuerpos se unen por completo. Acerca su rostro al mío hasta provocar que nuestros labios se rocen y culminen en un beso sin fin.

—¿Aún sigues sin querer que me duche contigo?

—¿Cómo puedes ser tan desvergonzado? No vas a meterte en la ducha conmigo. Marcos está en la cocina.

—¿Quieres decir que si Marcos no

estuviera podría acompañarte? —Tan insolente como siempre—. Siempre puedo pedirle que baje a hacer algunas compras.

Sonríe pícaro a la espera de una respuesta. Una respuesta que ni yo misma conozco. ¿Quiero quedarme a solas con él? O por el contrario, ¿sigo decidida a mantenerme alejada de él? Siempre me he mantenido fiel a mis decisiones pero también me he dejado llevar por mis primeros instintos. En estos momentos de mi vida me encuentro en un sinvivir de dudas. Con José todo es tan difícil... a menudo me ha inducido a cambiar mis decisiones en los que a él respecta. ¿Y ahora? ¿Vuelvo

a darle una oportunidad o me mantengo tajante? Una vez conocí a un chico que siempre decía algo parecido a *que lo decida mi yo del futuro...* pero me temo que en esta ocasión no tengo tiempo que perder.

—Mejor en otro momento.

¿Cómo? ¿Qué respuesta es esa? ¿De verdad quiero dejarle las puertas abiertas y volver a verlo? ¿Volver a pasar tiempo con él? ¡Oh, Dios! ¿A quién quiero engañar? Si Marcos no estuviera en casa dudo mucho que llegáramos a la ducha. Es... tan... adictivo...

—Lo estoy deseando, nena.

Y sin más, se separa de mí y así recoge

su ropa. Lo sigo con la mirada mientras abandona mi dormitorio, avanza por el pasillo y se pierde en el interior del aseo. Hago lo propio y yo también me escondo en la intimidad de mi cuarto de baño. Me deshago de mi ropa de deporte y me adentro en la ducha bajo el agua caliente.

Salgo de la ducha, camino envuelta en la toalla hacia el vestidor y opto nuevamente por un conjunto deportivo en tonos grises. Mi sorpresa no puede ser mayor cuando encuentro a José tumbado sobre mi cama aún semidesnudo, sin su camiseta y el pantalón vaquero totalmente desabrochado.

—Vaya, nena, parece que he llegado en el momento adecuado.

—Levántate de mi cama, ahora... No creo que Marcos tarde mucho en llamarnos para ir a cenar.

—Me temo que Marcos ha tenido que salir... por trabajo, yo no he tenido nada que ver.

¿Puedo confiar en que no será otro de sus juegos? Me-nuda pregunta más absurda, está claro que no puedo creer al cien por cien en su palabra. Es cierto, que a menudo Marcos tiene que salir a altas horas de la noche porque han surgido diversos problemas en su trabajo... pero lo de hoy no me huele demasiado bien. Es muy probable que

me esté mintiendo. Recojo mi móvil de mi mesita de noche, busco el número de Marcos en el listín telefónico y espero a que responda a mi llamada.

—Sí, claro que me he ido por trabajo. ¿Por qué si no? Un virus ha provocado un verdadero caos en la empresa. Cenad vosotros, tardaré en llegar...

Parece ser que en esta ocasión José ha sido sincero. Aunque cabe la posibilidad que no sea más que un truco. No sería la primera vez que se ponen en contacto a mis espaldas. Dejo el móvil sobre la mesita y me aferro a la escasa intimidad que me ofrece mi toalla cuando soy consciente de que tiene la mirada fija en mí.

—Ya veo que no confías en mi palabra. No siempre soy sincero pero hay temas con los que no me gusta jugar, mucho menos si se refiere a ti.

—En otros momentos y a pesar de que se refería a mí por completo, no te ha importado optar por usar tus trucos y mentiras.

—Nena, parece que lo único que estás buscando esta noche es pelea.

—Pues sí, para qué voy a engañarte. Desde que me has sugerido lo del saco de boxeo se me ha ocurrido que podría usarte a ti como tal.

Inmediatamente después de mis últimas palabras abandona la cama y se abalanza sobre mí haciéndome caer



sobre el nórdico. Forcejeo entre sus brazos hasta que consigo librarme por completo. Recojo la toalla del suelo de mi dormitorio y me vuelvo una vez más en ella bajo la atenta mirada de José. Una sonrisilla picarona cubre por completo su rostro. Y cuánto más sonrío él mayor es mi indignación. ¿A qué está jugando?

—Sal de mi habitación, recoge tu ropa donde quiera que esté y quédate en la cocina, o mejor, vete de una vez. Tu anfitrión te ha dejado tirado así que largo de aquí.

—Me encantaría irme, Sofía pero... hay un ligero problemilla. —Abandona la cama y camina con paso decidido hacia

mí—. Están pintando mi apartamento y... bueno, Marcos me sugirió que podría pasar aquí el fin de semana...

—¿Y dónde piensas dormir?

—Imaginaba que contigo, pero te noto un tanto esquiva.

No me lo puedo creer, de verdad que no me lo puedo creer. Marcos debería haberme avisado, debería haberme consultado. No lo quiero aquí, me incomoda, me pone de los nervios. Pero no puedo echarlo. No sería nada correcto por mi parte. ¿Por qué no se ha alojado en el hotel de su padre? Está claro el porqué, no hay ninguna duda...

—Voy a respetar la decisión de Marcos. Si quieres darte una ducha puedo

prepararte unas toallas, después subiré a prepararte el sofá cama. ¿Cuántas mantas crees que necesitarás? Vamos a cenar, y si quieres podemos ver una película, todo bajo una sola condición. —Sin más, se detiene en su avance hacia mí—. Quiero que me respetes. Sino, no tendré más remedio que pedirte que te marches a pesar de la invitación de Marcos.

El hecho de que haya aceptado sin poner ningún impedimento no me ha pasado desapercibido. Aún envuelta en la toalla escojo unas toallas del armario del pasillo y se las entrego. Cuando, al fin, lo veo perderse por el pasillo respiro aliviada en la soledad de mi dormitorio.

Recojo mi teléfono de la mesita de noche y mientras camino hacia el salón escribo a Marcos. Al momento recibo su contestación. No me va a quedar más remedio que cenar a solas con él. Menuda noche me espera.

Encuentro su maleta al pie de la puerta y a él sentado en uno de los taburetes de la cocina con el portátil sobre la isla central.

—¿Quieres tomar algo? Hay de todo en la cocina, puedes coger lo que quieras. Voy a subir a prepararte la habitación. Te voy a poner un par de mantas aunque está encendida la calefacción en toda la casa. No creo que pases frío...

—No será necesario, Sofía. Estoy

intentando reservar habitación en algún hotel de los alrededores y si no lo consigo siempre puedo irme a casa de mis padres.

—José, no son horas de que vayas a ningún sitio. No tengo problema en que te quedes en casa... Solo tenemos que respetar la convivencia, dejarnos de juegos sucios y provocaciones que no vienen al caso. Así que cierra ese ordenador y relájate. En cuanto baje, cenamos. ¿Te has duchado ya?

—Nena, tu actitud cambiante me desconcierta... ¿De verdad quieres que me quede? La verdad es que ya no sé si es buena idea. ¿Pretendes que aguante tus desplantes durante el fin de semana?

No sé si estoy dispuesto.

—Venga ya, José. Marcos te ha invitado a que pases el fin de semana aquí porque no puedes quedarte en tu apartamento y estoy intentando ser lo más amable que puedo. Pero si quieres entrar otra vez en esta dinámica de discusiones y provocaciones absurdas, déjame decirte que en esta ocasión, el único culpable de que nos encontremos en esta situación tan incómoda eres tú y nada más que tú.

— Dejo las sábanas sobre el sofá y me tomo un respiro antes de proseguir—. Si quieres quedarte hazlo, si quieres irte eres libre para hacerlo. No voy a rogarte que te quedes. Me atacaste a pesar de que estábamos pasando un momento...

especial. Te has cargado lo que tanto te ha costado conseguir. No puedes llegar aquí, como si nada, después de lo que pasó y pretender que haga como si no hubiese ocurrido nada... Aún así y a pesar de todo lo que ha ocurrido quiero comportarme correctamente y espero que tu estancia aquí sea lo más agradable posible.

Sin más que decir recojo las sábanas y subo las escaleras hacia la segunda planta. José me acompaña con su maleta en mano. Bajo las persianas de mi despacho, hecho a un lado la mesa central y con la inesperada ayuda de José abrimos el sofá para así reconvertirlo en cama. En pleno silencio

estiramos las sábanas, las mantas y el nórdico.

—Hay un baño al final del pasillo, tienes aquí el mando de la televisión por si no puedes dormir. ¿Crees que necesitarás alguna cosa más?

—Está todo perfecto.

—¿Quieres que bajemos a cenar? Debe ser bastante tarde...

Acepta con un leve movimiento de cabeza y me acompaña escaleras abajo. Cenamos la mayor parte del tiempo en pleno silencio supliéndolo en escasas ocasiones por conversaciones banales. El mismo silencio nos acompaña durante el resto de la noche; mientras quitamos la mesa, terminamos con los restos de la



botella de vino durante el transcurso de una película de estreno en televisión.

Más allá de la medianoche el sonido de la cerradura me indica que Marcos ya ha regresado. Mi alivio no puede ser mayor. Y estoy casi segura de que José ha sido consciente de ello en el mismo momento en el que he visto a Marcos aparecer por la puerta e inevitablemente no puedo sentirme más culpable, y durante un solo instante intento por todos los medios que José sea consciente de ello. Aunque, a decir verdad, no puedo estar segura por completo.

—...Ha sido un completo caos. El virus ha destruido gran parte del trabajo de estas semanas y hemos tenido que

repararlo todo y por suerte mañana no tengo que volver así que podríamos salir los tres. ¿Os parece bien que pasemos el día fuera? Nos vendrá bien despejarnos.

—Podríamos ir a Navacerrada. Con la bajada de temperaturas ha caído una buena nevada —sugiero con la mirada fija en José que me responde con una amplia sonrisa.

—Sí, porque no... Mañana os invito a comer, es lo menos que puedo hacer después de acogerme en vuestra casa.

La tensión de las últimas horas se ha visto disipada gracias al regreso de Marcos.

El fin de las navidades ha dado paso a un sinfín de noticias, entre ellas el embarazo de Susana y la inesperada boda de Mario y Rosi que en cuestión de quince días pasaran a ser marido y mujer. Por otro lado Fede y Marga han decidido irse a vivir juntos a las afueras. Marcos continúa inmerso en su proyecto de los videojuegos, José sigue con su ajetreada vida de negocios entre Londres y Madrid y yo... yo sigo como siempre. Rodeada de trabajo, trabajo y más trabajo. Y mi familia... Mamá y James han viajado recientemente al pueblo natal de él. Papá y Julia se han quedado solos desde que MJ decidió irse a vivir con su padre.

Sentada frente a mi ordenador en mi despacho, el primer día de trabajo después de las vacaciones de navidades me encuentro haciendo balance de lo ocurrido en los últimos meses. La boda de Susana y Alfredo que ahora van a ser padres, el inesperado noviazgo de Fede y Marga, el secreto en el que habían mantenido su relación Mario y Rosi, su futura boda y él... el culpable de mis faltas de sueño, el culpable de mis dolores de cabeza, el culpable de mil dudas y mil temores, y el culpable de mis momentos más felices...

El teléfono de la oficina irrumpe en medio de mis pen - samientos. Es Marta, Jaime quiere vernos a todos en menos de

media hora en la sala de juntas para una reunión de urgencia.

Tras varias horas de reunión recojo la única conclusión de que Gloria ha vuelto a hacer de las suyas inmiscuyéndose en el trabajo de su marido, en esta ocasión para colocar a uno de sus sobrinos, el cual ha quedado a mi cargo. Y a pesar de la compensación económica que me ha prometido Jaime, el gran esfuerzo que voy a tener que hacer no me consuela en absoluto. Solo espero que no me provoque ningún tipo de contratiempos a la hora de entregar mis trabajos.

De vuelta en mi despacho el sonido de

un teléfono me interrumpe. Mi teléfono móvil vibra en silencio en el interior del cajón de mi mesa. Su nombre aparece en la pantalla. No he vuelo a hablar con él desde nuestro inesperado viaje a la sierra madrileña junto a Marcos. Nuestra única conversación se ha basado en un intercambio de mensajes a través de whatsapp o por e-mail. ¿Qué querrá ahora? Estoy trabajando.

—Hola, Sofía, ¿cómo estás? Me preguntaba si te gustaría que quedáramos algún día de la semana para comer o cenar...

—... Hola... no te esperaba, la verdad... ¿estás en Madrid? Marcos no

me ha comentado nada.

—Me he tomado un par de semanas de vacaciones. Estas navidades he estado muy ocupado con los hoteles de mi padre y hasta ahora no he podido descansar, ¿te gustaría cenar conmigo? Me encantaría pasar un rato contigo, hace mucho que no sé nada de ti.

—Supongo que podríamos vernos el viernes. Hablo con Marcos y te lo confirmo.

—No, Sofía... creo que no me has entendido. Quiero verte a ti, quiero quedar contigo, a solas. ¿Tienes algún problema?

—No, no hay ningún problema. Hablamos el jueves y concretamos,

ahora tengo que trabajar.

Después de la correspondiente despedida, cuelgo el teléfono dando por finalizada la llamada telefónica. Devuelvo el teléfono al interior del cajón y me recuesto sobre mi sillón mientras repaso palabra por palabra el contenido de nuestra conversación. No puedo más que reconocer que me muero de ganas por verlo de nuevo. Y me muero por saber qué ocurrirá en nuestra cita.

Como cada día me levanto mucho antes de que el despertador suene, me doy una ducha rápida, elijo uno de mis tantos modelitos que suelo elegir para ir a la oficina, me tomo el primer café de la mañana y conduzco en mi Audi hasta el



estudio. Entro en mi despacho, subo las persianas, enciendo mi ordenador, consulto los correos y mis citas y me preparo para un nuevo día de trabajo.

Hoy, en mi agenda digital encuentro una cita concertada con Jaime de la cual no tenía noticia. Preparo una bandeja con dos cafés, leche y varios azucarillos y me abro paso hasta el despacho de Jaime para asistir a su cita.

Sentado en el sofá de cuero negro y junto a Jaime encuentro a un hombre de unos treinta años vestido elegantemente con un traje negro y camisa blanca. Me siento ridícula con la bandeja en las manos. Jaime se levanta e

inmediatamente me presenta a su sobrino que, por ironías de la vida, se llama Víctor. Si esto no es una señal del destino no sé qué pensar.

Dejo la bandeja sobre la mesa de café y tiendo mi mano para saludarlo. Mi sorpresa es notable cuando me atrae hacia él tomándome de la cintura y así darme dos besos. Hecha un completo manojito de nervios tomo asiento lo más alejada que puedo del sobrino de mi jefe. Centro mi mirada en Jaime incomodada por el exceso de confianza.

—Víctor se instalará momentáneamente en tu despacho, ya sabes que carecemos de más espacio... Supongo que no

tendrás ningún problema. Enséñale como trabajamos aquí, que conozca a la gente de la inmobiliaria y bueno, todos los temas referentes con las facturas y los pagos. Y, quizás deberías darle unas clases de protocolo para cuando te acompañe en tus reuniones con los clientes.

Desde luego que necesita unas clases de protocolo. ¿Quién se ha creído que es para tratarme con esas familiaridades? Esto me recuerda a alguien en particular.

Salgo del despacho un tanto descontenta por tener que acatar la decisión de Jaime acompañada en todo momento por el sobrino. Me siento totalmente incapaz

de pronunciar su nombre. Tomo asiento, enciendo el ordenador y descuelgo el teléfono para pedirle a Marta que me consiga una agenda y le cree una cuenta de correo electrónico para el trabajo.

—¿Tienes portátil, tablet, Iphone o cualquier dispositivo móvil con el que puedas trabajar? —Ni siquiera espero a que conteste. Le ofrezco uno de los cuadernos de la empresa y un juego de bolígrafos con la intención de que tome nota de todo lo que tengo que decirle—. Marta, nuestra administradora va a crearte una cuenta de correo electrónico que tendrás que consultar todas las mañanas según entres a trabajar. Tienes que crearte una agenda on line y Marta

va a traerte ahora una física para que anotes todas las citas o reuniones con clientes, proveedores, los chicos de la inmobiliaria, con Jaime... En cuanto a las clases de protocolo que me ha sugerido Jaime, pienso que lo mejor que puedes hacer es prepararte un curso intensivo, puedes mirarte algún consejo rápido en Internet.

Que te hace mucha falta, muchísima. Ya puede pagarme bien Jaime por convertirme en la niñera de su incívico sobrino. Mi teléfono móvil vibra en el interior del cajón. ¿José? Lo que me faltaba para rematar el día. Habíamos quedado en hablar el jueves, consulto la fecha en el calendario que tengo sobre

mi escritorio y efectivamente, hoy es jueves. Respondo la llamada.

—José, no me encuentras en un buen momento. ¿Te importa que te llame más tarde?

—Disculpa, Sofía, no quería importunarte. Espero tu llamada, hasta luego, nena.

Marta entra en el despacho y le hace entrega al innombrable su agenda y una serie de material de oficina. El sobrino se levanta y al igual que ha hecho conmigo la toma por las caderas y la besa en ambas mejillas ante el asombro de mi amiga y compañera de trabajo.

—Este es el tipo de comportamientos que deberías evitar en este trabajo. Y

esto no lo explican en las clases de protocolo.

—Igual y tú me podrías ser mi profesora particular tal y como te ha sugerido mi tío.

—Pues ya que quieres que sea tu profesora particular, te voy a regalar la primera clase, te sugiero que tomes nota. Desde ahora en adelante tu tío es Jaime, el director de un prestigioso estudio de decoración. Te sugiero que procures tratarme con el respeto que me merezco, recuerda que ahora estás a mis órdenes. Y ahora, mantente en silencio a la espera de cualquier trabajo que te pida.

—¿Y bien? ¿Necesitas que te haga algún trabajito? —Te sugiero que cuides tu

lenguaje si no quieres pasarte lo que queda de mes haciendo fotocopias. Tú busca el tema protocolario que te he pedido y deja de darme problemas, tengo que trabajar.

¿De verdad esto era totalmente necesario? Qué pesadilla. Menudo comienzo de año... Va a joderme mi carrera... ¿En qué momento se le habrá ocurrido a Gloria que su querido sobrino valdría para este tipo de trabajo?

—Bueno, es la hora de comer. Ve con Jaime, yo tengo cosas que hacer.

—Mejor voy contigo.

¿Ahora además de ser profesora me he convertido en la niñera de un “hombre”



más mayor que yo? Después de bajar hasta la cafetería y encontrarla atestada de personal del resto de oficinas del edificio no me queda más remedio que salir y elegir uno de los restaurantes de los alrededores.

Paso la mayor parte del tiempo entretenida con mi teléfono móvil con la única intención de ignorar por completo a mi acompañante.

—Buenas tardes, ¿le importaría que le robe durante unos minutos a la señorita Amaya?

No puedo salir de mi asombro cuando escucho la voz de José. Y no puedo estar más agradecida por su intervención. Y sin darle opción al sobrino de contestar

me tiende su mano y lo acompaño encantada.

Caminamos hacia un reservado en la planta de arriba del restaurante y me invita a tomar asiento.

—Hola, nena... me alegro mucho de verte. Estás preciosa, como siempre.

—Yo también me alegro de verte. No sabes cuánto...

—¿Puedo preguntarte quién era el hombre que te acompañaba? No te he visto muy cómoda.

—Es el sobrino de Jaime, quiere que le enseñe como funciona el negocio. Es un completo desastre. No puede ser más maleducado, impresentable y podría darte un sinfín de adjetivos similares a

los anteriores. Se llama Víctor...

—¿Víctor? —Su risa me sorprende y me hace sonreír a mí también—. Si tanto te incomoda su compañía siempre puedo encargarme de él. No me malinterpretes, me refiero a Londres. ¿Quieres que hable con Jaime?

Desde luego no sería una mala opción. El sobrino de Jaime, el tal Víctor, no ha hecho más que importunarme desde que ha llegado a la oficina. Supongo que podría decirle que sí a José.

—Supongamos que te digo que sí, ¿qué pasaría con él?

—Trabajara en el bufete... como encargado. —¿Encargado? No está preparado para ocupar ese puesto—.

Creo que no me has entendido nena, encargado del almacén... ya sabes... fotocopias, pedidos, limpieza. Un puesto de trabajo a su altura.

—Bueno, un puesto de encargado en una empresa de alto prestigio en una ciudad como Londres...

—Como la señorita lo desee. Ahora, creo que será mejor que me presentes a tu amigo. Después me reuniré con Jaime. Dios mío, va a odiarme, pero estará tan lejos. Regreso a mi mesa bajo la atenta mirada de Víctor. Hago las presentaciones necesarias, recojo mi bolso y pago la cuenta para regresar cuanto antes a la oficina.

Subimos en el ascensor acompañados

del más incómodo de los silencios. La tensión entre los dos hombres que me acompañan es tan notable que no puedo sentirme más fuera de lugar. El ascensor se detiene en la planta de la oficina, atravesamos el pasillo que de repente se me antoja interminable. Como si Jaime ya supiera que vengo acompañada corre a nuestro encuentro. Quizás el sobrino no sea tan incompetente como parece...

—Jaime, ¿recuerdas al señor Vallés? Casualmente nos hemos visto en el restaurante durante la hora de la comida... Al señor Vallés le gustaría contratar a tu sobrino como encargado en su bufete de abogados en Londres. — Jaime no puede expresar más su

sorpresa. Y estoy casi segura de que se siente de lo más aliviado—. El señor Vallés me ha pedido referencias sobre Víctor pero quién mejor que tú para hacerlo.

—Señor Vallés, es todo un placer volver a tenerlo en mi humilde estudio. Si me acompaña estaré encantado de hablarle de las asombrosas cualidades de mi sobrino. ¿Sofía quieres acompañarnos?

—Lo siento, Jaime, pero van a tener que disculparme. Tengo varias llamadas que hacer.

De camino a mi oficina me detengo frente a la recepción de Marta para informarle sobre los últimos acontecimientos. Si todo va bien en unas

horas tendremos al sobrino fuera de nuestras vidas y para siempre. ¿No es maravilloso? Y todo gracias a él. Espera, ¿nos estaba siguiendo? Sé que es capaz de todo, no tengo la menor duda. Esa sería la única explicación a su inesperada intervención.

Como dos horas más tarde y tras haber pasado todo ese tiempo centrada en mi trabajo la puerta de mi despacho se abre dando paso a Jaime y a José, ¿o debería llamarle Señor Vallés?

—Sofía, querida, me temo que el Señor Vallés y Víctor han llegado a un acuerdo laboral. Vas a tener que disculparme pero de momento no podré contratar a nadie como tu ayudante.

—No te preocupes, podré apañármelas yo sola como hasta ahora. Me alegro mucho por Víctor. —El simple hecho de nombrarlo me produce escalofríos.

—Señor de la Vega, si nos disculpa, me gustaría charlar durante unos minutos con la señorita Amaya si no hay ningún inconveniente.

—Por supuesto, por supuesto... tómese el tiempo que necesite. Le pediré a Marta que prepare un par de tazas de café.

Al fin solos... Quiero saber que ha pasado exactamente en esa oficina. Espero que Jaime no le haya pedido mucho dinero. Espera, ¿y qué va a ocurrir cuando se de cuenta de que no es



más que el chico de la limpieza? Querrá regresar y tendré que volver a cargar con él. Igual y no ha sido tan buena idea. Necesito respuestas. Esta situación se me está yendo de las manos demasiado rápido.

—... No tienes por qué preocuparte por eso. Me he encargado personalmente de que firme un contrato de confidencialidad. Jaime nunca sabrá a lo que se dedica su sobrino, porque de lo contrario me veré en la obligación de denunciarlo y él correría con todos los gastos. Si renuncia antes de que finalice su contrato tendrá que indemnizarme igualmente por los problemas que va a suponerme encontrar a alguien tan

“profesional” como él. —Sonríe sarcástico—. Ese proyecto de hombre no volverá por aquí en mucho tiempo. Para cuando quiera regresar tú y yo seremos un matrimonio afianzado y tú tendrás tu propio estudio.

—No tenía noticias de que iba a casarme.

—Nena, esa es mi meta en la vida. Ser tu marido y formar una familia contigo...

—Suenan tan bien que hasta yo fantaseo con esa posibilidad—. Ahora tengo que irme. He pensado que podríamos ir al teatro. ¿Te parece bien que te recoja aquí mismo?

—Me va perfecto, recuerda que salgo a las siete. A la mañana siguiente repito

cada momento de mis monótonas mañanas, todos, excepto uno. El hecho de que José me haya invitado al teatro y quedáramos en que me recogería en el trabajo, me obliga a cambiar mi rutina diaria ligeramente. Busco en mi cartera la tarjeta del taxista que nos llevó a Barajas, marco su teléfono y espero su respuesta. Por suerte para mí, Pascual, el taxista, me recuerda con facilidad y ha quedado en recogerme en diez minutos.

Llego a la oficina puntual y feliz por el hecho de que todo haya vuelto a la normalidad. Sonrío por el regreso de José y la marcha de Víctor, el sobrinísimo. Y de hecho, me encamino a

celebrarlo con Marta con un par de cafés y unos bollos que me he tomado la libertad de comprar de camino al trabajo.

Mi teléfono móvil vibra en el interior del cajón de mi mesa. Es un mensaje de José para recordarme nuestra cita. No, no la he olvidado. De hecho es en lo único que llevo pensado todo el día consultando la hora en la pantalla de mi ordenador en numerosas ocasiones.

La hora ha llegado, mi día laboral ha llegado a su fin para dar paso a mi vida personal. Mi vida con José... Recuerdo sus últimas palabras y fantaseo una vez más con la idea de verme junto a él en un altar y vestida de blanco con un

vestido de novia espectacular.

Podría reconocer el sonido de su coche a miles de kilómetros. Regreso al mundo de los vivos y olvido mis especulaciones sobre una boda que no estoy segura si llegará algún día. Estoy completamente loca. Hace unos días no quería volver a verlo y ahora, ¿estoy pensando en casarme con él? Necesito una cita, pero con mi psicólogo. O con Susana... que es mucho más económico y me conoce mucho mejor.

—¿Te ha gustado la obra? —pregunta José tras dos horas de sufrimiento teatral.

—¡Oh, sí! Ha sido genial... —Lo último que quiero es faltarle al respeto. Es

probable que la culpa sea mía, no he entendido nada.

—Sofía, no puedo creer que te haya gustado. Ha sido horrible.

Nuestras risas suenan al unísono en medio de la noche. Caminamos por el centro hasta detenernos en un restaurante de los alrededores. La verdad es que estoy muerta de hambre. Debería haber bajado a comer algo pero la ingesta desmedida de dulces y los nervios que tenía por nuestra cita, me han quitado el apetito por completo.

Nos sentamos a una mesa con vistas en la segunda planta del restaurante. José se adelanta y me sugiere unos entrantes y un buen vino blanco. Uno de esos vinos

que no podría pagar sin morirme de hambre durante un año entero.

—Gastas demasiado, ¿no sabes ahorrar?

—Sofía... Hasta que te conocí a ti no sabía muy bien lo que era disfrutar de mi dinero. Tan solo me divertía cuando venía con los chicos a la feria. Ahora busco algo diferente, quiero un cambio en mi vida. Aunque no dejaré nunca los juguetes y las quedadas con los chicos ahora mismo lo que quiero es pasar tiempo contigo. No quiero que te falte nada, y como ya te he dicho en más de una ocasión gastaría hasta mi último euro si es estando contigo.

¿Y qué puedo responder a eso? Sonríó como una idiota aunque eso no significa

que me guste en absoluto que gaste dinero de esa forma. Tengo que reconocer que a todas nos gusta que nos mimen pero, ¿es necesario tanto derroche? Decido no insistir, es una guerra que nunca ganaré. Tiene dinero, mucho y ya he apreciado en numerosas ocasiones que no le importa lo más mínimo gastarlo sin límite alguno. Pero dejando el tema del dinero a un lado y lo maravillosamente rica que está la cena quiero centrarme en nuestra cita que hasta ahora no ha podido ser mejor, a pesar de la desastrosa obra que me ha llevado a ver. Me he reído, me he reído y mucho. He sido feliz en mi completa ignorancia. Pero feliz al fin y al cabo. Al



igual que en nuestro paseo hasta aquí. Me pregunto qué haremos ahora. Estaría bien que vayamos a tomar algo, quizás si se lo sugiero yo me dejará pagar, o no.

—¿Conoces algún sitio por la zona donde podamos ir a tomar algo? Invito yo. —Le guiño el ojo de lo más animada.

—¿Qué te apetece exactamente? —Me sonrío ante mi diversión.

—Un sitio tranquilo, con buena música donde podamos tomar algo y charlar tranquilamente, uno de esos bares con zona chill out.

—Conozco el sitio perfecto, ¿nos vamos? —No me cabe la más mínima duda.

Después de disfrutar de los postres y de terminar casi por completo la carísima botella de vino nos disponemos a abandonar el restaurante para encaminarnos hacia el pub. Caminamos, de la mano sin parar de hablar. Y a pesar del frío no puedo sentirme más a gusto a su lado. ¿Por qué no se comportará siempre así? Este es el José que me gusta, este es el José que me enamora.

Después de largos minutos caminando bajo el frío de la noche llegamos a la discoteca que está atestada de grupos de chicas y chicos y parejas que se comen a besos en la interminable cola que da la vuelta a la calle. José me coge de la

mano y me atrae hacia él, que camina en dirección a uno de los porteros que lo saluda amigablemente. José nos presenta, el hombre de unos dos metros de altura y con unos músculos que van más allá de mi imaginación me saluda con unos modales impecables, para después permitirnos el paso. Un segundo hombre nos acompaña al interior de la discoteca. Decenas de cuerpos bailan en el centro de la pista dejándose llevar por la música del DJ. Aún de la mano de José subimos varias escaleras hasta que nos detenemos frente a una puerta, la puerta que da paso a los reservados, donde la música es más ligera y apenas es audible. Tomo asiento sobre el sofá

de cuero y una vez más José se adelanta y pide que nos traigan una botella de champán y un par de copas. Está claro que no me va a permitir que pague nada en toda la noche.

—¿Es esto lo que buscabas?

—No me lo hubiese imaginado mejor.

—José se sienta a mi lado, tan cerca de mí que nuestros cuerpos se rozan.

Pasa su brazo por detrás de mi cuello y me atrae hacia él para así acceder mejor a mi mejilla. Me besa. Es un beso tierno. Su comportamiento de hoy me tiene totalmente atrapada. La noche no puede ir mejor. Y la felicidad continúa durante el resto de la noche.

Consulto mi reloj de muñeca y

asombrada veo que son más de las cinco de la mañana. Estoy impresionada pero no me siento ni mucho menos cansada. Solo quiero estar con él.

Después de consultar mi reloj él también abandona el sofá y habla con uno de los trabajadores de la discoteca para después hacerle entrega de las llaves de su coche. Fuera debe hacer mucho frío y el coche está bastante alejado de nuestra ubicación.

Regresa al sofá, vuelve a sentarse muy cerca de mí y toma con su mano la mía mientras juguetea con una de mis anillos. Algo le preocupa, se que está buscando las palabras exactas para dirigirse a mí y hasta me extraña que nuestro único

contacto personal haya sido su beso en mi mejilla. Como si se hubiera dado cuenta de que estoy esperando a que me diga algo, alza la vista hacia mí pero sus ojos no me dicen lo que quiero saber. Sonrío, le sonrío a él hasta que finalmente, me corresponde. Acaricia mi mejilla, apoya su frente sobre la mía, su nariz roza con la mía y desespero ante la llegada de un beso. Hunde su rostro entre mi cuello y mis rizos y me besa. Se retira ligeramente de mí, toma su copa y vacía el contenido por completo. ¿Por qué de repente está tan nervioso?

—¿Nos vamos ya? —pregunto intrigada por cual será nuestro próximo destino.

—Ya es hora de que te lleve a casa,

debes de estar agotada.

Mi desilusión no puede ser mayor y antes de que pueda decirle más, el trabajador de la discoteca nos interrumpe para informar a José de que el BMW ya está en la puerta. Saca su cartera del bolsillo interior de su chaqueta y hace entrega de varios billetes al hombre que tiene delante. Recoge mi abrigo y me ayuda a ponérmelo. Toma mi mano una vez más y me invita a abandonar el reservado. Salimos de la discoteca y me aferro al calor de mi abrigo cuando noto el frío en mi cuerpo. La bajada de la temperatura es tan notable que corro a refugiarme en el calor del coche. José ocupa su lugar,

sube varios grados el climatizador y se pierde en las calles del centro de Madrid de regreso a mi casa. ¿De verdad tenemos que irnos ya? ¿Qué es lo que estoy buscando? ¿Quiero pasar la noche con él? Ni yo misma lo sé. El vino y el champán me nublan el pensamiento.

El BMW se detiene. Apenas soy consciente de que acabamos de llegar a mi calle. Observo a mi alrededor y lo encuentro aparcado en doble fila delante de mi portal. Me desabrocho el cinturón y giro mi cuerpo hacia él para poder tenerlo frente a mí. Él imita mis movimientos y hace lo propio para poder mirarme fijamente a los ojos.



Durante varios minutos en el más completo de los silencios no hacemos más que mirarnos y sonreírnos tímidos sin saber muy bien que hacer a la espera de que uno de los dos rompa el hielo. En varias ocasiones se me pasa por la cabeza besarlo e incluso invitarlo a subir. Pero Marcos está en casa. Quizás podríamos ir a su apartamento. No quiero separarme de él pero no quiero ser atrevida después de que ha pasado toda la noche conteniéndose. Su comportamiento se me antoja extraño. Normalmente no tiene ningún problema en besarme y hoy ha hecho todo lo posible por no hacerlo. Puede que ya no le interese como mujer, rechazo ese

pensamiento al instante.

—Todo mi dinero por tus pensamientos... —Finalmente es él quien rompe el hielo.

—Me lo he pasado muy bien hoy, de hecho no tengo ningunas ganas de meterme en casa. —¿Por qué habré dicho eso? Ahora mismo lo único que quiero es que me trague la tierra.

—Es tarde ya, nena. ¿No estás cansada?

—No, no lo estoy. En absoluto—.

Vamos, te acompaño hasta el portal.

Vaya, definitivamente va a dejarme en casa. Abre su puerta y abandona el BMW. Lo rodea y me ayuda a bajar. Caminamos de la mano hacia el portal, busco mis llaves y abro el portón. Él,

me sujeta la puerta y me invita a entrar. ¿No va a despedirse de mí? Aliviada compruebo que me sigue al interior del portal. Me coloco delante de él y sorprendentemente se acerca hasta mí y me abraza. Esto sí que es nuevo.

—Sé que estás extrañada por mi comportamiento de hoy. Quería demostrarte que a pesar de todo puedo ser el hombre que quieres que sea. — Sostiene mi cara entre sus manos y finalmente me besa. Pero una vez más es un beso casto, dulce y demasiado corto para mi gusto—. Voy a quedarme en Madrid hasta el día de la boda. Cogeré el vuelo esa misma noche. A última hora. Me gustaría mucho que me

acompañaras a la boda. Quiero que seas mi acompañante.

—¿Quieres decir como si fuéramos pareja?

—Supongo que podríamos llamarlo así, si lo prefieres. Pero independientemente de eso quiero que sepas que sigue en pie lo que te dije. —Esto no pinta bien—. Espero que el día de la boda ya hayas decidido qué quieres hacer con lo nuestro. Ya te he demostrado con creces que puedo ser lo que necesites y cuando me necesites.

¿Y ahora que pretende que le diga? La felicidad de toda la noche ha sido reemplazada forzosamente por una tensión que para nada era necesaria en

estos momentos y mi sonrisa ha desaparecido con ella. Ahora solo quiero irme a casa.

—Sofí, no lo hagas. Quizás he sido algo brusco en mis palabras. Pero quiero que sepas que si hago esto no es precisamente para molestarte. Nena, solo estoy mirando por nosotros. —No entiendo cómo puede estar mirando por nosotros bajo amenaza—. ¿Vendrás conmigo a la boda? Vamos, nena, dime que sí.

—Supongo que no aceptarás un no por respuesta... —Sí, quizás debería haber pensado en una respuesta mejor, pero no estoy de humor.

—Vamos, Sofía, ¿por qué te comportas

así? Nos lo hemos pasado genial esta noche no lo estropeemos.

—¿Estropearlo yo? —El José que yo conocía ha vuelto, mucho estaba tardando—. Será mejor que suba, se ha hecho muy tarde.

—¿De verdad quieres irte así? Joder, Sofía, lo siento. No quería que te lo tomaras así. Sé que te sientes forzada pero no puedo evitar querer estar contigo. ¿No te das cuenta de que podemos ser felices? Ven conmigo a la boda. No volveré a insistir más hasta ese día, y ni aún así te preguntaré. Ya sabes que cogeré el vuelo a última hora de la noche, espero que tomes una decisión antes de que me marche.

Pienso fríamente en sus últimas palabras. A decir verdad no puedo importunarme por su petición. Pero cuánto más me presiona, más rechazo siento yo por iniciar una relación con él. Sigo sin entender su prisa en formalizar nuestra extraña relación cuando apenas nos conocemos desde verano del año pasado. Su enamoramiento es tan repentino que no puedo más que dudar. Sí, me gusta, eso no puedo negarlo. Me moría por pasar tiempo con él y hemos pasado una noche maravillosa. Lo más fácil sería decirle que sí ahora mismo. Pero no puedo engañarme a mí misma. No creo estar enamorada. Es... imposible. No ha existido un tiempo

necesario para ello. Pero bueno, ¿quién dice que para que una se enamore tenga que pasar con el hombre que le gusta un periodo determinado de tiempo? Quiero ir con él a la boda, no me cabe la menor duda. Pero el hecho de tener que tomar una decisión no es de agrado. Soy más de dejarme llevar por instintos pero bajo presión, bajo presión suelo bloquearme. Y ya no sé cómo explicarme para que lo entienda. Ojalá y pudiera leerme la mente, así sabría como me siento, qué es lo que pienso y qué es lo que siento exactamente por él.

—No tengo problema alguno en ir contigo a la boda pero estoy cansada de explicarte mi situación. Ya sabes que no



me gusta estar bajo presión de ningún tipo y tú, cada vez que tienes ocasión me produces esta clase de presiones. ¿Por qué no me dejas que actúe a mi modo? Me gusta dejarme llevar por mis propias emociones pero nunca me lo permites... tan solo una vez lo has hecho, aquella noche en la suite del hotel. —Me sonrojo al recordarlo—. Si tal y como me has dicho en diversas ocasiones, estás tan enamorado de mí como dices no puedo culparte por querer una respuesta. Iré contigo a la boda y tendrás tu respuesta espero que antes. Pero te pido por favor que no me fuerces más. —Me parece justo lo que dices, y te prometo que no volveré a sacarte el

tema si no lo haces tú antes. —Vuelve a unirse a mí, posando sus manos en mi cintura—. Mañana he quedado con los chicos para hacer algo de deporte, temprano. Llámame si quieres que nos veamos.

Me besa una vez más y desaparece en dirección a su coche. Se despide con un ligero movimiento de su mano derecha y sube al coche mientras espera a que entre en el ascensor que no tarda en llegar más de unos segundos. Subo hasta la planta de los áticos, entro en casa, me desvisto después de todo el día con la misma ropa, me doy una ducha rápida y ya en pijama, me relajo en la intimidad de mi cuarto con el único pensamiento

que José y la decisión inminente que tendré que tomar en unos días.

## 31

El día de la boda de Mario y Rosi ha llegado y tengo los nervios a flor de piel a pesar de que no soy yo la que me caso.

Desde la noche del teatro no me he vuelto a ver a solas con José. O bien estábamos con Marcos o con el resto del grupo. Pero hoy es el día, ha quedado en recogerme en menos de una hora. Aunque el tiempo que estaremos a solas en su coche durante el trayecto a los juzgados será mínimo, no puedo evitar

estar inquieta. Aún no he tomado una decisión. No sé muy bien qué voy a decirle. ¿Qué va a pensar de mí si le digo que aún no me he decidido? ¿Aceptaré darme más tiempo? Sé que no. Y mi gran temor es que se marche a Londres y no quiera volver a verme. Sería justo, no podría enfrentarme a él. No tendría más remedio que agachar la cabeza y acatar su decisión. A pesar de todo, mi balanza se declara más claramente por decirle que sí que por un no drástico que nos distancie para siempre.

Marcos ya se ha marchado. Parece ser que a recoger a su acompañante, me pregunto quién será esa mujer que ha

mantenido tan en secreto.

El portero me informa de que José ha llegado, tan puntual como siempre. Insiste en subir. Mi corazón se acelera por cada segundo que me separa de él. El sonido del timbre de la puerta principal me indica que ya solo nos separan escasos metros.

Abro, el hombre maravillosamente sexy que tengo delante me hace tambalearme sobre los tacones. Desde la puerta, me dedica su sonrisa, esa sonrisa tan espectacular que me dedica solo a mí. Y ya no sé si es el corsé, si por el contrario son los nervios o si es su sola presencia la que me entrecorta la

respiración.

—Hace tan solo unos meses te conocía en una boda, hoy tengo el enorme placer de ser tu acompañante, sabrá Dios que nos depara el futuro pero me gusta pensar que acabaremos en otra boda muy pronto, la nuestra.

Incapaz de encontrar la respuesta adecuada a sus palabras recojo mi bolso, cierro la puerta de casa y llamo al ascensor. La espera se me antoja interminable. Estoy tan nerviosa que me cuesta respirar. Tengo que tranquilizarme, es la boda de mi amiga y no puedo fallarle. Reprimo el impulso de regresar a casa, recojo el bajo de mi

vestido y subo al BMW.

—¿Te encuentras bien, Sofía? Estás pálida... —Estoy bien...será el hambre, quizás...

Arranca y se adentra en el tráfico con gran facilidad.

Llegamos puntuales a los juzgados. Marcos está acompañado por una mujer realmente atractiva. El pelo rubio le cae sobre los hombros en pequeñas ondulaciones. Los enormes ojos azules irradian felicidad bajo la atenta mirada de Marcos.

Camino a su encuentro con la única intención de conocer a la bella mujer

que acompaña a mi amigo. José me acompaña hasta que su teléfono móvil le hace salir de nuevo a la calle. Suspiro aliviada cuando al fin vuelvo a estar sola.

—Sofía, ¿dónde está José? —pregunta mi amigo sin soltar de la mano a su acompañante.

—Ha salido fuera a atender una llamada. —Dirijo mi mirada hacia la mujer que tengo en frente y me presento—. Hola, me llamo Sofía. Soy la compañera de piso de Marcos.

—Disculparme, no os he presentado... Sofía, ella es Ana, es una buena amiga. ¿Una buena amiga? La mirada de Ana torna hacia Marcos con aparente



disgusto. Será mejor que me marche de aquí antes de que estalle una guerra.

Paseo entre los invitados sin centrarme en nadie en particular, invadida por mis propios pensamientos y los millones de dudas que planean sobre mi mente. Saludo a unos y a otros sin detenerme más de lo necesario. Ocupo mi lugar en el salón de plenos donde va a celebrarse la ceremonia y vuelvo a centrarme en mis cavilaciones. Le digo que sí, le digo que no. Sí o no. Sí o no. Sí... o no...

—Me ha costado horrores encontrarte... ¿dónde estabas? —José se sienta a mi lado y mis nervios vuelven a dominar todo mi cuerpo.

—Estaba... saludando a los invitados. Y

después he venido hasta aquí.

—He conocido a Ana... y no parecía muy contenta.

—Marcos me la ha presentado como una buena amiga. —No es que Marcos tenga mucha experiencia con las mujeres, ya es todo un logro que la haya invitado a venir con él.

—Marcos y tú tenéis más cosas en común de lo que me esperaba.

—¿Qué quieres decir?

—Salta a la vista que a los dos os cuesta tomar decisiones en lo que respecta a las relaciones.

Me gustaría contestarle pero soy incapaz de pronunciar una palabra más. A pesar de que prometió no presionarme es

incapaz de dejar pasar por alto cualquier oportunidad que tiene para soltar alguna de sus indirectas. Por suerte para mí la ceremonia acaba de empezar.

Y tras la ceremonia, una interminable sesión fotográfica y la degustación del catering, llega la hora del baile. Desde este mismo instante desaparezco entre los invitados con la única intención de alejarme de José. Aunque, a decir verdad, creo que mi comportamiento no ayuda demasiado.

Pierdo la noción del tiempo junto a la barra mientras converso durante horas con el hermano de Rosi.

—Sofía, he estado pensando que podríamos quedar otro día ahora que ya no estás con Víctor. Tengo que confesarte que siempre me has gustado. Lo que me faltaba ahora. ¿Qué clase de broma es esta? Qué pesadilla. Abandono mi asiento para escapar de esta situación tan embarazosa. Hasta ahora no he sido consciente de que el vino ha hecho verdaderos estragos en mí. Camino hacia el aseo cuando alguien me detiene. ¡Oh, no, él no!

—¿Prefieres perder el tiempo con ese baboso a estar conmigo? ¿Así es cómo decides que hacer con lo nuestro?

—José, ahora no. ¿Puedes disculparme un instante? Necesito ir a los servicios.

—Joder, Sofía, estás borracha... —Y sin más desaparece entre los invitados con paso firme hacia la pista de baile.

Me escondo en la soledad de los servicios y aunque sé que voy a destrozarme el maquillaje no puedo evitar llenarme ambas manos de agua y cubrirme la cara con ella. En efecto todo mi maquillaje se corre al contacto con el agua. Recojo un poco de papel, me seco la cara y vuelvo a maquillarme ligeramente. Me encuentro tan mal... corro y vomito en la taza. Me cepillo los dientes y bebo agua del mismo aseo a pesar de la enorme incomodidad del lavabo. Tomo asiento en la taza y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no

caerme. Estoy tan mareada.

Despierto sin saber muy bien dónde estoy. ¿Estoy en el aseo? Recuerdo mi huida hasta que un fuerte dolor de cabeza me impide seguir pensando. ¡José! Tiene que estar esperándome. Consulto la hora en mi reloj de pulsera. Son más de las once de la noche. José tiene que estar a punto de marcharse.

Salgo del aseo y corro en su búsqueda sin éxito alguno hasta que me topo con Marcos, solo.

—¿Dónde estabas? Ana se ha ido... hemos discutido. —No me extraña en absoluto.

—¿Dónde está José? No lo encuentro por ningún lado.

—Sofi... José se ha ido hace una media hora. Me ha dado esto para ti.

Recojo la nota de manos de Marcos y leo.

“En mi vida he conocido a muchas personas que han acabado traicionándome... jamás hubiese imaginado que tú serías una de ellas”.

No puedo dejar que se marche así. He tomado una decisión y tiene que saberlo. Solo espero que Marcos tenga aquí su coche, de lo contrario no llegaré a tiempo.

—Dime que tienes tu coche aquí.

No espero su respuesta. Me descalzo y corro en el frío de la noche hacia el aparcamiento. La escasez de tráfico hace que lleguemos al aeropuerto antes de lo que pensaba. Marcos detiene el Golf en el aparcamiento destinado a los taxistas. Corro por la terminal a pesar de las peticiones de los trabajadores del aeropuerto. Busco la pantalla donde poder informarme de las últimas salidas cuando la megafonía me comunica las malas noticias. A lo lejos, veo como un avión despegá...

—No hemos llegado a tiempo, ¿verdad?

—Marcos llega a mi encuentro—. ¿Y ahora que vas a hacer?

Nada, ya no puedo hacer nada. El hecho



de haberle defraudado de esa forma me entristece sobremanera.

—Supongo que esto es un adiós definitivo.

## 32

Todos mis esfuerzos por concentrarme en el trabajo en los últimos meses se ven frustrados porque no puedo evitar llevar mis pensamientos hacia él. Hace más de cinco meses que se marchó y desde entonces no he vuelto a tener noticias tuyas y el hecho de que me haya bloqueado de todas las formas posibles no ayuda demasiado.

Estoy dispuesta y preparada para volver al trabajo cuando mi teléfono móvil vibra en el interior del cajón de mi mesa de trabajo. Es Marcos. Es raro, no suele llamarme en horario laboral...

—¿No has visto el mensaje de Alfredo? Susana ha tenido a la niña. Voy de camino a la clínica, ¿quieres que pase a recogerte?

—No puedo irme ahora. Me pasaré después del trabajo, aunque no sé si podré...voy algo retrasada en el trabajo. Si no le presento a Jaime el boceto que me pidió la semana pasada estoy acabada.

—¿Puedes encargarte al menos de enviarles una de esas cestas para bebés?

—Cómo decirle que no...

Me alegro mucho por Alfredo y Susana pero si no termino cuanto antes el boceto, Jaime va a mandarme derechita a la lista del paro y me horroriza el hecho de perder mi trabajo.

Son las seis y media de la tarde cuando consigo terminar el boceto. Después de varios intentos fallidos al fin he conseguido dar con el resultado apropiado. Recojo mi mesa, apago el ordenador y tomo camino hacia el despacho de Jaime.

—Espero que vengas con el boceto terminado y no con una excusa más. Se

nos acaba el tiempo de presentar el proyecto.

Sitúo mi bloc de dibujo sobre la mesa, frente a él. Se coloca las gafas de pasta de color negro, toma el bloc entre sus manos y lo analiza con gran determinación. Varios minutos más tarde deja el boceto sobre la mesa, recoge su agenda, consulta sus citas, se quita las gafas y me mira fijamente.

—Ahora comprendo porque has tardado tanto en presentarme tu trabajo. Es fantástico, sabía que no me defraudarías, aunque tengo que reconocer que me tenías preocupado. ¿Hay algo que quieras contarme?

—Me alegro de que te guste... He

estado probando varias cosas pero ninguna me terminaba de convencer. Perdona que haya tardado tanto tiempo. Espero que tu cliente lo acepte.

—Seguro que sí, no te preocupes por eso. —Se pasa la mano por la barba de dos días. Me pregunto en qué estará pensando—. No has contestado a mi pregunta. ¿Tienes algo que contarme? ¿Algún problema?

—Nada importante...

A pesar de la buena relación que tengo con Jaime no quiero contarle lo que me ocurre. Nadie en el trabajo lo sabe. ¿Qué iba a decirles? No puedo sentirme mal por una decisión que he tomado yo. Ahora no me queda más remedio que

vivir con las consecuencias de lo que ya he reconocido como un grave error. Después de lo de Víctor no pensé que volvería a equivocarme. En lo que se refiere a mis relaciones una vez más he errado y no puedo evitar sentirme mal por ello. Y aunque he tenido la tentación de llamarle al menos una decena de veces, acabo colgando. Un miedo atroz recorre mi cuerpo al pensar en la posibilidad de que cuelgue, o que por el contrario aproveche mi llamada para desquitarse conmigo. Casi sería peor su rechazo que el hecho de continuar sin noticias tuyas.

Abandono el despacho de Jaime, recojo mi oficina, bajo las persianas y me

encamino a bajar hasta el parking. Subo al Audi, salgo al exterior tras pasar todo el día encerrada trabajando. El tráfico es horroroso y aún tengo que pasar por alguna tienda infantil antes de ir a la clínica. Entro en el centro comercial, dejo el coche en la primera planta. Subo en el ascensor y corro hacia un cartel informativo para poder buscar una tienda acorde con lo que busco. Tras mirar por las diferentes tiendas reparo en una pequeña tienda de color rosa y lunares blancos. Los productos artesanos de la vitrina me dejan sin palabras. Encargo una cesta personalizada para la pequeña Lucía.

Son más de las ocho cuando consigo adentrarme en el tráfico. Después de que Alfredo y Susana decidieran no celebrar el bautizo de Lucía mi posibilidad de volver a verlo se ha ido al traste. Aparco el coche cuatro calles atrás de la casa de Susana y camino con gran lentitud enfrascada en mis propios pensamientos. Después de que Marcos me asegurara de que José no iba a asistir a la fiesta que han organizado por temas de trabajo, mi esperanza cae por los suelos. Desde ese momento mi tristeza es aún mayor. Quizás debería olvidarme de él. Está claro que va a hacer todo lo



posible por no coincidir conmigo. Esto se ha acabado y para siempre y lo mejor que podría hacer es borrar todo recuerdo de mi cuerpo y de mi mente.

Me detengo frente al portal, llamo al portero y espero a que me abran. Susana me abre en medio de una gran algarabía. La pequeña Lucía debe estar despierta...

Subo por las escaleras hasta la primera planta, llamo al timbre y espero a que me abran la puerta mientras coloco la cesta delante. Susana aparece al otro lado de la puerta.

En efecto, la casa está atestada de

familiares y amigos. Entre el gentío encuentro a Marcos junto a Ana hablando de los más acaramelados. Me acerco hasta ellos y los saludo.

—Hola, Sofía, ¿qué tal? ¿Recuerdas a Ana? La conociste en la boda.

—¿Cómo estás, Ana? Me alegro mucho de verte —la saludo con un par de besos y me marcho en la búsqueda de Susana. Estoy loca por ver a Lucía.

La acompaño a lo largo del pasillo. Dejamos atrás el despacho de Alfredo, el baño principal y una salita de estar. Me invita a pasar al primer dormitorio, junto a la pared de mi derecha encuentro una cuna blanca de madera. Dentro, descansa Lucía ajena a lo que sucede a

su alrededor. La encuentro relajada, el chupete con tonos rosas apenas visible la cubre gran parte de sus minúsculos labios cubriendo parte de sus sonrojadas mejillas. Un pequeño conejo rosa con su nombre bordado la acompaña en su descanso. Echo un vistazo al resto del dormitorio y reparo en una cesta con productos para bebés tan grande que me siento ridícula por los regalos que he elegido.

—Es de José. Nos ha llegado esta misma mañana disculpándose por no haber podido venir a la fiesta de Lucía.

—Las lágrimas que había estado reteniendo durante los últimos meses afloran sin más y cubren mis mejillas

bajo el asombro de Susana que corre a abrazarme—. Vamos, Sofía... no llores...

Saca su teléfono móvil del bolsillo de su pantalón y me lo ofrece. ¿No pretenderá que lo llame? Sí, quiere que lo llame. Pero no puedo, no puedo permitirme que me rechace. Eso acabaría de hundirme por completo. Si es que no lo estoy ya. La pérdida de peso es notable, la falta de sueño también. Sé que tanto mi familia como mis amigos están preocupados por mí. Marta y Nico han sido incapaces de convencerme para que saliera con ellos ningún viernes más desde que él se marchó. Jaime ha tenido que llamarme la atención en numerosas

ocasiones, muchas de ellas dejándose llevar por los comentarios malintencionados de Marisa, que desde que regresé de Londres aprovecha cualquier oportunidad para dejarme en mal lugar. Es increíble que siga culpándome de lo sucedido allí cuando ella y solo ella se puso en la tesitura en la que nos encontramos, intentando dejar fuera al estudio quedándose ella misma con el trabajo y las ganancias. Ante tal oferta, José no pudo más que despedirla. ¿Cómo iba a confiar en alguien que estaba fallando a su jefe? Jaime había confiado en ella para su proyecto más ambicioso y ella no dudó en fallarlo a la más mínima ocasión.

—Vamos, Sofía, llámalo. Soluciona ya este problema. Estoy realmente preocupada por ti y por tu salud. No puedes continuar con este modo de vida autodestructiva. Deberías venir a la clínica, unos análisis no te vendrían nada mal para descartar cualquier problema. No descartaría que tuvieras anemia. —Toma una caja de pañuelos de papel y me los ofrece para secar mis lágrimas—. Te dejo sola por si te decides a llamarlo. Lucía no va a molestarte, duerme como una bendita. Me quedo sola en el silencio del cuarto de la pequeña Lucía. Me acerco hasta su cuna, la arropo con la mantita de lana rosa que tiene a sus pies con la sola

intención de alargar al máximo el momento en el que tenga que llamarlo. Tomo asiento en el sillón más cercano a la ventana, cojo el teléfono de Susana y busco su número de teléfono en la agenda. Sin pensármelo ni un minuto más pulso el botón de llamada y espero al otro lado de la línea tono a tono escuchar su voz después de meses sin tener noticias suyas. Cuelgo cuando es su contestador el que me responde. Dejo el teléfono sobre la cómoda y regreso junto a Lucía que no para de moverse inquieta. Cojo su chupete del colchón y se lo ofrezco. En cuestión de segundos vuelve a quedarse dormida de nuevo. El teléfono de Susana vibra sobre la

cómoda. Su nombre aparece en la pantalla. Silencio la llamada para no molestar a Lucía y me mantengo totalmente paralizada sin saber muy bien qué hacer. ¿Debería responder? Sé cuál es la respuesta, debería responder, disculparme por mi mal comportamiento en la boda y pedirle una cita. Una cita donde poder explicarle lo que siento por él. ¿Y si me rechaza? No quiero que me rechace. Pulso el botón y me llevo el teléfono al oído.

—¡Hola Susana! ¿Cómo estáis? ¿Habéis recibido la cesta? Siento mucho no haber podido ir pero estoy hasta arriba de trabajo... —El silencio se hace al otro lado del teléfono a la espera de una



respuesta. Después de tantos y tantos meses sin oír su voz y ahora soy incapaz de dedicarle ni una sola palabra.

La puerta de la habitación se abre. Susana me sorprende con una bandeja rebosante de comida.

—¡Uy! Disculpa Sofí, pensé que ya habrías colgado. Te dejo aquí la comida, cómetelo todo.

Susana abandona la habitación, cierra la puerta y vuelve a dejarme con la sola compañía de la pequeña dormilona.

—Sofía, ¿eres tú? No... no puedo creer que seas tú... —continúo en silencio a pesar de que José parece alegrarse de que sea yo la que está al teléfono—. Sofí... háblame... por favor...

—Lo siento pero... no puedo.

Doy por finalizada la llamada, dejo el teléfono sobre la cómoda una vez más, recojo mi bolso y me decido a marcharme a casa cuando Susana me irrumpa en el pasillo.

—Tengo que irme, Susi, ¿puedes disculparme con los demás?

—Pero Sofía, espera. ¿Qué ha pasado? ¿Acaso José te ha rechazado?

—No, no lo sé. No he podido hablar con él. He colgado... Ahora tengo que irme, lo siento.

Me echo a un lado, reaparezco en el salón y camino a toda prisa hasta la puerta de salida a pesar de las insistentes llamadas de Marcos. Salgo

del portal y a pesar de que fuera está lloviendo no me molesto en refugiarme o en correr hacia el coche. Para cuando llego al Audi estoy totalmente calada. Saco una manta del maletero y cubro con ella mi asiento para evitar estropearlo con mi ropa mojada. De camino hacia casa mi teléfono no ha parado de sonar ni un solo momento. Llego a casa y sin mirar las llamadas perdidas apago el teléfono y lo abandono sobre la isla central de la cocina. Me pierdo en el interior del aseo y me doy una ducha de agua caliente. El agua limpia mis lágrimas y ahoga mis gritos desconsolados ante la situación tan deplorable que acabo de provocar. ¿Por

qué no he sido capaz de hablar con él? Estoy casi segura de que su voz mostraba sorpresa y un gran alivio al saber de mí. ¿Y si por el contrario me equivoco? No me equivoco, me ha pedido que le hable. Desde la ducha escucho el teléfono de casa. Salgo de la ducha, me envuelvo en el albornoz y corro hacia la mesita de noche para responder cuando encuentro su número de teléfono en la pantalla. Debería contestar y a punto estoy de hacerlo, cuando la llamada se corta en mis manos.

Desde la entrada de casa me sorprende el sonido de la puerta al cerrar. Marcos grita mi nombre mientras camina a mi

encuentro. Contesto, le pido que me de unos minutos y después de vestirme salgo a su encuentro. Lo encuentro nervioso, caminando arriba y abajo del comedor bajo la atenta mirada de Ana que espera apoyada en el sofá mientras consulta su teléfono en diversas ocasiones.

—¿Se puede saber qué te pasa? José está muy preocupado por ti. No entiendo por qué le llamas para después colgarle. ¿Qué te está pasando, Sofía? Haz el favor de encender tu móvil y llámalo. Está dispuesto a escucharte. — Los gritos de Marcos me pillan por sorpresa y una vez más no puedo hacer más que caer en un llanto descontrolado.

—Marcos, creo que no es necesario que la trates así. —La ayuda de Ana me pilla totalmente desprevenida—. Espérame abajo, yo hablaré con Sofía. Tú estás demasiado nervioso...

Marcos protesta algo inteligible, recoge sus llaves y sale de casa sin dirigirnos la palabra a ninguna de las dos. Invito a Ana a beber algo y tomamos asiento en el sofá. Ya más tranquila escucho los consejos de Ana con la única intención de encontrar una solución al problema que he provocado con mi actitud infantil. —¿Ya estás más tranquila? Perdona a Marcos, está muy preocupado tanto por ti como por José. Sé que la situación no debe ser fácil para ti pero tienes que

entender que quizás José necesite que des el primer paso para arreglar lo vuestro... —Las palabras de Ana son bálsamo para mis oídos—. Marcos no ha parado de buscarme hasta que lo he perdonado. Comprendí que no estaba preparado y le di el tiempo que necesitaba al igual que en cierto modo José te lo dio a ti. Ahora, la pelota está en tu tejado. Tienes que tomar una decisión. Ahora voy a dejarte sola para que puedas pensar.

La acompaño hasta la salida, regreso al sofá con el teléfono entre las manos y lo enciendo. Recibo numerosas llamadas perdidas de Marcos y otras tantas de José. Escribo un mensaje informándole

de que está todo bien. No recibo respuesta por lo que abandono el teléfono sobre la mesa de café. Ahora que estoy sola y que el silencio cae como una losa sobre mi cuerpo, los pensamientos se agolpan en mi mente desde el día de la boda de Alfredo y Susana. Intento recordar todos y cada uno de los momentos que he vivido a su lado hasta la noche en la que se marchó. Consulto la hora en el reloj del comedor, son casi las once de la noche. Recojo el teléfono de la mesa, marco su número y espero tono tras tono su respuesta.

—¿Eres tú? —¿Qué pregunta es esa? Pues claro que soy yo—. Me has dejado



muy preocupado, te he llamado al menos cien veces...

—Lo siento. Últimamente no sé lo que hago.

—Susana me ha comentado que no estás pasando por tu mejor momento. La verdad es que yo tampoco. Mira, Sofía... tenemos que hablar y creo que por teléfono no es la mejor opción. La próxima semana viajaré a Madrid. No se lo digas a nadie. Si quieres que hablemos estaré en mi apartamento hasta las cuatro de la tarde del domingo.

La llamada llega a su fin, y no me ha ayudado demasiado saber que por mi culpa él tampoco está pasando por su mejor momento. Después de cinco

meses sumida en la tristeza estoy a cinco días de poner fin a este sufrimiento. El viernes iré a su apartamento directamente desde la oficina. Cuanto antes acabe con esto mejor para todos.

## 34

Viernes.

Son las siete de la tarde. Apago el ordenador, recojo mi agenda, el teléfono del primer cajón de mi escritorio y el bolso. Apago la luz de mi despacho y me preparo para salir de la oficina. Subo al Audi y me adentro en el tráfico madrileño. Hay demasiados coches y

me urge llegar al apartamento cuanto antes.

Después de dar varias vueltas a la manzana encuentro un aparcamiento libre. Dejo mi maletín en el maletero, recojo mi bolso y cierro el coche. Camino decidida hacia el apartamento. Varios minutos después me encuentro frente al portal, llamo al portero y espero respuesta.

Consulto mi reloj de pulsera, llevo más de media hora esperando en la calle. ¿Dónde se habrá metido? Busco el teléfono en el interior de mi bolso, marco su número y tras varios intentos desestimo seguir insistiendo en llamarlo.

—¿Quieres entrar? —Una señora de unos cincuenta años y elegantemente vestida espera mi respuesta con la puerta del portal entreabierta—. Puedes esperar dentro.

Le agradezco la invitación y entro. Busco al portero y le pregunto por José.

—El Señor Vallés no ha venido por aquí desde hace más de un mes. ¿Quiere que me ponga en contacto con él?

Desestimo su ayuda, vuelvo a buscar mi teléfono móvil en el interior de mi bolso y saco su tarjeta de mi cartera. Antes de probar con otros números de teléfono marco su número por enésima vez a la espera de su respuesta. ¿Le habrá

pasado algo? Los nervios afloran en mi interior...

—Disculpe, ¿es usted la Señorita Amaya? —El conserje me interrumpe mientras marco el número de la oficina de José—. El Señor Vallés se ha puesto en contacto con nuestra seguridad y me ha pedido que consulte su correo electrónico.

¿Mi correo electrónico? No entiendo nada. ¿Por qué llama al conserje y no me llama a mí? ¿Por qué no responde mis llamadas?

Entro en mi correo electrónico y espero a que la actualización se actualice. Su correo aparece en la pantalla de mi móvil. El asunto me hace moverme

intranquila bajo la atenta mirada del conserje.

**De:** José Vallés Maestre

**Para:** Sofía Amaya Castañeda **Asunto:** Cambio de planes... Susana, y de que te hayas decidido a llamarme no puedo confiar en ti. Estoy casi convencido de que tendrás otras mil excusas más para hacerme esperar y no estoy dispuesto a seguir haciendo el ridículo contigo. Te dije lo que sentía por ti y no recibí respuesta alguna por tu parte. Esperé durante horas que te dignaras a hablarme durante la boda... No voy a permitirte que sigas riéndote de mí. Ya me has hecho hacer bastante el ridículo.

Después de pensar mucho durante esta semana no me veo con ganas de viajar hasta Madrid y mucho menos de escuchar lo que tengas que decirme. Tu cobardía al teléfono fue tal que dudo mucho que seas capaz de hablar con total sinceridad. Aunque tengo que reconocer que me ha sorprendido que hayas ido a mi apartamento tal y como quedamos. He esperado tu llamada durante cinco largos meses. Meses en los que

he esperado una explicación por tu parte. Tu comportamiento en la boda no pudo ser más deplorable y a pesar de las palabras de

P.D. Susana me comentó que le preocupaba tu estado de salud. La falta de alimentación y de descanso están haciendo verdaderos estragos en ti. En un principio me creí que estabas triste por la situación pero no estoy convencido de que sea así. Tu decisión fue clara, no comprendo porque ahora te arrepientes... sinceramente, Sofía, tú nunca me has querido. Has jugado conmigo. No tienes ningún derecho a sentirte mal. Ahora que te he dejado tirada entenderás como me sentí yo en mi viaje de regreso. Y ni aún así tienes derecho a llorar ni a ofenderte.

Lo mejor será, que tú y yo no volvamos a vernos. Está claro que fue un error pensar que podrías ser la mujer de mi vida.

José Vallés Maestro.

Jamás me habían tratado con tanta

frialdad. Nunca antes me habían hecho sentirme como él lo ha hecho ahora. Abandono el portal en el mayor de los silencios ignorando la despedida del portero. Camino pensativa y completamente hundida por su correo. Subo al coche y conduzco hasta casa sin saber muy bien cómo he llegado hasta el garaje. Subo hasta el ático. En el sofá encuentro a Ana y Marcos viendo una película. Sus caras muestran preocupación al verme llegar. Supongo que mi aspecto no es muy agradable. Aún con el correo en la pantalla les paso mi teléfono mientras me pierdo en el interior de la cocina. Marcos ha terminado de leer el correo y ahora es



Ana quien lo está leyendo. Tomo un poco de agua y me pierdo escaleras arriba. Entro en mi oficina, enciendo el portátil y entro en mi cuenta de correo electrónico. Releo una y mil veces su e-mail sin creerme que haya sido capaz de dirigirse a mi de ese modo. Mi forma de ser me impide dejarlo pasar. Quiero contestarle, quiero ser más sincera que nunca, quiero que se trague una por una sus palabras.

**De:** Sofía Amaya Castañeda **Para:** José Vallés  
Maestre **Asunto:** (sin asunto)

modo. Tengo que cerrar este capítulo en mi vida y mientras que no me sincere contigo no podré hacerlo.

Jamás pensé que podrías tratarme tan mal como lo has hecho hoy, aunque sé que no soy quien para echarte nada en cara, no puedo creer que me hayas hecho algo

así.

Podría darte mil y un motivos para explicarte porque no me he puesto en contacto contigo durante estos meses, pero el principal ha sido que hicieras esto precisamente. Desde que te marchaste no he dejado de arrepentirme de mi comportamiento y el hecho de que pudieras rechazarme, me daba un miedo atroz. Quiero que sepas esto aunque ahora no confíes en mí. No te culpo, yo tampoco creería en alguien como yo.

Ahora mismo no se muy bien como continuar hablando contigo después de haber decidido apartarme de tu vida para siempre. Pero hay algo que me empuja a hablarte con total claridad. Al fin y al cabo eso es a lo que he ido esta tarde a tu apartamento.

Sí, a mí también me sorprende haber reunido el suficiente valor para enfrentarme a ti pero creo que después de todo este tiempo y tras hablar con Susana, Marcos y Ana no puedo continuar de este

Ante todo quiero decirte que voy a respetar tu decisión y después de esto no volverás a saber nada más de mí.

Será como si nunca me hubieras conocido.

Lo primero que quiero hacer es disculparme no solo por mi comportamiento en la boda sino por todos los momentos en los que te he hecho sentir mal. Ahora sé bien cómo te sientes y sé que no te lo mereces en absoluto.

Para terminar con esto quiero que sepas que mi respuesta era sí. Sí, José. Aunque no te lo creas, ya que no confías en mí. Lo que me une a ti no es una simple atracción. Con el tiempo he aprendido a quererte, a echarte de menos, a que tus palabras malintencionadas me duelan, a echarte de menos...

Pero ahora es demasiado tarde para todo esto. No es que no confíes en mí, es que ya has decidido borrarame de tu vida. Respeto y respetaré tu decisión.

Sin más que decirte me despido para siempre.  
Sofía.

Pulso el botón de enviar y espero a que

la notificación de que se ha enviado correctamente llegue. Enviado. Cierro mi cuenta, apago el ordenador y regreso a la planta baja. En cuanto me ven aparecer Marcos y Ana dejan su conversación a la espera de algún comentario por mi parte. Quizás en otro momento pueda hablar de lo que acaba de ocurrir, pero ahora, no, ahora no. Ni yo misma sé muy bien lo que acaba de ocurrir. Recojo el teléfono de la mesa de café, doy las buenas noches y me pierdo en la intimidad de mi cuarto. Abandono el móvil en la mesita de noche y me preparo para darme una ducha.

Ya con el pijama puesto no puedo evitar mirar la pantalla del teléfono por si

tuviera alguna llamada suya aunque sé, más que de sobra que no me llamará. Entro en mi cuenta de correo electrónico. Aún no lo ha leído, o quizás lo ha eliminado sin más. Es muy probable que no quiera recibir ninguna explicación por mi parte. No tendría que haberle escrito. Ha sido muy claro. Se acabó. Ya no soy nada ni nadie para él. Aún no puedo creer que haya hecho algo así. Él... que tanto decía quererme...

Enciendo la pantalla decidida a eliminar su correo electrónico de mi lista. Mensaje leído. Así que se ha dignado a leerlo... ¿y ahora qué? ¿Puedo tener la más mínima esperanza de que me llame o al menos de que me conteste al e-

mail? Paso largos minutos con el teléfono en mano a la espera de noticias tuyas. ¿Qué estoy haciendo? Me siento totalmente ridícula. Es muy probable que él ya esté haciendo su vida y la sola idea de imaginármelo con otra mujer me llena de celos.

Por suerte, la puerta de mi dormitorio se abre. Ana aparece tras ella.

—¿Puedo pasar? —Abandono el teléfono sobre la mesita y la pido que tome asiento sobre mi cama. —Marcos ha llamado a José... le ha dicho que le has escrito...

En pleno silencio le paso mi móvil aún con mi correo en la pantalla y la invito a leerlo.

—¡Vaya! ¿No te ha contestado? —Niego con la cabeza—. Quizás sea lo mejor, ¿no crees?

—La verdad es que no sé qué decirte, tengo sentimientos contrariados ahora mismo. No... no esperaba que se dirigiese a mí de ese modo, ni que me dejara tirada en su apartamento. Es algo con lo que no contaba.

—Quizás si Marcos habla con él...

Desestimo la ayuda de Ana, apago mi teléfono y me dispongo a acostarme. Solo quiero que acabe este día de una vez por todas.

Dos años después.

Me despierto empapada en sudor. Después de meses sin tener una pesadilla el hecho de saber que está en la ciudad ha provocado que vuelva a soñar con él. A pesar de que Marcos ha evitado hablar de él sé que lleva unas dos semanas en la ciudad.

Consulto la hora en el teléfono, son las ocho de la mañana y como cada sábado de feria, Marcos ha madrugado. Él vendrá a buscarlo y se irán a pasar todo el día fuera.

Leo varios whatsapp de las chicas. Quieren que quedemos para ir a comer.



Hoy no es un buen día, no después de que él haya vuelto a mis pensamientos. No después de una noche más de pesadillas.

Aún en pijama e ignorando una ducha que me es muy necesaria camino hacia la cocina. Necesito un café bien cargado. Marcos me da los buenos días con un beso en la mejilla.

—Vaya cara. ¿Has pasado mala noche?

—He tenido otra vez las malditas pesadillas.

—Joder, Sofía, no puedes seguir así. ¿Quieres que...? —No lo dejo terminar. Sé muy bien cómo acaba esa frase y no quiero escucharla.

Su último correo aún ronda por mi mente y aunque he conseguido enderezar mi vida con él, soy incapaz de olvidarlo.

Recojo mi taza de la cafetera, la aferro con fuerza entre mis manos y camino hasta el salón con ella. Centro mi mirada en el exterior a través de la cristalera. Fuera, Madrid continúa con su ajetreada mañana de sábado ajeno a mis pesadillas. Después de meses pensaba que lo había superado. El hecho de que haya regresado a mi vida dispara mis nervios por completo. Ajeno a mis pensamientos, Marcos se despide de mí con un beso en la mejilla.

Vuelvo mi vista al exterior y agradezco

que desde aquí no pueda ver su coche, ni como sale a recoger a Marcos. A lo lejos, sentada en la parada del autobús encuentro con la mirada una chica, y aunque la distancia desde aquí es mucho juraría que podría ser de mi edad. Un hombre corre a su encuentro. La abraza, levantándola del suelo unos centímetros y la besa. La imagen me lleva hasta el distrito financiero de Londres. Camino hacia George huyendo de él que finalmente me alcanza y me besa bajo la atenta mirada de decenas de abogados.

Huyo de los recuerdos, huyo de él y huyo de la imagen que me llega del exterior. Terminó con mi café, dejó la taza en el interior del fregadero y me

cuelo en la ducha y él conmigo. Incapaz de pronunciar su nombre, las imágenes de mi última pesadilla se vuelven más nítidas segundo a segundo. Con el pensamiento centrado en él salgo de la ducha, me visto y me peino con mi ropa de deporte para salir a correr. Quizás de esa manera logre borrarlo de mi mente.

Llego a casa completamente agotada sin haber conseguido lo que tanto necesito. Vuelvo a la ducha y en esta ocasión me preparo para hacer una visita al Museo del Ferrocarril. Sin saber muy bien lo que estoy haciendo y dejándome llevar por el momento llamo a Pascual, mi taxista para que me recoja lo antes posible.

Estoy segura al cien por cien de seguir adelante con la decisión que he tomado apenas unos minutos atrás. Si el e-mail marcó un antes y un después en mi vida lo que ocurra hoy en la feria será aún más importante. El hecho de enfrentarme a él cara a cara cambia todo por completo.

—¿Cómo estás, Sofía? Hacía mucho que no sabía de ti. —Teclea la dirección en el navegador e iniciamos la marcha—. Hace poco llevé a tu amiga, la de la niña. Fue a la clínica para una revisión.

—¿Y tú como estás, Pascual? ¿Cómo están tus hijos? —Esos chicos van a quitarme la vida. El mayor se me quiere

hacer militar y al pequeño se le ha antojado dejar el instituto. Y como mi mujer les consiente en todo yo soy el malo de la película.

El hecho de entablar una conversación con Pascual me entretiene sobremanera, lo que produce que mi nerviosismo se apacigüe, hasta que el taxi se detiene a la entrada del museo.

Me dejo llevar por el gentío que camina hacia la entrada del museo. A la entrada, un viejo vagón me informa de que estoy en el lugar exacto. Invasada por los nervios, me dejo llevar en semiinconsciencia a través de la cola de personas que se encaminan hacia el interior de la antigua estación.

—¿Una entrada para adultos? —Una mujer rubia, con unas pequeñas gafas de cristal ligeramente apartadas de los ojos me despierta de mi ensimismamiento—. Disculpe, señorita. ¿Quiere una entrada para adultos?

Adquiero mi entrada bajo la atenta mirada del vigilante de la estación. Me abro paso entre el gentío, un par de azafatas verifican mi entrada y me dan la bienvenida a la feria. Ajena a los puestos de juguetes me dejo llevar por la fascinación que siento mientras disfruto de la visita a una serie de trenes de mercancías y pasajeros de distintos siglos. Camino por el pasillo central fascinada por la belleza de un sitio tan

particular como este, cuando soy consciente de que he olvidado mi plan inicial. Alzo la vista, miro a un lado y a otro y ni rastro de ellos. ¿Cómo voy a encontrarlos aquí? ¿Y si ya se han marchado? Camino sin rumbo fijo, sin mantener la mirada en un punto exacto, buscando entre el gentío lo que tanto ansío encontrar. Algo me hace tropezar y sin más caigo de bruces bajo la atenta mirada de los visitantes y compradores. De la nada, una mano me ofrece la ayuda que necesito. Consigo levantarme, recojo mi bolso del suelo y levanto mi mirada hacia mi ayudante para agradecerle su ayuda cuando lo encuentro frente a mí.



—¿Marcos! —El corazón se me detiene. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué voy a decirle a Marcos ahora?

—¿Ocurre algo, Sofía? —Las palabras se pierden antes de salir de mi boca—. No entiendo muy bien que haces aquí... Busco con la mirada a un lado y a otro y me alegro ver que estamos solos. Ni rastro de los chicos, ni rastro de él.

—No ha sido buena idea venir, me voy a casa.

Dejándolo con la palabra en la boca doy media vuelta. Con paso firme y decidido me encamino hacia la salida abriéndome hueco aquí y allá hasta que consigo llegar a la salida. Fuera, tomo aire. La imagen del viejo vagón me recuerda lo

absurdo de mi comportamiento, huyendo como una cobarde, una vez más...

Camino calle arriba hacia la salida de la antigua estación. Tomo asiento en el primer banco libre que encuentro en mi camino. Hundo la cara entre mis manos a la espera de que las ideas vengan a mí sin éxito alguno. La desesperación se apodera de mí.

—Sofía, es hora de ir a casa. Vamos, levántate de ahí. —Cuando levanto la vista hacia Marcos lo encuentro a él a su lado con la mirada fija en mí—. José te llevará...

José... Está aquí... Tan...tan... arrebatadoramente atractivo como siempre... Lo he echado tanto de

menos... y me gustaría tanto abrazarlo... pero, estoy completamente inmóvil, paralizada.

Marcos se acerca a mí, besa mi mejilla y me da un par de golpecitos en el hombro para infundirme el valor que necesito. Desaparece calle abajo de regreso al museo.

Ahora estamos a solas. José y yo. Solos. Sin decir una sola palabra toma asiento a mi lado, se pasa ambas manos por su abundante melena, como lo hacía cada vez que conseguía ponerle de los nervios. Del bolsillo derecho de su pantalón vaquero saca una cajetilla de tabaco, elige un cigarrillo del interior y lo enciende. Tras un par de caladas lo

tira al suelo y abre la puerta al instante. Abandona su asiento, me toma de la mano y me obliga a levantarme. Camina tan rápido que casi tengo que correr para poder alcanzarlo. Caminamos sin rumbo fijo hasta detenernos en un parque cercano. Suelta mi mano y se aparta ligeramente de mí. Inmóvil, vigilo cada uno de sus movimientos hasta que se detiene frente a mí. Rodea mi cintura y me atrae hacia él en un largo e intenso abrazo. Inhalo su perfume, cierro los ojos y me relajo entre sus brazos. Cierro los ojos, me estremezco cuando posa su mano en mi mejilla y me acaricia. El tiempo se ha detenido y lucho contra la idea de que lo que está ocurriendo no

sea otra de mis pesadillas. Abro los ojos cuando se aparta ligeramente de mi lado.

—Vamos a tu casa, tenemos que hablar.

—Hace una pausa antes de comenzar a andar, me mira y me toma de la mano una vez más—. Tengo el coche al otro lado de la calle. ¿Cómo has venido hasta aquí? ¿Has traído tu coche?

Niego con un ligero movimiento de cabeza ante mi imposibilidad de hablar. Tira de mí y volvemos a caminar a la misma velocidad que antes. Corro tras él hasta que encuentro el BMW aparcado en zona azul.

Abre la puerta del acompañante y me invita a tomar asiento. Rodea el

vehículo, abre su puerta y toma asiento. Arranca, enciende la radio y sube el volumen hasta que Madonna está a punto de reventarme los tímpanos. Posa su mano en mi rodilla, la aprieta ligeramente y me dedica su sonrisa, aquella que solía dedicarme... los recuerdos me invaden y no puedo parar de preguntarme cómo he sido capaz de olvidarla.

Se adentra en el tráfico con demasiada brusquedad, acelera y no puedo más que aferrarme al cinturón de seguridad. Llegamos a casa antes de lo que esperaba, damos varias vueltas a la manzana hasta que aparcamos en un espacio libre cerca del portal. Me ayuda

a salir del BMW, toma mi mano y volvemos a caminar a toda prisa.

—Vamos, las llaves... —Busco en mi bolso, saco las llaves y me las quita en un abrir y cerrar de ojos.

Abre el portal, acelera el paso hacia el ascensor, pulsa el botón de llamada y me atrae hacia él.

—Si este maldito ascensor no llega de una vez no tendré más remedio que subirte sobre mi hombro y subir las escaleras.

No contesto, solo rezo porque el ascensor llegue. No quiero que me suba sobre su hombro. Eso nunca acaba bien. Por suerte para mí el ascensor se abre ante nosotros antes de que estemos

camino a las escaleras. Ya en su interior me acorrala contra la pared del ascensor hasta que nuestros cuerpos se rozan por completo. Antes de besarme las puertas se abren en la planta de los áticos. Se aparta con brusquedad y corre a abrir la puerta de mi casa. Se echa a un lado y me invita a entrar.

Me bajo de los tacones y corro a refugiarme en mi sofá. Un segundo después lo encuentro a mi lado, con la mirada fija en mí a la espera de que me decida a hablar de una vez por todas.

—Supongo, que si has ido hasta el museo sería para hablar... ¿vas a mantenerte en silencio durante mucho más tiempo?



Tomo aire, abandono el sofá y nerviosa camino sin parar alrededor del salón buscando las palabras exactas antes de dirigirme a él. Dios mío, ¿cómo voy a hablarle si soy incapaz de pronunciar su nombre?

—Ya que sigues sin dirigirme la palabra, déjame que sea yo el que empiece a hablar... —Se levanta del sofá y aunque yo no paro de andar arriba y abajo se acerca hasta mí todo lo que puede—. Hay algo que me gustaría decirte antes de que... bueno, supongo que recordarás el último correo que te envíe.

—Ni se te ocurra recordármelo. Estuve horas esperando a que llegaras. —

Cuento hasta tres antes de continuar atacándole—. Antes que nada me gustaría disculparme contigo, mi comportamiento en la boda de Rosi y Mario no fue el adecuado. Te juro que iba a decirte que sí... Cuando salí de los servicios ya no estabas. Ana se había ido también... Marcos me llevo lo más rápido que pudo hasta el aeropuerto pero cuando llegamos, tu vuelo ya había despegado.

En un movimiento rápido y apenas apreciable vigilo su semblante para saber si debo continuar o si por el contrario debería cerrar la boca y esconderme en el último rincón de la tierra.

—Sofi, déjame que te...

—Calla, si me interrumpes ahora no seré capaz de continuar. —Tomo aire y prosigo con mis explicaciones—. Quise llamarte para disculparme, me aterraba el solo pensamiento de que me rechazaras. Marque tu número decenas de veces y borraba tu número mil veces más... Cuando nació Lucía tuve la esperanza de que vinieras, creí que podríamos arreglarlo pero estaba claro que no querías verme. Cuando Susana me enseñó la cesta que les habías enviado y te nombró me vine abajo. No podía parar de llorar y Susi insistió en que te llamara. Y bueno, ya sabes lo que pasó después. Si Susi no hubiese

entrado, no sé si hubiera hablado. Cuando oí tu voz al otro lado de la línea me quedé totalmente paralizada...para no variar...

Toma asiento en el sofá, se pasa ambas manos por su larga melena y posa sus ojos en mí a la espera de que continúe.

—Cuando leí tu correo no sabía ni cómo sentirme, no supe reaccionar así que subí hasta la oficina y te escribí. Fue verdaderamente horrible no recibir respuesta... así que supe como te sentiste tú cuando yo... bueno, cuando...

— Soy incapaz de decirlo. Es horrible —. Después de aquello no volví a dormir bien en mucho tiempo. Las pesadillas se repetían noche tras noche

hasta que de repente, una noche cesaron sin más, hasta hoy mismo. Después de beberme un café, salir a correr y darme una ducha decidí que tenía que acabar con esto. No estaba dispuesta a que las pesadillas regresaran una vez más. Así que, bueno, llegué al museo, rodé por el suelo, Marcos me encontró y yo corrí a la calle sin saber muy bien qué hacer. El resto ya lo sabes, nuestro querido amigo con ese afán de arreglarlo todo te llevó hasta la calle y aquí estamos...

—¿Y ya? ¿No tienes nada más que decirme? —¿Y qué más quiere? Ya he dicho todo lo que tenía que decir—. Quiero que termines lo que has ido a hacer al museo. Sofía, ¿a qué has ido al

museo?

¿Acaso no está claro? Tomo asiento frente a la barra de cocina, apoyo mis brazos en ella y escondo mi cara entre mis manos.

—Necesito saber que has ido a hacer allí, necesito que me lo digas.

—Mira, José, si te estás riendo de mí, esto no tiene gracia. Sé que no me comporté como debía pero creeme que ya lo he pagado con creces.

Se levanta del sofá, camina con paso decidido hacia mí y me obliga a abandonar mi asiento. Atrapada entre su cuerpo y la pared soy incapaz de moverme. Toma mi rostro entre sus manos y me besa con pasión dejándome

sin respiración.

—¿De verdad crees que me estoy riendo de ti? —Niego con un leve movimiento de cabeza—. Vamos, Sofía, termina lo que has empezado.

Reúno todo el valor que necesito para enfrentarme a él y lo beso yo también. Rodeo su cuello mientras él me abraza, atrayéndome hacia él. Nuestros corazones se aceleran, recibo su respiración entrecortada que se acompasa con la mía.

—¿Tienes las llaves de tu apartamento aquí? —No espero su respuesta, lo único que quiero es marcharme de aquí cuanto antes—. Si nos quedamos aquí no estaremos a solas, vámonos.

—Hay algo que me gustaría hablar contigo... Estoy en plena preselección para que uno de mis abogados venga a dirigir las oficinas de Madrid. Estoy pensando que ahora que tú y yo hemos arreglado lo nuestro, debería ser yo quien dirija desde aquí.

—¿Y qué hay de Londres?

—Lo mejor que puedo hacer es dejar a George al cargo. —No sabía que George era abogado.

—Nena, te sorprendería saber todo lo que puede hacer



ese hombre. Mañana regreso a Londres, organizaré todo y supongo que podré estar de regreso a mediados de esta semana. Es lo bueno de vivir en un hotel, las mudanzas son la mar de cómodas. Ya se encargará alguien de recoger todas las cosas de mi oficina. — Se mantiene en silencio durante unos segundos para continuar más tarde—. Supongo que tendré que darles un par de semanas libres a Santiago, Roberto y Adela, o quizás más... no sé cuanto tardarán en reorganizarse con la mudanza.

Unas semanas más tarde.

Como cada mañana enciendo el ordenador de mi oficina y me preparo

para un día más de trabajo. Consulto las citas de hoy y recuerdo que tengo que comer con el Señor Figueroa, socio y amigo del Señor Carbonell, uno de nuestros mejores clientes.

Descuelgo el teléfono, marco el número de la oficina del Señor Figueroa y confirmo la cita con su secretaria.

A la una en punto me dispongo a salir de la oficina, pido la tarjeta de la empresa a Marta y salgo a la calle. Hoy hace más calor que en los últimos días, tendré que llegar al restaurante cuanto antes si no quiero empezar a sudar.

—Señor Figueroa, soy Sofía Amaya Castañeda, encantada de conocerle. Espero que el restaurante sea de su

agrado.

—Estoy seguro de que sí, Jaime tiene muy buen gusto... —Será mejor que ignore sus palabras si quiero que el negocio prospere.

Dos horas más tarde.

—No estoy seguro de si debo cambiar la decoración de mi oficina... el caso es que mi Señora está convencida de que un cambio nos vendrá bien, eso y que se muere de envidia de que la Señora Carbonell haya vuelto a redecorar su casa...

—Disculpe, perdone que los moleste. No he podido

evitar escuchar su conversación.  
Permítame que me presente. Soy José Vallés Maestre, abogado y empresario.

—¿Se puede saber qué hace aquí? ¿Qué se supone que está haciendo?— Casualmente tengo por aquí las fotografías del trabajo que hizo la señorita Amaya en mis nuevas oficinas de Londres... señorita Amaya, es un verdadero placer volver a verla.

Me quedo sin palabras ante tal comportamiento.

No puedo creer que esté haciendo algo así. ¿Por qué se entromete en mi

trabajo? El Señor Figueroa toma la tablet entre sus manos y verifica mi trabajo bajo las explicaciones de José.

—¿Cómo ha dicho usted que se llama?

—Soy José Vallés Maestro.

—¿No es usted el hijo de Fernando Vallés, el gran empresario hotelero?

—El mismo. Desde la dirección de mi bufete llevo todo el tema legal de la cadena. Bueno, y dígame, ¿qué le parece el trabajo de la señorita Amaya? Permítale que insista en su profesionalidad y en su buen gusto. Si la contrata no se va

a arrepentir.

—No entiendo porqué tiene tanto interés en que llegue

a un acuerdo con la Señorita... —Yo tampoco...y eso me saca de mis casillas...

—Porque cuanto antes firme el contrato con la señorita

Amaya, más tiempo libre tendremos nosotros para hablar de negocios.

—Vaya, señor Vallés... usted no se anda con rodeos. Y

eso me gusta. —Del interior de su chaqueta saca una pluma estilográfica, toma el contrato del interior de la carpeta y sin

más que hablar firma el contrato—. De acuerdo, señorita Amaya, está usted contratada. Mi secretaria se pondrá en contacto con usted para ultimar los detalles de lo que me va a costar el nuevo capricho de mi mujer. Por el dinero no hay problema, usted pase las facturas a mi oficina. Todas las dudas que pueda tener consúltelas con mi secretaria. Abandono el restaurante sin saber muy bien qué es lo que acaba de ocurrir en su interior. No recuerdo haber comentado a José que comería con el Señor Figueroa, ni

mucho menos que estaba en plena negociación con él. O me ha estado siguiendo o ha estado consultando mi agenda a mis espaldas. Por más que pienso no consigo entender que hacía en el restaurante. Aunque no tengo intención de quedarme con la duda. Si me conoce bien sabrá más que de sobra que pienso aclarar esta situación y lo haré esta misma tarde. Espero por su bien que tenga una buena explicación para este comportamiento.

Regreso a la oficina, me reúno con Jaime para confirmar el acuerdo con el Señor Figueroa para más tarde ponerme



en contacto con su secretaria y así comenzar lo antes posible con el trabajo. Será mejor para todos mantenerme ocupada. Si sigo pensando en lo que acaba de hacer, dejaré la oficina para ir a buscarlo y no saldrá bien parado. Son más de las siete de la tarde cuando me decido a salir de la oficina. Subo al Audi, arranco y salgo del parking privado en dirección al apartamento de José. Veinte minutos más tarde estoy en los alrededores de su edificio. Doy varias vueltas a la manzana y tras unos

minutos más, consigo aparcar. Camino con paso decidido hacia el apartamento con la única intención de conseguir la aclaración que necesito para su comportamiento de este mediodía.

Espero con verdadera ansiedad la llegada del ascensor a la primera planta. Tengo que terminar con esto cuanto antes.

Las puertas se abren. José me recibe desnudo de cintura para arriba. Me sonrío y se lanza a besarme. Lo esquivo, me echo a un lado y camino decidida

hacia el interior del  
salón bajo la atenta mirada de José.

—Cariño, ¿qué te ocurre? Ven, dame un beso. —Si hay algo que no soporto, en una persona es que me tome por idiota.

—Sofí, nena... No entiendo nada.

—Ya ni siquiera quiero saber qué hacías esta mañana en el restaurante y mucho menos el porqué de tu gran intervención. Ahora bien, si vuelves a meterte en cualquier tema referente a mi trabajo, si vuelves a irrumpir en una negociación, si presionas a mis clientes, si mientes a mi jefe te las verás conmigo.

Lo dejo a un lado, entro en el ascensor y

me marcho  
sin tan siquiera despedirme. Atravieso  
el portal y camino  
bajo el calor de la tarde de regreso  
hacia el A3 obviando  
el insistente sonido de mi teléfono que  
no ha parado de  
sonar desde que he salido del  
apartamento. Totalmente  
segura de que las llamadas son de José,  
decido ignorarlas  
por completo. Después del día que he  
tenido no quiero más  
que llegar a casa y relajarme, aunque no  
me vendría nada  
mal hacer algo de ejercicio para  
despejarme.

Tal y como había decidido, llego a casa, me deshago de mi ropa de trabajo para ponerme la ropa de deporte y así hacer algo de ejercicio. Hoy no me vendría nada mal ese saco de boxeo que tantas y tantas veces me ha sugerido José.

Llego puntual a la oficina y después de beberme un segundo café con Marta me dispongo a trabajar en el nuevo proyecto. Verifico los e-mails que me ha enviado la secretaria del Señor Figueroa y comienzo con la creación de los bocetos cuando el teléfono de la oficina me interrumpe.

—Sofía... a mi oficina, ahora. —El tono en las palabras de Jaime me desconciertan por completo.

Dejo mi trabajo, recojo mi teléfono móvil del cajón de mi escritorio y me decido a ir hasta su despacho. Llamo, y al instante recibo la orden para que entre. Mi sorpresa no puede ser mayor cuando lo veo sentado al otro lado de la mesa. ¿Qué hace aquí?

—El Señor Vallés me ha sorprendido con una grata sorpresa. Después de varios años sin saber nada de él, ha tenido la delicadeza de venir a contarme que mantiene una relación personal contigo. Me sorprende que no me hayas comentado nada.

La puerta del despacho se abre sin más interrumpiendo nuestra conversación.

—Marisa, ¿acaso no sabes llamar a la puerta?

—Señor Vallés, usted por aquí...

La sorpresa de Jaime va en aumento a cada segundo. Si Marisa abre la boca y lo hará, estaré en problemas y todo gracias a él. ¿Acaso no me expliqué con claridad?

—Supongo que Sofía podrá explicarte mejor quién es ya que trabajó con él en Londres... El señor Vallés era el Director General de London Association. ¿No lo sabías, Jaime?

Marisa abandona el despacho con una sonrisa que cubre gran totalidad de su

rostro. José se pasa ambas manos por la abundante melena mientras Jaime no deja de mirarnos atónito a la espera de una explicación.

—Señor de la Vega...permítame que le de las explicaciones necesarias para aclarar esta situación. Ante todo y por respeto a usted, quiero informarle que no voy a presentar denuncia por el incumplimiento de contrato de su trabajadora. —No puedo creer que haya dicho algo así—. Conocí a Sofía gracias a un amigo en común. Quiero que sepa que siempre que he contratado sus servicios ha sido por mero interés profesional. Ante todo para mi lo primero es el trabajo y quiero a grandes



profesionales a mi lado, como en este caso la señorita Amaya.

—¿Por qué mantuvo el anonimato si ya había contratado nuestros servicios con anterioridad? —pregunta Jaime un tanto ansioso de información.

—Tras conocer más a fondo a la Señorita Sofía y tras dejarme claro en numerosas ocasiones que no mantendría una relación con un cliente decidí a mantener mi anonimato para que no se inmiscuyera en mis planes laborales con su estudio. —Si pudiera desaparecer en este mismo instante lo haría sin dudar—. De hecho, y para que usted vea que estoy siendo sincero, en ningún momento, al menos inicialmente exigí

los servicios de la señorita Amaya sino que fue usted el que me envió a Marisa como representante. Para continuar me gustaría que Marisa nos acompañara...

Jaime descuelga el teléfono, marca una extensión y manteniendo el mismo tono de autoridad que conmigo, ordena a Marisa a que nos acompañe en la reunión que estamos manteniendo. Apenas unos segundos más tarde Marisa reaparece con su habitual altanería.

—Marisa, estoy dando ciertas explicaciones, pero en este momento me pregunto si no te gustaría a ti comentarle a Jaime el motivo real de tu despido en Londres.

La estupefacción de Marisa no puede ser

mayor. Su altanería ha desaparecido por completo ante las palabras de José.

—Bien, como parece ser que la Señorita Marisa no encuentra las palabras exactas para explicarse seré yo quien le explique el porqué de los verdaderos motivos del despido de su trabajadora. Minutos antes de firmar el último contrato, Marisa me sugirió que firmara con ella un contrato en exclusividad manteniendo a un lado a su estudio. En un primer momento pensé que no era una mala idea, puesto que el hecho de pagar a una persona o a un estudio me era totalmente indiferente. Minutos más tarde, y cavilando en la oferta de la Señorita Marisa pensé que si podía

traicionar la confianza de la persona que había confiado en ella para este trabajo por qué no iba a hacerlo conmigo...

El silencio se hace hueco en el interior del despacho. Jaime deja caer todo su peso contra el respaldo de su sillón. Se cruza de brazos, fija su mirada en Marisa y niega en varias ocasiones con la cabeza.

—Marisa, después hablaré contigo. Ahora me gustaría continuar con las explicaciones del Señor Vallés.

—Pues bien, será mejor que continúe. Después de lo sucedido con la señorita Marisa tomé la decisión de despedirla. Fue entonces cuando envié a mi hombre de confianza y exigí la contratación

inmediata de la señorita Amaya. Si Sofía no le contó toda la verdad fue porque firmó un contrato de confidencialidad si no lo recuerda. A pesar de que en estos momentos, Sofía y yo mantengamos una relación, quiero que sepa que siempre que he contratado a la señorita Amaya ha sido por su profesionalidad. Si no confía en mi palabra puede consultar el informe que los miembros de la Junta Directiva le enviaron.

El silencio de Jaime no hace más que disparar mis nervios por completo. ¿Querrá despedirme ahora que sabe que estoy saliendo con un cliente? Aún no me puedo creer que José me haya hecho

algo así. ¿Por qué?

—Ahora mismo no me encuentro en situación de valorar todos los datos que usted me ha ofrecido, entre otras la deslealtad de Marisa. La verdad es que no me esperaba algo así. Lleva trabajando tantos años conmigo que no imaginé nunca que pudiera comportarse de ese modo y mucho menos siendo una persona de mi completa confianza. Ese hecho me tiene completamente paralizado en lo que se refiere a un despido.

—Permítame ponerme a su completa disponibilidad judicialmente hablando. Si necesita un abogado que encuentre cualquier fallo legal en el contrato de

Marisa ese soy yo.

—Le agradezco su ofrecimiento pero lo que me une a Marisa no es solo un contrato, es algo más personal. — Con gran esfuerzo debido a su sobrepeso, Jaime abandona su asiento y camina hacia José—. No quiero ser descortés pero si me lo permite me gustaría quedarme a solas con Sofía. Podremos reunirnos en cualquier otro momento, si usted lo desea.

—De hecho, me gustaría organizar una cena con mis socios, usted y Sofía. Le llamaré en las próximas semanas... Ahora será mejor que los deje a solas, de hecho debería estar trabajando. Ya a solas con Jaime y manteniendo el

peso del silencio sobre mi cuerpo, no sé muy bien si debería iniciar una conversación o si por el contrario debería esperar a que sea Jaime quien rompa con el silencio.

—Sofía, lo mejor será que dejemos pasar todo lo que acaba de ocurrir. Puedes volver a tu trabajo cuando quieras.

—Jaime, si me lo permites quiero que sepas que jamás he tenido intención de mentirte u ocultarte información. Si inicié una relación con José fue siempre bajo la condición de que no volvería a trabajar para él.

Regreso al trabajo preocupada por la situación que me ha impuesto José, con



la inmadurez que le caracteriza en más ocasiones de las que me imaginaba. Es impasible a una negación y eso me hace pensar que la situación monetaria de sus padres quizás lo haya convertido en el hombre insistente que es ahora, ese que no permite un no por respuesta. Si supiera cuanto odio ese comportamiento tan inmaduro por su parte... Lo mejor que puedo hacer en este momento es centrarme en el que de momento es mi trabajo. Si por lo contrario, José invade mis pensamientos seré incapaz de concentrarme y no estoy en disposición de fallar en estos momentos.

Llego a casa sobre las ocho de la tarde después de realizar algunas compras.

Dejo el bolso en la entrada y apago el teléfono con la única intención de no recibir noticia alguna de José. Aunque, si es un poco inteligente, hoy no se atreverá a llamarme. No es el momento. Hoy no.

Dejo la compra sobre la isla central y me pierdo en el interior de mi dormitorio dispuesta a darme una ducha. Por suerte mañana ya es viernes y podré descansar...ha sido una semana de locos y necesito un descanso bien merecido.

Después de la ducha me dispongo a preparar algo de cenar. Elijo del interior de la nevera varias verduras y me dispongo a prepararme una ensalada

cuando el timbre de la puerta me interrumpe en mis quehaceres.

Corro a abrir la puerta convencida en que es Marcos que ha vuelto ha dejarse las llaves en casa. Mi sorpresa no puede ser mayor cuando es José el que aparece tras la puerta principal. No logro entender cómo ha tenido el valor para presentarse aquí.

Con la intención de mantener las distancias lo dejo entrar sin saludarle. Regreso a mi lugar en la cocina y reinicio mi labor culinaria bajo la atenta mirada de mi acompañante que espera con paciencia a que me dirija a él.

—Te he estado llamando, ¿sabes que tienes el teléfono apagado?

—Lo he apagado porque no quería hablar contigo.

—Qué directa...

—Pues debe ser que no me explico con claridad, porque ayer creo recordar que te pedí claramente que no te metieras en lo que se refiere a mi trabajo y hoy te ha faltado tiempo para presentarte en el despacho de mi jefe y soltarle la gran noticia.

—Ayer me dijiste que no mintiera a Jaime y más sincero no he podido ser. No entiendo por qué me hablas en ese tono. ¿No era lo que querías?

¿Acaso se está riendo de mí? No puedo

creer que tenga la desfachatez de presentarse aquí como si no hubiera pasado nada.

—¡José, que no te metas en mi trabajo, joder! ¿Cómo quieres que te lo explique? Jaime ha estado a punto de despedirme por tu maravillosa idea de la sinceridad. ¿Qué mierdas le importa a Jaime con quién paso mi tiempo libre, si tengo novio o no?

—¿Acaso te avergüenzas de mí?

—No desvíes el tema José. Jaime no es mi padre, ni estamos en tiempos de la posguerra para que vayas pidiendo mi mano para poder salir conmigo. Joder, José, que me ha costado mucho conseguir este trabajo y gracias a ti he

podido perderlo en cuestión de segundos por la idiotez de ir presentándote como mi novio. ¡Coño, José, que a nadie le importa que tú y yo seamos pareja!

—¿Y a ti te importa que seamos pareja? ¿Cómo puede ser tan demagogo? Otra cosa que no soporto en él es esa costumbre de dar la vuelta a la tortilla con la sola intención de ponerme contra las cuerdas. ¿Cómo puedo estar con alguien en el que encuentro tantos fallos? Apenas llevamos unas semanas saliendo y ya estamos sufriendo nuestra primera crisis.

—Mira, José, creo que lo mejor será que te marches. De verdad que no estoy de humor para aguantar tu desfachatez.

—Pensaba que íbamos a pasar la noche juntos.

—¿De verdad crees que después de la mañana que me has hecho pasar voy a permitir que te quedes aquí? De hecho no sé cómo has tenido el valor de presentarte aquí.

—¿Me estás echando?

—No solo te estoy echando, sino que además me estoy planteando si lo nuestro va a algún sitio. No respetas nada...

No puedo creer que haya sido capaz de decirle algo así, pero a decir verdad hay tantas cosas de él que no soporto que no sé muy bien si ha sido buena idea iniciar una relación con él. ¿De verdad ha sido

un error?

—¿Me estás dejando, Sofía?

—Créeme que lo mejor para los dos es que estemos unos días separados.

—¿Qué te hace pensar que lo mejor que nos puede pasar es que nos separemos?

La puerta de casa se abre para interrumpir nuestra discusión. Marcos entre en el salón, deja caer su mochila sobre uno de los taburetes de la cocina y nos mira sin saber muy bien qué hacer.

—¿Qué os pasa?

—Sofía me está dejando.

—Joder, ¿ya? ¿Qué le has hecho?

Antes de que ninguno de los dos pueda contestar, antes de que José pueda volver a increparme, huyo hacia mi



dormitorio abandonando mi cena y mis ganas de vivir. No puedo creer que esto nos esté pasando. No sé cómo se le pudo pasar por la cabeza hacer algo así. ¿Cómo pudo pensar en el hecho de visitar a Jaime y sincerarse con él?

Desde el salón puedo escuchar las voces y la discusión que se ha armado entre José y Marcos. Quizás me he pasado tomando una decisión tan prematura.

—Sofía, abre. Ya se ha ido. Tengo que hablar contigo. —Abro la puerta y lo dejo entrar—. ¿No crees que ha sido un tanto exagerado el dejarlo? Si le dejas cada vez que hay algo que no te gusta no vais a poder mantener una buena relación seria nunca y entonces jamás

seréis felices.

—No te preocupes, le llamaré mañana.  
Quizás se me ha ido un poco de las  
manos.

A la mañana siguiente.

—Sofía, ¿por qué me han llamado de la competencia pidiendo referencias tuyas? ¿Tienes pensado dejarnos? —Bueno, después de lo ocurrido no sabía muy bien que hacer.

—No quiero volver a oír que te vas a marchar ni semejante, ¿entendido? No puedo sentir más alivio al oír las palabras de Jaime y no puedo sentirme peor al recordar la discusión con José y las palabras de Marcos. No quiero

perder la concentración  
en el trabajo. Rechazo cualquier  
pensamiento que me lleve  
hasta él y regreso a los bocetos que  
estoy preparando para  
el señor Figueroa.

—Hola, Sofía, ¿puedes venir a  
recepción?

Abandono mi puesto de trabajo y camino  
a la recepción  
sin saber muy bien para qué me requiere  
Marta. Junto a la  
puerta de entrada de la oficina encuentro  
a un joven reparti-  
dor con un ramo de flores de lo más  
llamativo. Firmo y leo  
la dedicatoria. Tal y como había

imaginado las flores son de José. Solo quiere disculparse. No puedo sentirme peor con la decisión que he tomado.

A pesar de que el tráfico en Madrid sigue siendo tan malo como siempre consigo llegar a casa antes de lo previsto. Meto las llaves en la cerradura, abro la puerta y me encuentro con la casa llena de flores. Todas y cada una de José con su correspondiente disculpa escrita de su puño y letra. —¿Se ha mudado el jardín botánico aquí? —Marcos aparece de entre el montón de flores. —Me ha mandado un ramo a la oficina pero no sabía

nada de esto. ¡Ay! Marcos, soy la peor persona del mundo. —Un poco sí, la verdad.

A pesar de estar en pleno verano la mañana de este sábado torna gris y lluvioso. Decidida a pasar el resto del día encerrada en casa me enfundo mi ropa de deporte y me dirijo a mi pequeño gimnasio dispuesta a quemar unas cuantas calorías.

Como a media mañana, Marcos interrumpe mis ejercicios.

—Sofía... preguntan por ti en el portero, dicen que son los socios de José... — me pregunto qué harán ellos aquí. ¿Los habrá mandado él hasta aquí para

hacerme entrar en razón?

Me seco gran parte del sudor en la toalla y camino hacia el portero, los invito a subir y espero pacientemente su llegada. Tengo pensado llamar hoy mismo a José, no sé a qué viene tanto alboroto.

—Hola, Sofía, ¿sabes algo de José? Ayer faltó a varias reuniones, no responde nuestras llamadas, ni nos abre la puerta en el apartamento. Pensábamos que estaría contigo, pero tu compañero de piso nos ha dicho que no está por aquí.

—Lo último que he sabido de él fue ayer. Cuando llegue a casa tenía todas esas flores, todas y cada una de ellas con una dedicatoria de su puño y letra.

¿Ocurre algo malo?

—¿Tienes una copia de las llaves de su apartamento?

—Sí, creo recordar que dejó una copia por aquí. Dejadme que vaya a mirar al dormitorio.

En efecto, tal y como recordaba, José dejó una copia de las llaves de su casa y otras de las del BMW en el cajón de la mesita de noche que dejé libre para que pudiera traer alguna de sus cosas. Regreso al salón llaves en mano y los chicos me meten prisa para que los acompañe. Algo malo está pasando pero insisten en contármelo de camino al apartamento de José. Con la mayor rapidez que puedo me aseo ligeramente



y me cambio la parte de arriba de mi ropa deportiva. Cambio las pertenencias de mi bolso a una mochila y ya estoy lista para marcharme con ellos. Cuanto antes lleguemos a su coche antes sabré lo que está ocurriendo. ¿Le habrá pasado algo malo? ¿Por mi culpa? Desecho ese pensamiento de mi mente aunque no puedo evitar sentirme nerviosa.

Salimos al exterior, corro bajo la lluvia, una lluvia tan intensa que cualquiera diría que estamos en pleno invierno. Si no supiera que algo malo ha ocurrido disfrutaría de un día como hoy...

—Necesito saber que está pasando.

—Bueno, verás Sofía, digamos que

José...

—José es adicto a los calmantes y creemos que puede haberse ido la mano y por eso no da señales de vida. Nos dijo que habíais discutido y desde entonces no sabemos nada de él. ¿Se puede saber que ocurrió para que se comporte de ese modo? —La brusca sinceridad de Santiago nos pilla totalmente desprevenidos tanto a mí como a Roberto. —Es imposible, jamás lo he visto medicarse... —El recuerdo de su negación al medicarse después de la pelea en la playa se cuelga entre mis pensamientos.

—A decir verdad desde que te conocí estaba más tranquilo y el consumo de

tranquilizantes disminuyó con creces...  
—Me informa Roberto mientras repiquetea los dedos sobre el volante debido a su nerviosismo—. Tanto Santiago como yo hemos vigilado sus dosis todo este tiempo a espaldas suyas, pero a veces es inevitable, no podemos controlarlo siempre.

¿Me están queriendo decir que el hecho de que hayamos discutido ha podido provocar que él recaiga en su... adicción? No discutimos, yo lo dejé. Si realmente sufre una adicción sería como lanzar a un suicida hacia un abismo. ¿Qué he hecho? La culpabilidad no me deja respirar. Tenemos que llegar a esa casa cuanto antes, solo espero que no

sea demasiado tarde.

Varios minutos después Roberto detiene su coche frente al portal. Corro junto a Santiago al encuentro de José. El tiempo de espera se me antoja interminable junto al ascensor.

—¿Y si subimos por las escaleras?

—Imposible, el ascensor es lo único que tiene acceso directo a su casa. Tendríamos que subir por las escaleras antiincendios y hazme caso, el conserje no nos lo permitirá. Antes de que pueda terminar con mis explicaciones las puertas del ascensor se abren ante nosotros. Pulso el botón de la última planta y rezo en silencio porque esté bien y nada malo le haya ocurrido. De

ser así, jamás podré perdonármelo.

A pesar de la estrechez del ascensor, Santiago no para de caminar por el habitáculo intentando calmar sus nervios mientras le doy claras instrucciones para que nos separemos a la hora de ir en su búsqueda, siempre y cuando no nos encuentre él antes a nosotros, y eso signifique que nada malo ha ocurrido.

Las puertas del ascensor nos dan paso al apartamento. El hecho de que el salón esté despejado y de no recibir ningún sonido de la cocina descontrola mis nervios por completo. Corro escaleras arriba y lo encuentro tendido boca abajo sobre la cama junto a un bote de pastillas. Las sospechas de Roberto y

Santiago eran claras.

—¡Está aquí! ¡Llama a una ambulancia!

El sonido de la escalera al crujir tras los pasos de Santiago me hace estremecer. La culpabilidad se cierne sobre mí paralizándome por completo. Santiago me retira, mueve su cuerpo y lo coloca sobre la cama para iniciar cuanto antes la reanimación. Si... si muere, no podré soportarlo.

—Si la ambulancia no llega, seremos nosotros quienes lo llevemos al hospital. Llama a Roberto, que nos espere en el portal. Si terminas la llamada y no han llegado los médicos nos encargaremos nosotros.

Antes de que pueda terminar con la

llamada el portero aparece con la ayuda necesaria.

—Está estabilizado, nos marchamos ya. ¿Viene alguien con nosotros en la ambulancia? Solo podemos llevar a uno...

—Ella los acompañará, yo voy detrás de ustedes. Tengo un coche esperando junto al portal.

## 38

*(Capítulo inédito por José)*

Un fuerte de dolor me hace despertar bajo la extraña sensación de haber dormido durante horas y horas. Apenas

consigo abrir los ojos, el cansancio me hace abrirlos y cerrarlos en numerosas ocasiones. La luz que entra por el ventanal es distinta a la de cada mañana. Algo ha cambiado en mi dormitorio... no estoy en mi dormitorio. Joder, no sé dónde estoy. Busco con la mirada algo que me haga saber dónde me encuentro. ¿Estoy en el hospital? ¿Por qué estoy en el hospital? No recuerdo nada de lo que ha podido ocurrir en las últimas horas... Paseo mi mirada por el resto de la habitación hasta que la encuentro a ella. Tiene ojeras y los ojos hinchados por culpa de las lágrimas. Tiene la mirada perdida y ni siquiera se ha dado cuenta de que he despertado. Juguetea inquieta



con los restos de un pañuelo de papel. Después se lo lleva a los ojos y se seca unas lágrimas. Los recuerdos me invaden tras ver su sufrimiento. El whisky, el frasco de pastillas... sus flores... Ya no puedo hacer nada por ocultarlo...ella lo sabe... ¿qué voy a hacer ahora? ¿Qué voy a decirle?

Hago verdaderos esfuerzos por pronunciar su nombre pero he perdido las fuerzas al intentar mantenerme despierto. Tomo aire y después lo suelto. Necesito tranquilizarme. Solo tengo que hablar, ella dejará de llorar si lo hago. Tengo que hacerlo, no quiero que lllore más. Me parte el alma verla de ese modo...

—Sofía... —Mi voz no es más que un débil susurro—. Sofía...

Abandona su lucha contra el papel, levanta la vista hacia mí y al fin sonrío. Sus ojos brillan de un modo completamente distinto al anterior. Aunque continúa llorando ahora lo hace con alegría. ¿Tan grave ha sido? No sé qué voy a decirle. Siento tanta vergüenza de mí mismo que si pudiera desaparecería. Y entonces ella lloraría más y más.

Abandona su asiento y con la mayor de las delicadezas me besa los labios. ¿No me ha dejado? Sí, me dejó. Me dejó porque casi destruyo su trabajo. Me dejó. Y yo le envié flores. Y me emborraché y me drogué hasta perder el

conocimiento.

Regreso de lo más profundo de mis pensamientos. La escucho hablar pero soy incapaz de entenderla. Los nervios no hacen más que descontrolar sus palabras que no son más que una maraña de palabras entrelazadas entre sí formando frases y más frases.

Sin más, se detiene. El silencio me reconforta. Vuelve a hablar y sé que está protestando por como torna su rostro. Fijo mi mirada en sus manos. Si continúa pulsando el botón de aviso a las enfermeras, acabará por romperlo.

Por la tardanza de las enfermeras no puedo más que confirmar que me ha traído a un hospital público.

—Esto es una vergüenza. Voy a buscar a una enfermera.

—No... —Antes de que pueda volver a hablar la interrumpo—. No, espera. No te vayas...

No quiero que se vaya, no quiero que me deje solo. Y por primera vez desde que la conozco consigo que haga justo lo que quiero en este momento. Acerca el sillón todo lo que puede a mi cama y acaricia mi pelo induciéndome tal relajación, que tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no caer rendido una vez más. No quiero dormir, solo quiero estar con ella. Cierro los ojos solo por un momento, justo antes de quedarme dormido llega una enfermera.

—Buenos días José, ¿cómo te encuentras hoy? Espero que hayas descansado. —No me agrada en absoluto la familiaridad con la que me trata esta enfermera—. Voy a hacerte una pequeña revisión. El médico vendrá en una hora, más o menos, quizás antes.

Le dejo hacer su trabajo sin apartar la mirada de ella. No pienso volver a dejar de mirarla. Después de lo que ha ocurrido no tengo intención alguna de separarme de ella. Cuando salgamos de aquí voy a pedirle que se venga a vivir conmigo, aunque dudo mucho que quiera dejar su ático. Quizás pueda convencerla para que me permita ir a vivir con ella y con Marcos. Y con el

paso del tiempo, podremos casarnos e incluso ser padres. Sí, me imagino una vida con ella, formando una familia, siendo felices.

—Sofía, el doctor quiere hablar contigo, a solas. ¿Puedes acompañarme?

—No sé si es buena idea dejarlo solo.

¿Cómo? ¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Por qué tiene que marcharse? ¿Por qué quiere hablar con ella ese doctor? Reúno todas las fuerzas que puedo e intento levantarme de la cama sin éxito. Sofía vuelve a mi lado con gran preocupación. No quiero preocuparla, pero tampoco quiero que se vaya con la enfermera. ¿Qué coño tiene que decirle ese doctor a mi chica? Si tiene algo que

decir de mí quiero estar presente. Tengo que hacer algo para que me entienda, tengo que retenerla a mi lado como sea. No quiero que ese doctor de tres al cuarto la meta ideas inequívocas en la cabeza. Si tiene que hablar con alguien ese, es conmigo. ¿Qué va a decir ella? ¿Cómo va a poder defenderme si no sabe nada de lo que me ocurre? No, no puedo permitirlo. Sujeto su mano con fiereza para mantenerla junto a mí.

—No te preocupes. Todo está bien. Vuelvo enseguida, tú descansa.

Poco a poco se me escapa de entre mis manos. He sido incapaz de mantenerla a mi lado. Como una señal del cielo, siento que si la pierdo ahora la perderé

para siempre... Estoy completamente desesperado. Tengo que hacer por abandonar esta cama lo antes posible.

Termino de vestirme, preparo la bolsa con mis enseres de aseo y la ropa sucia y me detengo frente a la cama recordándome lo mal que lo he pasado este fin de semana. Recorro con mi mirada el resto de la habitación. Me detengo en el sillón donde encontré a Sofía, una Sofía completamente hundida en la tristeza, consumida por la preocupación. Tras recordar lo ocurrido durante el fin de semana, me prometo no volver a caer en toda esta mierda. Se lo debo a ella, a mi familia y a mí mismo.



—Bueno, José, como ya te he dicho esta mañana y tras tu insistencia de abandonar el hospital cuanto antes, vengo a darte el alta. Ya sabes cuales han sido mis condiciones. Espero que tomes la decisión correcta. La clínica que te he recomendado es una de las mejores. Te cuidarán bien, son grandes profesionales.

## 39

—Puedo dejarlo, no... no estoy... no soy un adicto. Puedo controlarlo, sé que puedo. —Fijo mi mirada en el suelo de mármol del hospital. El médico ha hablado con claridad, no puedo creer

que esté intentando convencerme de lo contrario. Una vez más sus mentiras...

—Vas a ir a la clínica y te quedarás ingresado el tiempo que sea necesario.

—Sus ojos grises se vuelven tristes. —  
Ni se te ocurra intentar convencerme de lo contrario.

Fija su intensa mirada en mí intentando lo imposible por convencerme de lo contrario. Le mantengo la mirada, desafiante con la única intención de que se detenga, no va a convencerme, no va a conseguir lo que está buscando. Ya no puede, después de esto no daré mi brazo a torcer.

Redirige su mirada hacia el pasillo del hospital, fuera de la sala de espera, supongo que sopesando sus posibilidades. Sin más su mirada está triste y vacía. En este instante solo quiero abrazarlo, pero sí rechazo la idea ante la posibilidad de que utilice mi debilidad para intentar doblegarme.

—Me has fallado en tantas ocasiones que ya he perdido la cuenta. No voy a permitir que me defraudes con esto. Vas a ingresar en la clínica, dejarás que te ayuden porque de lo contrario no tendré más remedio que tomar una decisión drástica en lo que se refiere a nosotros. Lo que quiero que entiendas es que, si no te tratas lo nuestro se acabará para

siempre y esta vez será definitivo.

—No puedo hacerlo solo Sofía. He mantenido a raya este problema; solo cuando te alejas de mí no consigo controlarlo. La ansiedad que me provoca la distancia que pones entre tú y yo me hace recaer una y otra vez en esta locura. No pretendo, ni mucho menos ponerte en un aprieto pero si me dejas una vez más no podré soportarlo, sin ti no podré conseguirlo.

—Si quieres mantenerme a tu lado no tienes más que hacer lo que el médico te ha dicho. Por nada del mundo quiero separarme de ti. Sabes que te quiero pero no soportaría más mentiras.

Abandono mi asiento, me acerco a la recepción y recojo el alta. Regreso a su lado, recojo mi bolso y prosigo mi camino hacia el ascensor. Doy la conversación por finalizada, no tengo la menor intención de seguir discutiendo con él. Me detengo frente a las puertas del ascensor rezando porque venga a mi lado, solo de ese modo sabré que está de acuerdo con la decisión que acabamos de tomar.

—Si lo prefieres podemos bajar por las escaleras, el ascensor tardará demasiado en llegar y tengo que hablar con mi madre antes de ir a la clínica. — Sopeso su sugerencia durante unos segundos sin saber muy bien si es buena

idea—. Sofía, me encuentro bien.  
¿Vamos?

Mi sorpresa no puede ser mayor cuando me toma de la mano e inicia la marcha de camino a las escaleras. La decisión está tomada, mañana ingresará en la clínica y antes tendrá que hablar con su familia, con su madre. No quiero ni pensar lo que va a sufrir esa mujer cuando su hijo le cuente que está sumido en una enfermedad como la suya.

Conduzco en silencio hacia el ático y aunque sé que me mira de reojo a menudo vigilando mis gestos, mi expresión, algo que le haga saber como me encuentro en este momento y aunque

me gustaría hablarle, soy incapaz de pronunciar palabra alguna por lo que rehuyo el contacto directo con él.

Aparco el Audi en mi aparcamiento y rezo porque Marcos no esté en casa, está esperando una explicación y no sé muy bien qué voy a decirle ni si José quiere que nuestros amigos sepan la verdad de lo que está ocurriendo. Manteniendo el silencio de regreso a casa subimos al ascensor hasta llegar al ático. Marcos no está y eso me da tiempo para saber qué voy a hacer. No tendré más remedio que consultarlo con José. No es una decisión que puedo tomar yo sola.

—Voy a llamar a mi madre, la pediré

que venga a la cafetería de aquí abajo. Si no te importa me gustaría hablar a solas con ella, además... no quiero que la conozcas en estas circunstancias.

—Lo que hagas, está bien. ¿Has pensado ya qué vamos a decirles a los chicos? Van a preguntar dónde estás y no sé muy bien qué debo decirles.

—Supongo que veré a Marcos antes de mañana, yo mismo le contaré lo que ha ocurrido. Me gustaría que fueras tú quien hable con Alfredo y Susana. Al resto prefiero no contarles nada al menos de momento. Diles que me ausentaré un tiempo por trabajo. Eso bastará. ¿Te parece bien? —Espera



paciente mi respuesta—. Joder, no había pensado en el trabajo. ¿Qué coño voy a hacer con el trabajo?

—Los chicos van a encargarse de todo, no tienes de qué preocuparte.

—Sofía...no, no me digas que Santiago y Roberto lo saben. No pueden saberlo.

—Su estado sosegado se ve diezmado por un estado de nerviosismo debido a mis palabras. —José, fueron ellos los que vinieron a buscarme para que fuéramos a tu casa. El viernes tenías varias reuniones y faltaste a todas. El hecho de que no te presentaras, que no respondieras a sus llamadas y que no les abrieras la puerta de tu apartamento los preocupó. José... ellos sabían que tenías

un problema, y hasta cierto punto hicieron todo lo posible porque no te medicaras más de la cuenta. Cuando vieron que no dabas señales de vida pensaron que algo malo te había ocurrido... y estaban en lo cierto. Pensativo se deja caer sobre el sofá, esconde su rostro entre sus manos y suspira una y otra vez intentando relajarse. Ante esta situación no puedo más que correr a su lado. Lo abrazo atrayéndolo hacia mi pecho. Sin más rompe entre lágrimas y yo lloro con él.

—Tengo que hablar con mi madre y organizar algunos temas de la empresa con Roberto y Santiago, cuanto antes me encargue de todo, más tiempo tendré

para estar contigo.

## 40

Aprovecho que aún duerme para continuar organizándolo todo ante su inminente ingreso. No voy a negar que estoy nerviosa y muy preocupada por él. Descuelgo el teléfono inalámbrico de la cocina y marco el teléfono de la oficina.

—Hola Marta, soy Sofía. ¿Puedes pasarme con Jaime? —Marca la extensión y espero paciente a que me responda—. Hola Jaime, soy Sofía. Perdona que no te haya avisado antes pero he tenido un problema familiar.

Tengo que pedirte un favor, sé que no estoy en situación de pedirte nada pero no lo haría si no fuese totalmente necesario.

—Sofía, no hay problema alguno. ¿Necesitas tomarte el día libre? Hazlo, no tengo problema. Recibí tu correo con los bocetos del proyecto del señor Figueroa. Tienes mucho trabajo adelantado. Haz lo que tengas que hacer y no aparezcas por aquí hasta que hayas subsanado lo que haya ocurrido. —No puedo sentirme más aliviada ante las palabras de mi jefe—. Y Sofía...si me necesitas no tienes más que decirlo y estaré a tu completa disposición.

—Muchas gracias, Jaime, no sabes cuanto te agradezco lo que estás haciendo por mí. —Hago una pausa cuando veo a José tras la puerta de la cocina—. Mañana te veo. Cuelgo el teléfono y me dispongo a preparar el desayuno bajo la atenta mirada de José. Descalzo, vestido tan solo con el pantalón de pijama se dirige hacia mí en completo silencio. Cualquiera diría que ha pasado todo el fin de semana ingresado en un hospital, su aspecto es inmejorable. ¿Cómo iba a saber lo que estaba ocurriendo?

—¿No vas a ir a trabajar?

—¿Cómo crees que voy a ir? Tengo que

llevarte a la clínica. ¿Pensabas que iba a dejarte solo?

—Disculpa lo estúpido de mi pregunta, estoy tan nervioso que no sé muy bien lo que digo.

Me acerco hasta él, lo atraigo hacia mí y lo abrazo reteniéndolo entre mis brazos durante varios segundos. Y aunque no quiero separarme de él es hora de desayunar, tenemos que irnos.

—Vamos, he preparado el desayuno. Y ni se te ocurra decirme que no tienes hambre. El Doctor fue muy claro en lo que se refiere a tu alimentación.

—Debería haber sabido que no ibas a darme un solo respiro después de escuchar al doctor. Sinceramente, creo

que estáis exagerando. Me encuentro bien de salud, lo que ha ocurrido en estos últimos días ya me ha ocurrido con anterioridad, lo único es que nunca he llegado a ser ingresado. Sofía, si tomo esas pastillas es porque me ayudan a relajarme. No suelo perder el control de ese modo... pero cuando me dejaste, después de la reunión con Jaime me creí morir. Ahora solo quiero olvidarme de lo que ha ocurrido. Cerrar este absurdo capítulo en mi vida y regresar aquí, contigo, lo antes posible.

—No sé muy bien que estás intentando pero no vas a conseguirlo. Siéntate y desayuna. Voy a terminar de prepararlo todo. Cómetelo todo.

Termino de cargar la última maleta, cierro el maletero y entro en el Audi. Salimos al exterior, enciendo el climatizador y me dispongo a adentrarme en el tráfico. Enciendo la radio y bajo el volumen hasta que el sonido no es más que un débil susurro. No llevamos más de media hora en la carretera pero según nos vamos acercando a nuestra meta. En numerosas ocasiones suspira, se pasa ambas manos por el pelo y juguetea con las emisoras de radio. Su nerviosismo es evidente y su preocupación es aún mayor.

—¿Crees que estaré mucho tiempo ingresado?

—¿No recuerdas lo que nos explico el



doctor? —Lo encuentro mirando por la ventana con la vista perdida en el exterior—. Ya sabes que primero tienen que hacerte pruebas, un test psicológico y valorar todas las posibilidades. Hablo de entre tres o seis meses, quizás un año... Hasta que no te hagan las pruebas no sabremos que tiempo estarás ingresado.

—¿Un año? ¡No puedo estar un año encerrado ahí! No, no, no... Sofía no puedo... Si tengo que estar tanto tiempo separado de ti me volveré loco. ¿Y el trabajo? ¿Qué hay del bufete? No puedo estar tanto tiempo fuera del negocio. La Junta Directiva empezará con las preguntas incómodas y ni Roberto ni

Santiago sabrán que decirles.

—José, ya. Olvídate de todo eso. Lo único en lo que tienes que pensar ahora es en tu recuperación, si cooperas con los médicos y los psicólogos, antes te recuperarás y antes podrás salir. Yo iré a visitarte tantas veces sea necesario y por el trabajo no tienes de qué preocuparte. Roberto y Santiago saben lo que hacen. Ahora, respira y relájate. Llegaremos en una hora, duerme un rato, te vendrá bien descansar. Apenas quedan unos minutos para llegar a nuestro destino cuando José se despierta entre pesadillas. Tomo el primer desvío a la derecha y detengo el coche en cuanto me es posible. José se baja del

Audi antes de que pueda detenerlo por completo. Cae al suelo al tropezarse con unas ramas. Corro a su lado. La imagen que recibo me parte el alma. Las lágrimas cubren su rostro casi por completo. La desolación ha hecho mella en él. ¿Qué le ocurre?

—¡Joder, Sofía, me has mentido! ¿Por qué me mientes? Vas a dejarme, vas a abandonarme en esa cárcel hospitalaria.

—José, ¿qué dices? Mírame, escúchame. Ha sido una pesadilla, no voy a dejarte.

—Necesito que me prometas que no vas a dejarme, no puedo vivir con esta ansiedad.

—José, por favor, tienes que confiar en

mí. ¿Cómo quie- res que te lo diga? Vendré a visitarte siempre que me lo permitan, te llamaré, escribiré o lo que sea necesario para que estés bien. —Le beso en los labios, seco sus lágrimas y espero a que esté más relajado para continuar hablando con él—. Vamos, hay una gasolinera a pocos kilómetros, podemos parar a tomarnos un café antes de proseguir. Así podrás despejarte. ¿Vienes conmigo?

Le ofrezco mi mano, la toma y lo ayudo a levantarse. Retomamos el camino hacia la gasolinera. Aparco el Audi y me dispongo a entrar en el restaurante. Pido un par de cafés y me siento a su lado en una mesa cercana a la barra.

—Antes de llegar a la clínica, ¿quieres pedirme algo? Si quieres puedo pasarme por el bufete una vez por semana para ver si los chicos necesitan ayuda, o dar una vuelta a tu apartamento... No sé, cualquier cosa que se te ocurra...

—Sí, supongo que es buena idea. —  
Tengo que hacer algo para animarlo.

—Vamos, José, no te preocupes, todo va a ir bien. Eres un hombre fuerte, podrás con esto y con más y yo voy a estar a tu lado. Tú solo piensa en tu pronta recuperación.

Retomamos el camino y apenas unos minutos después llegamos a la entrada de la clínica.

—Bienvenidos a la clínica, el Doctor

Iglesias los estaba esperando. ¿Había tráfico? Les esperábamos hace más de una hora. —Nos mantenemos en silencio ante las atentas palabras del enfermero—. Por cierto, me llamo Christian y seré el coordinador del Señor Vallés.

Christian nos acompaña hasta una enorme sala de espera, José carga las maletas y me persigue en pleno silencio. Toma asiento y ojea una revista sin reparar en ninguna página en concreto.

—El Doctor Iglesias los espera en su despacho, si me acompañan...

—Buenos días, señor Vallés, veo que ha venido muy bien acompañado. ¿Es su esposa? —José responde con un simple monosílabo negativo—. Bueno, es un

hombre de pocas palabras, José.

—Me llamo Sofía, soy la novia de José. No estamos casados... ¿necesita que sea un familiar directo el que venga?

—No, no. No es necesario, nuestros pacientes pueden elegir libremente quien los acompañe en este tiempo, durante el transcurso de su recuperación. —Abre una carpeta y descubro el informe médico de José—. Nuestra labor en la clínica es dar con el origen del problema en varias sesiones con nuestros psicólogos y terapias de grupo. De ese modo podemos abordar un tratamiento más concreto para terminar con su adicción. Cuando encontramos el origen del problema lo combatimos,

acabamos con él y realizamos una recuperación intensiva con la ayuda de familiares y amigos.

Ante el silencio de José, el Doctor Iglesias toma nota sobre unos folios en blanco, los guarda en una carpeta con el nombre de José, la cierra y la guarda en el interior del primer cajón de un organizador.

—Mientras terminamos las gestiones para su ingreso les dejo un momento a solas. Señorita Amaya no se marche; tengo que hablar con usted para confirmar unos datos.

El Doctor Iglesias desaparece del despacho y nos deja a solas. El nerviosismo de José es palpable. Se



atusa el pelo con ambas manos y se desespera bajo la presión del silencio que nos rodea.

—No comprendo porque tengo que hablar con un psicólogo. ¿Ahora estoy loco? No solo se obsesionan con tratarme como a un drogadicto sino que ahora tengo un problema psiquiátrico. Sofía, no entiendo que estoy haciendo aquí. Odio no controlar la situación y esto se me está yendo de las manos.

—José, abre tu mente. Tienes que reconocer que tienes un problema. Tomas relajantes como si fueran caramelos. Tú mismo has dicho que los necesitas. ¿No te das cuenta de que no es lógico? No es sano para ti. Piensa que si

no llegamos a encontrarte podría haberte ocurrido algo más grave. —Acaricio su rostro, su mirada triste me suplica que lo saque de allí—. En cuanto al psicólogo... bueno, tienes que saber el porqué de este descontrol. ¿Cómo empezaste? ¿Qué ocurrió? Uno no empieza porque sí a consumir sin ningún control. Piensa en ello, podemos ponerle solución, quizás te ayude hablar. Me prometiste que ibas a hacerlo... recuérdalo.

El Doctor Iglesias reaparece en su despacho acompañado por Christian. Ha llegado el momento... es hora de que José ingrese. Su mirada me muestra sus miedos e inseguridades. No puedo más

que abrazarlo.

Ya a solas, con la única compañía del Doctor Iglesias, me derrumbo dejándome caer sobre el sillón. Mi temor a que se niegue a recibir un tratamiento psicológico y a que abandone la clínica se dispara en mi interior y a pesar de las palabras tranquilizadoras del doctor Iglesias, no puedo más que sumirme en un estado de desesperanza y desconsuelo. Y tiemblo al pensar en que el orientador, Christian, no consiga que confíe en él como tampoco ha confiado en mí para abrirse y hablarme sobre lo que le atormenta. A pesar de la experiencia de la clínica y de sus referencias no estoy segura de

que todo esto sea suficiente.

## 41

Agosto.

Hoy es mi último día en la oficina. Ahora tengo por delante quince días libres sin saber muy bien qué hacer. Las noticias de la clínica son poco alentadoras. El mal comportamiento de José y su poca disposición con el tratamiento, han provocado que el Doctor Iglesias tome una decisión drástica y entre ellas la prohibición de visitas.

Por otro lado están los chicos. Como era de esperar Susana y Alfredo quieren pasar las primeras vacaciones a solas con Lucía. Ana y Marcos con su prematuro noviazgo se han marchado por su cuenta a pasar unos días a Portugal. Mario y Rosi hace días que se fueron de viaje con Marga y Fede a la playa. Ni siquiera puedo contar con Teresa o Nico porque debido a su soltería han decidido marcharse juntos a Ibiza. Ahora estoy sola, quizás debería pasar unos días con mis padres pero desecho la idea al instante. No soportaría pasar más de dos días con mi madre y su enamoramiento. En cuanto a papá...ahora que ha conseguido que MJ

se marche a vivir con su padre no voy a ser yo quien vaya a importunarles. Quizás lo mejor sea quedarme a solas... después de todo lo que ha ocurrido en los últimos meses no me vendrá nada mal tener tiempo para mí.

El teléfono de casa me saca de mis pensamientos más íntimos. Es el número de la clínica, solo con verlo sé que algo malo ha ocurrido.

Tal y como esperaba las cosas no van demasiado bien con José. La terapia no funciona porque no existe tal terapia. Se niega a recibir ayuda psicológica, aunque la buena noticia es que no siente ansiedad alguna por su automedicación

incontrolada.

Una hora y media más tarde entro en la clínica. —Voy a serle franco, señorita Amaya. José se niega a recibir tratamiento psicológico por lo que nos es imposible dar con el origen del problema. Intentamos que hablara con uno de nuestros pacientes, en su misma situación, un paciente ya rehabilitado esperando a recibir el alta en los próximos días y no tuvimos más remedio que sedarlo cuando le agredió. Estuvimos tentados de expulsarlo pero decidí darle una segunda oportunidad. Por eso me he puesto en contacto con usted. ¿Recuerda a Christian, el orientador? Lo poco que José ha

hablado con él ha sido sobre usted. Christian piensa que sería buena idea que usted lo visitara. Esperemos que de ese modo consigamos que acepte hablar con nuestros especialistas. Como no está en situación de que le premiemos he pensado que podría escribirle una carta y después probaremos con una visita, corta, de unos quince minutos. Si con usted no reacciona no se que más podremos hacer.

Querido José: obliga a tomar la decisión más dura de mi vida. Las promesas que me hiciste en casa y en la misma consulta no debían valer nada para ti. Nuestra relación, rota a estas alturas, no vale nada para ti. Me siento engañada y defraudada. Hiciste que me enamorara de un José que no reconozco. Un José que se niega a ver la realidad con sus propios ojos y que ha llegado hasta el punto de utilizar la agresividad con una



persona que solo te quería ayudar. Estás al límite para que te expulsen de la clínica y con tu comportamiento me será imposible ayudarte para que te acepten en otra. Supongo que es lo que estás buscando... Puedes pensar que mis palabras están siendo muy duras y llegarás a odiarme pero no creo que me odies tanto como te odiaré yo a ti si abandonas y fracasas. No puedes volver a fallarme. Estás a punto de conseguir que me vaya y esta vez para siempre. Te he perdonado muchas cosas pero esto ya no es posible. Me estás mintiendo una vez más. No aguantaré una sola mentira más. En esta citación solo puedo lanzarte un ultimátum.

Las noticias que me llegan desde la clínica son poco alentadoras sobre tu recuperación. El informe facilitado por el doctor Iglesias me

José, me gustaría ayudarte pero no sé qué puedo hacer por ti. Está claro que algo malo te ocurrió en el pasado, algo que te hace comportarte de este modo. No solo con la ingesta controlada de medicamentos, sino conmigo misma.

Reflexiona, por favor. Si no quieres hacer esto por ti, ni por mí al menos hazlo por tu madre... ¿Cómo crees que se sentirá ella si le cuento lo que está ocurriendo?

José, reacciona... busca algo dentro de ti por lo que seguir adelante. Si no confías en los psicólogos habla con Christian. Tienes que agradecerle que esté aquí hoy escribiéndote estas palabras.

Espero mejores noticias de la clínica. Si por lo contrario el Doctor Iglesias me comunica tu expulsión inmediata, te pido por favor que no vuelvas a llamarme, lo nuestro se habrá acabado para siempre.

Hazlo por nosotros José, hazlo por ti, por tu familia...

## 42

*(Capítulo inédito)*

La incertidumbre me está matando. Me desespera no tener la situación bajo

control. Desde que ingresé no he vuelto a verla y me asusta la decisión que pueda tomar si sabe que no he cumplido mi promesa y que van a expulsarme de la clínica. No querrá volver a verme. Si al menos pudiera hablar con ella la haría entrar en razón para que me dejara volver a casa. Esto es una verdadera locura. Estoy controlándome con la medicación. No he tenido ninguna crisis en todo el mes pero temo que si paso más tiempo separado de ella recaeré y firmaré mi sentencia. Estaré acabado.

—El doctor Iglesias me ha dado esto para ti. —Christian ni siquiera me mira.

—¿Qué es esto? ¿Me largo de aquí?

—Léelo, estaré por aquí cerca. Si

necesitas algo, llámame.

Abro el sobre. La carta está escrita de su puño y letra. Su letra, con un trazo distinto que alberga nerviosismo y preocupación Me han prohibido recibir llamadas y visitas. No entiendo a que viene esta carta. Manchas de tinta corrida por culpa de unas lágrimas me demuestran tristeza y desilusión.

Abro la puerta de mi habitación. Christian está a un lado a la espera de que lo llame. Necesito saber si ella ha estado aquí, quizás aún esté aquí. Tengo que verla, tienen que permitirme que la vea...al menos unos minutos.

—¿Está aquí? ¿Qué le habéis contado? Está... ¿está bien? ¿Qué ha pasado?

Mis palabras descontroladas salen de mi boca con nerviosismo y urgencia. Urgencia por saber toda la verdad. Urgencia por saber que unos metros nos separan. Urgencia por saber si ella volverá o se marchará para siempre después de mis nefastos informes.

—Tenemos la obligación de redactar informes diarios sobre los avances de nuestros pacientes, a día de hoy solo he escrito uno para informar de la agresión a tu compañero. »Ella ha estado aquí, hasta hace unos minutos. El doctor Iglesias la citó de urgencia para informarle de tu expulsión inmediata. Después de tu negación a asistir a las consultas de los psicólogos, de

renunciar al tratamiento para la úlcera que te produjiste en el proceso de tu adicción y de que finalmente agredieras a tu compañero, no ha tenido más remedio que poner tu caso en manos de la Junta e informar a tu persona de contacto. Como última oportunidad antes de que la clínica renuncie a tratarte decidieron que lo mejor sería que la señorita Amaya hablara contigo. Para evitar el contacto tomaron la decisión de que te escribiera. En cuanto a tus preguntas... sí, ha estado aquí pero ya se ha marchado, lo sabe todo y no, no está bien. No ha parado de llorar mientras te escribía.

¿Necesitas algo más?

De nuevo a solas en mi habitación y después de escuchar las sinceras palabras de mi orientador decido leer una vez más la carta de Sofía y centrarme en solucionar todos nuestros problemas. Sus duras palabras se clavan en lo más profundo de mi cuerpo y mi mente.

Nunca pensé que podría dedicarme unas palabras tan duras. Me odia. Noto el desprecio en cada una de sus frases. La situación me supera y no tengo claro cómo sentirme. No puedo odiarla por sus palabras después de todo lo que ha hecho por mí. No puedo sentir miedo ni tristeza por ella y su decisión porque temo recaer. Y esta vez estaré solo y no

encontraré una solución. No podré encontrarla en ese estado.

—Christian, necesito hablar con el doctor Iglesias. He tomado una decisión. Quiero quedarme aquí.

—José, seré muy directo contigo dada la situación en la que nos encontramos. Para tener una reunión privada con el doctor Iglesias, uno de los miembros de la directiva de esta clínica, necesitamos informes. Estos informes los redactamos los orientadores y los propios psicólogos. Ya sabes que informes tiene la directiva en sus oficinas. Un solo informe, negativo. Si quieres hablar con el doctor necesitamos al menos un informe favorable. Como tu situación



está en un punto complicado te doy la oportunidad de que hables conmigo aquí y ahora. Las normas para ti ahora son más restrictivas. ¿Estás de acuerdo?

—Supongo que si no hay otro modo tendré que acatar las órdenes que me habéis impuesto. Después de leer la carta de Sofía no estoy en posición de ponerme exigente.

»Sé que tengo un problema, de hecho llevo años consumiendo. No hasta el punto de quedarme en coma hasta que ella me dejó. Discutimos, fue bastante fuerte. Se puede decir que no he sido el novio perfecto y ella se cansó de aguantar mis arrebatos. Siempre he sido un hombre muy decidido y seguro, pero

desde que la conocí el miedo a perderla me descontroló hasta tal punto que volví a consumir pero esta vez de una forma totalmente descontrolada. Puedo dejarlo, de hecho en el mes que he estado aquí no las he necesitado en ningún momento. Mi adicción vuelve en situaciones complicadas o de crisis. Cuando todo pasa lo dejo sin más. Pero cuando vuelven los problemas recaigo. Se podría decir que tener una relación con Sofía me ha ayudado y a pesar de que siempre hay problemas que solucionar en mi empresa, si ella está a mi lado no las necesito. Dependo de ella al cien por cien. Hasta tal punto que me he convertido en un hombre inseguro.

—¿Desde cuándo consumes este tipo de medicamentos?

—Es por esto por lo que te estoy pidiendo reunirme con el doctor Iglesias. Me gustaría hablar con el doctor, los psicólogos, contigo y con Sofía para poder explicarme con total sinceridad. Me es muy duro hablar sobre lo que me ocurrió en mi niñez. Solo mis padres adoptivos conocen todo lo que ocurrió cuando solo era un crío y no me es fácil hablar de ello. Por ello os pido una sola sesión en la que contar toda mi verdad y después haré todo lo que me pidáis.

—Espera, ¿padres adoptivos? — pregunta sorprendido Christian—. Voy a

hablar con el doctor Iglesias. Después de todo lo que me has contado es probable que acepte. No es nada seguro pero deberías prepararte para todo lo que vas a contarnos. Espero que la señorita Amaya no esté muy lejos.

Estoy nervioso. El paso que voy a dar no ha sido fácil para mí. Pero llevo demasiado tiempo intentando dejar atrás mi pasado. Es hora de enfrentarme a ello y superarlo de una vez por todas.

—José, el doctor Iglesias ha accedido a tu petición. Ha concretado una cita con la señorita Amaya y los especialistas para hoy mismo.

Expectantes, Sofía y el resto de especialistas de la clínica esperan

pacientemente a que empiece hablar. Los nervios han provocado un nudo en mi garganta. Mi preocupación aumenta cuando veo sus manos temblorosas y su mirada fijada en alguna parte de la consulta. Temo que me abandone después de todas las mentiras que descubrirá a partir de hoy pero no puedo seguir escondiéndome, es hora de dar la cara.

—Mi madre, mi madre biológica tenía dieciséis años cuando se quedó embarazada. Su madre viuda y católica la echó de casa. Al verse en la calle decidió marcharse a vivir con el tío que la había dejado preñada, a un camping de caravanas.

»A pesar de las discusiones y peleas continuas y de vivir en una caravana no vivíamos mal. El día que cumplí los cinco años mi padre llegó borracho a casa, cogió las maletas y se largó. Nos apañamos. Mi madre era camarera en una cafetería de la zona. Con el sueldo y las ayudas salimos adelante. Pero yo caí enfermo de neumonía. Me dejaron ingresado. Cogí una infección y las faltas al trabajo de mi madre por quedarse conmigo en el hospital, le pasaron factura y acabaron despidiéndola. El paro y las ayudas se acabaron y ella se sumió en una depresión que la llevó a la bebida y los barbitúricos.

»La escasez de comida, el frío de la caravana y la falta de sueño reavivó mi neumonía. La solución de mi madre fue darme somníferos y calmantes. Me acostumbré tanto a ellos que con siete años ya era todo un adicto. Yo mismo me las administraba sin la vigilancia de mi madre. »Una mañana la encontré tirada en el suelo de la caravana. Mi madre muerta, mi padre desaparecido y mi abuela que no quería saber nada de mí. Tenía siete años, era un niño adicto sin ninguna educación, sin padres... estaba solo, así que acabe en un casa de acogida tutelada por la comunidad.

»Tras pasar por varias familias que no toleraban mi actitud soberbia y mis

malas costumbres conocí a los que ahora son mis padres. Mis padres me ayudaron en todo. Me ayudaron con mi adicción, fui a los mejores colegios, estudié una carrera y me convirtieron en un buen hombre. Era un niño feliz.

»Volví a consumir calmantes cuando monté mi primera empresa. Nada importante, solo las usaba para dormir. Con las primeras crisis fui aumentando las dosis.

Después conocí a Sofía y todo cambió. Era feliz y ya no las necesitaba. La ansiedad desapareció y me deshice de todo lo que tenía por la oficina y el apartamento.



Todo iba bien hasta que discutimos. No solo soy un adicto a los calmantes, soy un mentiroso compulsivo. Me dejó. Y yo volví a mis pastillas. Por lo que sé, mis amigos y socios, preocupados por mi falta al trabajo y al no conseguir contactar conmigo, se pusieron en contacto con Sofía para que les acompañara a mi apartamento. Me encontró, inconsciente. Me llevaron al hospital y después de un lavado de estómago y dos días en coma descubrí que ella estaba conmigo. No se había separado de mí desde que me encontraron. El doctor me sugirió que ingresara en una clínica de desintoxicación. Tras mi primera

negación, Sofía me dijo que si no me trataba se marcharía para siempre. Accedí y aquí estoy. El resto de la historia ya la conocen ustedes. — «Hola, me llamo José y soy adicto a los calmantes, relajantes y toda clase de medicamentos. Soy un mentiroso compulsivo que miente sin control a la mujer que más ha querido en su vida para que no se separe de él sin saber que ella nunca lo dejaría. Necesito ayuda psicológica y médica para terminar con mi adicción y con mis mentiras sin medida. Y no saldré de esta clínica si no es totalmente recuperado».

El silencio se cierne sobre la consulta tomando gran protagonismo aunque lo

único que me preocupa en este momento es lo que pueda estar pensando Sofía. ¿Estará avergonzada? Quizás ya no quiera saber nada más de mí después de saber la vida que he llevado en el pasado. ¿Y por qué no iba a hacerlo? La mierda de vida que me ofrecieron mis padres biológicos no es culpa mía.

—Sofía, por favor, acompaña a Christian, me gustaría quedarme a solas con José unos minutos. Después, si todo va bien podréis veros a solas. Tenéis mucho de lo que hablar.

Ahora que sé que van a permitirme quedarme a solas con ella no puedo pensar en nada más. Solo quiero estar

con ella, saber si me ha perdonado, saber si va a quedarse a mi lado o por lo contrario he llegado demasiado tarde.

—José... imagino que lo único en lo que estás pensando es en ir a hablar con Sofía pero necesito que firmes una documentación. A partir de mañana empezaremos con tu tratamiento. No quiero más excusas, José, he apostado por ti y para ello he tenido que enfrentarme a la Junta. Christian te informará de nuevo sobre los pasos a seguir para comenzar con tu tratamiento.

—Quiero ir a buscar a Sofía... ¿puedo irme ya? —José, te quiero relajado con ella. Ha recibido mucha información en

pocas horas. Dale tiempo para que lo asimile todo, no la fuerces. Contesta sus dudas, sé paciente. Escúchala, que sea ella la que se abra a ti, tú ya lo has hecho...

Salgo del estudio con la urgencia de encontrarla. ¿Dónde coño se la habrán llevado? ¿Qué hace a solas con ella? Joder... a pesar de que el Doctor Iglesias me ha sugerido que me tranquilice no puedo hacerlo. Necesito verla, quiero saber cómo se encuentra. Abro puerta tras puerta y finalmente la encuentro en la terraza trasera. Christian está sentado a su lado, en silencio. Aparezco tras la puerta, Christian me mantiene la mirada, ¿qué coño está

haciendo? Que se largue de una vez. Abandona el sofá de mimbre y me invita a tomar asiento. Por fin estamos a solas. En cuanto me ve se lanza a mis brazos y no puedo sentir más alivio cuando lo hace y a pesar de que está llorando no puedo sentirme más feliz en este momento.

—Vamos, Sofía... tienes que parar de llorar. Me gustaría hablar contigo, el Doctor Iglesias no nos ha dado más de unos minutos. No hay tiempo que perder. Tras unos segundos más, consigo que deje de llorar y que me mire. Su sonrisa resplandece, me siento más vivo que nunca ahora que su felicidad ha vuelto.

—Dime, ¿cómo estás? ¿Estás bien? —

Claro que estoy bien, lo que yo quiero saber es cómo está ella. —Jamás me hubiera imaginado nada de lo que nos has contado... de verdad, ¿estás bien?

—Solo estaré bien si aceptas mis disculpas, me he comportado como un idiota negándome a recibir el tratamiento que tanto necesito. Me horrorizaba la sola idea de que pudieras marcharte si sabías la clase de vida que he tenido.

—José, tienes que dejar de pensar que voy a dejarte por cualquier motivo... —Toma mi rostro entre sus manos, se acerca y me besa—. Vamos a dejar eso a un lado... Siento mucho haber sido tan dura con la carta que te he escrito pero

no estaba dispuesta a dejar que te rindieras. Christian me ha dicho que mañana vais a empezar con el tratamiento, ¿estás preparado para todo? Ya sabes que tendrás que ser sincero con los psicólogos. Mantén la mente abierta durante la terapia de grupo. Cumple las normas, los horarios. Si pones de tu parte estarás en disposición de regresar a casa lo antes posible. Piensa en ello José...

Ahora más que nunca tengo muy claro lo que tengo que hacer. No quiero volver a defraudarla. Solo quiero hacerla feliz, y cuanto más feliz sea ella, más feliz seré yo.



Noviembre.

Como cada mañana despierto antes de que suene el despertador. A pesar de que hoy es sábado me levanto temprano y me centro en la limpieza del ático. Quiero que todo esté perfecto para cuando regrese. Si, hoy es el día. Después de cuatro meses estoy deseosa de pasar el mayor tiempo posible a su lado. Lo he echado tanto de menos...

Sobre las diez de la mañana me cuelo en la ducha, me visto y me maquillo ligeramente. Ha llegado la hora de ir a

buscarlo. Recojo mi bolso, busco en su interior las llaves del Audi y bajo en el ascensor hasta el garaje. Me subo al coche, arranco y me cuelo en el tráfico. Busco una emisora y me dispongo a comenzar con mi viaje. Aún tengo más de hora y media por delante para poder verlo.

Cargo las últimas maletas en el maletero, firmamos los papeles del alta y ya estamos preparados para regresar a casa. Subimos al Audi, nos comemos a besos y en cuanto logro que me suelte, retorno el camino de regreso al ático mientras disfruto del relato de su rápida recuperación.

—Joder, Sofía, no sabes las ganas que tengo de llegar a casa. He pensado en este momento desde que ingresé.

En menos de dos horas estamos frente al portón del garaje. Descargamos las maletas y subimos en el ascensor hasta el ático. Antes de que pueda sacar las llaves del interior de mi bolso me coge en brazos dejando las maletas a un lado.

—Te he cogido las llaves durante el viaje. Ahora... vamos a recuperar el tiempo perdido...

—Pero, espera... Marcos está en casa.

—No, Marcos se ha ido a pasar el fin de semana fuera con Ana.

—¿Cuándo has hablado con él? Yo no sabía nada, ¿y cómo me has cogido las

llaves?

Mete las maletas conmigo en brazos y cierra la puerta principal más bruscamente de lo necesario. Una de las maletas cae sobre el parquet provocando un gran estruendo.

—José... las maletas, se han caído...

—Dejemos las maletas para luego, ahora estoy pensando en algo más productivo.

Me deja caer sobre la cama y se tumba sobre mí. Con la habilidad que le caracteriza se deshace de mi ropa dejándome completamente desnuda. Recorre mi cuerpo cubriéndolo de besos y caricias. Se deshace de su ropa y regresa a mi lado aún con los bóxer. Nos

dejamos llevar por la pasión hasta caer rendidos en un orgasmo interminable.

—Casémonos. Casémonos y tengamos hijos. Dos hijos, niña y niño. Venderemos mi apartamento y el ático y compraremos una casa, a las afueras y podemos adoptar un perro, uno bien grande. — Regresa a mi lado cubriendo mi cuerpo de más y más besos—. Cásate conmigo, Sofía... Impresionada por sus palabras me dejo llevar y lo atraigo hacia mí en un abrazo eterno... y así, abrazados, caemos rendidos en un sueño profundo.

El sol que entra por el gran ventanal provoca mi despertar. Los recuerdos golpean mi mente regalándome un fuerte

dolor de cabeza y por ello tardo unos segundos en ser consciente de que estoy sola en la cama. El sonido de la ducha me da la información que necesito. Desnuda cubro mi cuerpo con su camisa y regreso a su lado en la ducha.

—¿Ya te has despertado, nena? Ven, dúchate conmigo... —Obedezco sin protestar y me cuelo en la ducha bajo la calidez del agua caliente—. Voy a preparar algo de comer, te espero fuera.

—¿Desde cuándo cocinas?

—Bueno... antes de decidirme por la abogacía estudié cocina en Francia. Como solía aburrirme con facilidad decidí dejarlo y finalmente monté el bufete aquí, en Madrid. Contraté los

mejores abogados. En los primeros años no había juicio que se nos resistiera. Viajé a Londres cuando uno de los socios de mi padre me contrató. En una zona de negocios surgió la posibilidad de organizarlo todo para traer una sucursal en la ciudad. No podía dejar pasar la oportunidad. Me instalé allí y el resto ya lo sabes...

Busco mi ropa de deporte, me visto y me seco el pelo sin reparar en la maraña en la que se han convertido mis rizos.

Salgo al comedor, la mesa está puesta con mi vajilla nueva... creo recordar que no he llegado a estrenarla. En el centro de la mesa encuentro un ramo de rosas blancas. ¿Ha salido? Pero, ¿qué

hora es? Consulto el reloj del comedor; son casi las cinco de la tarde. He dormido demasiado.

El sonido de una batidora me devuelve al salón, el olor que recibo desde la cocina es maravilloso. Entro en la cocina. Sobre la isla central encuentro una fuente de cristal, ha hecho lasaña y tiene pinta de ser casera. La cocina es un completo desastre.

—Nena, ya estás aquí. Vamos, siéntate a la mesa. La comida estará lista en unos minutos. ¿Te han gustado las flores?

—Sí, mucho... ¿cuándo has salido a comprar?

—¿No conoces Internet? Llevo mucho tiempo sin salir a hacer la compra,



siempre que puedo hago mis pedidos por Internet y sino siempre puedo contar con Marie.

—Claro, es lo que tiene tener pasta que siempre puedes tener una asistente que te haga la compra...

—Ya no tienes por qué preocuparte por nada de eso. Ahora mi dinero es tuyo, si quieres una asistente que te haga la compra no tienes más que contratar a una... Venga, a la mesa. La comida ya está lista. —Sin saber muy bien qué decir, decido mantenerme en silencio y caminar hacia la mesa sin rechistar—. Sofía... he estado pensando en organizar una cena, esta noche, aquí, con los chicos. Creo que ha llegado el momento

de decirles a todos la verdad.

—Pero José, ¿no crees que es demasiado precipitado? Quizás ya tengan planes. Sin ir más lejos Marcos está pasando el fin de semana fuera, tú mismo me lo has dicho esta mañana, ¿no te acuerdas? ¿Y Susana y Alfredo? ¿Con quien van a dejar a Lucía? Mejor para el próximo fin de semana...

—Bueno, el caso es que ya está todo organizado. Marcos se ha encargado de hablar con todos y estarán esta noche aquí, sobre las nueve o nueve y media.

Bueno, si ya está todo organizado no voy a ser yo quien ponga problemas. Pero, espera... ¿qué es eso de decirles toda la verdad? ¿Por qué, para qué? ¿Qué

necesidad tiene de exponerse de esa manera?

—Sofía, para ya. Recuerda que el hecho de sincerarme con las personas más allegadas es parte de mi recuperación. Tú no te preocupes por nada, yo me encargo de todo. Y ahora come o se enfriará la lasaña de verduras.

Obedezco sin rechistar y me lanzo a probar la exquisitez que tengo sobre el plato. Dios mío, esto está delicioso.

—¿Y bien? —Espera impaciente mi respuesta—. ¿Te gusta?

—Esto está delicioso... sé que eres un buen abogado pero te has equivocado al elegir tu trabajo. Deberías haber montado un restaurante...

—De hecho me lo han propuesto. —  
Hace una pausa antes de proseguir con  
su lasaña—. Antes de ingresar en la  
clínica se puso en contacto conmigo mi  
profesor. Va a cerrar uno de sus  
restaurantes porque se quiere jubilar y  
me sugirió que me quedara con él.

—¿Y qué vas a hacer? —Dejo de comer  
atónita.

—Lo que tú quieras, nena.

—Pero, José, ¿cómo que lo que yo  
quiera? No doy crédito. ¿Y qué hay de  
Londres y Madrid? ¿Y el edificio de The  
City? ¿Qué vas ha hacer? ¿Lo vas a  
vender todo para dedicarte a la cocina?  
¿O compaginarás ambos trabajos? —  
Bebo agua para recuperar el aliento—.

¿Por eso estás tan distinto?

—¿Distinto? Sí, puede que si este algo cambiado. Después de tu carta, tras la decisión de contarte por fin toda mi verdad mi vida cambió por completo. Me liberé de una carga demasiado pesada. Simplemente soy feliz. ¿Acaso no te gusta?

¿Cómo no iba a gustarme? Este nuevo José no para de sorprenderme y eso me encanta. Le dedico la mejor de mis sonrisas, rodeo la mesa y lo beso. Me devuelve mis besos para después pedirme que vuelva a sentarme. Regresa a la cocina cargado con dos platos de postre. No me puedo creer lo que ven mis ojos... Volcán de chocolate y helado

de vainilla. El chocolate líquido explota en el interior del bizcocho y cubre todo el plato de chocolate fundido. A pesar del frío no puedo dejar pasar el helado. Su sabor es impresionante. ¿Es casero? Atento a mi estupefacción señala desde la mesa la caja de una heladera que hay junto a la puerta.

—Te he comprado unas revistas para que estés esta tarde entretenida mientras yo preparo la comida. Hay un poco de todo... ropa, decoración, cosas de chicas. —Recoge la mesa, me acompaña hasta el sofá, me arroja con mi manta favorita y me planta una pila de revistas encima de las piernas—. Vamos, disfruta de tu descanso.

—De hecho, el que debería descansar eres tú. Necesitas reposo... no sé a que viene tanta prisa por organizar una cena con los chicos...

—Créeme nena, ya he descansado suficiente. —Me besa en la mejilla y se pierde en el interior de la cocina.

Ojeo revista por revista hasta que un vestido precioso me hace detenerme completamente impresionado. Los zapatos a juego son perfectos, aunque su precio no tanto.

—¿Te gusta?

—Joder, José, me has asustado. ¿Ya has terminado?

—Más o menos... tengo que subir a tu ordenador a consultar una receta.

¿Tienes el ordenador arriba?

—Sí, sobre el escritorio.

—Bien, en cuanto baje te vienes conmigo a la cocina y me ayudas con las tartaletas de salmón.

Salgo de la ducha y lo encuentro tumbado sobre la cama esperándome.

—¿Qué vas a ponerte?

—¿Por? —Me pierdo en el vestidor—.

La verdad es que

no tengo ni idea, ¿alguna sugerencia?

—A ver qué te parece el vestido nuevo que tienes colgado al fondo, junto al maniquí.

Entro en el vestidor, junto al maniquí, tal y como me ha



indicado encuentro el vestido. El vestido de la revista...

pero, ¿cómo lo ha hecho? Inmóvil, frente al vestido recibo su abrazo.

—¿No te gusta? Porque te he comprado los tacones a juego. Me he vuelto loco para encontrarlos. Bueno, yo no, una estilista que he contratado para que lo buscara. —¿Qué has hecho qué? ¿Cuándo? ¿Cómo? No entiendo nada...

—¿Recuerdas que he subido a la planta de arriba a consultar una receta? No he hecho tal cosa. He visto como mirabas ese vestido y simplemente he

ordenado que lo  
compraran. Mientras estabas en la ducha  
ha llegado el paquete. —No doy crédito  
a sus palabras—. Vamos, pónelo.

Quiero que estés guapísima.

Me pongo el vestido. La seda se pega a  
mí estilizando

mi figura. Las mangas de gasa son  
espectaculares. Es más

bonito que en la revista. Los tacones  
tienen un par de diamantes en la hebilla.

¿No es demasiado para una cena  
informal de amigos? Me bajo de los

tacones y me desabrocho  
la cremallera.

—¡Eh, eh, eh! ¿Qué haces? Estás  
preciosa. No te lo quites.

—José, es demasiado. Las chicas vendrán en vaqueros, ¿dónde voy yo con este vestido?

—Hemos quedado en ir a tomar algo después de cenar, ponte el vestido, por favor.

Me abrocho el vestido y me subo de nuevo en los tacones. Tendré que cambiármelos para salir. Son demasiado altos.

Los primeros en llegar son Marcos y Ana. José los recibe con un par de copas de vino. Marcos la acepta y se pierde en el interior de la cocina junto a José.

—¡Joder, Sofía, menudo modelito! He visto ese vestido en las revistas y es muy, muy caro. Definitivamente me he

equivocado con mi curro, maldita vocación. ¿Se puede saber cuánto cobras?

—Me lo ha regalado José, yo no puedo permitirme estos lujos. Solo con pagar la hipoteca ya tengo que hacer malabares para no morirme de hambre a fin de mes.

—¡Oh, pero si te ha comprado los zapatos a juego! Eso solo puede significar una cosa, hoy es el día.

—¿Qué día?

—El día, Sofí, ¿es que no te das cuenta? Una mujer comprende por que tanto detallito.

El resto no tarda demasiado en llegar y mi sorpresa es aún mayor cuando

Santiago, Roberto y Adela aparecen en la puerta principal. Supongo que querrá pasar una velada agradable con todos sus amigos.

La velada está siendo de lo más agradable. Disfrutamos del vino y las cervezas y de los aperitivos que ha preparado José con tanto esmero. Cenamos entre risas y anécdotas. La noche está yendo de maravilla.

Tras la cena ayudo a José a recoger la mesa y me esmero en preparar unas copas y un par de botellas de champán tal y como me ha indicado.

—Vamos, chicos, sentaros por aquí. — Señala ambos sofás y coloca la bandeja sobre la mesa de café. Enciende la

chimenea y después regresa a mi lado—.

Vamos, nena, ha llegado el momento.

—Pero, espera, José. No creo que sea necesario... no

tienes porque exponerte de ese modo.

—Vamos, Sofi...ya lo hemos hablado.

Creo que tanto

Mario como Fede tienen derecho a saber la verdad. Sabes

que es parte del tratamiento. Necesito que me apoyes en

esto una vez más, así que relájate, bebe un poco de vino y

respira. —Besa mi mejilla y regresa al salón.

Desde su posición, de pie junto a la chimenea me suplica con la mirada que

corra a su lado. Contra esa mirada no puedo luchar, es inevitable. Entro en el salón y me hago

hueco en el sofá junto a Marcos. Lo miro, le sonrío y le guiño el ojo para infundarle un valor que se que no necesita.

Está decidido y preparado para sincerarse con sus amigos. Toma un sorbo de su copa de vino y comienza con su

relato bajo la atenta mirada de todos nuestros invitados. Mi

nerviosismo es tan evidente que Marcos no puede más que

tomar una de mis manos. Recibo su apoyo como un auténtico relajante. Lo

miro y tanto Ana como él me sonrían. José ha terminado. Fede, Mario, Rosi y Marga no pueden salir de su asombro. Marcos se levanta y lo abraza. Alfredo lo acompaña. Adela abandona el sofá y lo abraza con fuerza. Le dice algo al oído y él la responde con un beso en la mejilla y un segundo abrazo. Roberto y Santiago van a su encuentro y bromean con él. Sonríe, sonrío como nunca. El tratamiento ha llegado a su fin y su sufrimiento ha desaparecido para siempre. José se abre paso entre los chicos hasta llegar a mi lado.



Toma mi mano y me obliga a levantarme. Bajo la atenta mirada de nuestros acompañantes José me coloca en el centro del salón echando a un lado la mesa. Me besa la mejilla, me sonrío y en un movimiento rápido y elegante se arrodilla frente a mí. Las palabras de Ana toman sentido.

Del bolsillo interior de su chaqueta saca una caja de terciopelo negro con unas pequeñas inscripciones. Como si de a cámara lenta se tratara abre la caja provocando que aparezca ante mí un anillo de pedida. Un diamante de cuarzo de rosa toma protagonismo en el centro del anillo. Una decena de diminutos

diamantes lo rodean. Es el anillo perfecto y cualquier mujer estaría deseosa de ser su dueña. —Sofía, en numerosas ocasiones te he dicho que eres la mujer de mi vida. Y en todas y cada una de ellas te has reído de mí y bueno... no puedo culparte... en lo que se refiere a nuestra relación he sido un completo desastre. Pero ahora que ya no soy ese hombre te diré algo. Fuiste, eres y serás la mujer de mi vida. Jamás habrá nadie como tú... por muchas mujeres que hayan pasado por mi vida ninguna podría compararse contigo. —Toma aire y prosigue—. Te has convertido en la persona más importante de mi vida. En estos últimos meses lo has dado todo

por mí. Me has cambiado la vida hasta convertirme en el hombre que soy ahora. Un buen hombre... un hombre feliz. Te lo debo todo Sofía y por ello quiero entregarme a ti de por vida. Te quiero y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. Sofía, si te casaras conmigo me harías el hombre más feliz de la Tierra. Sería un verdadero honor convertirme en tu marido. ¿Quieres casarte conmigo? Un millón de lágrimas cubren por completo mi rostro llevándose consigo gran parte de mi maquillaje. Como por arte de magia todo el mundo ha desaparecido a mi alrededor. Ahora solo tengo ojos para el hombre que tengo delante.

—¡Sí, claro que sí! —¿Cómo iba a negarme? Sus palabras sinceras han dado de lleno en el centro de mi corazón. Toma mi mano y desliza el anillo por mi dedo. Se levanta, nuestros ojos se unen en una sola mirada. Sonríe, limpia gran parte de mis lágrimas y me besa. Se separa ligeramente de mí, vigila mi mano en busca del anillo como si necesitara una prueba de que todo es real. Devuelve su mirada a mi rostro, directa a mis ojos, vuelve a sonreír y me abraza. —¿Qué pasa con ese champán? ¿No os he dado motivos suficientes para brindar? —José se dirige a todos sin separarse de mí.

Marcos abandona el sofá y corre a abrazarme. Ana lo acompaña.

—Te lo dije... hoy era el día.

Si, hoy era el día y me muero por saber como ha organizado todo esto si apenas lleva unas horas en casa. Supongo que una vez más Marcos está detrás de todo esto. Está claro que lo ha ayudado. Solo con Internet no es posible todo esto, ¿o quizás sí?

Tras el brindis y las felicitaciones de todos y cada uno de nuestros amigos busco a José con la mirada. Desde el fondo del salón me mira, me sonrío y

camina hacia mí ignorando por completo a nuestros invitados. Me toma de la mano, acaricia su anillo para asegurarse de que sigue en su sitio y me besa en la mejilla. Comienza a andar y lo sigo hasta el dormitorio.

—Dime, ¿cómo estás? Cuando has roto a llorar pensé que ibas a salir corriendo.

—Jamás haría tal cosa. —Una sonrisa deslumbrante cubre su rostro casi por completo—. ¿Cómo has podido organizar todo esto en tan solo unas horas? Marcos te ha ayudado, ¿verdad?

—Bueno, Marcos me ha ayudado pero digamos que Internet y el dinero han hecho que esto sea posible. La mayor parte de la organización ha surgido en estas horas. La comida, la cena, tus revistas, el vestido...

—¿Y qué hay del anillo? —No puedo más con la curiosidad.

—Siempre ávida de información... Compré el anillo en Londres. ¿Recuerdas la joyería de Camdem? —No me lo puedo creer. —Cuando viajé a organizar mi mudanza, después de que fueras a buscarme al museo me decidí a comprarlo. No había encontrado el momento oportuno y cuando supe que

iban a darme el alta empecé a planearlo todo. Miro mi anillo. Junto al espejo reparo en mi vestido y mis tacones. Siempre tan derrochador.

—Si sigues con este ritmo acabarás arruinándote. Todo esto no es necesario, te hubiese dicho que sí con o sin anillo...

—Me gusta mimarte Sofía, aunque ahora podrás hacerlo tú misma. Ahora que vas a casarte conmigo podrás gastar tanto dinero como quieras.

—Sabes que no haré algo así.

—Pues te espiaré como lo he hecho esta tarde y lo encargará yo mismo. —Me besa en los labios y prosigue—.

Ahora salgamos, aún no ha acabado la



noche. Queda mucho por derrochar.

—Ahora salgo, tengo que retocarme el maquillaje. Por

cierto, José, estoy pensando en dejar el anillo en casa... —¡Ah, no, de eso nada!

Quiero que todo el mundo sepa que ahora estás prometida. Ni se te ocurra salir de esta habitación sin ese anillo.

Tomo asiento en la cama y aprovecho la soledad de mi

habitación para pensar en todo lo que ha ocurrido en las

últimas horas. Detengo mi mirada en el anillo atónita por lo

que en sí significa. Ahora estoy prometida, en poco tiempo

casada. Formaré mi familia con él. Hace unas horas no me hubiese imaginado que ocurriría algo así. ¿Soy feliz? Más que nunca. Jamás lo habría pensado pero sí, estoy más feliz que nunca.

Corro al aseo, me retoco el maquillaje y me cambio de zapatos. Miro una vez más el anillo y sopeso la idea de dejarlo en el joyero, aunque una pieza como esta debería guardarla en la caja fuerte.

—Sofía... ¿ocurre algo? No será que te has arrepentido... porque no lo has hecho, ¿verdad?

—¿Cómo iba a arrepentirme? No, José,

es mucho más simple que todo eso. Me preocupa perder el anillo, ¿dónde vamos a ir?

—A una discoteca. —Lo miro y le dedico una sonrisa cómplice—. Bueno, sí...no es el lugar adecuado para llevar un anillo como ese. Pero en cuanto llegemos a casa te quiero con el anillo, solo con el anillo. Regresa a mi lado, toma mi rostro entre sus manos y me besa.

**44**

Pequeños rayos de sol se cuelan a través

de la persiana de mi dormitorio. Abro los ojos por completo, estoy sola. Busco mi móvil en mi mesita de noche, miro la hora, son más de las doce. Completamente desnuda y con el anillo de regreso a mi dedo, busco algo de ropa y salgo a su encuentro. Sentado en la isla central, vestido con su habitual pantalón de chándal gris, solo con el pantalón con su musculoso torso desnudo. El pelo alborotado y completamente concentrado frente al ordenador no puedo más que sonreír. Detengo mi mirada en el centro del salón, donde, la noche anterior se arrodilló frente a mí y me pidió matrimonio. Devuelvo mi mirada hacia

él y lo encuentro mirándome,  
sonriéndome.

—Buenos días... ¿cómo ha dormido mi futura esposa?

Le sonrío a modo de respuesta, camino hacia él y lo beso.

—Siéntate, voy a prepararte un café. — Tomo asiento y espero con ansiedad el primer café de la mañana—. He hablado con mis padres. Mi hermana Laura y su marido están en la ciudad. Mi madre ha sugerido que comamos toda la familia.

—Entonces aprovecharé para hacerte hueco en los armarios, ya me ha dicho Marcos que te sugirió que te vinieras aquí a vivir. ¿Qué te parece si pasamos

los fines de semana en tu apartamento y dejamos que Ana y Marcos se queden aquí?

—Sofía, cariño... no me has entendido. Todos comeremos juntos, ahora tú eres parte de mi familia. No lo olvides nunca, en poco tiempo serás mi mujer. Mi madre y mi hermana no paran de preguntarme cuándo voy a presentarte. Después de que anoche nos prometiéramos que mejor momento que este. —Me besa en la mejilla y me deja a solas con mi café a sabiendas de que necesito tiempo para asimilar toda la información—. En cuanto a lo del apartamento, por mí perfecto y no te preocupes por mi ropa, ya tendremos

tiempo para eso.

Salgo de la ducha envuelta en la toalla, lo encuentro frente al espejo colocándose el nudo de la corbata.

—¿Todavía estás así? Vamos a llegar tarde.

—No tardo, es que no sé qué ponerme.

—Siempre puedo comprarte otro vestido... —Le fulmino con la mirada

—. ¿Se enfada mi futura esposa? Estarás guapa te pongas lo que te pongas. Date prisa, no quiero llegar tarde.

Elijo el vestido color crema, me maquillo ligeramente y salgo al salón en busca de mi futuro marido.

—Joder, Sofía, nunca te había visto así.

—Vuelvo a fulminarle con la mirada una

vez más—. Nena, no me malinterpretes, estás tan guapa como siempre.

—Vas a presentarme a tus padres y quiero causarles una buena impresión.

Me atrae hacia él y me besa con pasión.

José detiene el BMW ante las imponentes puertas de forja. Desde el interior del coche pulsa el intercomunicador y las puertas se abren al instante. Vuelve la mirada hacia mí, posa su mano en mi rodilla desnuda y me besa la mejilla intentando tranquilizarme. Pero en este momento nada puede tranquilizarme, ni siquiera él.

Inicia la marcha una vez más siguiendo el camino de piedra que llega hasta la



puerta principal. Fascinada por la magnificencia de los jardines no aparto la mirada de la ventanilla del coche sin ser consciente de que el trayecto ha llegado a su fin.

—Sofía, cariño, ya hemos llegado. — Toma mi mano y la acaricia levemente —. Estoy completamente seguro de que les vas a encantar a mi familia. Por cierto, anunciaré nuestro compromiso durante la comida.

Espero que esté en lo cierto porque vamos a casarnos. ¿Qué vamos a hacer si no me aceptan? Quizás no soy lo que esperan para su hijo. No puedo engañarme a mí misma, salta a la vista que son personas con mucha clase.

Laura, la hermana de José, está casada con un cirujano de prestigio. Ella es psicóloga y viven en una de las zonas más lujosas de Estados Unidos. ¿Y yo? Solo soy una chica de barrio que se las ha apañado como ha podido para llegar a triunfar en la vida, pero no tengo nada que ver con este ambiente. ¿Qué van a pensar de mí? Solo soy una chica con un vestido elegante.

La puerta principal se abre ante nosotros. Es evidente que nos estaban esperando. Una mujer muy elegante nos recibe. En cuanto ve a José se funde en un abrazo eterno. Está claro que es Eloísa, su madre. El vestido beige se le ciñe al cuerpo ligeramente. Las perlas

de su cuello a juego con los pendientes se mantienen sobre su pecho. Ha recogido su melena rubia en un moño. El escaso maquillaje muestra su belleza natural.

—Supongo que tú debes ser Sofía. — Toma mis manos entre las tuyas y recorre mi cuerpo con la mirada—. Permíteme que te agradezca enormemente todo lo que has hecho por mi hijo y por toda mi familia.

Eloísa me atrae hacia su cuerpo y me abraza con demasiada familiaridad para mi gusto. Mi cuerpo se tensa de pies a cabeza y aunque intento relajarme soy incapaz. —No tiene nada que agradecerme. Haría cualquier cosa por

el bienestar de José. —José me sonrío y me atrae hacia él.

—¿Dónde está papá? —pregunta José mientras caminamos hacia el interior de la casa.

—Ya sabes cómo es. Está encerrado en su despacho con no sé qué negocio que se trae entre manos. Ve a buscarlo, yo voy a enseñarle la casa a Sofía.

¿Cómo? ¿Va a dejarme a solas con su madre? Besa mi mejilla, roza mi brazo ligeramente y obedece la petición de su madre.

—Vamos, Sofía, tenemos mucho por ver.

—Algo me dice que no vamos a ver la casa... esta mujer quiere saber algo y quiero saber qué es—. Ven, sentémonos

en mi despacho luego habrá tiempo de ver la casa después. Ahora me gustaría hablar contigo si no te parece inadecuado. —Eloísa, si hay algo que te ha importunado con mi visita no tienes más que decírmelo y me iré. Siempre puedo decirle a José que me ha surgido algo en el trabajo, aunque hoy es domingo.

—Tranquila, Sofía, no es nada de eso. Me encanta tenerte en casa y me gusta aún más que intentes proteger a mi hijo por encima de todo. Eso dice mucho de una persona, Sofía. Veo en tus ojos que quieres a José pero con tus actos me demuestras mucho más. Si te he traído hasta aquí es para agradecerte todo lo

que has hecho por nosotros, en especial por José. Supongo que habrá sido muy difícil para ti enfrentarte a su enfermedad y mucho más sin saber todo lo que ha sufrido en su infancia.

—Si te soy sincera, el inicio de nuestra relación ha pasado por varios altibajos; en ocasiones por mí, en ocasiones por él. Cuando sus compañeros de trabajo vinieron a buscarme y me contaron lo que posiblemente estaba sucediendo no me podía creer. Su ingreso en la clínica fue difícil de asimilar pero fue más complejo aún saber que no estaba cumpliendo con su palabra negándose a recibir tratamiento. —Tomo aire a la vez que vigilo el semblante de Eloísa que se

mantiene impasible escuchando mi relato—. Cuando por fin conseguimos que se sincerara no sabía qué hacer ni qué decir. Él necesitaba mi apoyo en ese momento y yo lo apoyé, lo ayudé en todo lo que necesitaba y lo haría mil veces más si fuese necesario.

Eloísa se levanta del sofá y me abraza. Unas lágrimas cubren su rostro. En mi intento de sincerarme con ella quizás haya sobrepasado los límites. Esta mujer está llorando...

—Sofía, me gusta tu sinceridad. Me alegro mucho de que José no nos haya llenado la casa de mujeres. Tú eres la mujer que necesita, me pregunto porque no te ha pedido que te cases con él

aún... ¿o si lo ha hecho?

La puerta del despacho se abre interrumpiendo nuestra conversación, justo a tiempo. José aparece tras el dintel de la puerta.

—Mamá, ¿qué hacéis aquí? Si me dices que ya habéis terminado de ver la casa no me lo creeré... ni yo mismo conozco todos los rincones de esta casa. —Se acerca a mí, toma mi mano y me obliga a levantarme—. Vamos, cariño, mi padre quiere conocerte. Mamá, ¿por qué no llamas a Laura? Acaban de avisarnos de que la comida ya está lista...

—De acuerdo, hijo, ahora mismo la llamo. Vosotros ir con tu padre.

Salimos del despacho y caminamos en



pleno silencio hacia el jardín de la parte trasera de la casa hasta que José se detiene frente al ventanal.

—Sofía, ¿va todo bien? ¿Hay algo que te haya disgustado? Te encuentro triste.

—No, estoy bien. Solo he estado hablando con tu madre. Estaba preocupada por ti. —Acaricio su rostro y él aprovecha para besar mi anillo—. Si no llegas a entrar hubiese descubierto nuestro secreto.

—Me alegra que esté todo bien. ¿Preparada para conocer a mi padre?

Asiento, abre la puerta de cristal y me invita a salir al exterior. Encuentro un hombre sentado en un sillón de mimbre y cojines blancos hablando por un

teléfono móvil mientras que consulta varios datos en un ordenador portátil.

José se planta frente a él con semblante serio. Lo interrumpe una y otra vez hasta que consigue que termine con la llamada y apague el ordenador.

—Hijo, ¿por qué eres tan insistente? Tenía que terminar esa reunión y me has hecho inventar una excusa mediocre. — Papá, me gustaría presentarte a Sofía. — Me acerco hasta su padre y permito que me bese ambas mejillas. — Encantada de conocerle Señor Vallés. José me ha hablado mucho de usted y permítame que le diga que sus hoteles son... no tengo palabras para describirlos. — Seré idiota.

—Sofía, llámame Fernando, no hay motivo para tanta formalidad. Algún día seré tu suegro si mi querido hijo sabe mantenerte a su lado, ¿verdad, hijo?

—Sí, papá, tú siempre confiando en mí...

—Vamos, hijo, solo bromeaba. Sofía, dime, ¿te gusta el vino blanco? Vamos, abriremos uno de nuestros mejores vinos.

Y aunque me gustaría quedarme junto a José su padre me impide que siga a su lado llevándome con él al interior de la casa. Sé que José no está bien, no tolera las bromas demasiado bien, me preocupa su estado pero supongo que no puedo hacerle un desplante a Fernando.

Entro en el salón principal tras los pasos de mi futuro suegro y me alegro al ver que José entra tras de mí. Vigilo su rostro buscando la señal que necesito para saber si está bien. Al apreciar la preocupación en mi rostro me sonrío, camina hacia mí y besa mi mejilla.

—No te preocupes, todo va bien. Vamos con mi padre.

Fernando me ofrece una copa de vino mientras me da una clase magistral sobre vinos y me muestra lo mejor de su bodega, hasta que Eloísa nos interrumpe para informarnos de que Laura y Mathew ya han llegado.

—Vamos, acompáñame y se habrán acabado las presentaciones por hoy.

Después de la comida podremos volver a casa. Ya solo quedan unas horas para que termine el fin de semana y quiero disfrutarlo con mi prometida.

—La verdad es que lo estoy deseando.

—¿Estás incómoda? Si quieres nos vamos, puedo inventarme cualquier excusa.

—No, estoy bien. Pero estoy deseando pasar un tiempo a solas contigo.

Dejamos la charla cuando Laura entra en el salón acompañada de su marido. No puedo salir de mi asombro cuando corre hacia mí y me abraza. ¿Por qué no para de besarme y corre a saludar a su hermano? José descubre mi estupefacción e incomodidad y logra que

Laura se separe de mí.

—Hermanita... ya veo que te alegras de verme. —Ante la ironía de su hermano, Laura ríe descontrolada bajo la atenta mirada de su marido. Salta sobre su hermano y lo abraza con dulzura.

Si yo me comportara de ese modo con MJ me denunciaría por acoso.

Eloísa separa a sus hijos y me presenta a Mathew que intenta acertar con la pronunciación y dirigirse a mí con un saludo.

Después de un poco más de conversación, y probar unas cuántas copas de vino de la bodega de Fernando, nos sentamos a la mesa y disfrutamos de una alegre velada. —Voy

a por los postres. Laura cariño, ayúdame a recoger la mesa.

—No, espera mamá. Tengo algo que deciros. —Ha llegado el momento—. Como ya sabéis ayer me dieron el alta de la clínica, Sofía vino a recogerme y organicé una cena en casa para contarles a mis amigos toda la verdad. Para agradecerle a Sofía todo lo que ha hecho por mí en estos últimos meses, quise prepararle una sorpresa. Le compré un vestido, unos tacones a juego y para terminar con la gran noche la pedí que se casara conmigo y Sofía aceptó. ¡Estamos prometidos!

Son más de las seis de la tarde cuando

entramos al ático. Abandono el bolso en la entrada y camino hacia el dormitorio. José entra en la cocina y prepara café. Me deshago de los tacones, me recojo el pelo en una coleta y me desvisto por completo. José observa mi cuerpo desnudo desde la puerta del dormitorio. La vergüenza me consume y corro a cubrir mi cuerpo con mi bata.

—¿Por qué te vistes? En casa te prefiero desnuda... —Camina hacia mí, me abre la bata y cuela sus manos en su interior cubriéndome de caricias—. ¿Vas a ducharte? Te acompaño.

—En realidad iba a darme un baño, estoy cansada. —Te acompañaré



igualmente.

¿Y cómo decirle que no? Se aparta ligeramente de mí y

empieza a desnudarse. Salgo del vestidor y dejo el anillo en el interior del joyero. Entro en el aseo, abro el grifo de la ducha y echo sales de lavanda para crear espuma. El olor a lavanda inunda el aseo por completo. Me deshago de la bata y coloco un par de toallas sobre el toallero eléctrico. José entra en el aseo, besa mi hombro desnudo, cierra el grifo y se mete en la bañera. Apoya su cuerpo y me invita a entrar y sentarme delante de él. El agua está a una temperatura ideal, la espuma cubre mi cuerpo desnudo. Me dejo caer

y apoyo mi cuerpo sobre su pecho. Apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos hasta caer rendida por el sueño y el cansancio acumulado.

—Sofí, nena, el agua está empezando a enfriarse.

José me ayuda a levantarme. La espuma se pega a mi cuerpo; consciente de ello José abre el grifo del agua caliente y se deshace de toda la espuma. Hace lo propio con su cuerpo y se prepara para salir de la ducha. Se anuda la toalla a la cintura para después envolverme a mí con la otra. Me atrae hacia su cuerpo y me abraza.

—Sé que estás cansada y que ahora te encantaría meterte en la cama, pero me gustaría pasar tiempo contigo. ¿Qué te apetece que hagamos antes de que prepare algo de cenar?

—No tengo ni idea, dormir me parece una idea muy apetecible.

—Se me ocurre algo mejor que hacer en la cama. Ya que estás desnuda podríamos aprovechar el momento...

Abre mi toalla y la desliza por mi cuerpo hasta dejarla caer al suelo. Deshace mi coleta y deja la goma para el pelo sobre el mueble del lavabo. Los rizos caen sobre mi espalda desnuda. Hunde sus manos en mi pelo, atrae su cuerpo hacia el mío y me besa en los

labios. Cubre mi cuerpo con ávidas caricias hasta que se detiene en mis caderas, me obliga a rodearlo con mis piernas y camina de regreso al dormitorio. Caemos sobre la cama en un mar de besos y caricias y hacemos el amor hasta caer rendidos por el cansancio acumulado.

Son más de las nueve cuando despierto sola y desnuda sobre la cama envuelta en el nórdico. Escucho tras la puerta para saber si Marcos ha llegado ya o sigue con Ana. Desde el salón solo recibo silencio. Abro la puerta ligeramente y encuentro la luz de la cocina encendida. Apuesto a que José está cocinando. Entro en el vestidor,

elijo uno de mis pijamas y salgo a su encuentro.

Desnudo de cintura para arriba lo encuentro, de espaldas a mí, concentrado en su trabajo frente a los fogones. En silencio, lo observo concentrado en su trabajo. Me acerco hacia él y lo sorprendo abrazándolo. Le rodeo la cintura y beso su espalda. Y a pesar de que no veo su cara se que está sonriendo.

—¿Has descansado, nena? —Aparta la comida del fuego y se vuelve hacia mí —. Te echaba de menos.

Me abraza, me besa los labios y me dedica la más maravillosa de sus sonrisas. Toma mi mano y se sorprende

al no ver mi anillo. Suelto mi mano y acaricio su mejilla. Antes de que pueda preguntarme por el anillo le doy la explicación que necesita y le intento convencer de que comprenda, que el hecho de tener o no conmigo el anillo no cambia nada en nuestra relación.

Sirvo el vino mientras termina de poner la mesa. Tomo asiento, José me acompaña. Durante la cena comentamos la comida de esta mediodía con sus padres, su hermana Laura y marido Mathew.

—¿Y tus padres? ¿Cuándo vas a presentármelos? Tendremos que contarles que vamos a casarnos...

—«¡Mis padres! ¿Cómo voy a decirles que me caso si tan siquiera saben que tengo pareja?»—. ¿Qué pasa, Sofía? — Su alegría de la noche se ha desvanecido en cuestión de segundos. Su semblante serio me bloquea por completo—. Tus padres no saben nada de mí, es eso, ¿verdad?

—José, no vayas por ahí. Desde que mis padres se separaron nuestra relación se ha distanciado. — Pincho un poco de ensalada y me lo llevo a la boca intentando mostrar con mi actuación, tranquilidad—. Mi madre ha cambiado tanto en estos últimos años que soy incapaz de hablar con ella con seriedad. José, si no he hablado de ti a mis padres

es porque la relación que tengo con ellos ha cambiado por completo. Los llamaré esta semana e iremos a comer a algún restaurante del barrio.

Beso su mejilla, acaricio su mano y vuelvo a hablarle para darle todas las explicaciones que necesite para así tranquilizarse.

»José, te lo repetiré todas las veces que necesites si eso te hace bien. El hecho de que lleve el anillo o no conmigo no va a cambiar en absoluto lo que siento por ti y la decisión que hemos tomado. Voy a casarme contigo aunque no haya hablado de ti a mis padres o en el trabajo. —Dejo la comida a un lado, aparto mi silla y lo miro directamente a



los ojos—. Tienes que confiar en mí sino esto no funcionará.

—Sofía cariño, confío en ti sobre todas las cosas pero no puedo evitar sentir un miedo atroz a perderte. Lo hemos pasado tan mal antes de llegar a este punto que no puedo evitar pensar en ello. El hecho de que no lleves el anillo o no hables de mí en tu círculo más íntimo, son solo detalles que provocan esos temores en mí... —Aparta la mirada para llevarla hasta el centro de la mesa sin mirar a un punto fijo.

—José por favor no puedes estar así pero si el llevar el anillo siempre conmigo o darte a conocer entre mi gente, te dará seguridad, lo haré. Por

nada del mundo quiero que te sientas así. —Abandono el salón bajo su estupefacción.

Entro en el dormitorio, abro el joyero y me coloco el anillo. Regreso al comedor, José ha abandonado la mesa y me espera completamente atónito en pie frente a la puerta. Levanto mi mano, muestro el anillo y regreso a la mesa en el único intento de que vuelva la tranquilidad a la casa. José regresa a la mesa, toma mi mano y la besa.

## 45

Diciembre nos sorprende con una inesperada tormenta de nieve. José ha

insistido tanto en llevarme a la oficina que no he tenido más remedio que aceptar.

El tráfico está imposible esta mañana... más de lo habitual. Y aunque lo hemos intentado de mil maneras ha sido imposible llegar puntual a la oficina.

—Sofía, a mi despacho, ahora. —La temprana orden de Jaime me pilla completamente desprevenida. Necesito un café—. Vamos, siéntate. Tenemos mucho de lo que hablar.

Tomo mi asiento habitual en el sillón de cuero y agradezco enormemente que Marta se haya tomado la molestia de

prepararnos dos buenas tazas de café.

—Bien, Sofía, lo que tengo que contarte es muy importante. Lo que nos acaban de proponer es un proyecto millonario. ¿Recuerdas el trabajito de tu novio en Londres? Lo que tengo que contarte triplicará las ganancias de The City. — Jaime me deja sin palabras. Algo así es justo lo que necesito para pagar la boda que tengo en mente—. Un joven inversor compró unos terrenos cinco años atrás. Gastó una herencia en levantar un centro comercial de lujo en nuestra comunidad. ¿Adivina qué estudio va a encargarse de la decoración? Quiero que te encargues tú. Tienes toda la información en tu correo. Ahora, a trabajar.

Entro en mi despacho, deajo el bolso de cualquier manera sobre la mesa y enciendo el ordenador. Coloco mi abrigo sobre mi silla de trabajo y programo la calefacción al máximo. Entro en mi correo electrónico, paso por alto todos los e-mails hasta llegar al de Jaime. Leo el informe por completo y busco información sobre el joven inversor del que me ha hablado. Entro en el buscador, tecleo su nombre y leo uno por uno todos los artículos que encuentro en Internet.

Ahora que tengo toda la información necesaria me preparo, con los planos frente a mí, para comenzar con los primeros bocetos.

A eso del mediodía me detengo un solo instante en mi labor para buscar mi móvil en el interior de mi bolso. Tengo que contarle a José lo que acaba de ocurrirme.

—José, cariño. No vas a creerte lo que me acaba de pasar. Es una muy buena noticia. Voy a preparar la mejor boda que puedas imaginar. Estaba preocupada por el dinero pero ahora no voy a tener problemas. Triplicarán las ganancias de los beneficios de The City. ¿Puedes creerlo?

—Espera, Sofía... ¿el triple? Es mucho dinero, ¿quién ha ofrecido tanto dinero por tu trabajo? Tiene que ser un

proyecto muy importante.

—Es un centro comercial... ¿ocurre algo?

—Voy a tu oficina, me gustaría ver ese contrato. Las palabras de José me han dejado preocupada pero no

puedo permitir que el tiempo se me eche encima. Vuelvo al trabajo hasta que Marta me informa de que José ya está aquí. Dejo el trabajo y corro a saludarlo. Le encuentro más raro de lo normal. Me besa los labios y se sienta a mi mesa, frente al ordenador.

—Quiero ver el informe, ¿puedes meterte en tu correo? —¿Por qué tienes tanta urgencia en saber de qué se trata?

Está claro que hay algo que te preocupa, no hubieras venido hasta aquí si no fuese así.

—Sofía, no quiero que me malinterpretes pero digamos que el estudio de Jaime no es precisamente un estudio en el que repararía alguien que está dispuesto a desembolsar tal cantidad de dinero. Tu trabajo es maravilloso, eres una gran profesional pero sabes igual que yo que Jaime no es el mejor en esto.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Lo que quiero darte a entender es que la persona que está detrás de este contrato no solo está buscando a una



buena decoradora de interiores. Joder, ¿cómo se llama el cliente? Estoy harto de leer todo este tema legal aunque me gustará leerlo en casa, más tarde.

—Jaime me habló de un joven inversor. He estado buscando un poco de información sobre él y no he encontrado nada malo. Espera, déjame que busque su nombre. —Abro el primer cajón de mi escritorio y me hago con la documentación que he encontrado sobre mi nuevo cliente—. Mira, se llama Julio Salazar. ¿Le conoces?

—Así que es Julio el que está detrás de todo esto. Sí, le conozco nena. Le conozco muy bien. Y como le conozco tan bien voy a pedirte que te mantengas

alejada de él. Si me entero de que te pone un solo dedo encima no tendré más remedio que intervenir. Seré tu sombra, vayas donde vayas estaré contigo.

—Vas a tener que ser más concreto si no quieres que te eche a patadas de mi despacho.

—Julio Salazar es el hijo de un viejo amigo de mi padre. Hace unos años que murió y Salazar se las apañó para llevarse la mayor parte de la herencia a pesar de ser el hijo menor de cinco hermanos. Ha invertido gran parte de la herencia en inversiones multimillonarias. Hacia más de tres años que no sabía nada de él y me resulta curioso que vuelva a encontrarme con él

en el estudio donde trabaja mi futura esposa.

—Sigo sin entender porque te preocupa tanto que trabaje para él.

—En el pasado tuvimos un lío de faldas... yo me quede con la chica y juró vengarse. El hecho de que ahora vayas a trabajar para él no es una mera coincidencia.

—José, ¿eres consciente de lo patético que suena lo que acabas de contarme? Quiero que sepas, antes de que te adelantes, que voy a seguir adelante con este proyecto. Necesito ese dinero para nuestra boda.

—Sabes que no es cierto.

—Ni se te ocurra convertirte en el tipo

de hombre con pasta que pide a su mujer que deje de trabajar y se dedique a gastar su dinero en compras desmesuradas, viajes y operaciones de estética.

—No creo que te gastes mi dinero en operaciones de estética, no te hace falta. Son más de las cuatro de la tarde cuando consigo que se marche de mi oficina. A pesar de que aún no he comido regreso al trabajo. Necesito terminar el diseño antes de que termine la semana y ahora que José me ha contado todo lo que sabe de Julio Salazar no puedo dejar de pensar en ello. ¿De verdad tengo que creer que el tal Salazar me ha contratado para seducirme y así vengarse de él? Es

tan patético... y más patético me resulta que tire todo mi trabajo por tierra dándome a entender que si me han contratado es por él. Si supiera cuanto odio ese afán de protagonismo... Será mejor que deje esto para luego.

Dejo el trabajo, entro en la cocina y me preparo un sándwich con lo primero que encuentro en la nevera. Cojo un refresco cualquiera y regreso a mi despacho.

A eso de las ocho mi teléfono vibra sobre mi escritorio. Es José. Respondo a su llamada, no recordaba que tenía que venir a recogerme. Recojo todo el papeleo que tengo sobre mi mesa, guardo el boceto en un portafolios e imprimo el contrato tal y como me ha

pedido en su visita. Me pongo el abrigo, recojo mi bolso y me preparo para ir a su encuentro. Estoy deseando llegar a casa para continuar con la charla de este mediodía.

—Sofía, cariño, estaba deseando verte. Creo que te debo una disculpa. Quizás esta mañana no me he explicado con claridad. —No, desde luego que no lo has hecho—. Tengo la sensación de que mis palabras han podido malinterpretarse. No me gustaría que pensaras que he intentado dejar tu trabajo en mala posición. Sé de buena tinta lo buena trabajadora que eres pero el hecho de que este tipo esté detrás de este contrato...

—¡Ya, José! Dejemos el tema a un lado. Te he traído el contrato, léelo y si algo no te gusta me lo comentas y hablaremos con el abogado de Jaime —corto tajante antes de que siga metiendo la pata—. Lo que quiero que tengas claro es que voy a continuar con el contrato y si es cierto lo que piensas me encargará personalmente de dejarle claro a mi nuevo cliente como están las cosas. Y ya que sabes que voy a seguir adelante con el encargo me gustaría pedirte que te mantuvieras al margen. Si necesito tu ayuda no dudaré en llamarte. Pero quiero que confíes en mí y tienes que prometerme que vas a hacer lo que te he pedido. Ni siquiera sé para que me molesto en pedirle algo así.

Al final hará lo que le venga en gana y yo no podré hacer nada para impedirselo.

Llegamos al ático, José aparca el BMW en una plaza de garaje adyacente a la mía que ha alquilado recientemente. Subimos en el ascensor hasta la planta de los áticos y mientras yo corro a la ducha él se enzarza con mi nuevo contrato. ¿Por qué tiene que ser tan insufrible? Para cuando salgo de la ducha Marcos ya ha llegado a casa con Ana.

José ha dejado el contrato a un lado pero tengo la sensación de que en cuanto tenga la posibilidad volverá a ello. Entro en la cocina y con la ayuda de Ana



preparo algo de cenar. La verdad es que estoy muerta de hambre.

## 46

Después de que Jaime tuviera la primera reunión con el Señor Salazar y de que este aceptara mi proyecto tengo más claro que nunca, que José exageraba. Llevo meses enfrascada en este proyecto y a día de hoy no he sabido nada de Salazar. He pasado días enteros en el centro comercial y no ha habido señales de él; sé de buena tinta que ha estado por el estudio y no se ha atrevido a presentarse en mi despacho. Y en realidad eso me hace pensar que José

pueda estar detrás de todo eso.

Conduzco en el Audi de regreso a la oficina, es la hora de la comida, podría llamar a Teresa y comer juntas. Hace mucho que no tengo la posibilidad de pasar tiempo con ella y aún no sabe que estoy prometida. Va a matarme.

Busco su número, pongo el manos libres y espero a que conteste.

Minutos después me encuentro esperándola en el restaurante. Mi sorpresa no puede ser mayor cuando la veo aparecer acompañada. No podremos hablar de nada si viene con un cliente, quizás no haya sido buena idea llamarla.

Me saluda desde el fondo del restaurante y cuanto más se acerca hacia la mesa, más familiar se me hace el rostro de su acompañante. No puedo salir de mi asombro cuando lo tengo frente a mí. Teresa me obliga a levantarme y me saluda con dos besos en cada mejilla. Alerta por el preaviso de José tiendo mi mano para saludar al señor Salazar. Acepta mi saludo y espera galantemente a que Teresa y yo tomemos asiento.

—Sofía, tenía muchas ganas de conocerte. Tengo que decirte que tu trabajo está siendo impecable y estoy deseoso de ver los resultados. —El hecho de que me trate con tanta

familiaridad me incomoda sobremanera —. Teresa me ha hablado mucho de ti, quizás en algún momento podríamos quedar fuera del trabajo para tomar una copa.

—Me alegro mucho de que le guste mi trabajo Señor Salazar. —Bebo un sorbo de mi copa de vino y prosigo—. En cuanto a mi invitación no voy a tener más remedio que rechazarla. No me gusta mezclar el trabajo con mi tiempo libre.

—Bien, tendré que esperar entonces a que termine su trabajo en mi centro comercial. Y por favor Sofía, llámame Julio. El señor Salazar era mi padre. Hago caso omiso de sus últimas

palabras y siempre que tengo que dirigirme a él mantengo mis buenos modales. Me centro en mi comida con la única intención de terminar lo más rápido que pueda y así regresar a la oficina lo antes posible.

Dejo al señor Salazar y a Teresa en el restaurante y corro a llamar a José para informarle de los últimos acontecimientos. Ante todo quiero ser sincera con él, es la única forma que tengo para que aprenda a confiar en mí.

—¿Cómo estás nena?

—Hola, José, necesito hablar contigo.

—Hago una pausa a la espera de una reacción. Ante su silencio decido continuar—. Había quedado con Teresa

para comer y no sé porqué pero se ha presentado con Salazar. Como te pedí que te mantuvieras al margen te cuento esto porque quiero ser sincera contigo y así veas que puedes confiar en mí.

—¿Y ha ocurrido algo que deba saber?

—En un primer momento ha alabado mi trabajo y después me ha sugerido que podríamos salir a tomar una copa después del trabajo. —Lo escucho maldecir algo inteligible—. Después de rechazarlo ha insistido en la posibilidad de quedar cuando acabe con el trabajo.

—¿Alguna cosa más?

—Me ha pedido que me dirigiera a él por su nombre y lo he vuelto a rechazar. En cuanto he tenido la oportunidad de

marcharme lo he hecho. —Espero su respuesta pero desde el otro lado de la línea telefónica solo escucho su respiración descontrolada.

Cruzo la acera hacia la oficina y lo provoco a que me hable en varias ocasiones sin éxito alguno. Centro la mirada en la entrada y lo encuentro con el teléfono en la mano derecha y la izquierda en el bolsillo. Termina con la llamada, esconde la mano en el bolsillo y espera a que me acerque con semblante serio. Daría lo que fuera por saber lo que está pensando en este momento.

Me acerco a él sin saber muy bien si debo besarlo o mantenerme a un lado a

la espera de una señal o de que sea él quien tome la iniciativa. Me detengo frente a él, vigilo su rostro y me deja sin palabras cuando toma mi rostro entre sus manos y me besa con pasión.

—Muchas gracias, nena. No sabes lo esto significa para mí. —Tomo aire, ya más relajada por sus palabras y espero que vuelva a hablar a sabiendas de que no ha terminado aún—. Ahora no sé muy bien qué debo hacer... si hacer una visita a mi buen amigo y explicarle que no debe hacer invitaciones inoportunas a la mujer de un amigo o si por el contrario debería dejarlo pasar, regresar al trabajo y esperar a mi esposa en casa con un buen regalo y compensarla por su



sinceridad.

—Por favor, José, déjalo estar. Y no gastes dinero, no tienes que compensarme porque te diga la verdad. Solo quiero que confíes en mí y que seas consciente que jamás haría nada que pudiera disgustarte. —Me acerco a él una vez más y le beso los labios—. Bueno... ¿y qué haces por aquí? ¿Has venido a verme por algo en particular?

—Sí, he venido a hablar contigo pero eso tendrá que esperar. Tenemos visita. Me dejo llevar por él. Me coloca a su lado, toma mi cintura entre sus manos y redirige mi cuerpo hacia el lado de la carretera. Busco con la mirada lo que sea que quiera mostrarme y

curiosamente encuentro a Julio Salazar dirigiéndose hacia nosotros con una sonrisa maliciosa cubriendo su rostro. A cada paso que da, más claro me queda que José tenía razón. Soy incapaz de quitarme de la cabeza que quizás no haya estado espiando. ¿Habrá sido capaz de utilizar a Teresa para llegar hasta nosotros? Desecho ese pensamiento cuando lo tengo enfrente y tiene la desfachatez de mirarme de arriba abajo con total desvergüenza. Ni siquiera sé cómo se atreve a comportarse de ese modo delante de José.

—Vaya... ¿qué tenemos aquí? Pero si el mismísimo José Vallés. Abogado y

empresario de prestigio. —Sin dejar de mirarme un solo instante saluda a José estrechando su mano—. Ya veo que conoces a Sofía...

—Sí, conozco a Sofía. De hecho voy a casarme con ella en unos meses. —José dirige la vista hacia mí y me besa los labios.

¿A qué viene esto? Ambos están haciendo que me sienta tan incómoda... Tengo que hacer lo que sea para que esta guerra de miradas que se ha abierto entre los dos hombres que me acompañan, acabe de una vez.

—José, tengo que subir a la oficina. ¿Me acompañas, por favor?

—¡Oh, disculparme! José, no

interrumpas demasiado a la señorita Amaya, la quiero concentrada en la labor que la he encomendado. —Se acerca a mí, besa mi mejilla y se despide de José con un buen apretón de manos—. Haré que recibáis un buen regalo de bodas.

Desaparece calle arriba, contemplo el semblante serio de José. Sus puños apretados marcan las venas de sus manos completamente dilatadas. Abandono mi actual posición y me planto delante de él. Tomo su rostro entre mis manos y lo obligo a que me mire. Y aunque me cuesta verdadero esfuerzos hacerlo entrar en razón, finalmente lo consigo. Le beso los

labios y él respira al fin, aliviado por tanta presión.

Subimos en el ascensor en pleno silencio y atravesamos el interminable pasillo del mismo modo. Entro a la oficina, saludo rápidamente a Marta y camino dirección a mi despacho sin detenerme. Necesito estar a solas con él. Entro en mi despacho, me siento a mi mesa y le sugiero con la mirada que tome asiento él también. A pesar de que tendría que volver al trabajo no enciendo el ordenador ni abro mi agenda.

—José, por favor, olvida lo que acaba de ocurrir y préstame atención. —  
Gracias a mis palabras consigo que me

mire y me preste la atención que le he pedido—. Dime, ¿a qué has venido? Antes me has dicho que necesitabas hablar conmigo.

—Es sobre la boda. He estado con Adela y me ha dado la tarjeta de una organizadora de bodas. Me gustaría llamarla y pedirle una cita. Quiero casarme contigo cuanto antes, no aguanto más sin saber que eres mía completamente. —¿Y a qué viene esto ahora?

—José, pensé que ya habíamos hablado sobre la boda. Si quiero centrarme por completo en la organización de la boda, no puedo estar trabajando en un proyecto que me quita tanto tiempo. ¿No

será que has cambiado de opinión por Salazar?

—Solo piénsalo, ahora tengo que irme. Me reclaman en la oficina.

Abandona su asiento, rodea mi mesa, hace girar mi silla hacia él y me besa. Antes de salir por la puerta se vuelve hacia mí y se marcha. Solo espero que de verdad se vaya a la oficina y no esté pensando en hacer una visita al insolente de Salazar.

La inauguración del Centro Comercial ya es todo un acontecimiento. Ayer mismo Jaime recibió las invitaciones para la fiesta de inauguración. Muchas de las personalidades más adineradas de Madrid y los alrededores han sido

invitadas y Jaime está como loco por hacer negocios altamente productivos y aún más beneficiosos.

Desde la inesperada visita de Salazar a las puertas del despacho todo ha cambiado entre nosotros. Lo noto más tenso de lo habitual y siempre que iniciamos cualquier conversación sobre la boda, acabamos discutiendo. ¿Cómo se supone que voy a decirle que tengo que ir a la presentación? ¿Aceptaré venir conmigo? Aunque, si lo pienso fríamente quizás no sea una buena idea, después de lo que ocurrió entre ellos no se si es buena idea que vuelvan a encontrarse y más con tanta gente influyente delante.



Guardo la invitación en el fondo de mi bolso como si solo con ese gesto la hiciera desaparecer.

Para cuando regreso al ático José ya ha llegado. El silencio ocupa todo el piso. ¿Estará en la planta de arriba? A pesar de estar ya bien entrada la primavera por las noches aún refresca, ¿qué hace ahí arriba? Dejo mi bolso, cuelgo la chaqueta de franela en una de las sillas del comedor. Me quedo paralizada cuando encuentro sobre la mesa una invitación para la inauguración del centro comercial.

Aparto la mirada y la detengo en las escaleras. Tengo que subir a buscarlo y arreglar esta situación. Subo las

escaleras, lo busco en las distintas estancias. Salgo al pasillo y a través de la cristalera lo encuentro a él apoyado en la barandilla de piedra blanca. Abro la puerta de cristal, a sabiendas de que me ha escuchado entrar no puedo evitar sentirme mal cuando no torna su cuerpo hacia mí. Camino hacia él, me detengo a su lado. Mantiene la mirada perdida en el horizonte mientras se fuma un cigarrillo. Sobre la mesa de hierro forjado encuentro una botella de vino tinto y una copa medio llena. Debe llevar al menos un par de horas en casa. ¿No piensa mirarme? ¿Por qué me culpa de esta situación?

—Hola... —Tal y como esperaba no hay

respuesta alguna por su parte—. Bueno, ¡basta ya! ¿No vas a volver a dirigirte a mí? ¿Por qué me culpas a mí de lo que está ocurriendo? De verdad que no comprendo porque te comportas de ese modo.

Tira el resto de su cigarrillo y toma el resto de su copa de vino para después volver a rellenarla. Toma la copa una segunda vez y termina con el vino de un solo trago. No soporto más esta situación y quiero hacérselo saber. No voy a permitir que pasemos una noche más bajo esta tensión. —José, estoy cansada de esta situación. Tu comportamiento desde que estuviste en mi oficina me confunde. Ya no se que

hacer para que vuelvas a ser el de antes. Intento llamar tu atención de todas las maneras posibles y todas han fracasado. De verdad que no consigo entender como un hombre como tú puede llegar a ser tan inseguro. —Torna su cuerpo hacia el mío con gran brusquedad. Con solo unas palabras he conseguido llamar su atención—. La historia que me contaste sobre lo ocurrido con Salazar no pudo parecerme más surrealista. Dos hombres adultos dando protagonismo a una venganza prometida en vuestra alocada juventud. El día que estuviste en mi oficina, cuando te llamé para contarte lo que había ocurrido durante la comida, creo que jamás me he sentido

tan incómoda, por lo que te sugiero que arregles tus problemas con él y no me metas de por medio. En unas semanas será la inauguración y espero que me acompañes.

Ante su impasividad me decido a regresar a la planta baja. Necesito una ducha para relajarme. Camino hacia la puerta de cristal hasta que me detiene tomando mi brazo con más fuerza de la necesaria.

—Iré contigo, siempre y cuando me jures que vamos a empezar con los preparativos de la boda. Estoy cansado de esperar y no voy a darte otra oportunidad para que sigas rechazándome.

—Jamás te he rechazado. Te pedí que retrasáramos los preparativos de la boda hasta que terminase con el centro comercial. Joder, José, llevo días hablando con la wedding planner. Si te fijaras más en las anotaciones que hago en el tablero de la cocina te habrías dado cuenta de que tenemos una cita con ella para este mismo fin de semana. Aunque lo único que te mereces en este momento es que la cancele.

Ahora sí, consigo que me suelte el brazo, abro la puerta de cristal y me dirijo hacia la planta de abajo. Marcos acaba de llegar, en esta ocasión sin Ana. Lo encuentro hablando por teléfono mientras anota algo apoyado en la isla

central de la cocina. Cuelga, me sonrío y se dirige hacia donde estoy. Me besa la mejilla y lanza su pregunta.

—¿Y qué? ¿Seguimos igual? ¿Cigarro, copa de vino y silencio sepulcral?

—Está convencido de que mi motivo para retrasar la boda hasta que acabe con el lío del centro comercial no es más que una excusa para no casarme con él.

—Pero si tenéis una cita para este sábado con una organizadora de bodas...

—Pues sí, pero como está más entretenido en comerse la cabeza con gilipollecés... Voy a ducharme, ¿cenas en casa o vas a ir a ver a Ana?

—Voy con Ana, de hecho llego tarde.

Dejo el salón tras de mí y entro en el dormitorio derecha al vestidor. Me quito el vestido, me bajo de los tacones y aún en ropa interior me dirijo al aseo. Me deshago del resto de mi ropa y me cuelo bajo el agua caliente de la ducha.

Envuelta en la toalla y completamente desnuda regreso al vestidor. Busco ropa interior cómoda y un pijama. El sonido de la puerta del dormitorio me avisa de que José ha regresado. Por el espejo lo veo observarme en silencio. Hago como si no lo hubiera visto y prosigo con la búsqueda de mi pijama. Se acerca a mí, rodea mi cintura y besa mi hombro desnudo. Llevo tanto tiempo sin



mantener un contacto tan íntimo con él que con solo rozarme ya me hace estremecer. Consciente de lo que provoca con solo rozarme, sonrío sobre mi hombro. Juega con mi pelo entre sus dedos para después centrarse en el borde de mi toalla. Desliza los dedos en el interior hasta conseguir que caiga al suelo. Descalza y aún de espaldas a él, posa sus manos en mi cintura para después rodearme entre sus brazos. Acerca su cuerpo al mío. Su tranquilidad no hace más que acrecentar mi nerviosismo. Acaricia mi cuerpo desnudo hasta llegar a mis pechos. Los cubre con ambas manos y juguetea con mis pezones entre sus dedos hasta

endurecerlos por completo. Hunde su rostro en mi cuello cubriéndolo de besos. Llega a mi oreja y juguetea con ella con leves mordiscos. Sus manos avanzan en dirección a mi sexo. Me mantengo inmóvil cuando introduce sus dedos en mi interior mientras sigue cubriendo de besos mi cuello descubierto. En un movimiento hábil y rápido me toma entre sus brazos y me lleva hasta la cama. Cierra la puerta con llave y mientras vuelve a la cama se va desnudando poco a poco sin apartar la mirada de mi cuerpo desnudo. Tan solo con el bóxer puesto, se mantiene inmóvil a los pies de la cama. Estoy a punto de abandonar la cama cuando tira de mis

pies y me devuelve a la posición inicial. Sube a la cama. Cubre mi cuerpo de besos, desde la planta de mis pies hasta mi cuello. ¿No tiene intención de besarme? Esto es una verdadera tortura. Cuando es consciente de que he adivinado sus más crueles intenciones se queda inmóvil sobre mí. Su mirada devora la mía. El poder disfrutar de esos maravillosos ojos grises es todo lo que necesito para sentirme feliz. Levanto mis manos hacia su rostro hasta que me detiene en el intento. Sujeta mis manos a ambos lados de mi rostro y sonrío con picardía.

—Ni se te ocurra moverte. —Abandona la cama y se pierde en el interior del

vestidor. Regresa con algo en las manos, ¿una corbata?— Esto lo vimos en una película, ¿lo recuerdas?

—Porque estoy muy jodido Anastasia. Tengo muchas más sombras que luces. Cincuenta sombras más —imito las palabras del Señor Grey y sonrío maliciosa—. ¿Y tú? ¿Recuerdas todo lo que ocurría en esa película?

—Tranquila, nena, para lo que voy a hacerte nos sobra con la corbata.

Me tenso de pies a cabeza cuando la conversación vuelve a centrarse en lo que se está cocinando en nuestro dormitorio.

Regresa a la cama, me ata las manos con la corbata y me las coloca detrás de la

cabeza.

—Supongo que también podría vendarte los ojos... —Abre el cajón de mi mesita y se hace con uno de mis mejores pañuelos—. Ahora va a hacer las paces como es debido...

## 47

Noche de La inauguración.

José ha vuelto a ser el de siempre hasta hoy. A partir del mediodía, tras recordarle que hoy era la noche de la inauguración todo ha cambiado por completo. El silencio reina en su apartamento y si ya de por sí es

incómodo estar en una casa que no es la mía, su costumbre de mantener el silencio en cada problema que surge a nuestro paso no hace más que empeorar las cosas.

Es mi turno en la ducha. Elijo uno de mis mejores vestidos sin un interés concreto. Solo quiero llegar a la fiesta, dar una vuelta de cortesía y dejar atrás todo lo que tenga que ver con el señor Julio Salazar. ¿Cómo alguien puede causarte tantas molestias desde la distancia? Una vez más los miedos y la desconfianza que siente por sí mismo José no hace más que empeorar la situación.

—¿Estás lista? Llegaremos tarde a tu maldita fiesta.

Bajo las escaleras con los tacones en la mano. Ni tan siquiera me mira, no puedo creer que hayamos vuelto a la misma situación de estas últimas semanas.

—Deja ese tono para la persona adecuada. Estoy cansada de que me trates así. Si no quieres ir, puedes quedarte. Iré, saludaré y regresaré aquí. Tu amigo Julio Salazar habrá salido de nuestras vidas y para siempre. —Espero su respuesta pero se mantiene impassible ante mis palabras—. ¿Y bien? ¿Has tomado una decisión?

Se mantiene en silencio, pasa por mi lado y recoge las llaves del BMW de la entrada. Llama al ascensor, se echa a un lado para que entre en su interior y me acompaña.

Tal y como le había prometido saludo a unos y a otros sin detenerme más de lo necesario. Cuando estamos preparados para marcharnos encuentro a Julio Salazar con la mirada que nos observa vigilante cada uno de nuestros movimientos. Me muevo con avidez entre el gentío hasta llegar a Jaime, perseguida en todo momento por José. Ha llegado el momento de marcharse. Estoy segura de que Salazar está tramando algo. Encuentro a Jaime



discutiendo con Gloria una vez más. Odio interrumpirlos pero lo mejor será que nos marchemos ahora, antes de que pueda ocurrir algo que empeore aún más la noche.

—Jaime, nosotros nos vamos ya. Discúlpame con el señor Salazar.

—Sofía, querida... ¿ya os marcháis? — Las palabras de Salazar me hacen estremecer—. La verdad es que me sorprende que hayas venido tan bien acompañada. ¿Aún no te ha contado como se las gastaba hace unos años? Tantas y tantas mujeres pasando por la cama de su hotel... ¿Y qué hay de tu adicción, José?

»Cuando te canses de este yonki no

dudes en llamarme, preciosa, te demostraré gustosamente lo que es un hombre de verdad.

Impotente ante sus palabras me quedo totalmente paralizada frente al impresentable que tengo delante. Bajo la atenta mirada de muchos de los invitados, José toma a Salazar del cuello de su chaqueta. Salazar, totalmente impasible ante el comportamiento de José disfruta al verlo fuera de sí.

—José, déjalo, no merece la pena. Vámonos por favor. —Logro que José me mire cuando acaricio su rostro y lo obligo a mirarme.

Finalmente consigo lo que me he propuesto. José le suelta sin antes

mandarle una mirada amenazante. Ahora solo quiero salir de aquí. La cara de Jaime es un poema. Por suerte Gloria no se ha enterado de nada de lo que ha ocurrido por estar ensimismada con el catering. Después de lo que Salazar ha soltado por ese piquito de oro tendré que darle muchas explicaciones a Jaime. Solo espero que entienda la situación.

—Mi propuesta sigue en pie, Sofía. Si quieres conocer a un hombre de verdad no dudes en llamarme.

Aparto a José como puedo, me planto delante de él y me dejo llevar por la rabia que siento por el despojo humano que tengo delante. Las clases de boxeo de José han dado sus frutos, eso y la

frustración que siento en estos momentos me dan el valor que necesito para propinarle un puñetazo que lo hace caer al suelo bajo la estupefacción de todas las personas que tengo a mí alrededor, incluidos José, Jaime y la mismísima Gloria. Cuando consigo tranquilizarme, sonrío satisfecha por mi gran actuación hasta que un dolor insoportable sale de mi mano hasta llegar a mi codo.

Busco la mirada de José que sonrío orgulloso. Toma mi mano, la besa con delicadeza. Me acerca aún más a él y me besa en los labios.

—Jaime, te veo en la oficina el lunes.

—¿Vas a estar bien como para ir a trabajar? —Dirige la mirada a mi mano

que va hinchándose por momentos.

—Me ocuparé personalmente de que Sofía pueda ir a trabajar el lunes, no te preocupes —contesta José.

—Si no puede ir a trabajar, que no vaya. Llámame para informarme de cómo se va encontrando. Y José, siento mucho que hayas tenido que aguantar toda esta mierda.

—No tiene importancia, Jaime. Ahora sí, nos vamos...

Ya en el exterior José me abre la puerta del BMW. Rodea el vehículo y sube a mi lado. Toma mi mano y observa como la hinchazón va en aumento con demasiada rapidez. El disgusto es evidente en su rostro.

—No deberías haber hecho algo así, y mucho menos cuando me has pedido encarecidamente que no lo hiciera yo. Por otra parte, me ha gustado que te hayas defendido y que me hayas defendido a mí. Lo que has hecho hoy ha significado mucho para mí, pero no vuelvas a hacerlo. — Me besa la mano, acaricia mi rostro y me sonrío—. Ahora vamos a casa, tengo que cuidar de esa mano y de mi preciosa mujer.

Aunque habíamos hablado de que nos dirigíamos hacia el apartamento la dirección que ha tomado no es la habitual. ¿Se puede saber dónde vamos? Espera, ¿me está llevando al hospital? Lo miro a la espera de una explicación.

—Cuando lleguemos al hospital van a preguntarte como te has hecho eso. Diles que esta mañana, mientras hacías deporte has dado un mal golpe, que se te ha ido inflamando a lo largo de la noche y que te has ido de la fiesta porque te duele bastante. Recuerda que has bebido varias copas de vino.

—José, no creo que sea necesario. Con un poco de hielo servirá.

—¿Si no te hago caso vas a noquearme a mí también? —Ríe a carcajadas—. Tengo suerte de que esa mano esté inservible.

En la sala de espera, más de dos horas después y con la mano vendada y dos dedos inmovilizados, camino de un lado

para otro mientras José va a recoger el BMW. Aunque no quiero reconocerlo la mano me duele más de lo que pensaba. Quizás no debería haber actuado así... ¿qué va a pensar Jaime de mí? Si existía cualquier posibilidad, por mínima que fuese, de encontrar nuevos clientes, después de lo ocurrido en la fiesta, se ha esfumado por completo.

José me saluda desde la entrada de urgencias del hospital. Dejo mis paseos y me dirijo hacia el exterior en su encuentro.

—¿Cómo estás? ¿Te duele mucho? — Será mejor que no responda a esa pregunta—. Estás de baja hasta el miércoles. Tienes una luxación.



—A mí no me han dicho más que tengo un traumatismo leve.

—Bueno, me da igual lo que te hayan dicho a ti. Estás de baja hasta el miércoles y no hay más que hablar. Nos quedaremos en mi apartamento hasta entonces. Y no te preocupes por Jaime, le he llamado mientras estabas con el médico. Ha quedado en llamarte mañana.

—Me pregunto qué pensará de lo todo lo que ha ocurrido esta noche. No creo que esté muy contento con el hecho de que una de sus trabajadoras haya dado un puñetazo a un cliente tan influyente e imbécil como el tal Salazar.

—Nena, no dejas de sorprenderme...

Llegamos al apartamento, entro en la cocina y busco la botella de vino blanco que he dejado abierta este mediodía. José llega a mi encuentro, me quita la botella de entre las manos, abre la nevera y me ofrece un cartón de zumo de piña. Busca un vaso entre la cristalería, vierte un poco de zumo y me lo ofrece para que beba. Menos mal que solo me duele una mano, ¿qué va a hacer si me quedo embarazada? Y tengo cuatro días por delante, ya estoy deseando que el lunes se vaya a trabajar. Solo así podré relajarme.

Me bebo el zumo, dejo el vaso en el fregadero y camino hacia las escaleras. José me sigue a paso ligero. Tomo

asiento en la cama y me preparo para deshacerme de mis tacones. José se arrodilla frente a mí y se encarga de ellos.

—Ya te he dicho que iba a cuidar de mi preciosa mujer. Relájate nena.

Lo dejo hacer y me dejo caer sobre la cama. Estoy agotada y solo quiero meterme en la cama y dormir para que este fatídico día se acabe para siempre. Coloca los zapatos a un lado y se tumba sobre mí. Me besa los labios una y otra vez. Adiós a mi plan de echarme a dormir.

—Ven, levántate. Vamos a deshacernos de ese vestido, ardo en deseos de quitártelo desde que has dejado por los

suelos al imbécil de Salazar. No sabes como me has puesto, nena...

Me ayuda a levantarme de la cama, aborda mis labios en cuanto me tiene a su alcance. Me da media vuelta, desliza la cremallera dejando mi espalda desnuda al aire. Desliza los tirantes de mi vestido rozando mi cuerpo con sus manos con sumo cuidado a la altura de mi vendaje. Mi vestido cae al suelo dejándome completamente desnuda de espaldas a él. Para terminar, se arrodilla ante mí, y desliza mis bragas por mis piernas hasta deshacerse de ellas. Se levanta mientras cubre mi cuerpo desnudo a besos. Rodea mis caderas y hace que me gire hacia él. Con la misma

urgencia que en nuestro beso anterior, cubre mis labios con los suyos. Me deja caer sobre la cama y se tumba sobre mí. Cubre de besos la totalidad de mi cuerpo, se detiene en mi sexo y me llena de placer llevándome a un orgasmo sin límites. En el punto más álgido del clímax se desnuda por completo y me embiste penetrándome con su miembro a punto de estallar en mil pedazos. Caemos rendidos envueltos en sudor, pasión y mucho amor.

A la mañana siguiente...

—Nena... ¿tu madre suele leer la revista que viene con el periódico? —Me muestra la portada del diario. Afirmando

con un movimiento de cabeza y prosigo con mi trabajo en la cocina—. Creo que deberías llamarla antes de que lo lea y darle una buena explicación de porque su hija ocupa parte de la portada.

Dejo el café para luego y me siento a su lado en el salón.

No puedo salir de mi asombro cuando me encuentro en la portada.

—Escucha... —Se levanta y camina por todo el salón pavoneándose y disfrutando con la situación—. La inauguración del nuevo centro comercial

a las afueras de

Madrid salpicada por el escándalo.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

Sigue leyendo

o dame la revista. —Ríe para

demostrarme que, en efecto,

está disfrutando con lo que acaba de

ocurrir y lo que está

por venir.

—Continúo... Aquí viene lo interesante.

Durante la

inauguración del ya famoso centro

comercial de lujo

que acaba de abrir sus puertas a las

afueras de nuestra

ciudad varios invitados fueron testigos

de cómo la joven

diseñadora, de la que aún desconocemos su identidad, golpeó al señor Julio Salazar, dueño y fundador, del centro comercial tras una acalorada discusión. El joven Salazar, hombre de negocios y heredero de las mayores fortunas de nuestro país, cayó al suelo bajo la estupefacción de sus invitados. Su abogado ha declarado que su cliente no hará ningún tipo de declaración y que no emprenderá recursos legales sobre su agresora—. El rostro de José ha cambiado por completo pasando del disfrute al odio—. No puedo creer que sean tan estúpidos como para intentar tan siquiera denunciarte. Recursos legales sobre su agresora, valiente



hijo de puta.

—Tienes que prometerme que vas a mantenerte al margen. No quiero más problemas, José... bastante tengo con aparecer en esa revista. Espero que lo dejen pasar. —

Mi teléfono vibra sobre la mesa de centro. Es Jaime. Miro a José, le enseño la pantalla y rezo para mis adentros para que la llamada sea para preocuparse por mí.

Respondo a la llamada. A pesar de que se preocupa por mi estado de salud, también me llama para avisarme de

que ha visto la revista. Por suerte para mí no está enfadado conmigo sino con Salazar. Estupefacta por su reacción me pide que le pase el teléfono a José. ¿Para qué?, ¿por qué quiere hablar con él? José no necesita que lo animen demasiado para ir a hacer una visita a Salazar. Tengo que hacer todo lo posible para que esa conversación llegue a su fin. Por suerte para mí su teléfono vibra sobre la mesa y no tiene más remedio que colgar. Responde y ya más tranquilo ríe descontroladamente al

teléfono. ¿Quién le  
habrá llamado?

—Era Marcos. Debes de tener whatsapp  
a reventar

porque están hablando por el grupo. —

Lo que me faltaba

ya. Ahora lo único que quiero saber es  
que han hablando

Jaime y él para que José haya vuelto a  
tranquilizarse y esté disfrutando una vez  
más de la situación—. Le he dicho que  
hable con los demás y que vengán esta  
tarde a tomarse algo. Ahora que eres  
toda una celebrity tus amigos no quieren  
pasar por alto la oportunidad de pasar  
tiempo con  
un famoso.

Vuelve a reírse descontroladamente ante su gracia. Mi teléfono vibra de nuevo sobre la mesa. Vuelvo a enseñarle la pantalla de mi teléfono móvil donde el nombre de mi madre se ve reflejado. Está claro que ha visto la revista, ¿qué voy a decirle? Estoy segura de que no se lo va a tomar tan bien como Jaime. Después de dar una y mil explicaciones consigo que se tranquilice y vuelva a hablarme con la tranquilidad que la caracteriza.

La llegada de los chicos es inminente.

Después de pasar gran parte de la mañana tratando este tema, no tengo muchas ganas de continuar hablando sobre la dichosa revista. El dolor de la mano ha regresado y aunque he hecho todo lo posible por disimular para que José no fuera consciente de ello, finalmente me ha pillado y me ha desterrado al sofá del salón mientras él prepara algo de picar para nuestros amigos.

—Vamos, Sofía, cuéntanoslo otra vez.  
—Marcos insiste mientras José lo acompaña entre carcajadas. Tan solo por ver la felicidad en José merece la pena estar soportando esta tortura.

—Tu amiguita se plantó entre los dos y cuando quise darme cuenta el muy imbécil estaba rodando por los suelos. Tenías que haber visto la cara de muchos de los invitados.

—¡Más me hubiese gustado ver tu cara o mejor la de Sofía! —Vuelven a romperse entre carcajadas y el resto los acompaña—. Sofía, ¿me harías el honor de firmarme la revista? Esto en unos años lo vendo yo y me forro. Conseguiré tanto dinero que podré comprarle el centro comercial al gilipollas ese. — Marcos y José rompen en carcajadas una y otra vez a mi costa.

Como cada mañana me levanto antes de que suene el despertador, y antes de que José se me adelante me cuelo en la ducha. Después de elegir uno de mis vestidos entro en la cocina, preparo café y tacho un día más del calendario y cuento los días que restan del mes para irnos de vacaciones. Ya que los preparativos de la boda han caído de mi cuenta, José ha prometido encargarse de organizar nuestras vacaciones. Estoy segura de que va a sorprenderme con algún destino inesperado. Tras un año de relación, viviendo juntos, prometidos y enfrascados con los preparativos de

nuestra boda no puedo estar más deseosa de irme de vacaciones con él y alejarme de todo este caos.

Llego al despacho puntual, enciendo el ordenador y consulto mi agenda on line. Desde que regresé al trabajo después del proyecto del centro comercial, no he vuelto a centrarme en ningún proyecto que me haya llevado demasiado tiempo. Jaime ha decidido darme un respiro después de lo ocurrido en este último año. Ahora me dedico a organizar la página Web del estudio, organizar facturas y realizar pedidos. En cuantiosas ocasiones salgo a ayudar a Nico con sus proyectos o tengo que salir a visitar a la señora Carbonell para



ayudarla con sus muchas exigencias decorativas.

Salgo a comer con la intención de tomar un poco de aire fresco... regreso a la oficina antes de lo previsto. Jaime sale a mi encuentro y me informa de que dos personas están esperándome en mi oficina. Preparo tres tazas de café y regreso a mi despacho.

La visita de José y Fernando no puede contrariarme más. ¿Habrá ocurrido algo malo? Nada más escuchar el sonido de la puerta al abrirse José se levanta para recibirme y a sabiendas de que estoy preocupada por su inesperada visita me tranquiliza. Fernando abandona su

asiento y me saluda con un beso en ambas mejillas.

—Sofía, te preguntarás que estamos haciendo aquí... —El primero en romper el silencio es Fernando—. ¿Conoces Mónaco? Si aceptas lo que voy a proponerte José y tú viajareis en dos meses aproximadamente y viviréis allí alrededor de un año.

—Lo siento, Fernando, pero tendrás que ser más concreto si quieres que comprenda lo que estás intentando decirme.

—No te impacientes, Sofía. Necesito que estés muy comprometida con lo que

voy a proponerte. Nos jugamos mucho. Bien, hace más de seis años adquirí unos terrenos en Mónaco. Como te imaginarás encargue la construcción de un hotel de lujo. El problema que tengo entre manos y que me ha estado quitando el sueño, hasta que José nos habló de ti, es bastante complejo. Digamos que me han sugerido que evite la decoración clásica del resto de mis hoteles. Y aquí es donde entras tú. ¿Por qué iba a buscar una empresa de decoración si mi futura nuera es toda una eminencia en este campo? Yo ahora tengo que irme, José me ha facilitado tu e-mail. Te he enviado toda la documentación necesaria. Cuando tomes una decisión ponte en

contacto conmigo. Ahora os dejo solos.

Fernando se despide de nosotros y nos deja a solas. —¿Tú estabas al corriente de todo esto? —Asiente y a sabiendas de que no he terminado con mi interrogatorio se mantiene en silencio—. Si nos vamos en dos meses, ¿qué va a ocurrir con la boda? Tendremos que cancelarla hasta que regresemos.

—No sabes cuánto me gusta el hecho de que lo que te preocupe sea nuestra boda. Veo que tu compromiso es firme. —No puedo creer que siga desconfiando de mi firmeza en lo que se refiere a nuestro compromiso. Pero no es momento de hablar de eso—. He hablado con mis padres, después de que mi padre me

comentara lo que iba a proponerte yo también pensé en la boda. Les he propuesto celebrar la boda en su casa, en los jardines de detrás. Mi madre ha quedado encantada con la idea y yo creo que es muy buena idea. Creo que deberíamos adelantar la boda para el mes que viene, después de las vacaciones. Lo prepararé todo para dejar Madrid en manos de Roberto y Santiago y Londres para George. Viajaremos a Mónaco y cuando regresemos nos iremos de viaje de novios.

—Ya veo que lo tienes todo muy bien organizado. No puedo creer que organices nuestra vida con tus padres sin

tenerme en cuenta para nada. — Enciendo el ordenador y me centro durante unos segundos en prestar atención a nada en concreto—. No entiendo esa obsesión por organizarme mi vida laboral y mucho menos, mi vida personal. Será mejor que hablemos de esto en casa porque estoy empezando a alterarme y no es el momento ni el lugar. A sabiendas de lo que se le viene encima, decide levantarse, se acerca a mí, besa mi mejilla y se marcha con una leve despedida.

Aunque son casi las ocho de la tarde no tengo prisa alguna por regresar a casa. Ni que decir tiene que no he prestado la más mínima atención a la documentación

de Fernando. He preferido ignorarlo para no alterarme demasiado pero ni ignorándolo ha conseguido relajarme. La noche promete, vaya si promete.

Salgo de la oficina, subo al Audi y regreso al ático intentando calmar mi furia interna.

A eso de las nueve de la noche entro el garaje, subo en el ascensor y entro en casa. He visto el coche de José aparcado así que está en casa pero el silencio reina en el ático. Dejo el bolso sobre el sofá, me bajo de los tacones y camino en silencio hacia el dormitorio. Abro la puerta y encuentro a José sentado en mi lado de la cama, con el cajón de mi mesilla abierto y un bote de

pastillas en la mano. Los nervios se apoderan de mi cuerpo ante lo que acabo de descubrir. Su mirada se detiene en mis ojos tristes.

—Nena, deja que te explique por favor. Esto no es lo que parece. De verdad que te lo puedo explicar.

Deja las pastillas sobre la cama, se levanta y se dirige hacia mí.

—Ni te atrevas a tocarme.

—Por favor, Sofí, deja que te explique. Retrocedo sobre mis propios pasos para mantener la distancia entre los dos. No puedo creer que haya vuelto a hacerlo. ¿Y ahora por qué? ¿Qué le atormenta para que haya recaído? ¿Y por qué no me lo ha contado? Aparta su mirada



para fijarla en la alfombra del dormitorio. Yaunque parece arrepentido, no puedo perdonarle lo que nos está haciendo. Sus manos temblorosas no paran un instante.

—Tienes un minuto.

Regresa hacia el interior del dormitorio. Toma las pastillas que había dejado sobre la cama, son mis pastillas anticonceptivas. Ahora sí que no entiendo nada, necesito una explicación y la necesito ahora.

—Solo quería que formáramos una familia.

—Al grano, José. —Le presiono a que hable de una vez y sin rodeos.

—Las pastillas no son para mí. —Se

toma una pausa y me mira—. Cambié tus anticonceptivos por vitaminas.

Me tiembla todo el cuerpo, mis piernas no sostienen mi peso y caigo al suelo.

En menos de un segundo está a mi lado.

—Nena...

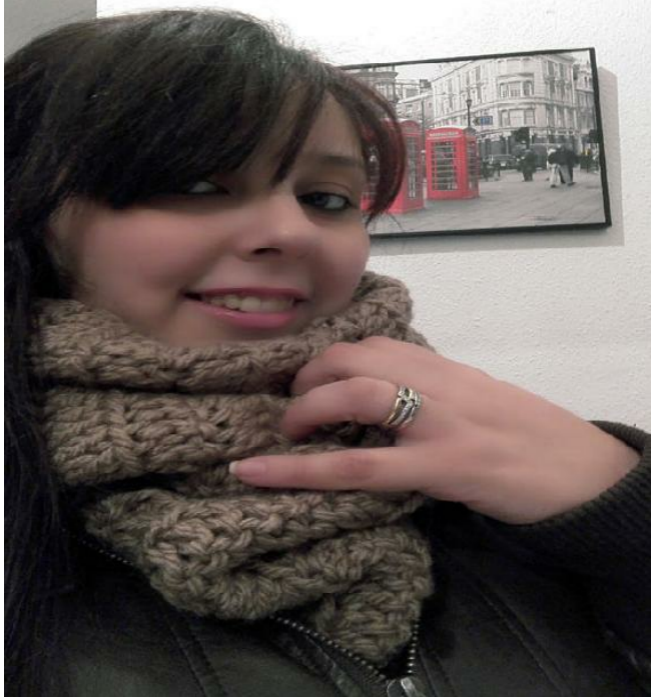
—Fuera de mi casa. —Me suplica que lo perdone pero no le doy opción a que continúe hablando—. Ahora.

—Lo siento. —Me habla, ya en pie.

—¡¡¡Que te largues, joder!!!

Aún en el suelo me esmero en intentar comprender lo que acaba de ocurrir. Y por más que pienso lo único que se me viene a la mente no es más que su falta de confianza en mí. Detengo la vista en mi cama. Encuentro parte de las

pastillas y no puedo más que llevarme la mano a mi vientre plano. Ha intentado dejarme embarazada sin mi consentimiento, ¿y si lo ha conseguido? No, eso no. No tengo tiempo que perder. No pienso esperar ni un minuto más para saber si ha conseguido lo que se proponía. Dios mío, ¿qué voy a hacer si estoy embarazada?



Tras Erica C. Morales podéis encontrar a un chica de 30 años natural de Madrid. Lectora empedernida decidió volcarse en la escritura cuando una noche tuvo un sueño muy explícito y un tanto revelador. A la mañana siguiente no dudo en ponerse a ello. Conductora profesional y profesora de flamenco en paro no ha dudado en aprovechar en esta situación en su vida para dedicarse de lleno a la escritura siendo Quererte su primera obra, la primera parte de una trilogía romántica con toques eróticos.

Su primer trabajo publicado ha sido para unirse a una buena causa, escribiendo una carta de amor “La Sonrisa de Ari” para la Antología

Benéfica “Lo que a Cupido nunca conté” en beneficio de la Asociación Piel de Mariposa DEBRA, a la venta en Amazon en papel y digital.

Podréis leer su relato corto “No más citas a ciegas” en la revista digital Athalia Magazine a la venta en la plataforma digital Issuu.